Snuff

Terry Pratchett

Traducción: Gabriel Dols Gallardo

A Rob… por todo el entre medias de sus días libres.

A Emma… por ayudarme a entender a los trasgos.

Y a Lyn… por siempre.

Los trasgos experimentan el mundo según dicta el culto o quizá religión del Unggue. En pocas palabras, se trata de un credo de notable complejidad, basado en la resurrección y fundamentado en la santidad de las secreciones corporales. Su principio básico reza lo siguiente: es evidente que todo lo que un cuerpo trasgo expulsa ha formado parte de él y, por lo tanto, debe ser tratado con reverencia y debidamente almacenado para que, llegado el momento, pueda dársele sepultura junto con su dueño. Entretanto, el material se conserva en vasijas de unggue, asombrosas creaciones de las que hablaré más adelante.

Unos instantes de desagradable reflexión nos harán concluir que ninguna criatura podría conseguir semejante propósito, a menos que poseyera gran riqueza, abundante espacio de almacenamiento y vecinos comprensivos.

Por lo tanto, en la práctica, la mayoría de los trasgos observan el Unggue Tenido, que podría calificarse de variedad laxa y común del Unggue que solo comprende el cerumen, las uñas de manos y pies y los mocos. El agua, en términos generales, no se considera unggue, sino algo que atraviesa el cuerpo sin llegar a formar parte de él; su razonamiento se basa en que no existe diferencia aparente en el agua antes y después, por así decirlo (lo que arroja una triste luz sobre la frescura del agua en sus guaridas subterráneas). De modo parecido, las heces se consideran comida que ha experimentado un mero cambio de estado. Sorprende que los dientes no tengan el menor interés para los trasgos, que los ven como una clase de hongo, y que no parezcan adjudicar ninguna importancia al pelo, del que hay que decir que rara vez tienen mucho.

En ese punto, lord Vetinari, patricio de Ankh-Morpork, dejó de leer y fijó la vista en la nada. Al cabo de unos segundos, la nada fue eclipsada por la figura de Drumknott, su secretario (el cual, todo hay que decirlo, había dedicado su carrera a convertirse en algo más parecido a la nada que a nada).

—Parece pensativo, milord —dijo Drumknott, que anexó al comentario un signo de interrogación muy delicado que poco a poco se evaporó.

—Anegado en lágrimas, Drumknott, anegado en lágrimas.

Drumknott paró de sacar el polvo al escritorio negro laqueado, que presentaba un lustre impecable.

—El pastor Avena es un escritor muy persuasivo, ¿verdad, señor?

—Desde luego que lo es, Drumknott, pero el problema básico sigue en pie y es el siguiente: puede que la humanidad acepte al enano, al troll e incluso al orco, por terroríficos que todos hayan podido mostrarse en ocasiones, ¿y sabe a qué se debe, Drumknott?

El secretario dobló con cuidado el trapo que había estado empleando y miró hacia el techo.

—Me atrevería a sugerir, milord, que nos reconocemos en su violencia.

—¡Oh, bien dicho, Drumknott, todavía haré un cínico de usted! Los depredadores se respetan entre ellos, ¿no es así? Es posible que hasta respeten a la presa: el león puede acostarse con el becerro, aunque lo más probable es que solo el león vuelva a levantarse, pero el león nunca se acostará con la rata. ¡Alimañas, Drumknott, una especie entera reducida a la condición de alimañas!

Lord Vetinari movió la cabeza con pena, y el siempre atento Drumknott reparó en que los dedos de su señoría habían vuelto, por tercera vez ese día, a la página titulada «Vasijas de unggue», y en que parecía estar hablando consigo mismo, lo que era muy inusual…

—«La tradición manda que las fabrique el propio trasgo a partir de materiales que van desde minerales preciosos hasta cuero, madera o hueso. Entre las primeras se cuentan varios de los más bellos y finos recipientes jamás encontrados. El saqueo de asentamientos trasgos por parte de cazatesoros que andaban en su busca y las represalias de los propios trasgos han empañado las relaciones entre ellos y los humanos hasta el día de hoy».

Lord Vetinari carraspeó y prosiguió:

—Sigo citando al pastor Avena, Drumknott: «Debo decir que los trasgos viven al límite, a menudo porque los han empujado hasta allí. Sobreviven donde nada más puede. Su saludo universal es, al parecer, “Cuelga”, que significa “Sobrevive”. Sé que les han adjudicado crímenes espantosos, pero el mundo en sí no ha sido nunca bueno con ellos. Quede dicho aquí que quienes viven allá donde la vida pende de menos de un hilo entienden la pavorosa álgebra de la necesidad, que no conoce la piedad, y cuando la necesidad acucia in extremis, bueno, entonces es cuando las mujeres tienen que hacer la vasija de unggue llamada “alma de lágrimas”, el más hermoso de todos los frascos, con tallas de florecillas y enjuagado con lágrimas».

Drumknott, con meticulosa sincronización, dejó una taza de café ante su señor en el preciso instante en que lord Vetinari terminaba la frase y alzaba la vista.

—«La pavorosa álgebra de la necesidad», Drumknott. Bueno, de eso sabemos algo, ¿no es así?

—Ciertamente, señor. Por cierto, señor, hemos recibido una misiva del Rey Diamante de los trolls agradeciéndonos nuestra firmeza en el asunto de las drogas. Enhorabuena, señor.

—Tuvo muy poco de concesión —observó Vetinari restándole importancia con un gesto de la mano—. Ya conoce mi postura, Drumknott. No pongo especiales objeciones a que la gente consuma sustancias que les hagan sentirse mejor, más satisfechos o, ya puestos, ver pequeñas hadas violetas bailarinas… o hasta a su dios, si hace falta llegar a eso. Es su cerebro, a fin de cuentas, y la sociedad no puede mandar en él, siempre que no estén operando maquinaria pesada en ese momento. Sin embargo, vender a los trolls unas drogas que hacen que sus cabezas estallen literalmente es puro asesinato, un delito de sangre. Me complace decir que el comandante Vimes coincide plenamente conmigo al respecto.

—Cierto, señor, y me permito recordarle que nos dejará dentro de muy poco. ¿Piensa darle el adiós, por así decirlo?

El patricio negó con la cabeza.

—No lo creo. El pobre debe de estar pasándolo fatal, y temo que mi presencia no haría sino empeorar las cosas.

Hubo un atisbo de compasión en la voz de Drumknott cuando respondió:

—No se culpe, milord. Al fin y al cabo, usted y el comandante están en manos de un poder superior.

Su excelencia el duque de Ankh, comandante sir Samuel Vimes de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, metía un lápiz por el lateral de su bota con gestos frenéticos para atajar el picor. No funcionó. Nunca funcionaba. Todos sus calcetines le daban picor en los pies. Por centésima vez se planteó explicarle a su esposa que entre sus valiosísimas cualidades, que eran muchas, no figuraba la labor de punto. Pero habría preferido amputarse el pie a tener que hacerlo: le rompería el corazón.

Sin embargo, eran unos calcetines espantosos, tan gruesos, nudosos y abultados que tenía que comprarse botas que medían como un pie suyo y medio. Y lo hacía porque Samuel Vimes, que jamás había entrado en un lugar de culto con ánimo de adoración, adoraba a lady Sybil, y no pasaba un día sin asombrarse de que ella pareciese corresponderle. La había convertido en su esposa y ella lo había convertido en millonario; con ella detrás el triste, lúgubre, arruinado y cínico poli era un duque rico y poderoso. Había logrado conservar su cinismo, sin embargo, y ni un par de bueyes hasta arriba de esteroides habría podido arrancarle el poli que llevaba dentro. El veneno había calado tanto que le envolvía la columna vertebral. Y así, Sam Vimes aguantaba el picor y daba gracias por tantas bendiciones que perdía la cuenta.

Entre sus maldiciones figuraba el papeleo.

Siempre había papeleo. Ya se sabe que cualquier campaña para reducir el papeleo solo produce más papeleo.

Por supuesto, tenía subordinados que se encargaban del papeleo pero, tarde o temprano, como mínimo él tenía que firmarlo y, si no surgía alguna manera de escaquearse, hasta leerlo. No había escapatoria: en última instancia, en todo trabajo policial existía la clara posibilidad de que algún asunto trajera cola. Las iniciales de Sam Vimes hacían falta sobre el papel para informar al mundo de que era su cola y, por tanto, asunto suyo.

Pero en ese momento dejó de firmar para llamar por la puerta abierta a la sargento Culopequeño, que le estaba haciendo de ordenanza.

—¿Hay algo, Jovial? —preguntó esperanzado.

—No en el sentido que creo que lo pregunta, señor, pero me parece que le gustará saber que acaba de llegar de Quirm un clac del capitán en funciones Abadejo, señor. Dice que le va bien, señor, y que está disfrutando mucho del avec.[[1]](#footnote-1)

Vimes suspiró.

—¿Algo más?

—Tranquilo como una balsa de aceite, señor —dijo la enana asomando la cabeza por la puerta del despacho—. Es por el calor, señor, hace demasiado bochorno para pelear y las manos están demasiado pegajosas para robar. ¿No es una maravilla, señor?

Vimes gruñó.

—Donde hay policías hay delito, sargento, recuérdalo.

—Sí, lo recuerdo, señor, aunque creo que suena mejor reordenando un poco las palabras.

—Supongo que no hay ninguna manera de que me libre, ¿no?

La sargento Culopequeño puso cara de preocupación.

—Lo lamento, señor, creo que no hay apelación posible. El capitán Zanahoria reclamará oficialmente su placa a mediodía.

Vimes dio un golpe a su escritorio y estalló.

—¡No merezco este trato después de una vida consagrada a esta ciudad!

—Comandante, si me permite decirlo, se merece mucho más.

Vimes se recostó en su asiento y gimió.

—¿Tú también, Jovial?

—De verdad que lo siento mucho, señor. Sé que esto es duro para usted.

—¡Que me obliguen a dejarlo después de todo este tiempo! Hasta supliqué, ¿sabes?, y no es algo que resulte fácil para un hombre como yo, te lo aseguro. ¡Supliqué!

Sonaron unos pasos en la escalera. Jovial observó mientras Vimes sacaba un sobre marrón del cajón de su escritorio, metía algo dentro, lo lamía con saña, lo sellaba con saliva y lo soltaba sobre la mesa, donde cayó con un ruido metálico.

—Hala —declaró, con un rechinar de dientes—. Mi placa, tal y como Vetinari ordenó. La entrego. ¡Que no se diga que me la quitaron!

El capitán Zanahoria entró en el despacho, agachando por un instante la cabeza al pasar por la puerta. Llevaba un paquete en la mano y varios policías sonrientes se apiñaban detrás de él.

—Lo siento, señor, lo ordena una autoridad superior y todo eso. Si le sirve de consuelo, creo que ha tenido suerte de que le caigan solo dos semanas. En un principio ella hablaba de un mes.

Entregó a Vimes el paquete y carraspeó.

—Los muchachos y yo hemos hecho una pequeña colecta, comandante —dijo con una sonrisilla forzada.

—Preferiría que me llamaran algo sensato, como agente en jefe —añadió Vimes mientras cogía el regalo—. Verás, yo creía que, si les dejaba ponerme suficientes títulos, con el tiempo me caería uno con el que pudiera vivir.

Abrió el envoltorio y sacó un cubo y una pala muy pequeños y coloridos, para diversión generalizada de los mirones furtivos.

—Sabemos que no va a la playa, señor —empezó Zanahoria—, pero…

—Ojalá fuera la playa —protestó Vimes—. ¡En la playa hay naufragios, en la condenada playa hay contrabandistas, ahogamientos y delincuencia! ¡Algo interesante!

—Lady Sybil dice que seguro que encuentra muchas cosas con las que entretenerse, señor —comentó Zanahoria.

Vimes gruñó.

—¡El campo! ¿Qué tiene de entretenido el campo? ¿Sabes por qué se llama campo, Zanahoria? ¡Porque no hay nada más que puñeteros árboles, joder, que se supone que han de emocionarnos, pero en realidad solo son hierbajos más rígidos! ¡Es aburrido! ¡Es como un domingo largo, nada más! ¡Y tendré que conocer a gente bien!

—Señor, lo disfrutará. Que yo sepa, nunca se ha tomado ni un día libre a menos que estuviese herido —dijo Zanahoria.

—Y aun entonces se preocupaba y refunfuñaba a todas horas —señaló una voz desde el umbral.

Pertenecía a lady Sybil Vimes, y el comandante se descubrió molesto por la deferencia que le mostraban sus hombres. Amaba a lady Sybil con locura, por supuesto, pero no podía evitar reparar en que, de un tiempo a esa parte, su sándwich de beicon, lechuga y tomate ya no era, como antaño, de *beicon*, tomate y lechuga, sino que se había convertido en un sándwich de *lechuga*, *tomate* y beicon. Era por motivos de salud, por supuesto. Se trataba de una conspiración. ¿Cómo es que nunca encontraban una verdura que fuera mala para la salud, eh? ¿Y qué tenía de malo la salsa de cebolla para la carne? Llevaba cebolla, ¿no? La cebolla daba pedos, ¿no? Eso era beneficioso para la salud, ¿no? Estaba seguro de haberlo leído en alguna parte.

Unas vacaciones de dos semanas con todas las comidas supervisadas por su esposa. No quería ni pensarlo, pero lo pensaba de todas formas. Y luego estaba el joven Sam, creciendo como una mala hierba e interesándose por todo. Unas vacaciones al aire libre le sentarían bien, según su madre. Vimes no le había llevado la contraria. No tenía sentido llevar la contraria a Sybil porque, aunque uno creyera que había ganado, resultaría, por arte de una magia inasequible a los maridos, que en realidad no sabía de la misa la media.

Por lo menos se le permitía salir de la ciudad con la armadura puesta. Formaba parte de él y estaba igual de machacada, con la salvedad de que, en el caso de la armadura, las abolladuras podían alisarse a martillazos.

Vimes, con su hijo sobre la rodilla, contempló la ciudad que se alejaba mientras el carruaje lo llevaba a toda velocidad hacia una quincena de bucólico letargo. Se sentía como un desterrado. Pero, siendo optimistas, seguro que en la ciudad habría algún asesinato espantoso o robo atroz que, al menos con el importantísimo fin de reforzar la moral, exigiría la presencia del jefe de la Guardia. La esperanza era lo último que se perdía.

Sam Vimes sabía desde la boda que su mujer tenía una residencia en el campo. Uno de los motivos por los que lo sabía era que ella se la había regalado. A decir verdad, le había traspasado todas las posesiones de su familia, que a aquellas alturas consistía solo en ella, fiel a la anticuada pero entrañable creencia de que el asunto de la tenencia era cosa del marido. H[[2]](#footnote-2)abía insistido.

A intervalos periódicos, según la temporada, llegaba un carro desde la casa de campo hasta su hogar en la avenida Pastelito, en Ankh-Morpork, cargado de frutas y verduras, quesos y carnes; todos los productos de una finca que no había visto nunca. No sentía ninguna ilusión ahora que iba a conocerla. Si algo sabía del campo era que chapoteaba al pisarlo. Había que reconocer que la mayoría de las calles de Ankh-Morpork chapoteaban al pisarlas pero, bueno, era el chapoteo correcto y el chapoteo en el que él había chapoteado desde que tenía edad para caminar e, inevitablemente, resbalar.

La casa tenía el nombre oficial de Crundells, aunque todo el mundo la llamaba Mansión Ramkin. Al parecer contenía kilómetro y medio de río truchero y, según creía recordar Vimes de las escrituras, un pub. Vimes entendía lo que era ser dueño de un pub, pero se preguntaba quién podía ser dueño de un río truchero porque, si tu trozo era ese de ahí, ya se había alejado gorgoteando corriente abajo mientras lo mirabas, ¿no? ¡Eso significaba que algún otro ya estaba pescando en tu agua, el muy cabrón! Y el trozo que tenías delante había pertenecido hacía poco al tipo de río arriba; ¡seguro que ese plutócrata gordo que tenías por vecino te consideraba una especie de pescador furtivo! ¡Otro cabrón! Y los peces nadaban por todas partes, ¿verdad? ¿Cómo saber cuáles eran los tuyos? A lo mejor los marcaban; eso a Vimes le sonaba muy campestre. Residir en el campo significaba estar siempre a la defensiva; nada que ver con la ciudad.

Lord Vetinari soltó una carcajada muy impropia de él. Le faltó muy poco para regodearse en la derrota de su oponente y posó ruidosamente su ejemplar del Ankh-Morpork Times, abierto por la página del crucigrama, en su escritorio.

—¡«Cuculiforme», ave de cola y pico largos, alas cortas y pies con dos dedos hacia delante y dos hacia atrás! ¡Me pitorreo de usted, señora mía!

Drumknott, que organizaba papeles con gran esmero, sonrió y dijo:

—¿Otro triunfo, milord?

La batalla de Vetinari con la principal compiladora de crucigramas del Ankh-Morpork Times era bien conocida.

—Estoy seguro de que empieza a flaquear —afirmó Vetinari mientras se recostaba en su silla—. ¿Qué es lo que tiene ahí, Drumknott? —Señaló un abultado sobre marrón.

—La placa del comandante Vimes, señor, tal y como me la entregó el capitán Zanahoria.

—¿Sellada?

—Sí, señor.

—Entonces la placa de Vimes no está dentro.

—No, señor. Un cuidadoso examen dactilar del sobre sugiere que contiene una lata vacía de rapé Doble Trueno, conclusión que confirma un somero olisqueo, milord.

Un Vetinari todavía eufórico observó:

—Pero el capitán ha tenido que darse cuenta, Drumknott.

—Sí, señor.

—Por supuesto, sería muy propio del comandante —dijo Vetinari—, y ¿quién querría cambiarlo? Ha ganado una pequeña batalla, y un hombre capaz de ganar pequeñas batallas está en posición de ganar las grandes.

Drumknott vaciló durante un inusual momento antes de responder:

—Sí, señor. A propósito de eso, lady Sybil fue quien sugirió el viaje al campo, ¿verdad?

Vetinari alzó una ceja.

—Pues claro, Drumknott. No puedo ni imaginarme quién sugeriría otra cosa. Nuestro bravo comandante es famoso por su dedicación al trabajo. ¿Quién sino su amante esposa podría convencerlo de que unas alegres semanitas de asueto en el campo serían una buena idea?

—Quién, en efecto, señor —respondió Drumknott, y lo dejó ahí porque no tenía sentido hacer otra cosa. Su señor parecía poseer fuentes de información de las que no disponía ni el propio Drumknott, por mucho que lo intentase, y solo los cielos sabían quiénes eran todos los que subían a hurtadillas la larga escalera en la oscuridad. Y así, la vida en el Despacho Oblongo era un mundo de secretos, consideraciones e infundios, donde la naturaleza de la verdad cambiaba como los colores del arco iris. Lo sabía porque él desempeñaba un papel nada insignificante en el espectro. Pero saber lo que lord Vetinari sabía y pensaba exactamente sería una imposibilidad psicológica, y un hombre sabio lo aceptaría y seguiría archivando sus documentos.

Vetinari se levantó y miró por la ventana.

—Esta es una ciudad de mendigos y ladrones, Drumknott, ¿cierto? Me enorgullezco de tener aquí a varios de los más hábiles. A decir verdad, si existiese algo parecido a una competición de robo entre ciudades, Ankh-Morpork se traería a casa el trofeo y, probablemente, todas las carteras. El robo tiene un fin, Drumknott, pero existe la intrínseca sensación de que, si bien hay cosas que por naturaleza le están vedadas al hombre corriente, también hay otras que no deben permitirse a los ricos y poderosos.

Alguien de fuera consideraría mágica la comprensión que Drumknott tenía de los procesos mentales de su señor, pero era asombroso lo que podía deducirse observando lo que lord Vetinari leía, prestando atención a comentarios en apariencia irrelevantes e integrando todo eso, como solo Drumknott podía integrarlo, en los problemas y asuntos de actualidad.

—¿Hablamos ahora del contrabando, señor? —preguntó.

—En efecto, en efecto. No tengo ningún problema con el contrabando. Precisa espíritu emprendedor, sigilo y originalidad, cualidades que deberían fomentarse en el hombre corriente. En realidad, no hace tanto daño y otorga al ciudadano de a pie un cierto hormigueo de diversión. Todo el mundo debería cometer pequeños y deliciosos delitos de vez en cuando, Drumknott. Es bueno para la higiene del cerebro.

Drumknott, cuya limpieza craneana nadie pondría en entredicho, dijo:

—Pese a todo, señor, hay que imponer y recaudar impuestos. La ciudad está creciendo. Todo esto hay que pagarlo.

—Cierto —convino Vetinari—. Podría haber gravado toda clase de cosas, pero he decidido gravar algo sin lo que se puede pasar perfectamente. No es muy adictivo, ¿verdad?

—Hay quien tiende a pensar que sí. Flota cierta cantidad de descontento, señor.

Vetinari no apartó la vista de su papeleo.

—Drumknott —dijo—, la vida es adictiva. Si la gente se queja demasiado, creo que tendré que refrescarle ese dato.

El patricio volvió a sonreír y formó un caballete con los dedos.

—En pocas palabras, Drumknott, cierta dosis de inofensivo bandidaje entre las clases inferiores debe contemplarse con simpatía, si no fomentarse de forma activa, por la salud de la ciudad, pero ¿qué hacemos cuando los nobles y los ricos se entregan a la delincuencia? En verdad, si un pobre se pasa un año en la cárcel por robar para poder comer, ¿cuán alto tendría que ser el cadalso para ahorcar al rico que infringe la ley por codicia?

—Me gustaría reiterar, señor, que compro todos mis clips —señaló Drumknott con urgencia.

—Por supuesto, pero en su caso me complace decir que tiene un cerebro tan impoluto que centellea.

—Guardo las facturas, señor —insistió Drumknott—, por si acaso desea verlas. —Se produjo un momento de silencio, y después continuó—: A estas alturas, el comandante Vimes ya debe de estar de camino a la Mansión, milord. Podría resultar una circunstancia afortunada.

La cara de Vetinari se mantuvo inexpresiva.

—Muy cierto, Drumknott, muy cierto.

Hasta la Mansión había un día de trayecto, lo que en términos de postas en realidad significaba dos, haciendo noche en una posada. Vimes pasó el tiempo esperando oír los cascos de un jinete procedente de la ciudad que los alcanzara con la muy deseable noticia de una terrible catástrofe. Por lo general, Ankh-Morpork era capaz de producirlas casi a ritmo horario pero, por extraño que pareciese, estaba fallando a su desesperado hijo en su momento de mayor aburrimiento.

El sol empezaba a ponerse cuando el carruaje de ese hijo en concreto se detuvo ante unos portones. Al cabo de unos segundos, un hombre anciano, un hombre extremadamente anciano, apareció de la nada, abrió dichos portones con gran ceremonia y luego se puso en posición de firmes mientras el vehículo entraba, ufano con la certidumbre de un trabajo bien hecho. Una vez dentro, el carruaje paró.

Sybil, que había estado leyendo, dio un leve codazo a su marido sin apartar la vista del libro y dijo:

—Es costumbre dar un penique al señor Ataúd. En los viejos tiempos, mi abuelo llevaba un braserito de carbón en el carruaje, ¿sabes?, en teoría para dar calor pero sobre todo para calentar peniques al rojo vivo que luego levantaba con unas tenazas y lanzaba para que los cogiera el portero. Se ve que todo el mundo se lo pasaba pipa, o eso decía mi abuelo, pero ya no lo hacemos.

Vimes buscó algo de suelto en su monedero, abrió la puerta del carruaje y bajó, para espanto del mencionado señor Ataúd, que retrocedió entre los tupidos matorrales observando a Vimes como un animal acorralado.

—Buen trabajo, señor Ataúd, mucho estilo al alzar el pestillo, un trabajo excelente. —Vimes enseñó la moneda y el señor Ataúd retrocedió más todavía, con una postura que sugería que en cualquier momento arrancaría a correr. Vimes lanzó la moneda y el asustadizo portero la atrapó, escupió en ella con destreza y desapareció de nuevo entre la vegetación. Vimes tuvo la impresión de que lo había molestado la ausencia de siseo.

—¿Cuánto hace que tu familia dejó de lanzar dinero caliente a los criados? —preguntó mientras se acomodaba en su asiento y el carruaje arrancaba de nuevo.

Sybil dejó a un lado su libro.

—Mi padre puso fin a esa tradición. Quejas de mi madre, quejas de los porteros…

—¡No me extraña!

—No, Sam, se quejaron cuando terminó con la costumbre.

—¡Pero si es humillante!

Sybil suspiró.

—Sí, lo sé, Sam, pero también era dinero gratis, compréndelo. En tiempos de mi bisabuelo, si la jornada era ajetreada podían sacar seis peniques al día. Y como el vejete vivía en una borrachera de ron y coñac casi permanente, muchas veces tiraba un dólar. Y me refiero a uno de los auténticos dólares de oro macizo de los de antes. Un hombre podía vivir bastante bien durante un año con uno de esos, sobre todo por aquí.

—Sí, pero… —empezó Vimes, pero su esposa lo acalló con una sonrisa. Tenía una sonrisa especial para esas ocasiones; era amable, amistosa y estaba labrada en piedra. Quien no dejase de hablar de política se estrellaba contra ella, sin causar daños salvo a sí mismo. Sabiamente, con una sabiduría bien aprendida, Sam Vimes se conformó con mirar por la ventanilla.

Ya muy lejos del portón siguió mirando, a la luz menguante, para avistar el caserón que al parecer ocupaba el centro de todo aquello, y no pudo encontrarlo hasta después de recorrer traqueteando una arboleda, dejar atrás lo que un desdichado poeta tendría que llamar «glaucos pastos», salpicados de lo que Vimes estaba casi seguro de que eran ovejas, atravesar un bosquecillo podado y llegar, por fin, a un puente que no habría desentonado en la ciudad. El [[3]](#footnote-3)puente cruzaba lo que Vimes al principio tomó por un lago ornamental pero que resultó ser un río muy ancho; mientras lo cruzaban con digno y lento esplendor, vio un gran barco que navegaba por medios desconocidos pero que, a juzgar por el olor que dejaba a su paso, debían de tener algo que ver con el ganado. En ese momento, el joven Sam dijo:

—¡Esas chicas no llevan ropa! ¿Van a bañarse?

Vimes asintió con aire ausente porque el tema general de las señoritas desnudas no era algo que apeteciera comentar con un niño de seis años. Además, seguía teniendo la atención fija en el barco; hacía espumear toda el agua que lo rodeaba, y los marineros de la cubierta dedicaron lo que posiblemente era un gesto náutico a lady Sybil o, quién sabe, a una de las señoritas desnudas.

—¿De verdad esto es un río? —preguntó.

—Es el Resma —contestó lady Sybil—. Bebe de casi todo el País de la Hierba Octarina y desemboca en Quirm. De todas formas, si no recuerdo mal, la mayoría lo llama el «Viejo Traicionero». Tiene cambios de humor, pero de pequeña yo disfrutaba dando paseítos en barca. Eran la mar de divertidos.

El carruaje descendió hasta el otro extremo del puente y tomó por un largo camino que llevaba hasta, sí, la casa solariega, así llamada, pensó Vimes, porque era más o menos del tamaño del sol. Había una manada de ciervos en el jardín, y una gran manada de personas apiñadas en torno a lo que obviamente era la puerta principal. Estaban formando dos líneas, como si aquello fuera una boda. Se trataba, bien mirado, de una especie de guardia de honor, y la debían de formar más de trescientas personas, de jardineros a criados, todos intentando sonreír sin mucho éxito. A Vimes le recordó a un desfile de la Guardia.

Dos sirvientes chocaron mientras se afanaban por colocar una escalerita junto al carruaje, pero Vimes echó a perder por completo el momento saliendo por la otra puerta y ayudando a lady Sybil a bajar tras él.

En mitad de la aglomeración de personas nerviosas había un rostro conocido; pertenecía a Willikins, mayordomo y sirviente en general de Vimes, llegado de la ciudad. En eso, al menos, Vimes no había dado su brazo a torcer. Si tenía que ir al campo, Willikins estaría allí. Había señalado a su esposa que el mayordomo no era ni mucho menos un policía, y por tanto no era lo mismo que llevarse trabajo a casa. Y no había mentido. Willikins no era ni por asomo un policía, porque la mayoría de los policías no saben atizar a alguien con una botella rota sin hacerse daño en las manos ni fabricar armas de destrucción limitada pero específica con vulgares utensilios de cocina. Willikins tenía un pasado que quedaba de manifiesto siempre que trinchaba el pavo. En ese momento, el joven Sam, al ver su sonrisa cicatrizada pero familiar, atravesó corriendo la fila de dubitativos empleados para abrazarse a las rodillas del mayordomo. Willikins, por su parte, puso al chico boca abajo y le dio unas vueltas de campana antes de posarlo de nuevo en la gravilla con suavidad. El proceso entero era una diversión enorme para un niño de seis años. Vimes confiaba en Willikins, y él no confiaba en mucha gente. Demasiados años de policía lo volvían a uno bastante selectivo a ese respecto.

Se inclinó hacia su esposa.

—¿Y ahora qué hago? —susurró porque las hileras de preocupadas medias sonrisas lo estaban poniendo nervioso.

—Lo que quieras, cariño —dijo ella—. Tú eres el jefe. Pasas revista a la Guardia, ¿no?

—¡Sí, pero los conozco a todos, sé su rango y, bueno, todo! ¡En la ciudad nunca me he encontrado con esto!

—Sí, cariño, eso es porque en Ankh-Morpork todo el mundo conoce al comandante Vimes.

En fin, no podía ser tan difícil. Empezó a acercarse a un hombre con un maltrecho sombrero de paja, una pala y, a medida que Vimes se aproximaba, un estado de terror sumiso peor incluso que el del propio Sam Vimes. Le tendió la mano. El hombre la miró como si no hubiera visto una en su vida. Vimes logró decir:

—Hola, soy Sam Vimes. ¿Quién es usted?

El interpelado miró a su alrededor en busca de ayuda, apoyo, orientación o una ruta de huida, pero no encontró nada; el grupo guardaba un silencio mortal.

—William Mayordomo, excelencia, para servirle —respondió.

—Encantado de conocerle, William —dijo Vimes y volvió a tenderle la mano, de la que William estuvo a un tris de apartar el cuerpo antes de ofrecer a Vimes una palma con la textura de un guante de cuero viejo.

Bueno, pensó Vimes, esto no está tan mal, y se adentró en territorio desconocido con:

—¿Y a qué te dedicas por aquí, William?

—Soy jardinero —respondió el hombre con apuro, y alzó su pala entre él y Vimes, tanto a modo de protección como de prueba «A», demostración inequívoca de su buena fe. Dado que Vimes estaba igual de perdido, optó por tocar la pala con el dedo y murmurar:

—Buen estado de mantenimiento, ya veo. Bien hecho, señor Mayordomo.

Dio un respingo cuando notó un toque en el hombro y su esposa dijo:

—Bien hecho tú también, cariño, pero en realidad bastaba con que subieras la escalera y felicitaras al mayordomo y al ama de llaves por reunir al personal. Nos tiraremos aquí el día entero si quieres charlar con todo el mundo.

Y con esas, lady Sybil asió a su marido de la mano con firmeza y lo condujo escalones arriba entre las filas de miradas absortas.

—Vale —susurró él—, ya veo a los criados, las cocineras y los jardineros, pero ¿quiénes son los tipos con chaqueta gruesa y bombín? ¿Han venido los alguaciles por algo?

—Eso es razonablemente improbable, cariño. En realidad, son varios de los guardabosques.

—El sombrero no les pega.

—¿Tú crees? A decir verdad los diseñó lord Bombín para proteger a sus guardabosques de los feroces ataques de cazadores furtivos. Dicen que son mucho más resistentes de lo que parecen, y mucho mejores que los cascos de acero porque no te dejan sordo con cada golpe.

Claramente incapaces de disimular el disgusto de que su nuevo señor hubiese preferido dar la mano a un jardinero antes de dirigirse a ninguno de los dos, el mayordomo y el ama de llaves, que compartían la circunferencia y tonalidad rosa que Vimes había llegado a esperar en tales ocasiones, eran conscientes de que su señor no había acudido a ellos y se le estaban acercando, reparó Vimes, con toda la velocidad que les permitían sus piernecillas.

Vimes sabía cuatro cosas de la vida escaleras abajo, desde luego que sí. No hacía tanto, cuando se llamaba a un policía a una gran casa lo mandaban a la puerta de atrás, donde recibía instrucciones de llevarse a rastras a una doncella llorosa o un limpiabotas no muy listo acusados sin pruebas de robar un anillo o un cepillo con el mango de plata que la señora de la casa probablemente encontraría más tarde, quizá cuando ya no quedase ginebra. En teoría los policías no estaban para eso, aunque en la práctica, por supuesto, era exactamente para lo que estaban. Era una cuestión de privilegio, y un joven Vimes apenas había desgastado su primer par de botas de la Guardia cuando su sargento le explicó lo que significaba la palabra. Significaba ley privada. En aquellos tiempos, un hombre influyente podía salir bien parado de tropelías bastante graves siempre que tuviera el acento correcto, el emblema adecuado en la corbata o los amigotes precisos, y un joven policía que pusiera pegas podía salir parado a secas, y sin carta de recomendación.

Las cosas habían cambiado, y mucho.

Pero en aquellos tiempos el joven Vimes había considerado a los mayordomos unos traidores dobles a ambos bandos, y por tanto el hombre corpulento del frac negro recibió una mirada furibunda que lo atravesó. El hecho de que dedicara a Vimes una ligera inclinación de cabeza no mejoró la situación. En el mundo de Vimes, la gente hacía el saludo marcial.

—Soy Plata, el mayordomo, excelencia —anunció el hombre con cuidadosa entonación de reproche.

Vimes le agarró la mano de inmediato y la sacudió con efusividad.

—¡Encantado de conocerle, señor Plata!

El mayordomo se estremeció.

—Es Plata, excelencia, no señor.

—Lo siento, señor Plata. ¿Cuál es su nombre de pila, entonces?

La cara del mayordomo era todo un entretenimiento.

—¡Plata, señor! ¡Siempre Plata!

—Bueno, señor Plata —dijo Vimes—, para mí es una cuestión de fe que, una vez superados los pantalones, todos los hombres son iguales.

El mayordomo respondió con absoluta inexpresividad:

—Puede ser, señor, pero yo soy y siempre seré, comandante, Plata. Buenas tardes, excelencia. —Se volvió—. Y buenas tardes, lady Sybil. Deben de haber pasado siete u ocho años desde que alguien de la familia vino a pasar unos días. ¿Podemos esperar más visitas? Y permítame presentarle a mi mujer, la señora Plata, el ama de llaves, a la que creo que no conocía.

Vimes no pudo evitar que su cerebro tradujera el discursito como: «Me irrita que me hayáis pasado por alto para estrechar la mano del jardinero…». Lo cual, para ser justos, no había sido intencionado. Vimes le había dado la mano al jardinero abrumado por el más puro terror. La traducción proseguía: «Y ahora me preocupa que en el futuro cercano no podamos seguir dándonos la buena vida».

—Espera un momento —dijo Vimes—, mi esposa también es una excelencia, ¿sabes?, y eso es un poco más que una lady. Syb… su excelencia me hizo mirar la clasificación.

Lady Sybil conocía a su marido igual que quienes viven junto a un volcán conocen los cambios de humor de su vecino. Lo importante es evitar el estallido.

—Sam, los sirvientes de nuestras dos casas me han llamado lady Sybil desde que era pequeña, y por tanto lo considero mi nombre, por lo menos entre aquellos a los que he llegado a ver como mis amigos. ¡Ya lo sabes! Eso, añadió para sus adentros, y que todos tenemos nuestras pequeñas manías, Sam, hasta tú.

Y con esa advertencia aromatizada flotando en el aire, lady Sybil estrechó la mano del ama de llaves y luego se volvió hacia su hijo.

—Es tu hora de acostarte, Sam, nada más cenar. Y no quiero discusiones.

Vimes miró a su alrededor mientras la pequeña comitiva entraba en el vestíbulo, que era, a todos los efectos prácticos, una armería. Siempre sería una armería a ojos de cualquier policía, aunque para los Ramkin, que habían colocado las espadas, alabardas, sables, mazas, picas y escudos en todas las paredes, sin duda la colección no era más que una muestra de mobiliario histórico. En pleno centro de la sala se encontraba el enorme escudo de armas de los Ramkin. Vimes ya sabía lo que rezaba la divisa: «Lo que tenemos lo conservamos». Podía considerarse… una pista.

Al cabo de poco, lady Sybil andaba ocupada en la enorme lavandería con Pureza, la doncella, a la que Vimes había insistido en que contratase tras el nacimiento del pequeño Sam y que, según creían los dos, se entendía con Willikins, aunque aún especulaban acerca de qué entendían exactamente. Las dos mujeres estaban enfrascadas en el femenino pasatiempo de sacar ropa de unas cosas y meterla en otras cosas. La actividad podía alargarse, e incluía la ceremonia de sostener algunas cosas a contraluz y soltar un leve suspiro apenado.

Dado que no había nada más que hacer, Vimes volvió a la espléndida escalinata de la entrada, donde se encendió un puro. Sybil era inflexible en lo relativo a fumar en la casa. Una voz a su espalda dijo:

—No tiene por qué salir, señor. La Mansión dispone de un salón para fumadores bastante bueno, con extractor de aire a mecanismo, que es el último grito; créame, no se ven a menudo.

Vimes dejó que Willikins lo guiase.

Era en verdad un salón para fumadores bastante bueno, pensó Vimes, aunque reconocía que su experiencia directa con ellos era limitada. La habitación incluía una gran mesa de billar y, debajo, una bodega con más bebida de la que cualquier alcohólico reformado debería ver jamás.

—Les habíamos avisado de que no bebo, ¿verdad, Willikins?

—Oh, sí, señor. Plata dijo que, en general, la Mansión encuentra apropiado, si mal no recuerdo sus palabras, mantener la bodega llena por si hay visitas.

—Bueno, a mí me parece que sería una pena dejar pasar la oportunidad, Willikins, así que sírvete una copa, anda.

Willikins retrocedió de manera perceptible.

—Oh, no, señor, no se me pasaría por la cabeza, señor.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque no se hace y ya está, señor. Sería el hazmerreír de la Liga de Caballeros de los Caballeros si hiciera algo tan impertinente como beber con mi patrón. Uno debe saber siempre cuál es su sitio, señor.

Eso ofendió a Vimes hasta su inestablemente igualitaria médula.

—Yo s[[4]](#footnote-4)é cuál es tu sitio, Willikins, y viene a ser el mismo que el mío, a la hora de la verdad y a la de curarse las heridas.

—Mire, señor —dijo Willikins casi suplicando—, aunque sea de vez en cuando, tenemos que acatar algunas normas. De modo que no beberé con usted en esta ocasión, dado que no es la Vigilia de los Puercos ni el nacimiento de su heredero, circunstancias contempladas en las normas, sino que seguiré la alternativa aceptada, consistente en esperar a que se haya acostado para beberme media botella.

Bueno, pensó Vimes, todos tenemos nuestras cosas, aunque algunas de las de Willikins no le harían ninguna gracia a quien se lo encontrase enfadado en un callejón a oscuras; de todas formas, se animó al ver que Willikins rebuscaba en un bien surtido mueble bar y metía con pulcritud varios productos en una coctelera de cristal.

No debe[[5]](#footnote-5)ría ser posible reproducir el efecto del alcohol en una bebida que no lo incluyese, pero entre las habilidades que Willikins había ido aprendiendo, o tal vez robando, se contaba la capacidad de combinar diversos ingredientes caseros normales y corrientes en una bebida cien por cien «sin» que, aun así, poseía casi todo lo que se pide al alcohol. Se notaba la presencia de tabasco, pepino, jengibre y guindilla, pero más allá de eso era mejor no hacer demasiadas preguntas.

Con una gloriosa bebida en la mano, Vimes se recostó y dijo:

—¿Todo bien con el personal, Willikins?

Willikins bajó la voz.

—Bueno, sisan un poco, señor, pero no más de lo habitual según mi experiencia. Todo el mundo se lleva cosillas a casa; lo ven como una propina, igual que pasa en todas partes.

Vimes sonrió ante la cara impasible, casi teatral, de Willikins y proclamó bien alto para el espía oculto:

—Entonces el tal Plata es un hombre aplicado, ¿no? Me alegro mucho de oírlo.

—A mí me da la impresión de que es muy constante, señor —dijo Willikins mientras miraba hacia arriba y señalaba una rejilla en la pared: la entrada del célebre extractor, que sin duda necesitaba a un hombre entre bastidores para dar cuerda al mecanismo, ¿y dejaría pasar cualquier mayordomo digno de su abultada barriga la ocasión de saber lo que pensaba su nuevo señor? Ni de coña.

Conque propina, ¿eh? Pues claro que allí la gente se llevaría cosas de vez en cuando. No hacían falta pruebas. Era la naturaleza humana. Le había sugerido muchas veces a Sybil —aunque no se habría atrevido a insistir— que cerrasen la finca y la vendieran a alguien que de verdad quisiese vivir en lo que, según tenía entendido, era una mole gélida y chirriante que podría haber albergado a un regimiento. Ella no quería ni oír hablar del tema. Tenía buenos recuerdos de su infancia en la casa, decía, de encaramarse a los árboles, nadar y pescar en el río, coger flores, ayudar a los jardineros y demás alegres empeños rurales que, a ojos de Vimes, resultaban tan remotos como la luna, dado que sus ocupaciones adolescentes habían tenido mucho más que ver con mantenerse vivo y punto. En el río Ankh se podía pescar, siempre que uno fuera con cuidado de no pillar nada. En realidad, era asombroso lo que podía pillarse con tan solo dejar que una gota del Ankh superase tus labios. Y en cuanto a la horticultura, en fin, los críos de Ankh-Morpork a veces hurtaban y a veces cultivaban, sobre todo parásitos.

Había sido un día muy largo y el sueño de la noche anterior en la posada no había sido reparador ni apacible, pero antes de meterse en la enorme cama Vimes abrió una ventana y contempló la noche. El viento murmuraba entre los árboles; Vimes desaprobaba los árboles en general, pero a Sybil le gustaban y no había más que hablar. Cosas que prefería no conocer susurraban, aullaban, parloteaban y enloquecían sin motivo en la oscuridad del exterior. No sabía lo que eran y esperaba no descubrirlo nunca. ¿Cómo iba a dormir un hombre con ese jaleo?

Se metió en la cama con su esposa, a la que encontró después de buscar un rato, y se puso cómodo. Sybil le había encomendado que dejase la ventana abierta para que entrase aquel aire fresco supuestamente glorioso, y Vimes permaneció allí tumbado, deprimido, aguzando el oído para captar los tranquilizadores ruidos de un borracho que volvía a casa o discutía con el dueño del palanquín por el vómito de los cojines, además de la ocasional pelea callejera, altercado doméstico o hasta un grito estridente, todo ello al compás del tañido de los relojes de la ciudad, famosos porque no había dos que coincidieran nunca; y los sonidos más sutiles, como el traqueteo de los carretones de miel cuando los recolectores contratados por Harry Rey evacuaban las evacuaciones de la ciudad. Y lo mejor de todo era el grito del guardia al final de la calle: «¡Las doce en punto y sereno!». No hacía tanto que a cualquier hombre que intentara semejante cosa le habrían robado la campana, el casco y muy probablemente las botas antes de que se apagaran los ecos. ¡Pero ya no! ¡No, señor! Esa era la Guardia moderna, la Guardia de Vimes, y cualquiera que se enfrentase al guardia en su ronda con alevosía y premeditación oiría el silbato y muy pronto descubriría que si alguien iba a llevarse dos patadas bien dadas no sería un guardia. Los policías de servicio siempre iban con cuidado de gritar la hora con teatral claridad y asombrosa precisión delante del número uno de la avenida Pastelito, para que el comandante lo oyera. En ese momento, Vimes metió la cabeza bajo una almohada enorme e intentó no oír la tremenda e inquietante falta de ruido, cuya ausencia podía despertar a un hombre acostumbrado a desoír un sonido puntual todas las noches durante años.

Pero a las cinco de la mañana, la Madre Naturaleza pulsó un botón y el mundo se volvió loco: todo bendito pájaro, animal y, a juzgar por el sonido, caimán luchó contra todos los demás para hacerse oír. La cacofonía tardó un poco en llegar hasta Vimes. La gigantesca cama por lo menos tenía una reserva casi inagotable de almohadas. Vimes era un gran aficionado a las almohadas si dormía lejos de su propia cama. Que no le vinieran a él con una o incluso dos míseras y tristes bolsitas de plumas echadas sobre la cama como si fueran una ocurrencia de última hora; ¡no! Le gustaban las almohadas para hacerse una madriguera, una especie de fuerte blando, en el que dejaba un agujero para que entrase oxígeno.

La horrible escandalera ya iba amainando cuando afloró a la superficie de lino. Ah, sí, recordó, era otra putada que tenía el campo. El condenado empezaba demasiado temprano. El comandante era, por costumbre, necesidad e inclinación, un hombre noctámbulo, a veces incluso un hombre trasnoctámbulo; el concepto de que un día tuviera dos sietes en punto le era ajeno. Por otro lado, olía a beicon, y al cabo de un momento dos señoritas nerviosas entraron en la habitación llevando bandejas sobre unos complicados trastos metálicos que, desplegados, volvían casi pero no del todo imposible incorporarse y comerse el desayuno que contenían.

Vimes parpadeó. ¡Eso ya era otra cosa! Por lo general, Sybil se tomaba como un deber conyugal asegurarse de que su marido viviera eternamente, y estaba convencida de que podía lograr ese feliz propósito con una purgante dieta de frutos secos, cereales y yogur, que en opinión de Vimes era una clase de queso que no se esforzaba lo suficiente. Después estaba la triste adulteración de su almuerzo de beicon, lechuga y tomate. Era asombroso pero cierto que, en esa cuestión, los guardias estaban dispuestos a obedecer a rajatabla a la mujer del jefe y, si el jefe gritaba y daba pisotones al suelo, actitud perfectamente excusable por no decir comprensible en alguien a quien se niega su cacho de cerdo chamuscado de media mañana, lo remitían a las instrucciones que les había dado su esposa, con la certeza de que toda amenaza de despido era vacua y, en caso de cumplirse, sería revocada de inmediato.

En ese momento Sybil apareció entre las almohadas y dijo:

—Estás de vacaciones, cariño.

Lo que podía comerse en vacaciones también incluía dos huevos fritos, exactamente como le gustaban, y una salchicha… pero, por desgracia, no la rebanada de pan frito, que al parecer seguía siendo un pecado incluso en vacaciones. El café, sin embargo, era espeso, negro y dulce.

—Has dormido muy bien —dijo Sybil mientras Vimes contemplaba la inesperada abundancia.

—No es verdad, cariño, no he pegado ojo, te lo aseguro —replicó.

—Sam, te has pasado toda la noche roncando. ¡Te he oído!

Los rudimentos de pericia conyugal de Vimes le impidieron hacer más comentarios que:

—¿En serio? ¿He roncado, cariño? Vaya, lo siento.

Sybil hojeó una pequeña pila de sobres color pastel que habían llegado en su bandeja del desayuno.

—Bueno, ya ha corrido la noticia —dijo—. La duquesa de Florilegio nos ha invitado a un baile, sir Henry y lady Mustio nos han invitado a un baile y lord y lady Cuelgadedo nos han invitado a, ¡sí, un baile!

—¿Sí? —comentó Vimes—. Pues que vengan a ver cómo me…

—¡No te atrevas, Sam! —le advirtió su esposa.

Vimes terminó con un nada convincente:

—… leo sus invitaciones. Ya sabes que yo no bailo, cariño, solo muevo los pies y te piso.

—Bueno, la verdad es que son sobre todo para los jóvenes. Viene gente de los balnearios de Senda-del-Perdedor, carretera abajo. En realidad, lo importante es casar a las hijas con caballeros adecuados, y eso significa bailes, bailes casi continuos.

—Puedo defenderme con un vals —se excusó Vimes—, es solo cuestión de contar, pero sabes que no soporto todos esos de dar saltitos, como las sardinillas o el danfango.

—No te preocupes, Sam. La mayoría de los hombres mayores encuentran un sitio para sentarse y fuman o aspiran rapé. Las madres son las que se ocupan de encontrar a los solteros prometedores para sus hijas. Solo espero que mi amiga Ariadne encuentre buenos maridos para las suyas. Tuvo sextillizas, algo muy raro, ya sabes. Por supuesto, la joven Mavis es muy devota, y nunca falta un joven eclesiástico en busca de esposa y, sobre todo, de una dote. Y Emily es pequeñita, rubia, una cocinera excelente pero algo avergonzada de su enorme busto.

Vimes contempló el techo.

—Sospecho que no solo encontrará marido —vaticinó—, sino que un marido la encontrará a ella. Llámalo intuición masculina.

—Y luego está Fleur —prosiguió lady Sybil, sin morder el anzuelo—. Hace unos sombreritos la mar de majos, me cuentan. Y, esto, Amanda, creo. Al parecer le interesan mucho las ranas, aunque me temo que quizá no entendí bien a su madre. —Recapacitó durante un momento y añadió—: Ah, sí, y luego está Jane. Una chica bastante rara, según su madre, que por lo visto no sabe qué hacer con ella.

El desinterés de Vimes por los hijos ajenos era ilimitado, pero sabía contar.

—¿Y la última?

—Ah, Hermione; quizá tenga mal arreglo, porque ha escandalizado a la familia, por lo menos en opinión de ellos.

—¿Cómo?

—Es leñadora.

Vimes reflexionó durante un instante y añadió:

—Bueno, cariño, todo el mundo sabe que a un hombre de gran dotación le interesará una esposa capaz de levantar un buen…

Lady Sybil lo interrumpió bruscamente.

—Sam Vimes, ¿tenías intención de hacer un comentario indecoroso?

—Creo que te me has adelantado —dijo Vimes, con una sonrisa—. Suele pasarte, cariño, reconócelo.

—Puede que tengas razón, cariño —asintió ella—, pero es solo para impedir que tú los hagas en alto. Al fin y al cabo, eres el duque de Ankh, considerado por muchos la mano derecha de lord Vetinari, y eso significa que cierto decoro sería recomendable, ¿no te parece?

A un soltero le habría parecido un consejo amable; para un marido experimentado se trataba de una orden, más poderosa si cabe por su delicada formulación.

Así que, cuando sir Samuel Vimes, el comandante Vimes y su excelencia el duque de Ankh salieron [[6]](#footnote-6)después del desayuno, hicieron gala de su mejor comportamiento. Resultó que no todo el mundo hizo lo mismo.

Una doncella que barría el pasillo que llevaba al dormitorio echó un vistazo frenético a Vimes, que caminaba hacia ella, y se volvió de espaldas para quedarse mirando fijamente a la pared. Parecía temblar de miedo, y Vimes había aprendido que en esas circunstancias lo último que debe hacer un hombre es preguntar, y mucho menos ofrecerse a echar una mano. El resultado podían ser gritos. Probablemente solo es que es tímida, se dijo.

Sin embargo, la timidez parecía contagiosa: al recorrer el edificio se cruzó con doncellas que llevaban bandejas, quitaban el polvo o barrían y, siempre que se acercaba a una, ella le daba la espalda enseguida y se quedaba mirando la pared como si le fuera la vida en ello.

Para cuando llegó a la larga galería jalonada por los antepasados de su esposa ya se había hartado y, cuando una joven cargada con una bandeja de té giró sobre sus talones como la bailarina que remataba una caja de música, le dijo:

—Perdone, señorita, ¿tan feo soy?

Bueno, sin duda era mejor que preguntarle por qué era tan maleducada, ¿verdad? De modo que ¿por qué, en nombre de tres dioses cualesquiera, la chica arrancó a correr pasillo abajo haciendo temblar la loza? Entre los diversos Vimes fue el comandante el que tomó las riendas; el duque impondría demasiado y el delegado de pizarra no serviría de gran cosa.

—¡Alto ahí! ¡Suelte la bandeja y dese la vuelta poco a poco!

La doncella derrapó, se deslizó de verdad y, mientras se volvía con perfecta gracilidad sin soltar la bandeja, fue frenándose lentamente hasta detenerse temblando por los nervios mientras Vimes la alcanzaba y le preguntaba:

—¿Cómo se llama, señorita?

La chica respondió sin mirarle a la cara.

—Hodges, excelencia, lo siento mucho, excelencia.

La vajilla aún traqueteaba.

—Mire —dijo Vimes—, ¡no puedo ni pensar con todo ese ruido! Deje la bandeja con cuidado y ya está, haga el favor. No le pasará nada malo, pero me gustaría ver con quién hablo, muchas gracias. —La cara se volvió de mala gana hacia él—. Eso es. Señorita, hum, Hodges, ¿qué es lo que pasa? No me diga que tienen que huir de mí.

—Por favor, señor. —Y dicho eso, la chica se dirigió hacia la puerta de fieltro verde más cercana y desapareció por ella.

Fue entonces cuando Vimes reparó en que había otra doncella a muy poca distancia por detrás de él, prácticamente camuflada por su uniforme oscuro, vuelta de cara a la pared y, en efecto, temblando. Sin duda había presenciado todo lo sucedido, de manera que se volvió con cuidado hacia ella y declaró:

—No quiero que hable. Basta con que indique que sí o que no con la cabeza cuando le haga una pregunta. ¿Lo entiende? —Hubo un asentimiento apenas perceptible—. ¡Bien, vamos avanzando! ¿Se meterá en un lío si me dice algo?

Otro asentimiento microscópico.

—¿Y es probable que se meta en problemas porque he hablado con usted?

La doncella, con bastante inventiva, se encogió de hombros.

—¿Y la otra chica?

Todavía de espaldas a él, la doncella extendió la mano izquierda con un enfático pulgar hacia abajo.

—Gracias —dijo Vimes a su invisible informadora—. Me ha sido de mucha ayuda.

Regresó a la planta de arriba con paso meditabundo, a través de una avenida de espaldas vueltas, y de camino tuvo la suerte de encontrarse a Willikins en la lavandería. Su asistente no le dio la espalda a Vimes, lo que fue un alivio.

Estaba dobl[[7]](#footnote-7)ando camisas con el esmero y la atención que en otras circunstancias podría haber aplicado al limpio cercenamiento de la oreja de un rival derrotado. Cuando se le subían un poco los puños de la impecable chaqueta, asomaba una pequeña parte de los tatuajes de sus brazos, pero por suerte no la suficiente para poder leerlos.

—Willikins —dijo Vimes—, ¿de qué va el asunto de las doncellas giratorias?

Willikins sonrió.

—Una vieja costumbre, señor. Tiene su razón de ser, por supuesto… Suele haberla, por gilipollas que pueda sonar. Sin ánimo de ofender, comandante, pero conociéndolo sugeriría que dejase dar vueltas a las doncellas giratorias hasta que le haya pillado el truco al lugar, por así decirlo. Además, la señora y el joven Sam están en el cuarto de los niños.

Al cabo de unos minutos, Vimes, tras cierta cantidad de ensayo y error, entró en lo que era, a su mohosa manera, el paraíso.

Vimes nunca había sido muy rico en parientes. Pocas personas arden en deseos de publicitar que su antepasado lejano fue un regicida. Todo eso, por supuesto, pertenecía al pasado, y al nuevo duque de Ankh le asombraba que los libros de historia más recientes ensalzasen el recuerdo del Viejo Carapiedra, el guardia que ejecutó al malvado cabrón que ocupaba el trono y que de repente había roto una lanza por la libertad y la ley. La historia es lo que cada cual hace de ella, como bien había aprendido, y lord Vetinari era un hombre con el acceso y las llaves de toda una serie de mecanismos de persuasión que, por azares de la vida, se conservaban desde los tiempos del regicidio y seguían bien engrasados en los sótanos. La historia es, en verdad, lo que cada cual hace de ella, y lord Vetinari podía hacer de ella… todo lo que quisiera. Y así el pavoroso asesino de reyes desapareció como por ensalmo —no estuvo allí, debe de equivocarse, no me suena de nada, ¿quién dice?— y dio paso al heroico, por bien que trágicamente incomprendido, Carapiedra Vimes, martillo de tiranos, el famoso ancestro de su muy respetada excelencia el duque de Ankh, comandante sir Samuel Vimes. La historia era algo maravilloso: se movía como el mar, y la inundación había arrastrado a Vimes.

Cada generación de la familia de Vimes había vivido con lo puesto. Nunca había habido reliquias, joyas heredadas, dechados bordados por una tía muerta tiempo atrás ni urnas antiguas e interesantes halladas en el desván de la abuelita, de las que esperar que ese joven que sabía tanto de antigüedades dijese que valían mil dólares para que pudieras estallar de petulancia. Tampoco se había transmitido ningún dinero, tan solo cierta cantidad de deuda impagada. Pero allí, en el cuarto de los niños, había generaciones de juguetes y juegos pulcramente apilados, algunos un poco desgastados por el uso, sobre todo el caballo balancín, que era prácticamente de tamaño real y tenía una auténtica silla de montar de cuero con arreos de plata de ley, como descubrió un incrédulo Vimes al frotarlos con un dedo. También había un fuerte lo bastante grande para que un niño lo defendiese de pie y un surtido de armas de asedio tamaño infantil para sitiarlo, posiblemente con la ayuda de cajas y cajas de soldaditos de plomo, todos pintados con los colores correctos de sus regimientos y con todo lujo de detalles. A Vimes no le habría importado nada ponerse a cuatro patas y echarse a jugar con ellos ahí mismo. Había maquetas de yates y un oso de peluche tan grande que, en un momento de espanto, Vimes se preguntó si no sería uno real, disecado; había tirachinas, bumeranes, planeadores… y en mitad de todo aquello, el joven Sam miraba paralizado, casi llorando en su certeza de que, por mucho que se esforzase, no podría jugar con todo a la vez. Estaba en las antípodas de la infancia de Vimes y de jugar a Caquitas Pu con cacas de verdad.

Mientras la luz de su vida se encaramaba con aire indeciso al caballo balancín, que tenía unos dientes tan grandes que asustaban, Vimes le habló a su esposa de las inaceptables doncellas giratorias. Ella se encogió de hombros, sin más, y dijo:

—Son cosas suyas, cariño. Están acostumbradas.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Es degradante!

Lady Sybil había desarrollado un tono de voz totalmente tranquilo y comprensivo para tratar con su marido.

—Eso es porque, hablando con propiedad, están degradadas. Pasan un montón de tiempo sirviendo a personas que son mucho más importantes que ellas. Y tú ocupas el primer puesto de esa lista, cariño.

—¡Pero yo no me creo más importante que ellas! —replicó Vimes.

—Creo que entiendo a qué te refieres, y te honra, de verdad que sí —dijo Sybil—, pero lo que ha salido de tu boca en realidad no tiene sentido. Eres duque, comandante de la Guardia de la Ciudad y… —Hizo una pausa.

—Delegado de pizarra —completó Vimes como por resorte.

—Sí, Sam, el máximo honor que puede otorgar el rey de los enanos. —Los ojos de Sybil centellearon—. El delegado de pizarra Vimes; aquel que puede borrar los escritos, alguien que puede hacer desaparecer lo que hay. Ese eres tú, Sam, y si te mataran se armaría un revuelo en las cancillerías de todo el mundo, las cuales, por desgracia, Sam, no se preocuparían por la muerte de una doncella. —Alzó una mano al ver que él abría la boca y añadió—: Sé que tú sí, Sam, pero aunque estoy segura de que las chicas son estupendas, me temo que, si muriesen por lo que fuera, dejarían atrás una familia y, tal vez, un joven inconsolables, y el resto del mundo jamás lo sabría. Y tú, Sam, sabes que es cierto. Sin embargo, si tú fueses asesinado, que no quiero ni pensarlo aunque lo hago cada vez que te vas al trabajo, no solo Ankh-Morpork sino el mundo entero se enteraría al instante. Podrían estallar guerras y sospecho que la posición de Vetinari quizá se volviera un poco peligrosa. Eres más importante que las chicas del servicio. Eres más importante que cualquier otro miembro de la Guardia. Confundes valor con valía, me parece. —Le dio un beso rápido en la preocupada cara—. Da igual lo que creas que eras antes, Sam Vimes, has medrado, y merecías medrar. ¡Ya sabes que la nata siempre sube!

—La escoria también —protestó Vimes como por resorte, aunque lo lamentó de inmediato.

—¿Cómo te atreves a decir eso, Sam Vimes? ¡Puede que fueras un diamante en bruto, pero te has pulido! Y te pongas como te pongas, marido mío, aunque ya no eres un hombre del pueblo, desde luego me parece que eres un hombre para el pueblo, y creo que el pueblo ya puede estar contento, ya, ¿entendido?

El joven Sam miró con adoración a su padre mientras el caballito arrancaba a galopar. Entre el hijo y la esposa, Vimes no tenía nada que hacer. Parecía tan abatido que lady Sybil, como hacen las esposas, trató de consolarlo un poco.

—Al fin y al cabo, Sam, esperas que tus hombres cumplan con sus deberes, ¿o no? Pues el ama de llaves espera, del mismo modo, que las chicas cumplan con los suyos.

—Eso es muy diferente, en serio. Los policías vigilamos a la gente, y yo nunca les he ordenado que no le digan ni mu a alguien. A fin de cuentas, ese alguien podría darles información útil.

Vimes sabía que eso era técnicamente cierto, pero cualquiera al que vieran diciendo a un policía algo más útil que «mu» en la mayoría de las calles de la ciudad no tardaría en descubrir que necesitaba una pajita para tomarse las comidas. Sin embargo, la analogía era correcta, de todas formas, pensó, o habría pensado de haber sido un hombre que manejase con normalidad la palabra «analogía». Ser miembro del personal de otro no significaba que se tuviera que actuar como una especie de muñeco de cuerda…

—¿Te explico el motivo de las doncellas giratorias, Sam? —propuso Sybil mientras su hijo abrazaba al enorme oso de peluche, que lo asustó al gruñir—. La práctica se instituyó en tiempos de mi abuelo a petición de mi abuela. En aquel entonces teníamos visitas a todas horas, con docenas de invitados algunos fines de semana. Por supuesto, varios de esos huéspedes eran jóvenes de muy buena familia de la ciudad, muy bien educados y llenos de, cómo decirlo, brío y energía.

Sybil miró de reojo al joven Sam y la alivió constatar que ahora alineaba soldaditos.

—Las doncellas, en cambio, no suelen tener gran educación y me avergüenza reconocer que tal vez se mostrasen demasiado complacientes ante unas personas a las que habían llegado a considerar sus mejores. —Empezaba a ruborizarse, y señaló al joven Sam, quien por suerte seguía sin prestarle atención—. Estoy segura de que te haces una idea, Sam. Absolutamente segura, y mi abuela, a la que habrías odiado casi a ciencia cierta, tenía unos instintos decentes, y en consecuencia decretó que todas las doncellas debían abstenerse no solo de hablar con los invitados varones, sino también de cruzar la mirada con ellos, so pena de despido. Podrías decir que era casi peor el remedio que la enfermedad, pero bien pensado no era tan mal remedio. A su debido momento, las doncellas dejaban la Mansión con buenas referencias y sin motivos para avergonzarse de llevar un vestido blanco el día de su boda.

—Pero yo estoy felizmente casado —protestó Vimes—. Y tampoco veo a Willikins arriesgándose a sufrir la ira de Pureza.

—Sí, cariño, y hablaré con la señora Plata. Pero esto es el campo, Sam. Aquí hacemos las cosas un poco más despacio. Ahora, ¿por qué no te llevas a tu hijo a ver el río? Que os acompañe Willikins, que conoce el terreno.

El joven Sam no necesitaba gran cosa para entretenerse. En realidad, fabricaba su propio entretenimiento a base de grandes cantidades de observaciones del paisaje, los cuentos con los que se había adormecido la noche anterior o algún pensamiento fugaz que se le hubiera pasado por la cabeza, y además hablaba cada vez más del señor Silbato, que vivía en una casa en un árbol pero a veces era un dragón. También tenía una bota grande, no le gustaban los miércoles porque olían raro y tenía un paralluvias.

Así, el campo no arredraba en absoluto al joven Sam, que corría por delante de Vimes y Willikins señalando árboles, ovejas, flores, pájaros, libélulas, nubes de formas raras y un cráneo humano. El hallazgo le impresionó bastante y corrió a enseñárselo a su papá, que lo miró fijamente como si fuese… bueno, un cráneo humano. Saltaba a la vista que llevaba siéndolo bastante tiempo, sin embargo, y daba la impresión de que lo habían cuidado, hasta el punto de que brillaba.

Mientras Vimes lo giraba entre sus manos, en busca forense de cualquier indicio de juego sucio, se les acercó un chancleteo por entre los matorrales, acompañado por una pieza vocal sobre el tema de lo que un desconocido haría a quienes le robasen calaveras. Cuando los arbustos se separaron dicho desconocido resultó ser un hombre de edad y dentadura inciertas, con una túnica marrón mugrienta y la barba más larga que Vimes había visto nunca, y eso que había estado a menudo en la Universidad Invisible, donde los magos consideraban que la sabiduría se encarnaba en el desarrollo de una barba capaz de calentar las rodillas. La del desconocido se extendía a la espalda de su dueño como la cola de un cometa. Lo alcanzó cuando sus pies enfundados en unas sandalias enormes se detuvieron de sopetón, pero la inercia la hizo apilarse sobre su cabeza. Era posible que confiriese sabiduría, porque su dueño fue lo bastante avispado para quedarse muy quieto al ver la expresión de Vimes. Se hizo el silencio, aparte de la risita del joven Sam al ver la barba interminable, con vida propia, posarse en el recién llegado como las nieves del invierno.

Willikins carraspeó y dijo:

—Creo que es el ermitaño, comandante.

—¿Qué hace aquí un ermitaño? ¡Pensaba que vivían sobre columnas en los desiertos! —Vimes miró con cara de pocos amigos al hombre desarrapado, que a todas luces consideraba necesaria una explicación y pensaba darla se le pidiera o no.

—Sí, señor, lo sé, señor, es un error muy habitual y personalmente nunca le he dado mucho crédito, a tenor de la dificultad que entrañarían lo que podría calificarse de necesidades fisiológicas y demás. Vamos, puede que esa clase de cosas estén bien vistas en el extranjero, donde hay sol y mucha arena, pero a mí no me haría gracia, señor, de ninguna manera.

La aparición tendió una mano sucia que era casi toda uñas y prosiguió, con orgullo.

—Tocón, excelencia, aunque no me tocan a menudo, jaja, es mi chiste malo particular.

—Sí que lo es —confirmó Vimes, sin expresar nada con los ojos.

—Vaya si lo es, señor —continuó Tocón—. El único que tengo. Llevo casi cincuenta y siete años ejerciendo aquí la noble profesión del eremitismo, practicando la piedad, la sobriedad, el celibato y la búsqueda de la auténtica sabiduría, fiel a la tradición de mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo antes que yo. Ese que sostiene es mi bisabuelo, señor —añadió con desenfado—. Tiene un lustre precioso, ¿a que sí? —Vimes logró no soltar la calavera que tenía en las manos. Tocón prosiguió—: Supongo que su pequeño se habrá metido en mi gruta mientras andaba por ahí, señor, sin ánimo de ofender, señor, pero los mozos del pueblo a veces son un poco traviesos y no hace ni dos semanas tuve que bajar al abuelo de un árbol.

Fue Willikins quien encontró el espacio mental para hablar.

—¿Guarda el cráneo de su bisabuelo en una cueva?

—Ya lo creo, caballeros, y el de mi padre. Es la tradición familiar, ¿comprenden? También el de mi abuelo. Una tradición eremita ininterrumpida durante casi trescientos años, ofreciendo pensamiento piadoso y la certidumbre de que todos los caminos no llevan sino a la tumba, y otras sombrías reflexiones, a todos aquellos que nos buscan… que son bien pocos hoy en día, debo añadir. Espero que mi hijo siga los pasos de mis sandalias cuando sea lo bastante mayor. Su madre dice que es un joven muy solemne, de modo que tengo la esperanza de que algún día me saque bien el brillo. Hay sitio de sobras en el estante de las calaveras de la gruta, me complace decir.

—¿Su hijo? —preguntó Vimes—. Antes ha hablado de celibato…

—Muy atento, excelencia. Tenemos una semana de vacaciones todos los años. No solo de caracoles y hierbas ribereñas vive el hombre…

Vimes indicó con tacto que les quedaba un trecho que recorrer, y dejó al ermitaño transportando con cuidado la reliquia familiar de vuelta a su gruta, dondequiera que estuviese. Cuando le pareció que ya no podía oírlos, dijo, agitando las manos en el aire:

—¿Por qué? O sea… ¿por qué?

—Oh, bastantes de las casas de gran abolengo contaban con un ermitaño entre sus filas, señor. Se consideraba romántico tener una gruta con su eremita dentro.

—Olía un poquillo —señaló Vimes.

—Creo que no se les permite bañarse, señor, y debería saber, señor, que recibe una asignación consistente en un kilo de patatas, tres pintas de cerveza floja o sidra, tres hogazas de pan y medio kilo de tocino por semana. Aparte de, presumiblemente, todos los caracoles y las hierbas ribereñas que pueda engullir. Repasé la contabilidad, señor. La dieta sale bastante a cuenta, para tratarse de un adorno de jardín.

—Aceptable, si se le añade alguna fruta y un laxante de vez en cuando, supongo —dijo Vimes—. O sea que los antepasados de Sybil solían consultar a los de este pobre hombre siempre que les surgía algún dilema filosófico, ¿no?

Willikins pareció desconcertado.

—Por todos los cielos, no, señor, no puedo ni imaginarme que a alguno de ellos se le pasara algo así por la cabeza. No querían tener nada que ver ni con dilemas filosóficos ni con gente paupérrima. Eran aristócr[[8]](#footnote-8)atas, ¿comprende? Los aristócratas no reparan en los dilemas filosóficos. No les hacen ningún caso. La filosofía conlleva contemplar la posibilidad de que a lo mejor estás equivocado, señor, y un verdadero aristócrata sabe que siempre tiene razón. No es vanidad, ojo, sino una certeza absoluta que llevan incorporada. Puede que a veces estén más locos que un rebaño de cabras, pero siempre es una locura decidida e indudable.

Vimes lo miró con admiración.

—¿Cómo demonios sabes todo esto, Willikins?

—Los he observado, señor. En los viejos tiempos, cuando el abuelo de la señora estaba vivo, se aseguraba de que todo el personal de la avenida Pastelito viniera aquí con la familia en verano. Como sabe, no soy lo que se dice un erudito y, para ser sinceros, usted tampoco, pero cuando uno se cría en la calle aprende deprisa, porque quien no aprende deprisa muere.

En ese momento cruzaban un puente ornamental, sobre lo que probablemente era el arroyo truchero y, supuso Vimes, un afluente del Viejo Traicionero, nombre cuyo origen aún no había averiguado. Dos hombres y un niño pequeño cruzando un puente que daría cabida a una multitud, y a carros y caballos. El mundo parecía desequilibrado.

—Verá, señor —prosiguió Willikins—, si consiguieron todo ese dinero y esas tierras fue por ser decididos. A veces también las perdían por ello, claro. Uno de los tíos abuelos de lady Sybil perdió una vez una villa y ochocientas hectáreas de buena tierra de labranza por considerar indudable que un recibo de guardarropía ganaba a un trío de ases. Murió en el duelo posterior, pero al menos estaba indudablemente muerto.

—Es esnobismo y no me gusta —dijo Vimes.

Willikins se frotó el lado de la nariz.

—Bueno, comandante, no es esnobismo. Los auténticos no suelen pecar de eso, en mi experiencia. Los decididos, en fin… no se preocupan mucho por lo que piensen los vecinos o por pasearse con ropa vieja. Tienen confianza, ¿comprende? Cuando lady Sybil era más joven, la familia venía para el esquileo de las ovejas y su padre daba el callo como todos los demás, arremangado y todo, y después se encargaba de que hubiera una ronda de cerveza para todos los mozos, y bebía con ellos, jarra por jarra. Claro que él era más de beber coñac, así que un poco de cerveza no iba a tumbarlo. Nunca se preocupó de quién era. Era un buen hombre, su padre; y también su abuelo. Gente confiada, como le decía, sin preocupaciones.

Avanzaron durante un rato por una avenida de castaños y luego Vimes preguntó, taciturno:

—¿Estás diciendo que yo no sé quién soy?

Willikins alzó la vista hacia los árboles y respondió, con tono meditabundo:

—Parece que este año habrá muchas castañas, comandante, y si no le importa que le dé un consejo, podría plantearse venir con su chaval cuando empiecen a caer. Yo fui campeón de castañazo a la rata muerta durante años, hasta que descubrí que las castañas de verdad crecían en los árboles y no se chafaban con tanta facilidad. En cuanto a su pregunta —prosiguió—, creo que Sam Vimes da lo mejor de sí cuando está seguro de ser Sam Vimes. ¡Madre mía, qué pronto están madurando este año!

Había terminado la avenida de castaños y ante ellos se extendía un manzanar.

—No es que sea la mejor variedad de manzanas —señaló Willikins mientras Vimes y el joven Sam cruzaban hacia él, levantando el polvo blancuzco del camino. A Vimes el comentario le pareció intrascendente, pero Willikins parecía considerar que el huerto era muy importante. Siguió con entusiasmo—: El niño querrá ver esto. Yo lo vi con mis propios ojos cuando era el limpiabotas. Cambió por completo mi manera de entender el mundo. El tercer conde, Jack Ramkin el Loco, tenía un hermano al que llamaron Woolsthorpe, vaya usted a saber por qué. Era una especie de erudito, y lo habrían mandado a la universidad para hacerse mago si no fuera porque el conde hizo saber que todo hermano varón suyo cuya profesión precisara ponerse un vestido sería desheredado con un cuchillo de carnicero.

»Aun así, el joven Woolsthorpe perseveró en sus estudios de filosofía natural como corresponde a un caballero: cavando en cualquier túmulo de aspecto sospechoso que encontrara en las inmediaciones, pasando por su prensa de lagartijas todas las especies raras que pudiese recolectar y disecando muestras de cualquier flor que encontrara antes de que se extinguieran. Cuentan que, en un cálido día de verano, se adormiló debajo de un manzano y despertó cuando le cayó una manzana en la cabeza. Un hombre de menos fuste, en palabras de su biógrafo, no habría encontrado nada raro en el suceso, pero Woolsthorpe dedujo que, ya que las manzanas y prácticamente todo lo demás siempre caía hacia abajo, con el tiempo el mundo quedaría peligrosamente desequilibrado… a menos que interviniera otro agente que la filosofía natural aún tenía pendiente descubrir. Sin perder tiempo arrastró a uno de los sirvientes hasta el huerto y le ordenó, so pena de ser despedido, que se tumbara bajo el árbol hasta que una manzana le golpease en la cabeza. Se encargaba de incrementar la probabilidad del fenómeno otro lacayo, al que Woolsthorpe había ordenado sacudir el árbol con brío hasta que cayera la requerida fruta. Él estaba preparado para observar la escena a cierta distancia.

»Cuál no sería su gozo cuando cayó la inevitable manzana y se observó que una segunda se elevaba desde el árbol y desaparecía a toda velocidad en la bóveda celeste, demostrando la hipótesis de que todo lo que sube tiene que bajar, siempre que todo lo que baje tenga que subir, salvaguardando así el equilibrio del universo. Por desgracia, solo funciona con manzanas y, lo que es más asombroso, ¡solo con las manzanas de este árbol concreto, el Malus equilibria! Tengo entendido que alguien dedujo que las manzanas de lo más alto de la copa se llenan de gas y salen flotando cuando el árbol se agita para que pueda esparcir sus semillas a cierta distancia. La naturaleza es fascinante, lástima que la fruta sepa a regalito de perro —añadió Willikins mientras el joven Sam escupía un bocado—. Para serle sincero, comandante, no daría ni dos peniques por muchos de los tipos de clase alta que he conocido, sobre todo en la ciudad, pero algunos de los que viven en estas viejas mansiones de campo cambiaron el mundo a mejor. Como Nabo Ramkin, que revolucionó la agricultura…

—Creo que he oído hablar de él —dijo Vimes—. ¿No tuvo algo que ver con el cultivo de tubérculos? ¿No se ganó así su apodo?

—Casi, casi, señor —lo animó Willikins—. En realidad, inventó la sembradora, lo que supuso unas cosechas más fiables y un gran ahorro en grano. Lo que pasa es que se parecía a un nabo. La gente puede ser muy cruel en ocasiones, señor. También estaba su hermano, Goma Ramkin, que ideó no solo las botas de goma sino también la tela encauchada, antes incluso que los enanos. Era todo un apasionado de la goma, se decía, pero tiene que haber de todo y qué gracia tendría que fuésemos todos iguales, sobre todo si todos fuéramos como él. ¡Los pies y los hombros secos, señor, la respuesta a las plegarias de todo labrador! Trabajé durante un invierno en la recogida de las coles, señor, con un frío que pelaba y tanta lluvia que tenía que hacer cola para llegar al suelo. Entonces bendije su nombre, ya lo creo que sí, aunque fuese cierto lo que decían de las jovencitas, que en realidad tengo entendido que disfrutaban de la experiencia…

—Todo eso está muy bien —lo cortó Vimes—, pero no compensa la estupidez y arrogancia de…

Esa vez fue Willikins quien interrumpió a su señor.

—Y luego estuvo la máquina voladora, por supuesto. El difunto hermano de la señora dedicó muchas horas al proyecto, pero no llegó a despegar del todo. Su objetivo era volar sin escoba ni hechizos, pero por desgracia sucumbió a un acceso de descalabro, pobre chico. Hay una maqueta en el cuarto de los niños, ahora que lo pienso. Va sobre unas cintas de goma.

—Supongo que debía de haberla en abundancia, a no ser que Goma Ramkin tirara las sobras.

El recorrido prosiguió a través de prados de lo que Vimes decidió llamar vacas y bordeando maizales. Buscaron un paso para sortear un canal, se mantuvieron a distancia de un panal e hicieron caso omiso de un fanal, para después ascender por un camino en suave pendiente hasta un altozano en el que habían plantado un hayedo y desde el que podía verse prácticamente todo, y sin duda hasta el confín del universo, pero eso probablemente requeriría mirar derecho hacia arriba sin hayas por en medio. Hasta era posible distinguir la alta nube de humo y gases que flotaba sobre la ciudad de Ankh-Morpork.

—Este es el monte del Ahorcado —dijo Willikins mientras Vimes recobraba el aliento—. Y es posible que no quiera seguir adelante —supuso mientras se acercaban a la cumbre—, a menos, se entiende, que desee explicar a su chico lo que es una horca.

Vimes miró intrigado a su sirviente.

—¿En serio?

—Bueno, como le decía, se llama monte del Ahorcado. ¿Por qué cree que le pusieron el nombre, señor? Jack Ramkin el Porras cometió un lamentable error cuando hizo una desorbitada apuesta de borracho con uno de sus no menos ebrios compañeros de parranda y dijo que se podía ver el humo de la ciudad desde sus terrenos. Un agrimensor, que había evaluado la hipótesis, le informó de que a la colina le faltaban diez metros de altura. Tras detenerse tan solo a intentar sobornar al agrimensor y, al no conseguirlo, dar al susodicho de latigazos, juntó a todos los trabajadores de esta finca y a todos los demás de las inmediaciones y los puso a elevar el montículo los mencionados diez metros, un proyecto sumamente ambicioso. Costó una fortuna, por supuesto, pero es probable que todas las familias de la región sacaran de él ropa caliente para el invierno y unas botas nuevas. Lo hizo muy popular y, por supuesto, ganó su apuesta.

Vimes suspiró.

—No sé por qué creo que me imagino la respuesta, pero voy a preguntarlo de todas formas: ¿de cuánto era la apuesta?

—Nueve litros de coñac —contestó Willikins con tono triunfal—, que se bebió enteros de pie en este preciso lugar, vitoreado por los trabajadores reunidos. Cuenta la leyenda que luego rodó hasta abajo del todo, entre más vítores.

—No creo que ni cuando yo empinaba el codo hubiese podido beberme nueve litros de coñac —dijo Vimes—. ¡Son doce botellas!

—Bueno, hacia el final imagino que una buena parte se le derramaría pantalones abajo, de una manera u otra. Hubo muchos como él, de todos modos…

—Pantalones abajo —repitió el joven Sam, y se deshizo en esa curiosa carcajada ronca de niño de seis años que cree haber oído algo sucio. Por cómo sonaba la historia, los trabajadores que habían animado al viejo borracho pensaban del mismo modo. ¿Vitorear a un hombre que se bebía de una sentada lo que ellos ganaban en un año? ¿Cómo podía ser?

Willikins debía de haberle leído el pensamiento.

—El campo no es tan sutil como la ciudad, comandante. Aquí les gustan las cosas grandes y directas, y Jack el Porras era tan grande y tan directo como el que más. Por eso les caía bien, porque siempre les iba de frente, aunque se cayera de lado. Apuesto a que presumían de él por todas las Comarcas. Como si lo viera: «Nuestro señor borracho puede tumbar a vuestro señor borracho sin despeinarse», y se enorgullecerían de ello. Estoy seguro de que creía hacer lo correcto cuando le dio la mano al jardinero, pero lió a la gente. No saben por dónde cogerlo a usted. ¿Es un hombre o un señor? ¿Es un noble o uno de ellos? Porque, comandante, desde su punto de vista no hay hombre que pueda ser las dos cosas. Sería antinatural. Y, además, al campo no le gustan los líos.

—¡Pantalones liados! —exclamó el joven Sam, y cayó sobre la hierba, desbordado por el humor.

—Yo tampoco sé por dónde cogerme —reconoció Vimes mientras recogía a su hijo y seguía a Willikins ladera abajo—. Pero Sybil sí. Me ha comprometido para bailes, danzas, banquetes y, ah, sí, soirées —concluyó con el tono de un hombre genéticamente programado para desconfiar de cualquier palabra con un acento inexplicable—. En fin, en la ciudad ya me he acostumbrado a esa clase de saraos. Si me huelo que va a ser un puto suplicio, me aseguro de que me llamen para una emergencia a la mitad; o por lo menos eso hacía antes de que Sybil me pillara. Es terrible que los empleados de un hombre acepten órdenes de su esposa, ¿sabes?

—Sí, comandante. Ha ordenado al personal de la cocina que no prepare sándwiches de beicon sin su consentimiento expreso.

Vimes hizo una mueca de dolor.

—Habrás traído el equipo portátil de cocina, ¿verdad?

—Por desgracia, la señora conoce la existencia de nuestro pequeño equipo de cocina, comandante. Ha prohibido al personal que me dé beicon a menos que la orden provenga directamente de ella.

—¡En serio, es peor que Vetinari! ¿Cómo se entera de todo eso?

—A decir verdad, comandante, no creo que se entere, por lo menos con pruebas fehacientes. Sencillamente le conoce. Quizá debería considerarlo una suspicacia amistosa. Tendríamos que ir tirando, comandante. Me han dicho que hay ensalada de pollo para cenar.

—¿Me gusta la ensalada de pollo?

—Sí, comandante, según la señora le gusta.

Vimes cedió.

—Entonces me gusta.

En la avenida Pastelito, Vimes y Sybil por lo general tomaban una sola comida juntos al día, en la misma cocina, que para entonces siempre estaba calentita. Se sentaban uno frente al otro en la mesa, que era lo bastante larga para dar cabida a la enorme colección de botellas de salsa, tarros de mostaza, encurtidos y, por supuesto, conservas agridulces, pues Vimes compartía la creencia popular de que ningún frasco de encurtidos está vacío de verdad si se menea la cucharita dentro durante el tiempo suficiente.

En la Mansión las cosas eran diferentes. Para empezar, había demasiada comida. Vimes no había nacido ayer, ni siquiera anteayer, y se abstuvo de hacer comentarios.

Willikins sirvió a Vimes y a lady Sybil. En rigor no era su trabajo mientras estuvieran fuera de casa, pero en rigor la mayoría de caballeros de los caballeros tampoco llevaban unas nudilleras de metal en su chaqueta hecha a medida.

—¿Y qué habéis hecho esta mañana, chicos? —preguntó lady Sybil con alegría mientras los platos se vaciaban.

—¡Hemos visto al hombre apestoso de los huesos! —exclamó su hijo—. ¡Era como todo barba, pero apestaba! ¡Y hemos encontrado el árbol maloliente de las manzanas que saben a caca!

La plácida expresión de lady Sybil no se alteró.

—Y luego habéis bajado por el monte de las volteretas, ¿verdad? ¿Qué me dices del canal, el panal y el fanal?

—¡Sí, pero hay caca de vaca por todas partes! ¡La he pisado!

El joven Sam esperaba una respuesta adulta, y su madre dijo:

—Bueno, tienes tus botas camperas nuevas, ¿verdad? Para eso sirven, para pisar caca de vaca.

Sam Vimes observó cómo la cara de su hijo se iluminaba con un placer imposible mientras su madre seguía hablando.

—Tu abuelo siempre me decía que, si veía una gran pila de estiércol en el campo, tenía que darle unas cuantas patadas para extenderla bien, porque así toda la hierba crece como es debido. —Sonrió al ver la expresión de Sam y siguió—: Bueno, es verdad, cariño. El estiércol es muy importante en las granjas.

—Siempre y cuando entienda que no debe empezar a pegar patadas en las alcantarillas cuando vuelva a la ciudad —dijo Vimes—. Allí hay porquería que devuelve las patadas.

—Tiene que aprender cosas sobre el campo. Tiene que saber de dónde viene la comida y cómo la conseguimos. ¡Esto es importante, Sam!

—Por supuesto, cariño.

Lady Sybil lanzó a su marido una mirada que solo puede lanzar una esposa.

—Esa es tu voz de sufrido pero obediente, Sam.

—Sí, pero no veo…

Sybil lo interrumpió.

—El joven Sam heredará todo esto algún día y me gustaría que tuviese una mínima idea de lo que es, tal y como me gustaría que tú te relajases y disfrutaras de tus vacaciones. Más tarde me llevaré a Sam a nuestra granja, para que vea cómo ordeñan a las vacas, y a recoger huevos. —Se levantó—. Pero antes bajaré con él a la cripta para que conozca a sus antepasados. —Captó la expresión de pánico de su marido y se apresuró a añadir—: No pasa nada, Sam, no van paseándose por ahí; en realidad, están en unas cajas muy caras. ¿Por qué no nos acompañas?

La muerte no le era desconocida a Sam Vimes, y viceversa. Lo que le deprimía eran los suicidios. En su mayor parte eran ahorcamientos, porque había que ser un suicida extremo para saltar al río Ankh, entre otras cosas porque se rebotaría varias veces antes de atravesar la costra. Y había que investigar cada uno de ellos por si acaso era un asesinato camuflado, y si bien el se[[9]](#footnote-9)ñor Dispuesto, actual verdugo de la ciudad, podía precipitar a un reo a la eternidad con tanta rapidez y eficiencia que probablemente ni lo notaba, Vimes había visto con demasiada frecuencia lo que lograban los aficionados.

La cripta familiar de los Ramkin le recordó al depósito de cadáveres municipal de madrugada. Estaba abarrotada; algunos ataúdes estaban apilados de canto, como clasificados en los estantes de la morgue, aunque era de esperar que no se pudieran deslizar hacia fuera. Vimes observó con recelo mientras su esposa llevaba a su hijo de una placa a otra sin dejarse ni una, leyéndole los nombres y explicando un poco de cada ocupante, y sintió a su alrededor las profundidades frías e insondables del tiempo, que de algún modo emanaban de las paredes. ¿Qué sentiría el joven Sam al conocer los nombres de todos aquellos abuelos de siglos pasados? Vimes no había conocido a su padre. Su madre le contó que un carro lo había atropellado, pero Vimes sospechaba que, si eso tenía algo de verdad, lo más probable era que se tratara del carro de un bodeguero, que lo «atropelló» poco a poco durante años. Ah, sí, por supuesto también estaba el Viejo Carapiedra, el regicida, actualmente rehabilitado y con una estatua en la ciudad, en la que nunca pintaban grafitis porque Vimes había dejado claro qué le pasaría al perpetrador.

Pero el Viejo Carapiedra era solo un punto en el tiempo, una especie de mito verídico. No había una línea entre él y Sam Vimes, solo un doloroso abismo.

Aun así, el joven Sam sería duque algún día, y esa era una idea a la que valía la pena aferrarse. No se criaría preocupado por lo que era, porque lo sabría, y hasta era posible que la influencia de su madre compensara el enorme lastre de tener a Samuel Vimes como padre. El joven Sam podría asombrar al mundo del modo correcto. Para eso hacía falta confianza, y contar con un hatajo de ancestros (supuestamente) chiflados pero interesantes no podía por menos que impresionar al hombre de la calle, y Vimes conocía un montón de calles, y un montón de hombres.

Willikins no había dicho toda la verdad. Hasta la gente de ciudad se encariñaba con los personajes, sobre todo si tenían el corazón negro o eran lo bastante interesantes para realizar una contribución sustancial al interminable y desquiciado circo que era la vida callejera de Ankh-Morpork, y mientras tener un padre alcohólico no estaba muy bien visto, tener un tataratatarabuelo capaz de beber tanto coñac que su orina debía de ser inflamable y que después, según Willikins, volvía a casa como si nada y daba buena cuenta de un rodaballo seguido de un ganso asado (regados con sus debidos vinos) y luego jugaba unas manos de cerdo carré con sus amigotes [[10]](#footnote-10)hasta el amanecer y recuperaba sus pérdidas anteriores… En fin, a la gente le encantaba esa clase de cosas, y esa clase de personas, las que daban patadas en el culo al mundo y le gritaban. ¿De verdad era un antepasado del que enorgullecerse?

—Creo… que me apetece dar un paseo por mi cuenta —anunció Vimes—. Ya sabes, echar un vistazo, curiosear un poco, acostumbrarme a este asunto del campo a mi propio ritmo.

—Willikins tendría que acompañarte, cariño —dijo lady Sybil—, por si acaso.

—¿Por si acaso qué, cariño? Recorro las calles de la ciudad todas las noches, ¿no es así? No creo que necesite una niñera para dar un paseo por el campo. Intento empaparme del espíritu del lugar. Miraré los narcisos para ver si me colman de gozo, o lo que sea que se supone que hacen, estaré ojo avizor por si veo al escurridizo somormujo sastre y veré cómo echan a volar los topos. Llevo semanas leyendo la sección de naturaleza del periódico. Creo que sabré defenderme solo, cariño. ¡El comandante de la Guardia no se va a quedar papando moscas por ver un papamoscas!

Lady Sybil conocía por experiencia los momentos en que era mejor no discutir, y se conformó con decir:

—No hagas enfadar a nadie, por lo menos, ¿de acuerdo, cariño?

Después de diez minutos de caminar, Vimes estaba perdido. No en el sentido físico, sino en el metafórico, espiritual y peripatético. Las fragancias de los setos se le hacían insustanciales en comparación con los recios hedores de la ciudad, y no tenía ni la más mínima idea de lo que agitaba la maleza. Reconoció las vaquillas y los bueyes porque había atravesado a menudo el barrio de los mataderos, pero los animales de campo no estaban apabullados por el miedo y lo miraban con atención al pasarles por delante, como si estuvieran tomando apuntes con total tranquilidad. ¡Sí, eso era! ¡El mundo estaba del revés! Él era policía, siempre había sido policía y moriría policía. Nadie dejaba nunca de ser policía, en general, y como agente de la ley se paseaba por la ciudad más o menos invisible, menos para aquellos cuya ocupación consistía en avistar a los policías y cuyo sustento dependía de avistarlos antes de que los avistaran a ellos. A grandes rasgos, el guardia formaba parte del escenario hasta que el grito, el tintineo de los cristales rotos y el sonido de los pasos delictivos lo desplazaba al primer plano.

Pero allí todo le miraba. Las cosas huían tras un seto, alzaban el vuelo asustadas o simplemente susurraban sospechosamente entre la maleza. Él era el extraño, el intruso, al que nadie quería.

Dobló otro recodo y se encontró con la aldea. Había visto las chimeneas desde cierta distancia, pero los senderos y caminos se entrecruzaban como una maraña y se le confundían entre los exuberantes setos y los árboles que formaban túneles de sombra, cosa que era de agradecer, y mandaban al cuerno su sentido de la orientación, cosa que no lo era.

Ya había perdido todo punto de referencia, tenía calor y estaba irritado cuando salió a un largo camino polvoriento que tenía casitas con tejado de paja a ambos lados y, a la mitad, un edificio grande que decía a gritos «pub», sobre todo por parte de los tres vejetes sentados delante en un banco que ojearon esperanzados a Vimes, por si era la clase de hombre que invitaba a una pinta a los demás. La ropa que llevaban parecía que se la hubiesen clavado. Luego, cuando se les acercó, uno dijo algo a los otros dos y todos se levantaron a su paso, llevándose el dedo índice al ala del sombrero. Uno de ellos dijo:

—Alasbuenas, celencia.

Vimes interpretó la frase al cabo de un momento de reflexión. La acompañó una leve y significativa inclinación de las jarras vacías para demostrar que eran en efecto jarras vacías y, por tanto, una anomalía a rectificar.

Vimes sabía lo que se esperaba de él. No había un solo pub en Ankh-Morpork que no tuviese a tres viejos equivalentes tomando el sol fuera, siempre listos para hablar con desconocidos sobre los buenos tiempos, es decir, cuando las jarras que acunaban tenían cerveza dentro. Y la costumbre dictaba surtirlos de cerveza barata y recibir a cambio un «Caramba, muchas gracias, buen hombre» y, muy probablemente, pequeñas burbujas de información sobre quién había sido visto dónde haciendo qué y con quién y cuándo, las semillas para el cultivo de un policía.

Pero las expresiones de aquellos tres cambiaron cuando otro de ellos susurró apresuradamente a sus compañeros. Volvieron a sentarse en el banco de madera como si intentasen pasar desapercibidos pero sin soltar las jarras vacías porque, bueno, nunca se sabe. Un cartel sobre la puerta proclamaba que el local se llamaba La Cabeza del Trasgo.

Delante del pub había una gran explanada que se había empradizado, como solía decirse. Un puñado de ovejas pastaban en ella y hacia el final había una gran pila de madera dispuesta como un vallar de mimbre, cuyo propósito Vimes no pudo deducir. Sin embargo, le sonaba la expresión «campo del pueblo», aunque no los hubiera visto nunca. Ankh-Morpork no andaba muy sobrada de campos.

El pub olía a cerveza rancia. Le venía bien como baluarte contra la tentación, aunque Vimes llevaba años sobrio y hasta podía superar la copita de jerez que era casi obligatoria en algunos actos oficiales, porque de todas formas odiaba su sabor. El olor a cerveza vetusta ejercía el mismo efecto. A la patética luz de las minúsculas ventanas, distinguió a un hombre mayor que sacaba brillo industriosamente a una jarra. El hombre alzó la mirada hacia Vimes y le saludó con la cabeza, el gesto básico que en todas partes se entiende como «Te veo, me ves, de ti depende lo que pase a continuación», aunque algunos taberneros pueden dar al asentimiento una inflexión que logra transmitir el mensaje adicional de que tal vez haya un cacho de tubería de plomo de medio metro bajo la barra, por si a la parte contratante de la segunda parte se le ocurrieran ideas raras, por así decirlo.

—¿Tiene algo que no lleve alcohol? —preguntó Vimes.

El camarero colgó la jarra con esmero de un gancho que había sobre la barra, miró a los ojos a Vimes y dijo, sin malicia:

—Verá, señor, es que esto es lo que llamamos un pub. La gente se lo toma a mal si quito el alcohol. —Tamborileó con los dedos sobre la barra por un momento y añadió, dubitativo—: Mi mujer hace un refresco de raíces, si le apetece.

—¿Qué clase de raíces?

—Remolacha, en concreto, señor. Es buena para la regularidad.

—Bueno, yo siempre me he considerado una persona regular —alegó Vimes—. Póngame una pinta… no, que sea media pinta, gracias.

El hombre le dedicó otro asentimiento y desapareció brevemente entre bastidores para volver con un gran vaso del que rebosaba una espuma roja.

—Tenga —dijo mientras lo dejaba con cuidado sobre la barra—. No lo metemos en jarras de peltre porque fastidia el metal. A esta invita la casa, señor. Mi nombre es Jiminy y soy el propietario de La Cabeza del Trasgo. Me atrevo a decir que conozco el suyo. Mi hija trabaja de doncella en la casa grande, y yo trato a todos los hombres por igual, porque el tabernero es amigo de cualquier hombre con dinero en el bolsillo y también, si le da por ahí, quizá hasta de los que se encuentran temporalmente sin blanca, lo cual, por el momento, no incluye a esos tres pelagatos de ahí fuera. Un tabernero ve a todos los hombres después de unas cuantas cervezas, y no ve motivo para discriminar.

Jiminy guiñó un ojo a Vimes, que le tendió la mano y dijo:

—¡Entonces estrecho con gusto la mano de un tabernero!

Vimes estaba acostumbrado a la ridícula letanía. Todo hombre que servía detrás de una barra se creía uno de los mayores pensadores del mundo, y era prudente tratarlo como tal. Tras el apretón de manos, añadió:

—Este zumo está bastante bueno. Un poco ácido.

—Sí, señor, mi mujer le echa guindilla y semillas de apio para dar la sensación de que se está bebiendo algo con cuerpo.

Vimes se apoyó en la barra con una sensación de paz inexplicable. De la pared de detrás de la barra colgaban cabezas de animales muertos, sobre todo de los poseedores de cuernos y colmillos, pero le sobresaltó descubrir, a la mugrienta luz, una cabeza de trasgo. Estoy de vacaciones, pensó, y seguro que eso pasó hace mucho tiempo, es historia antigua, y lo dejó ahí.

Jiminy se entregó a las docenas de pequeñas faenas que un camarero siempre puede encontrar mientras echaba vistazos ocasionales a su único cliente. Vimes reflexionó durante unos instantes y dijo:

—¿Puede sacar una pinta a esos caballeros de ahí fuera, señor Jiminy, y meter un coñac en cada una para que tengan la sensación de beber algo con cuerpo?

—Hablamos de Tom el Largo, Tom el Corto y Tom el Tom —explicó Jiminy mientras echaba mano de unas jarras—. Unos tipos decentes, trillizos, por cierto. Se ganan la vida, pero podría decirse que les tocó un solo cerebro para los tres, y tampoco es que fuera un cerebro espectacular. Son unos hachas espantando pájaros, eso sí.

—¿Y a todos les pusieron Tom? —preguntó Vimes.

—Exacto. Es algo así como un nombre tradicional de la familia, se ve, porque su padre también se llamaba Tom. A lo mejor les evita equívocos, ya que son fáciles de confundir. Empiezan a tener una edad, claro, pero si se les da un trabajo lo harán y lo harán bien, y no pararán hasta que se lo manden. No hay mendigos en el campo, ya sabe. Siempre hay trabajillos pendientes. Con su permiso, señor, les daré solo un toque de coñac. No necesitan demasiada confusión, ya me entiende.

El tabernero colocó las jarras en una bandeja y salió a la brillante luz del sol. Vimes se metió a toda prisa detrás de la barra y salió sin detenerse. Al cabo de unos segundos, ya estaba apoyado como quien no quiere la cosa cuando tres rostros asomaron por la puerta abierta. Con cierta aprensión, las tres caras saludaron con el pulgar levantado a Vimes y desaparecieron enseguida, probablemente por si explotaba o le salían cuernos.

Jiminy volvió con la bandeja vacía y dedicó a Vimes una sonrisa alegre.

—Bueno, sepa que ha hecho amigos, señor, pero no quisiera entretenerle. Seguro que tiene mucho que hacer.

Un policía, pensó Vimes. Reconozco una porra reglamentaria cuando la veo. Es el sueño de cualquier agente, ¿verdad? Dejar atrás las calles y abrir un pub en alguna parte, y como eres poli y nunca dejarás de serlo, sigues estando al tanto de lo que se cuece a tu alrededor. Te conozco, y tú no lo sabes. Y yo a eso lo llamo un resultado. Ya hablaremos, señor Jiminy. Sé dónde vive.

En ese momento oyó unos pasos lentos y pesados que se acercaban desde lejos. Vio a los lugareños que llegaban en ropa de faena y con lo que la mayoría llamaría útiles de labranza, pero que Vimes archivó mentalmente como armas ofensivas. La tropa se detuvo ante la puerta y oyó susurros. Los tres Toms estaban divulgando la noticia del día, al parecer, que en apariencia estaba siendo acogida con incredulidad o desdén. Se estaba llegando a alguna clase de conclusión, de mala gana.

Entonces los hombres entraron en tropel y la mente de Vimes los fue fichando para tener una referencia rápida. La prueba número uno era un anciano que llevaba una larga barba blanca y, por los cielos, un blusón. ¿De verdad aún existían? Fuera cual fuese su nombre, los demás probablemente lo llamaban «Abuelo». El barbudo se llevó un tímido índice a la frente en ademán de saludo y se dirigió a la barra, sano y salvo con su misión cumplida. Llevaba un gran gancho, que no era un arma simpática. La prueba número dos llevaba una pala, que podía actuar de hacha o de maza si el dueño sabía manejarla bien. También llevaba blusón, no cruzó la mirada con Vimes y su saludo fue más bien un manotazo enrabietado. La prueba número tres, que sostenía una caja de herramientas (un arma terrorífica si se blandía con precisión) entró a paso ligero y apenas miró de reojo en la dirección de Vimes. Parecía joven y tirando a enclenque pero, aun así, esas cajas podían coger mucho impulso. Después entró otro anciano, que llevaba un delantal de herrero pero no tenía el físico adecuado, de modo que Vimes lo clasificó como herrador. Sí, encajaba: bajo y fibroso, le resultaría fácil colocarse bajo un caballo. El hombre ofreció un intento razonable de saludo con inclinación, y Vimes no detectó ningún bulto sospechoso oculto por el delantal. No podía escapar de aquella álgebra; era una parte integral de su trabajo. Aunque no se esperasen problemas, había que… bueno, esperar problemas.

Y entonces la sala se petrificó.

Antes había habido conversaciones desganadas en las inmediaciones de Jiminy, pero cesaron al entrar el auténtico herrero. Joder. Todas las campanas de alarma de Vimes repicaron a la vez, y no eran cascabeles: repicaban de verdad. Tras un breve vistazo ceñudo a la sala, el hombre puso rumbo a la barra en una trayectoria que le haría pasar por el lado, o probablemente por encima, o incluso a través de Sam Vimes. Al final bastó con que Vimes apartara su jarra del peligro para frustrar el descarado intento de derramarla «por accidente».

—Señor Jiminy —dijo bien alto—, una ronda de bebidas para estos caballeros, ¿de acuerdo?

La oferta despertó cierta alegría entre los demás recién llegados, pero el herrero dejó caer una mano como una pala en la madera, con tanta fuerza que los vasos saltaron.

—¡Yo no bebo con los que muelen las caras de los pobres!

Vimes le sostuvo la mirada.

—Lo siento, hoy no me he traído el molinillo —bromeó, lo cual fue una tontería porque el par de risillas contenidas de los esperanzados bebedores de la barra no hicieron sino avivar cualquier fuego que el herrero no se hubiera dejado en el trabajo y lo enfurecieron.

—¿Quién es para creerse mejor hombre que yo?

Vimes se encogió de hombros.

—No sé si soy mejor hombre que usted —replicó aunque estaba pensando: A mí me pareces un hombre grande en una comunidad pequeña, y te crees muy duro porque eres fuerte y el metal no se te acerca en silencio por la espalda para darte una patada en los compañones. ¡Madre mía, si ni siquiera sabes colocarte bien! Hasta el cabo Nobbs te tumbaría y estaría pateándote con saña en la entrepierna antes de que te enterases.

Como cualquier hombre temeroso de que algo caro pudiera romperse, Jiminy se acercó al herrero rápidamente, lo agarró del brazo y dijo:

—Venga, Jetro, tengamos la fiesta en paz. Su excelencia solo está bebiendo como tiene derecho a hacer cualquier hombre…

La maniobra pareció funcionar, aunque los rescoldos de la agresividad caldeaban aún la cara de Jetro y, en realidad, todo el ambiente. A juzgar por las expresiones de los demás, estaban acostumbrados a esas salidas. Cualquier policía que se preciara sabía leer a la clientela de un pub, y Vimes probablemente podría escribir un tratado histórico, con notas al pie. Toda comunidad tiene su exaltado, su loco o su político autodidacta. En general se los tolera porque, por así decirlo, ningún hogar está completo sin ellos, y la gente dice cosas como «Ya sabes cómo es» y el aire se despeja y la vida sigue su curso. Pero Jetro, sentado al final de la barra y agarrado a su cerveza como un león abrazado a su gacela, era un hombre que acabaría estallando, según el inventario del riesgo de Vimes. Por supuesto, el mundo a veces necesitaba una explosión, siempre que no sucediera donde Vimes estaba bebiendo.

Vimes notó que el pub empezaba a llenarse, sobre todo de más hijos de la tierra, pero también de personas que, fueran caballeros o no, esperarían que los tratasen como tales. Llevaban gorras de colores y pantalones blancos y hablaban por los codos.

También había actividad en el exterior; caballos y carruajes iban llenando el camino. Alguien daba martillazos en alguna parte y la esposa de Jiminy patroneaba o, mejor dicho, matroneaba la barra mientras su marido corría de un lado a otro con la bandeja. Jetro permanecía en su esquina como si esperase el momento adecuado, lanzándole cuchillos de vez en cuando con la mirada, y probablemente también puños con opción a botas, si Vimes giraba la cabeza en su dirección.

Vimes decidió echar un vistazo por la pringosa ventana del pub. Por desgracia, el local merecía el terrorífico calificativo de pintoresco, y por tanto la ventana consistía en pequeños cristales redondos en un armazón de plomo. Su objetivo era dejar entrar el sol, no dejar mirar hacia fuera, ya que torcían la luz en ángulos tan erráticos que casi la rompían. Por un cristal se veía lo que con toda probabilidad era una oveja pero parecía una ballena blanca, hasta que se movió, momento en el cual se convirtió en un champiñón. Cruzó por delante un hombre sin cabeza hasta que llegó al siguiente cristal, donde adquirió un único ojo enorme. Al joven Sam le habría encantado, pero su padre decidió no exponerse a la ceguera y salió al sol.

Ah, pensó, es una especie de juego.

En fin.

A Vimes no le entusiasmaban los juegos porque atraían a multitudes, y las multitudes atraían trabajo para los policías. Pero allí no era policía, ¿verdad? Era una sensación extraña, de manera que se alejó un poco del pub y se convirtió en un transeúnte inocente. No recordaba cuándo lo había sido antes. Se sentía… vulnerable. Se aproximó al hombre más cercano, que estaba clavando unas estacas en el suelo, y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? —Al darse cuenta de que había hablado en idioma policía y no como un ciudadano de a pie, se apresuró a añadir—: Si no le importa que se lo pregunte.

El hombre enderezó la espalda. Era uno de los que llevaban gorra de colores.

—¿Nunca ha visto una partida de cróckett, señor? ¡Es el juego de los juegos!

El señor Civil Vimes hizo lo que pudo por parecer un hombre sediento de más información deliciosa. A juzgar por el entusiasmo sonriente de su interlocutor, estaba a punto de aprender las reglas del cróckett, quisiera o no. Bueno, pensó, me pasa por preguntar…

—A primera vista, señor, el cróckett puede parecer otro juego de pelota más en el que dos bandos se enfrentan mediante intentos de propulsar la bola con la mano, la paleta u otro medio hasta alguna clase de meta del rival. El cróckett, sin embargo, fue inventado durante una partida de cróquet en la Escuela de Teología San Onán en Senda-del-Perdedor, cuando el novicio Jackson Campojusto, actual obispo de Quirm, cogió su mazo con las dos manos y, en lugar de darle un suave golpecito a la pelota…

Después de eso Vimes se rindió, no solo porque el reglamento del juego era incomprensible por derecho propio, sino también porque el entusiasmadísimo joven permitía que su pasión se impusiera a cualquier consideración sobre la necesidad de explicar las cosas en un orden sensato, lo que significaba que el flujo de información se veía interrumpido una y otra vez por disculpas del estilo de: «Lo siento, tendría que haber explicado antes que no se permite un segundo cono más de una vez por intercambio, y que en el juego normal solo hay un plof, a menos, por supuesto, que hablemos del cróckett real…».

Vimes murió… El sol cayó del firmamento, los lagartos gigantes se apoderaron del mundo, las estrellas explotaron y se apagaron y toda esperanza desapareció con un borboteo por el desagüe del olvido, y el gas llenó los cielos, prendió y ¡oh, maravilla! Hubo un nuevo cielo, un atento dueño y un nuevo disco, y oh, y posiblemente hete aquí, que la vida salió arrastrándose del mar, o tal vez no, porque la habían creado los dioses —eso en realidad dependía del observador—, y los lagartos se convirtieron en lagartos con menos escamas, o tal vez no, y esos lagartos se convirtieron en pájaros, y los gusanos en mariposas, y una especie de manzana se transformó en los plátanos, y posiblemente una clase de mono se cayó del árbol y descubrió que la vida era mejor cuando no había que pasarse todo el rato agarrado a algo y, en tan solo unos millones de años, desarrolló los pantalones, los sombreros a rayas y, por último, el juego del cróckett, y allí, reencarnado por arte de magia, se encontraba Vimes, algo mareado, plantado en el campo del pueblo ante la faz sonriente de un entusiasta.

—Bueno —logró decir—, eso es asombroso, muchísimas gracias. No veo la hora de disfrutar del juego.

Llegado ese momento, pensó que se imponía una rápida caminata de vuelta a casa, pero frustró sus planes una voz desgraciadamente familiar a su espalda:

—¡Usted, oiga, sí, usted! ¿No es Vimes?

Era lord Óxido, por lo general de Ankh-Morpork, un fiero veterano de guerra sin cuya especial comprensión de la estrategia y la táctica varias guerras no se hubieran ganado con tanto derramamiento de sangre. Ahora se desplazaba en silla de ruedas, un modelo flamante empujado por un hombre cuya vida era, conociendo a su señoría, con toda probabilidad insoportable.

Pero el odio no tiende a tener un período de semidesintegración muy largo, y en años recientes Vimes había pasado a considerar al hombre ni más ni menos que un idiota con título, incapacitado por la edad pero aun así poseedor de una molesta voz caballuna que, debidamente enjaezada, podría usarse para serrar árboles. Lord Óxido ya no era un problema. No debían de faltar más de unos pocos años para que se oxidara en paz. Y en algún rincón de su nudosa cabeza, Vimes aún conservaba un retazo de admiración por el viejo carnicero cascarrabias, con su perenne autoestima y su absoluta disposición a no cambiar de opinión sobre nada de nada. La reacción del abuelete al hecho de que Vimes, el odiado policía, fuese ahora duque (y, en consecuencia, mucho más noble que él) había sido dar por sentado que no podía ser cierto y, por lo tanto, hacer caso omiso. Vimes consideraba a lord Óxido un bufón peligroso pero también, y ahí estaba el problema, valiente hasta extremos increíbles, cuando no suicidas. Habría sido un caso de «aquí paz y allá gloria» de no ser por los suicidios de los pobres diablos que lo siguieron a la batalla.

Según los testigos era algo inexplicable: Óxido galopaba hacia las fauces de la muerte a la cabeza de sus hombres y jamás nadie le vio vacilar, pero las flechas y mazas de armas nunca le alcanzaban, sino que indefectiblemente golpeaban a los hombres que lo seguían. Daban fe de ello los testigos, es decir, las personas que observaban la batalla escondidas detrás de rocas reconfortantemente grandes. A lo mejor también era capaz de hacer caso omiso a las flechas que disparaban contra él. Pero la edad no era tan fácil de burlar, y el viejo, aunque seguía igual de arrogante, parecía algo hundido.

Óxido dedicó a Vimes una muy inusual sonrisa y dijo:

—Es la primera vez que le veo por aquí, Vimes. ¿Sybil quiere volver a sus raíces, qué?

—Quiere que el joven Sam se embarre un poco las botas, Óxido.

—¡Así me gusta, qué! ¡Al chico le sentará bien y así se hará un hombre, qué!

Vimes nunca había entendido de dónde salían aquellos «qué» tan explosivos. Al fin y al cabo, pensaba, ¿qué sentido tiene ladrar «qué» sin el menor motivo discernible? Y en cuanto a «¡Qué qué!», en fin, ¿a qué venía eso? ¿Por qué «qué»? Los «qué» parecían piquetas clavadas a la conversación, pero ¿para qué demonios, qué?

—¿No viene por motivos oficiales, entonces, qué?

La cabeza de Vimes se puso a trabajar tan deprisa que Óxido tendría que haber oído girar los engranajes. Analizó el tono de voz, la expresión del hombre, ese leve, levísimo pero aun así perceptible atisbo de esperanza de que la respuesta fuese «no», y llegó a la teoría de que tal vez no fuese mala idea dejar caer un gatito diminuto entre las palomas.

Se rió.

—Bueno, Óxido, Sybil lleva dándome la tabarra con venir aquí desde que nació nuestro hijo, y este año se ha puesto seria y supongo que la orden de una esposa debe considerarse oficial, ¡cuándo!

Vimes vio que el hombre que empujaba la descomunal silla de ruedas intentaba disimular una sonrisa, sobre todo cuando Óxido respondió con un desconcertado:

—¿Qué?

Vimes decidió no seguir con el «dónde» y en cambio dijo, como quien no quiere la cosa:

—Bueno, ya sabe lo que pasa, lord Óxido. Un policía encuentra delitos donde sea, si se decide a buscar lo suficiente.

La sonrisa de lord Óxido aguantó, pero se había cuajado un poco cuando respondió:

—Yo haría caso del consejo de su encantadora dama, Vimes. ¡No creo que vaya a encontrar nada digno de su talla por aquí! —No lo remató con un «qué», y la ausencia fue una especie de énfasis.

Vimes siempre había pensado que a menudo era buena idea dar algo que hacer a las partes tontas del cerebro para que no interfiriesen con las importantes, que tenían un trabajo serio que cumplir. De modo que presenció su primer partido de cróckett durante media hora entera antes de que una alarma interna le informase de que en breve tenía que volver a la Mansión para leer al joven Sam —algo donde, con un poco de suerte, no se mencionase la caca en todas las páginas— y arroparlo en la cama antes de cenar.

Su pronta llegada cosechó un asentimiento de aprobación de Sybil, que le entregó de mala gana un nuevo libro para leerle a su hijo.

Vimes miró la cubierta. Se titulaba El mundo de la caca. Cuando dejó de estar a la vista de su esposa, lo hojeó con cautela. Bueno, vale, había que aceptar que el mundo había avanzado y que últimamente los cuentos de hadas no tenían por qué tratar de pequeñas criaturas brillantes con alas. Mientras iba pasando las páginas, comprendió que quienquiera que hubiese escrito ese libro sin duda sabía lo que hacía reír a niños como el joven Sam hasta casi hacerles vomitar. El fragmento sobre la navegación río abajo casi le hizo sonreír a él. Pero, intercaladas con la escatología, había cosas realmente interesantes sobre fosas sépticas, poceros, estercoleros y sobre cómo las heces de perro ayudaban a fabricar el mejor cuero, y otros datos que nunca habría pensado que necesitaba saber pero que, una vez oídos, de algún modo se quedaban alojados en el cerebro.

Al parecer era obra de la autora de Pis y, si el joven Sam tuviera un voto para elegir el mejor libro jamás escrito, sería para Pis. Su entusiasmo se veía más avivado si cabe porque una extraña vena traviesa impulsaba a Vimes a pronunciar todas las onomatopeyas de esfuerzo necesarias.

Más tarde, durante la cena, Sybil le preguntó por su tarde. Le interesó en especial oír que se había parado a ver el cróckett.

—Anda, ¿todavía juegan? ¡Es fantástico! ¿Cómo ha ido?

Vimes dejó el cuchillo y el tenedor y observó meditabundo el techo unos instantes, para después contestar:

—Bueno, he estado hablando con lord Óxido durante un rato y me he tenido que ir, por supuesto, por el joven Sam, pero la fortuna estaba favoreciendo a los sacerdotes, cuando su golpeador ha logrado plofear a un par de granjeros mediante un uso ingenioso de la cesta. Eso ha provocado varias protestas al hombre del sombrero, porque al hacerlo ha roto su mazo, y en mi opinión la decisión del hombre del sombrero ha sido del todo correcta, sobre todo porque los granjeros habían hecho una maniobra de pico. —Tomó aliento—. Al retomarse el juego, los granjeros aún estaban algo fuera del partido, pero han conseguido un respiro cuando una oveja se ha metido en el campo y los sacerdotes, dando por sentado que el incidente detendría el juego, se han relajado demasiado pronto, y Higgins J. ha hecho un magnífico lanzamiento de serrucho por debajo del rumiante infractor…

Sybil por fin lo atajó al darse cuenta de que la comida se estaba enfriando demasiado.

—¡Sam! ¿Cómo te has convertido en un experto en el noble juego del cróckett?

Vimes recogió los cubiertos.

—Por favor, no vuelvas a preguntarme. —Suspiró. En su cabeza, entretanto, una vocecilla susurraba: «Lord Óxido dice que aquí no hay nada para mí. Vaya, vaya, será mejor que descubra qué es, ¿qué?». Carraspeó y dijo—: Sybil, ¿has llegado a mirar el libro que estoy leyendo al joven Sam?

—Sí, cariño. Felicidad Bidel es la escritora de cuentos infantiles más famosa del mundo. Lleva años dedicándose. Escribió Melvin y el forúnculo enorme, Geoffrey y la funda de almohada mágica, El patito que se creía un elefante…

—¿Escribió alguno sobre un elefante que se creía un patito?

—No, Sam, porque eso sería una tontería. Ah, sí, también escribió Daphne y los hurgadores de narices, y por El problema enorme de Gaston le dieron el premio Gladys H. J. Ferguson, por quinta vez. Hace que los niños se interesen por la lectura, ¿comprendes?

—Sí —dijo Vimes—, ¡pero están leyendo sobre caca y patitos descerebrados!

—Sam, eso forma parte de la experiencia humana común, así que no seas tan mojigato. Ahora el joven Sam es un chico de campo, y estoy muy orgullosa de él, y le gustan los libros. ¡Esa es la cuestión! La señorita Bidel también financia becas para el Colegio de Quirm para Jóvenes Damas. Debe de ser ya muy rica, pero dicen que se ha comprado la Casa del Manzano, que prácticamente se ve desde aquí. Está en la ladera de la colina, y me parece apropiado, si no te importa, por supuesto, que la invitemos a la Mansión.

—Claro —aceptó Vimes, aunque su nomeimportismo se debía por completo al modo en que su mujer había formulado la pregunta y la sutil resonancia de que la visita de la señorita Bidel ya estaba decidida.

Vimes durmió mucho mejor esa noche, en parte porque sentía que en algún lugar del universo cercano había una pista esperando a que tirase de ella. Ya le picaban los dedos.

Por la mañana, como había prometido, llevó al joven Sam a montar a caballo. Vimes sabía cabalgar, pero lo odiaba. Pese a todo, caer de cabeza desde el lomo de un poni era una habilidad que todo joven debería aprender, aunque solo fuera para decidirse a no repetirlo nunca.

El resto del día, sin embargo, no salió bien. Vimes, con la cabeza llena de sospechas, se vio arrastrado metafórica y casi literalmente por Sybil para ver a su amiga Ariadne, la dama bendecida con las seis hijas. En realidad solo había cinco a la vista en el coqueto salón cuando les hicieron pasar a Sybil y a él. Lo agasajaron con un «Querido y valiente comandante Vimes»; él odiaba esas mamarrachadas mas, bajo la mirada benigna pero atenta de Sybil, tuvo el sentido común de no expresarlo, por lo menos con esas palabras exactas. Y así, sonrió y apechugó mientras las niñas revoloteaban a su alrededor como enormes polillas, y rechazó los ofrecimientos de repetir de pastas y de té que habría recibido de buena gana de no ser porque tenía el aspecto y el sabor del té de verdad al poco de que alguien se lo haya bebido. A Sam le gustaba el té, pero para él no merecía ese nombre si, antes de acabárselo, podía verse el fondo de la taza.

Aún peor que la merienda que les ofrecían fue la conversación, que se inclinó hacia los sombreritos, un tema sobre el que no solo atesoraba ignorancia, sino también la veneraba. Y además, los bombachos le picaban, malditos fueran, pero Sybil había insistido diciendo que le daban un aire muy elegante de caballero rural. Vimes llegó a la conclusión de que los caballeros rurales tenían la zona inguinal dispuesta de otra forma.

Estaba presente, además de lady Sybil y él, un joven coadjutor omniano, sabiamente vestido con una holgada túnica negra, que cabía suponer libre de problemas inguinales. Vimes no tenía ni idea de qué hacía el joven allí, pero supuso que las chicas necesitaban a alguien a quien llenar de té flojo, pastelitos sospechosos y parloteo insustancial cuando no tenían a mano a alguien como Vimes. Y al parecer, cuando el tema de los sombreritos perdió su fascinación, los únicos asuntos de interés eran las herencias y las perspectivas de futuros bailes. Y así, fue inevitable que su desasosiego en compañía femenina, su creciente desapego al té del color de la orina y una charla tan insustancial que apenas sería visible bajo un microscopio llevaran a Vimes a decir:

—Disculpen, señoritas, ¿qué es lo que realmente…? O sea, ¿a qué se dedican en realidad? Para ganarse la vida, quiero decir.

La pregunta provocó cinco rostros de genuina incomprensión. Vimes no distinguía a las hijas entre sí, salvo a la llamada Emily, que desde luego no pasaba desapercibida, y posiblemente tampoco por las puertas, y que en ese momento respondió con el tono de quien se encuentra algo desorientado:

—Le ruego que nos disculpe, comandante, pero me parece que no entendemos lo que acaba de expresar.

—Digo que cómo se ganan la vida. ¿Alguna de ustedes tiene empleo? ¿Cómo traen el pan a la mesa? ¿De qué trabajan? —Vimes no captaba nada procedente de Sybil porque no le veía la cara, pero la madre de las chicas lo miraba fijamente con jubilosa fascinación. Qué demonios, si ya había metido la pata, de perdidos al río—. Quiero decir, señoritas, ¿cómo se valen en el mundo? ¿Cómo se ganan el sustento? Aparte de los sombreros, ¿tienen alguna habilidad, como cocinar, por ejemplo?

Otra hija, muy posiblemente Mavis, aunque eran solo suposiciones de Vimes, carraspeó y dijo:

—Por fortuna, comandante, tenemos sirvientes para esa clase de cosas. Somos damas, ¿no lo ve? Sería de todo punto impensable que nos dedicáramos a algún oficio o al comercio. ¡Qué escándalo! Las cosas no funcionan así.

A esas alturas parecía existir una competición para ver quién mataba antes del desconcierto a quién, o posiblemente a quiénes, pero Vimes logró añadir:

—¿No tienen una hermana en el sector maderero?

Era asombroso, pensó, que ni la madre ni Sybil hubieran aportado aún nada a la conversación. Y entonces otra hermana (¿posiblemente Amanda?) pareció dispuesta a hablar. ¿Por qué diablos llevaban todas esos estúpidos vestidos vaporosos? No había quien pudiera echar una jornada decente de trabajo llevando algo tan escaso. Amanda (posiblemente) replicó con tacto:

—Me temo que nuestra hermana es una pequeña vergüenza para la familia, excelencia.

—¿Cómo, por tener trabajo? ¿Por qué?

Otra de las chicas, y para entonces Vimes empezaba a estar ya muy confundido, dijo:

—Bueno, comandante, ahora no tiene esperanzas de conseguir un buen matrimonio… No con un caballero, se entiende.

Aquello se estaba enmarañando, de modo que Vimes preguntó:

—Díganme, señoritas, ¿qué es un caballero?

Tras una conversación entre susurros, una hija expiatoria tomó la palabra con gran nerviosismo.

—A nuestro entender, un caballero es un hombre que no tenga que ensuciarse las manos trabajando.

Se dice que el adamantio es el más fuerte de los metales, pero se habría doblado contra la paciencia de Sam Vimes cuando dijo, forjando minuciosamente cada sílaba:

—Ah, un vago. Les ruego que me expliquen cómo se pesca a un caballero de esa clase, por favor.

Y en verdad ahora parecía que las chicas estuvieran rogando un favor a los dioses. Una de ellas logró decir:

—Verá, comandante, nuestro querido y difunto padre tuvo mala suerte en el mercado del dinero, y me temo que, hasta la muerte de la tía abuela Caléndula, de la que tenemos expectativas, no hay dinero para la dote de ninguna de nosotras.

Los cielos contuvieron el aliento mientras se explicaba a Sam Vimes el concepto de dote, y se formó hielo en las ventanas mientras él se esforzaba por cavilar.

Al final, carraspeó y comentó:

—¡Señoritas, opino que la solución a su problema sería que moviesen esos traseros tan atractivos, salieran al mundo y se buscasen la vida! ¿Una dote? ¿Quieren decir que necesitan pagar a un hombre para que se case con ustedes? ¿En qué siglo creen que vivimos? ¿Es cosa mía, o es la gilipollez más grande que pueda imaginarse?

Miró de reojo a la hermosa Emily y pensó: Madre mía, los hombres harían cola en el jardín para pelearse por ti, querida. ¿Cómo puede ser que no te lo haya dicho nadie? Está muy bien el refinamiento, pero el sentido común tiene su utilidad. Sal afuera, deja que el mundo te vea y a lo mejor encuentra una nueva palabra en su vocabulario, como, por ejemplo, «¡Guau!». En voz alta, prosiguió:

—De verdad, hay un montón de trabajos ahí fuera para una joven con dos dedos de frente. El Hospital Gratuito Lady Sybil siempre anda buscando chicas espabiladas para formarlas como enfermeras, sin ir más lejos. Buena paga, unos uniformes muy favorecedores y buenas probabilidades de pescar a un joven médico mañoso que apunte a lo más alto, sobre todo si lo espolea una chica. Además de que, por supuesto, las enfermeras heredan una cantidad asombrosa de anécdotas divertidas y embarazosas sobre las cosas que la gente mete en… Quizá no sea el momento pero, en cualquier caso, también existe la posibilidad de llegar a enfermera jefa si alcanzan el peso requerido. Un trabajo de mucha responsabilidad, útil para la comunidad en su conjunto, y que al final de una larga jornada les dará la satisfacción de saber que han hecho algo bueno en el mundo.

Vimes miró a su alrededor las caras rosas y blancas que contemplaban un salto a lo desconocido y continuó:

—Claro que, si de verdad quieren seguir con los sombreritos, Sybil y yo tenemos un local decente en Viejos Remendones, en la gran ciudad, que ahora mismo está vacío. Antes era un barrio difícil, pero ahora se están mudando allí los trolls y vampiros más pudientes, y no hay que mirar por encima del hombro los dólares pesados ni los dólares oscuros, sobre todo porque, cuando quieren algo, pagan los dólares que se les pidan. Además, es una zona muy sofisticada. La gente saca sillas y mesas a la acera y no siempre se las roban. Podríamos dejárselo sin pagar alquiler durante tres meses para ver cómo se las apañan, y después a lo mejor tendrían que aprender el concepto del alquiler, aunque sea solo por amor propio. Háganme caso, señoritas, el amor propio es lo que se consigue cuando no hay que pasarse la vida esperando a que una vieja dama rica estire la pata. ¿Alguna interesada?

Vimes consideró una buena señal que las chicas se mirasen entre ellas con lo que solo podía considerarse la desenfrenada conjetura de que tal vez no fueran solo unos adornos inútiles, y por tanto añadió:

—Y hagan lo que hagan, ¡dejen de leer esa idiotez de novelas románticas!

Existía, sin embargo, una bolsa —o tal vez un monedero— de resistencia a la revolución. Una chica estaba de pie junto al coadjutor como si fuera suyo. Miró a Vimes con aire de desafío.

—Le ruego que no me considere atrevida, comandante, pero yo preferiría casarme con Jeremy y ayudarle con su ministerio.

—Muy bien, muy bien —dijo Vimes—; ¿le ama y él le corresponde? Hablen, los dos. —Ambos asintieron, rojos de vergüenza, con un ojo puesto en la madre de la chica, cuya sonrisa de oreja a oreja sugería que lo tomaba por un maravilloso añadido—. En ese caso, les sugiero que se decidan a dar el paso; y usted, joven, haría bien en encontrar un empleo mejor pagado. En eso no puedo ayudarle, pero hoy en día hay religiones a patadas, y yo de usted impresionaría a algún obispo de alguna parte con mi sentido común, que es lo que un eclesiástico necesita por encima de todo… Bueno, de casi todo, y recuerde que siempre se puede subir a lo más alto del escalafón… Aunque en el caso de la religión, tendrá que ser a lo segundo más alto, ¿eh? —Vimes reflexionó durante un momento y añadió—: Pero quizá lo mejor, señoritas, sería mirar un poco a su alrededor hasta que encuentren a algún muchacho que apunte maneras para ser un hombre de éxito, noble o no, y, si les convence, llevarlo de la mano, apoyarle cuando sea necesario, ayudarle cuando se desanime y, en general, estar ahí cuando las busque y asegurarse de que él esté ahí cuando lo busquen. En fin, si los dos ponen de su parte puede acabar saliendo algo bueno. Desde luego ha funcionado al menos una vez, ¿o no, Sybil?

Sybil se echó a reír y las abrumadas chicas asintieron obedientes como si hubieran entendido algo, pero a Vimes le complació sentir un suave contacto de lady Sybil, que ofrecía la esperanza de que no iba a tener que pagar un precio demasiado alto por decir lo que pensaba a aquellas flores delicadas.

Miró a su alrededor como si pretendiera recoger.

—Bueno, creo que eso ha sido todo, ¿no?

—Disculpe, comandante. —Vimes tardó un poco en localizar de dónde había salido la voz; esa hija no había pronunciado una palabra en toda la tarde, pero de vez en cuando había garabateado en un cuaderno. En ese momento lo miraba con una expresión algo más despierta que la de sus hermanas.

—¿Puedo ayudarle, señorita? ¿Y si me dice su nombre?

—Jane, comandante. Me propongo ser escritora. ¿Puedo preguntarle qué opina del oficio como carrera aceptable para una joven dama?

Jane, pensó Vimes, la rara. Y lo era. Compartía el mismo recato de las otras hermanas, pero, por algún motivo, al mirarla le daba la impresión de que lo desnudaba, de que veía lo que pensaba.

Vimes se recostó en su silla, algo a la defensiva, y explicó:

—Bueno, no puede ser un trabajo difícil, dado que todas las palabras estarán inventadas ya, probablemente, o sea que ahí se ahorra tiempo, porque lo único que tiene que hacer es ponerlas en un orden diferente. —Ahí acababa poco más o menos su conocimiento de las artes literarias, pero añadió—: ¿Sobre qué pensaba escribir, Jane?

La chica pareció avergonzada.

—Bueno, comandante, ahora mismo estoy trabajando en lo que podría considerarse una novela sobre las complejidades de las relaciones personales, con todas sus esperanzas, sueños y malentendidos. —Tosió con nerviosismo, como si se disculpase.

Vimes frunció los labios.

—Sí. Tiene pinta de ser una buena idea, señorita, pero la verdad es que no sabría ayudarla en eso; aunque si fuera usted, y tenga en cuenta que se me acaba de ocurrir, yo metería muchas peleas, y cadáveres que caen de armarios roperos… y a lo mejor una guerra, tal vez, en plan telón de fondo.

Jane asintió incómoda.

—Una sugerencia interesante, comandante, con muchos argumentos a favor, pero quizá las relaciones personales se descuidarían un poco.

Vimes meditó sobre esa aportación.

—Bueno, puede que tenga razón. —Entonces, salido de la nada, o tal vez de un profundo agujero, lo asaltó un pensamiento, como le había sucedido en muchas ocasiones anteriores, a veces en pesadillas—. Me pregunto si algún escritor ha pensado en la relación entre el cazador y la presa, el policía y el asesino misterioso, el defensor de la ley que debe pensar a veces como un criminal para hacer su trabajo, y a lo mejor se lleva una desagradable sorpresa al ver lo bien que se le da. Es solo una idea, ojo —concluyó con voz más débil, y se preguntó de dónde diablos habría salido. A lo mejor la extraña Jane se la había sacado de dentro y quizá, incluso, pudiera resolverla.

—¿Alguien quiere más té? —preguntó Ariadne con alegría.

Lady Sybil estaba muy callada cuando partieron en su carruaje, y por tanto Vimes decidió hacer de tripas corazón y no alargar el calvario. Su mujer parecía cavilosa y eso siempre era preocupante.

—¿Me la he ganado, Sybil?

Su esposa lo miró inexpresiva por un momento y luego dijo:

—¿Por soltarle a esa panda de florecillas que dejasen de anhelar una vida y salieran a buscársela ahí fuera? ¡De ninguna manera! Has hecho todo lo que esperaba de ti, Sam. Siempre lo haces. Le dije a Ariadne que no le fallarías. No tiene muchos ingresos y, si tú no les hubieses cantado las verdades del barquero, habría acabado por sacarlas de casa con una pala. No, Sam, solo me pregunto qué te pasa por la cabeza, nada más. Quiero decir que estoy segura de que hay gente que cree que ser policía es solo un trabajo, pero tú no, ¿verdad? Estoy muy orgullosa de ti, Sam, y no te cambiaría por nada en el mundo, pero a veces me preocupo. ¡En cualquier caso, bien hecho! Esperaré con interés para ver lo que escribe la joven Jane.

Al día siguiente, Vimes se llevó a su hijo a pescar, actividad que se vio algo entorpecida por su absoluto desconocimiento de ese arte. Al joven Sam no pareció importarle. Había localizado un camaronero entre los tesoros del cuarto de los niños y estaba trasteando con él donde no cubría, persiguiendo cangrejos y de vez en cuando quedándose casi rígido para mirar algo fijamente. Cuando superó la impresión, Vimes reparó en que el joven Sam lo hacía con total alegría, y en una ocasión señaló a su embelesado padre unas cosas en la corriente que eran «como insectos en el agua pero con un abrigo hecho de piedrecitas», que Vimes tuvo que investigar para encontrarse con que era del todo cierto. Eso asombró a Sam Vimes más incluso que a su hijo, que en realidad, como informó a su padre mientras regresaban para el almuerzo, lo que quería de verdad era averiguar si los peces hacían caca, una cuestión que no había intrigado a Vimes en su vida pero que parecía de gran importancia para su hijo. Tanto, que en el camino a casa tuvo que impedir que volviese corriendo al arroyo para ver si salían para hacerlo, porque si no, vaya, ¡puaj!

Sybil había prometido al joven Sam otra excursión a la granja por la tarde, lo que dejó a Sam Vimes a su aire, o al aire que pudiese encontrar un policía en los tranquilos senderos. Vimes tenía instinto callejero; no sabía lo que implicaría el instinto senderero, pero posiblemente consistiría en cosas como estrangular armiños y saber si lo que acababa de decir «mu» era una vaca o un toro sin tener que agacharse para descubrirlo.

Y mientras paseaba por los ondulantes terrenos con los pies doloridos, deseando que hubiera adoquines debajo de ellos, sintió una vez más el cosquilleo: el cosquilleo que eriza el vello de la nuca del policía cuando sus aguzados sentidos le dicen que está ocurriendo algo que no debería y que pide a gritos que se solucione.

Pero allí había otro policía, ¿verdad?, un auténtico pies planos que se había empradizado. Pero ser poli te manchaba hasta el tuétano, nunca acababas de quitártelo de encima. Sonrió. Quizá fuese hora de brindar por la camaradería con el señor Jiminy.

La Cabeza del Trasgo estaba vacía de clientes a esa hora del día, salvo por el sempiterno trío del banco de fuera. Vimes se sentó a la barra con un vaso del refresco de remolacha de la señora Jiminy y se inclinó con aire confidencial hacia el camarero.

—Y bien, señor Jiminy, ¿qué hay aquí que pueda interesar a un viejo policía?

Jiminy abrió la boca, pero Vimes prosiguió:

—Porra de palisandro. ¿Guardia de la Ciudad de Pseudópolis? Sé que tengo razón. No es ningún delito. Es el sueño de todo policía, y es normal que uno se lleve su fiel porra para tener una amiguita en la que confiar si el cliente no sabe beber ni capta las indirectas. —Vimes ya se había acodado en la barra y dibujaba con un charquito de cerveza derramada—. Pero el trabajo le sigue a uno, ¿verdad? Y si tiene un pub es por partida doble, porque oye toda clase de cosas, cosas que deja correr porque ya no es poli, aunque en el fondo sepa que lo es. Y debe de preocuparle, en algún lugar de su alma, que pasen cosas raras por estos lares. Hasta yo lo noto. Es el olfato del guardia. Lo huelo en el aire. Me sube por las botas. Secretos y mentiras, señor Jiminy, secretos y mentiras.

Jiminy pasó el trapo con mucha parsimonia sobre la cerveza derramada y dijo, como si tuviera la cabeza en otra parte:

—Mire, comandante Vimes, las cosas son diferentes en el campo. La gente cree que el campo es buen sitio para esconderse. No es así. En la ciudad eres una cara entre la multitud. En el campo, la gente te mira hasta que te pierdes de vista, solo por pasar el rato. Como dice, ya no soy policía: no tengo ni la licencia ni la inclinación. Y ahora, si no le importa, me queda trabajo por hacer. Pronto llegarán más clientes. Mire por donde pisa, excelencia.

Vimes no soltó su presa.

—Un dato interesante, señor Jiminy: sé que tiene arrendado este pub pero, mire por donde, sigo siendo su terrateniente. Lo lamento, pero antes de venir al campo consulté un mapa y vi un pub en nuestras tierras. Me pareció un desperdicio, pero eso no impide que sea su casero. Ya sé que no es muy amable por mi parte, pero me pregunto, señor Jiminy, si no resultará que no todo el mundo por aquí arde en deseos de tener al comandante de la Guardia de la Ciudad en su tranquilo escondrijo, ¿eh? —Una imagen del pobre y viejo lord Óxido diciéndole toscamente que allí no había nada de interés cruzó la mente de Vimes.

La expresión de Jiminy estaba petrificada, pero Vimes, que conocía ese juego, vio el minúsculo tic que, una vez descodificado, significaba: «Sí, pero no he dicho nada y nadie puede demostrar que lo haya dicho. Ni siquiera tú, amigo mío».

Cualquier intento de ahondar en la cuestión quedó interrumpido cuando los hijos de la tierra empezaron a entrar, uno por uno, para celebrar el final de la jornada de trabajo. En esa ocasión hubo menos suspicacia en sus ojos cuando saludaron a Vimes con la cabeza de camino a la barra, así que se concentró en su pinta de zumo de remolacha picante y se limitó a disfrutar del momento. Fue un momento muy corto, al final del cual el herrero entró en el bar con aire bravucón y caminó derecho hacia él.

—¡Está en mi sitio!

Vimes miró a su alrededor. Estaba sentado en un banco que era indistinguible de los demás de la sala, pero aceptó la posibilidad de que el suyo tuviera algo místico, cogió su vaso y se dirigió a otro libre, donde se sentó justo a tiempo de oír que el herrero decía:

—Ese también es mi sitio, ¿entendido?

Vaya, hombre, ahí tenía la obertura y primeros compases de una pelea, y Vimes no era ningún principiante, no señor, y en los ojos del herrero vio la mirada de un hombre que tenía ganas de dar un puñetazo a alguien y muy probablemente consideraba a Vimes el candidato ideal.

Notó la suave presión de sus nudilleras en el bolsillo del pantalón. Vimes había sido algo ahorrador con la verdad al prometerle a su esposa que no se llevaría ninguna arma de vacaciones. Sin embargo, había razonado que unas nudilleras, más que un arma, eran un modo de asegurarse de seguir con vida. Podrían calificarse de instrumento defensivo, una especie de escudo, por así decirlo, sobre todo si había que defenderse antes de ser objeto de ataque. Se puso en pie.

—Señor Jetro, le agradecería que tuviera la amabilidad de escoger qué silla es la suya esta tarde, si no le importa, después de lo cual querría disfrutar de mi bebida en paz.

Quienquiera que dijese que una respuesta suave aplaca la ira nunca trabajó en un bar. El herrero estaba más o menos tan acalorado como su forja.

—A mí usted no me llama Jetro, ni se le ocurra. Puede llamarme señor Jefferson, ¿estamos?

—Y a mí puede llamarme Sam Vimes. —Observó que Jefferson se preocupaba de dejar la bebida en la barra antes de acercársele con grandes zancadas.

—Ya sé lo que puedo llamarle, señor…

Vimes palpó el liso metal de los nudillos suplentes, pulido como estaba tras años de abrasión causada por sus pantalones y, huelga decirlo, alguna que otra barbilla. Cuando metió la mano, casi saltaron a su sitio.

—Lo lamento, excelencia —dijo Jiminy mientras lo apartaba con amabilidad y se dirigía al herrero—. Vamos a ver, Jetro, ¿a qué viene esto?

—¿Excelencia? —se burló Jetro—. ¡No pienso llamarle así! ¡No pienso lamerle las botas como todos los demás! ¡Viene aquí dándose aires, en plan gran señor, como si esto fuera suyo! Pero esa es la cuestión, ¿no? ¡Que es suyo! ¡Un solo hombre con toda esta tierra! ¡No debería ser así! A ver, ¿cómo se llegó a eso? ¡Venga, explíquemelo!

Vimes se encogió de hombros.

—Bueno, no soy un experto, pero tengo entendido que los antepasados de mi esposa lucharon contra alguien para ver quién se lo quedaba.

La cara del herrero se iluminó con un placer malicioso mientras se quitaba el delantal de cuero.

—Vale, muy bien. No hay problema. Así es como se hace, ¿no? Me parece bien. Pues le diré lo que va a pasar: lucharé con usted para ver quién se lo queda, aquí y ahora, y mire lo que le digo, lucharé con una mano atada a la espalda, visto que es un poco más bajo que yo.

Vimes oyó un leve roce de madera a su espalda: era el sonido de un tabernero sacando con disimulo una porra de palisandro de medio metro de su lugar de costumbre bajo la barra.

Jetro también debía de haberlo oído, porque gritó:

—Y no intentes nada con eso, Jim. Sabes que te lo quitaré de las manos antes de que te enteres, y esta vez te lo meteré donde el sol no brilla.

Vimes echó un vistazo al resto de los clientes, que estaban imitando a unas estatuas de piedra con notable éxito.

—Mire —dijo—, en realidad no quiere pelearse conmigo.

—¡Sí que quiero, sí! Lo ha dicho usted mismo. Algún antepasado se llevó todo esto en una pelea, ¿no? ¿Quién dice que sea momento de dejar de pelear?

—Burleigh y Fuerteenelbrazo, señor —dijo una voz educada pero gélida tras el grandullón. Para asombro de Vimes, era la de Willikins—. No soy un hombre cruel, señor, no le dispararé en la barriga, pero me aseguraré de que comprenda hasta qué punto daba por sentados sus dedos de los pies. No, por favor, no haga ningún movimiento brusco. Las ballestas de Burleigh y Fuerteenelbrazo son famosas por la sensibilidad de sus gatillos.

Vimes respiró de nuevo cuando Jetro alzó las manos. En algún lugar de toda aquella rabia debía de quedar un ápice de instinto de supervivencia. Pese a todo, el herrero lo fulminó con la mirada y declaró:

—Necesita que lo proteja un matón a sueldo, ¿verdad?

—A decir verdad, señor —replicó Willikins sin alterarse—, el comandante Vimes me tiene empleado como caballero del caballero, y preciso esta ballesta porque a veces sus calcetines plantan cara. —Miró a Vimes—. ¿Alguna instrucción, comandante? —Y luego gritó—: No se mueva, señor, porque o mucho me equivoco o un herrero necesita las dos manos para trabajar. —Se volvió hacia Vimes de nuevo—. Disculpe el exabrupto, comandante, pero conozco a los de su calaña.

—Willikins, yo diría que tú eres de su calaña.

—Sí, señor, gracias, señor, y no me fiaría ni un pelo de mí mismo, señor. Sé distinguir a los peores. Tengo espejo.

—Y ahora quiero que guardes ese puto trasto, Willikins. ¡Alguien podría hacerse daño! —ordenó Vimes con su voz formal.

—Sí, señor, esa habría sido mi intención. No podría mirar a la señora a la cara si le pasara algo.

Vimes pasó la mirada de Willikins a Jetro. Aquel asunto era un grano que había que reventar cuanto antes. Pero no podía culpar al muchacho. Él mismo había pensado de igual manera, muchas veces.

—Willikins —dijo—, haz el favor de guardar el condenado trasto con cuidado y sacar tu cuaderno. Gracias. Y ahora, por favor, escribe lo siguiente: «Yo, Samuel Vimes, algo reacio a ser el duque de Ankh, me dispongo a pelear con mi amigo Jetro…». ¿Cómo ha dicho que se apellidaba, Jetro?

—Miré, señor, no le…

—¡Le he pedido su maldito apellido, señor! Jiminy, ¿cuál es?

—Jefferson —respondió el tabernero, que sostenía su porra como una manta de seguridad—. Pero escuche, excelencia, no hace falta que…

Vimes no le hizo caso y siguió.

—¿Por dónde iba? Ah, sí: «… mi amigo Jetro Jefferson, en un combate amistoso por la propiedad de la Mansión y su predio, sea eso lo que sea, que irán a parar a aquel de nosotros que no diga «me rindo» el primero, y si soy yo quien pronuncia esas palabras, no habrá repercusiones de ninguna clase para mi amigo Jetro, ni para mi fiel Willikins, que ha suplicado que no participe en este amistoso intercambio de golpes». ¿Lo has apuntado, Willikins? Hasta te daré una tarjeta de «quedas libre de la cárcel» para que se la enseñes a la señora si salgo magullado. Y ahora dámela para que la firme.

Willikins le entregó la libreta a regañadientes.

—No creo que funcione con la señora, señor. Mire, los duques no deberían ir por ahí… —Dejó la frase en el aire al ver la sonrisa de Vimes.

—Ibas a decir que no van por ahí buscando pelea, ¿verdad, Willikins? Y si lo hubieras hecho, yo te habría dicho que la palabra «duque» significa sin lugar a dudas que sí se busca pelea.

—Oh, muy bien, señor —dijo Willikins—, pero tal vez debería usted advertirle…

Los clientes del pub interrumpieron al mayordomo dándose empujones para salir y alejándose por el pueblo a la carrera, con lo que dejaron a Jetro solo y desconcertado. Cuando hubo recorrido la mitad de la distancia hasta el herrero, Vimes se volvió para mirar a Willikins y dijo:

—Quizá creas ver cómo me enciendo un puro, Willikins, pero en esta ocasión opino que tu vista tal vez te juega una mala pasada, ¿lo comprendes?

—Sí, y en realidad también estoy sordo, comandante.

—Así me gusta. Y ahora vamos afuera, donde hay menos cristales y mejores vistas.

Jetro parecía un hombre al que hubiesen quitado el suelo bajo los pies pero no supiera caerse.

Vimes encendió su puro y saboreó, solo por un momento, la fruta prohibida. Después le tendió el paquete al herrero, que lo rechazó sin mediar palabra.

—Muy sensato —dijo Vimes—. A ver, será mejor que le diga que, al menos una vez por semana, incluso hoy en día, tengo que pelearme con personas que intentan matarme con toda clase de cosas, desde espadas hasta sillas, y en un caso con un salmón muy grande. Tal vez no sea exacto que quieran matarme, pero sí intentan impedir que los arreste. Mire —recalcó, señalando con una mano el paisaje en general—, toda esta… historia sucedió, me guste a mí o no. De oficio soy solo un policía.

—Ya —dijo Jetro—. ¡Pisoteando las caras de las masas desfavorecidas!

Vimes estaba acostumbrado a esa clase de comentarios y se lo tomó con calma.

—Últimamente no puedo pisotearlas, porque siempre está el molinillo de por medio. Vale, no ha sido muy bueno, lo reconozco. —Vimes reparó en que se acercaba gente por el camino, entre ellos mujeres y niños. Parecía que la clientela del pub había movilizado al vecindario. Se volvió hacia Jetro—. ¿Seguiremos las reglas del marqués de Fantailler?

—¿Qué son? —preguntó el herrero mientras saludaba con la mano a la horda que se acercaba.

—Las reglas de lucha del marqués de Fantailler —dijo Vimes.

—¡Si las escribió un marqués no quiero saber nada de ellas!

Vimes asintió.

—¿Willikins?

—Lo he oído, comandante, y ya consta en mi libreta: «Fantailler rehusado».

—Pues muy bien, señor Jefferson —indicó Vimes—. Sugiero que le pidamos al señor Jiminy que dé comienzo a la contienda.

—Quiero que su lacayo escriba en esa libreta suya que no echarán a mi madre de su casa, pase lo que pase, ¿vale?

—Trato hecho —dijo Vimes—. Willikins, por favor, toma nota de que la madre del señor Jefferson no debe ser expulsada de su casa, golpeada con palos, sometida al cepo ni maltratada de ninguna otra manera, ¿entendido?

Willikins, intentando sin éxito disimular su sonrisa, lamió el lápiz y escribió con diligencia. Vimes, haciendo menos ruido, tomó una nota mental que decía: «El chaval va perdiendo ferocidad. Está pensando que no es imposible que acabe muerto. No he pegado un puñetazo, ni siquiera uno pequeñito, y ya se está preparando para lo peor. Por supuesto, en estos casos lo suyo siempre es prepararse para lo mejor».

La muchedumbre crecía a ojos vista. Bajo la mirada de Vimes, por el camino se acercó un grupo de personas que llevaban a un hombre muy viejo sobre un colchón, apretando el paso por el alborozo con que el anciano les sacudía en las corvas con su bastón. Las madres de las últimas filas sostenían en alto a sus hijos para que viesen mejor y, de golpe y porrazo, todo hombre llevaba un arma. Era como una revuelta campesina, pero sin la revuelta y con un tipo muy educado de campesinos. Los hombres se llevaban la mano a la frente cuando Vimes miraba en su dirección y las mujeres hacían reverencias, o al menos bajaban y subían un poquito, inquietantemente desacompasadas, como temblorosos pedales de órgano.

Jiminy se acercó a Vimes y el herrero con cautela y, a juzgar por la pátina de su cara, mucha aprensión.

—Muy bien, caballeros, he elegido considerar esto una pequeña demostración de pugilismo, una alegre prueba de fuerza y arrojo propia de cualquier velada de verano, todos amigos en el fondo, ¿vale? —En sus ojos brillaba una chispa de súplica—. Y cuando se hayan desahogado habrá una pinta esperando a cada uno en la barra. No rompan nada, por favor. —Sacó un pañuelo desgastado de un bolsillo del chaleco y lo sostuvo en el aire—. Cuando esto toque el suelo, caballeros… —anunció, y retrocedió muy deprisa.

El pedazo de lino pareció desafiar a la gravedad durante un rato pero, cuando tocó el suelo, Vimes agarró la bota del herrero con las dos manos a media patada y dijo con mucha calma al hombre que se revolvía:

—Un poco adelantado, ¿no le parece? ¿Y para qué le ha servido? ¿Oye cómo se ríen todos? Le soltaré por esta vez.

Vimes empujó a la vez que soltaba el pie, lo que hizo que Jetro trastabillase hacia atrás. Vimes sintió cierto placer al ver que el herrero perdía los nervios tan pronto, pero acto seguido Jetro recobró la compostura y cargó hacia él, aunque enseguida se detuvo, posiblemente porque Vimes estaba sonriendo.

—Así me gusta, muchacho —reconoció—, acabas de ahorrarte un dolor atroz en los inmencionables.

Cerró los puños e hizo un gesto incitador a su perplejo adversario por encima de la mano izquierda. El herrero arremetió con todas sus fuerzas y se llevó una patada en la rótula que lo tumbó en el suelo, de donde Vimes lo recogió, con lo que volvió a tumbarlo metafóricamente.

—Pero ¿qué te ha hecho creer que iba a boxear? Eso es lo que los profesionales llamamos dar camelo. ¿Qué buscabas, la distancia corta? Yo también la buscaría si fuese un tipo enorme como tú, pero no voy a darte ocasión. —Vimes negó con la cabeza, apenado—. Tendrías que haber elegido el marqués de Fantailler. Creo que han tallado eso en más de una lápida. —Dio una generosa calada a su puro; la ceniza aún estaba intacta.

Ciego de ira, Jetro se abalanzó hacia Vimes y se llevó un golpe de canto en la cabeza casi al mismo tiempo que recibía un rodillazo en el estómago que le cortó la respiración. Fueron juntos al suelo, con Vimes como director de orquesta. Se aseguró de aterrizar encima, desde donde se inclinó y susurró al oído de Jetro:

—Vamos a ver lo listo que eres, ¿vale? ¿Eres un hombre capaz de controlar su genio? Porque si no, te dejaré una nariz tan hinchada que tendrás que poner el pañuelo en la punta de un palo. No creas ni por un momento que no soy capaz. Pero supongo que un herrero sabe cuándo enfriar el metal, y te estoy dando la oportunidad de decir que al menos tiraste al duque al suelo delante de todos tus amigos, y nos levantaremos para darnos la mano como los buenos caballeros que no somos ni tú ni yo, y el público aplaudirá y entrará en el pub para ponerse hasta las cejas de la cerveza que les pagaré. ¿Estamos de acuerdo?

Sonó un «sí» apagado y Vimes se levantó, asió la mano del herrero y le alzó el brazo, lo que causó cierta perplejidad, hasta que dijo:

—¡Sam Vimes les invita a todos a beber con él en el establecimiento del señor Jiminy!

Todos se sacudieron de encima el desconcierto para dejar sitio a la cerveza. La muchedumbre entró en tropel en el pub y dejó a solas a Vimes y al herrero, además de Willikins, que era capaz de pasar asombrosamente desapercibido cuando se lo proponía.

—Los herreros también tienen que saber templar —afirmó Vimes mientras la gente se dispersaba rumbo al pub—. A veces el frío es mejor que el calor. No le conozco mucho, señor Jefferson, pero la Guardia de la Ciudad necesita gente capaz de aprender rápido y calculo que usted no tardaría en llegar a sargento. También podríamos emplearlo de herrero. Es asombroso lo que llega a abollarse una armadura cuando se pisotea la cara de los pobres.

Jetro bajó la vista a sus botas.

—Vale, puede ganarme en una pelea, pero eso no significa que sea justo, ¿de acuerdo? ¡Qué va a saber usted!

Se oía jolgorio dentro del pub. Vimes se preguntó cuánto adornarían su pequeño encontronazo. Se volvió hacia el herrero, que no se había movido.

—¡Escúchame bien, memo, a mí no me criaron con cuchara de plata! De pequeño las únicas cucharas que veía eran de madera, y ya podía darme con un canto en los dientes si tenían algo comestible encima. Fui un chaval de la calle, ¿comprendes? Si me hubiesen soltado aquí me habría parecido el paraíso, con toda esa comida que se te echa encima desde cualquier seto. Pero me hice policía porque pagaban, y me enseñaron a ser policía otros guardias decentes, porque créeme, amigo, me despierto todas las noches sabiendo que podría haber acabado siendo otra cosa. Entonces encontré a una buena mujer y yo de ti, muchacho, esperaría encontrar también una. O sea que me adecenté y luego un día lord Vetinari… has oído hablar de él, ¿no, chaval? Bueno, pues necesitaba a un hombre que pusiera manos a la obra, y el título abre puertas y así no tengo que echarlas abajo a patadas, ¿y sabes qué? Creo que mis botas han visto tanta delincuencia con el paso de los años que me llevan hacia ella por su cuenta, y sé que aquí hay algo que pide a gritos una patada. Y tú también, lo huelo en ti. Dime qué es.

Jetro siguió mirándose las botas sin decir nada.

Willikins carraspeó.

—Me pregunto, comandante, si no sería de utilidad que yo mantuviera una pequeña charla con el joven, desde lo que podría calificarse como una posición menos elevada. ¿Por qué no va usted a contemplar las maravillas del paisaje local?

Vimes asintió.

—De buena gana, si crees que servirá de algo.

Y se alejó a examinar un seto de madreselva con gran interés mientras Willikins, con sus relucientes zapatos de mayordomo y su inmaculada chaqueta, se acercaba a Jetro, lo envolvía con un brazo y decía:

—Esto que notas en la garganta es una navaja, y no de las de comer, sino de las de verdad, el último grito, y nunca mejor dicho. Eres un soplagaitas y yo no soy el comandante, o sea que te ensartaré como a una aceituna si haces algún movimiento. ¿Entendido? ¡Pues no asientas con la cabeza! Bien, vamos aprendiendo, ¿eh? Escucha, hijo, en el comandante confían el Rey Diamante de los trolls y el Bajo Rey de los enanos, que solo tendrían que pronunciar una palabra para que tu insignificante corpachón conociese la caricia de una gran cantidad de versátiles hachas, y también confían en él lady Margolotta de Uberwald, que confía en muy poca gente, y lord Vetinari de Ankh-Morpork, que no confía en nadie en absoluto. ¿Entendido? ¡Que no asientas! Y tú, chavalín, has tenido la desfachatez de dudar de su palabra. Yo soy un tipo pacífico, pero esa clase de comportamiento me saca de mis casillas, no me importa reconocerlo. ¿Lo entiendes? He dicho que si lo entiendes. Ah, vale, ahora puedes asentir. Por cierto, joven, ve con cuidado con a quién llamas lacayo, ¿vale? Hay gente a la que le violentaría mucho que se lo llamaran. Un consejo, chaval: conozco al comandante, y que hayas pensado en tu madre y lo que podría pasarle me hace suponer que no te veré en una caja de pino, porque en el fondo es un alma sensible.

La navaja de Willikins desapareció tan deprisa como había aparecido, y con la otra mano el caballero del caballero sacó un cepillito y arregló el cuello de la camisa del herrero.

—Willikins —dijo Vimes desde lejos—, si has acabado ¿podrías irte a dar un paseo, por favor?

Cuando su sirviente se quedó a la sombra de un árbol un poco alejado, Vimes explicó:

—Lo siento, pero todo hombre tiene su orgullo. Yo siempre lo tengo presente, y tú también deberías. Soy guardia, policía, y aquí hay algo que me llama. Me da la impresión de que tienes algo que te gustaría que supiese, y esto no trataba solo de quién manda aquí, ¿me equivoco? Ha pasado algo malo, prácticamente lo estás sudando. ¿Y bien?

Jetro se inclinó hacia él.

—La floresta del Muerto, en la colina. Medianoche. No esperaré.

Entonces el herrero dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás.

Vimes encendió un puro nuevo y avanzó con calma hacia donde Willikins aparentaba disfrutar del paisaje. Se enderezó al ver a Vimes.

—Será mejor que partamos, señor. La cena es a las ocho y a la señora le gustaría verlo elegante. Atribuye mucho valor a que se vista con elegancia, señor.

Vimes gimió.

—¿No tocarán las calzas oficiales?

—Por suerte no, señor, no en el campo, pero la señora ha dejado muy claro que debo sacar el traje color ciruela, señor.

—Dice que me hace muy buena planta —refunfuñó Vimes—. ¿Tú crees que me hace buena planta? ¿Dirías que soy una persona de buen plantar? —Los pájaros empezaron a trinar desde una rama baja del árbol.

—Yo lo veo más de buen correr, señor —reconoció Willikins.

Emprendieron el camino a casa, en silencio durante un rato, lo que quiere decir que ninguno de los dos hombres habló mientras la fauna cantaba, zumbaba y chillaba, hasta el punto en que Vimes dijo:

—Ojalá supiera qué demonios son todos esos bichos.

Willikins ladeó la cabeza un momento y luego añadió:

—El somormujo de Parkinson, el comerranas buchón y el meneón de credos común, señor.

—¿Los conoces?

—Oh, sí, señor. Frecuento los teatros de variedades, señor, y siempre hay un imitador de pájaros u otros animales en el programa. Los nombres se le acaban quedando a uno. También me sé setenta y tres ruidos de granja, mi favorito entre los cuales es el de un granjero al que se le ha quedado la bota pegada al fango y no tiene otro sitio en el que posar su pie, cubierto solo por un calcetín, que el susodicho fango. Sumamente entretenido, señor.

A esas alturas habían llegado ya a la larga avenida de la Mansión, y sus botas pisaban gravilla. Entre dientes, Vimes dijo:

—He quedado con el joven señor Jefferson a medianoche, en la floresta del monte del Ahorcado. Desea contarme algo importante. Refréscame la memoria, Willikins; ¿qué es exactamente una floresta?

—Cualquier sitio con árboles. Estrictamente, lo del monte del Ahorcado es un hayedo. Eso solo significa, bueno, una floresta de hayas. ¿Se acuerda de Jack Ramkin el Loco? ¿El que se gastó una fortuna en elevar diez metros el monte? Él mandó plantar las hayas en la cima.

A Vimes le gustaba el crujido de la gravilla; camuflaría el sonido de su conversación.

—He hablado con el herrero y juraría que nadie nos ha oído, pero esto es el campo, ¿verdad, Willikins?

—Había un hombre tendiendo trampas para conejos en el seto que tenían detrás —indicó Willikins—. Una actividad de lo más normal, aunque a mis ojos se lo tomaba con demasiada calma.

Avanzaron entre crujidos un rato más y Vimes dijo:

—Dime, Willikins. Si un hombre ha quedado con otro a medianoche en un lugar con un nombre como floresta del Muerto, en el monte del Ahorcado, ¿qué curso de acción considerarías más sensato para él si su mujer le hubiera prohibido llevar armas a su casa de campo?

Willikins asintió.

—Bueno, señor, dada su máxima de que todo es un arma si uno decide verla como tal, yo a ese hombre le aconsejaría averiguar si tiene un compatriota que, por ejemplo, se haya procurado las llaves de un armarito que contiene una serie de cuchillos de trinchar de soberbia factura, ideales para el cuerpo a cuerpo; y personalmente lo acompañaría con un alambre cortaquesos, señor, de acuerdo con mi creencia de que lo único que importa en una lucha a muerte es que la muerte no sea la propia.

—¡Un cortaquesos no puede ser, hombre! ¡Que soy el comandante de la Guardia!

—Muy cierto, comandante, y por tanto le aconsejo sus nudilleras… ¿la alternativa del caballero? Sé que nunca viaja sin ellas, señor. Hay mucho desaprensivo suelto y sé que usted debe de contarse entre ellos.

—Mira, Willikins, no me gusta involucrarte en todo esto. Solo es una corazonada, a fin de cuentas.

Willikins rechazó el argumento con un gesto de la mano.

—No me lo perdería por nada del mundo, señor, porque todo esto también me está picando la curiosidad. Dispondré un surtido de armas de filo en su vestidor, señor, y por mi parte acudiré a la floresta media hora antes de la cita, con mi fiel ballesta y un repertorio de mis juguetes favoritos. Es casi luna llena, el cielo está despejado, habrá sombras por todas partes y yo estaré en la más oscura de ellas.

Vimes lo miró durante un momento.

—¿Me permites que corrija esa sugerencia? ¿Te importaría no estar en la segunda sombra más oscura, una hora antes de medianoche, para ver quién se mete en la más oscura?

—Ah, sí, por eso está usted al mando de la Guardia, señor —dijo Willikins, y para asombro de Vimes había un atisbo de lágrima en su voz—. Está escuchando la calle, ¿verdad que sí, señor?

Vimes se encogió de hombros.

—¡Aquí no hay calles, Willikins!

El mayordomo negó con la cabeza.

—Cuando se es un chaval de la calle, nunca se deja de serlo, señor. Nos acompaña en los momentos de necesidad. Las madres quedan atrás, los padres quedan atrás, si es que en algún momento llegamos a conocerlos, pero la Calle, en fin, la Calle cuida de nosotros. En los momentos de necesidad nos mantiene con vida.

Willikins se adelantó a toda velocidad y llamó al timbre para que el criado tuviera la puerta abierta en el momento en que Vimes coronase los escalones.

—Tiene el tiempo justo para escuchar cómo el joven Sam le lee, señor —añadió mientras subían la escalera—. Esto de leer es algo maravilloso, ojalá hubiese aprendido de pequeño. La señora estará en su vestidor y los invitados empezarán a llegar dentro de una media hora. Debo irme, señor. Tengo que enseñarle modales a ese sapo gordo del mayordomo, señor.

Vimes se estremeció.

—No tienes permiso para estrangular mayordomos, Willikins. Estoy seguro de haberlo leído en un libro de etiqueta.

Willikins se hizo el ofendido.

—No habrá garrote de por medio, señor —prometió mientras abría la puerta del vestidor de Vimes—, pero es un esnob de marca mayor. No he conocido a ningún mayordomo que no lo fuera. Bastará con que le dé una lección básica.

—Bueno, él es el mayordomo y esta es su casa —observó Vimes.

—No, señor, la casa es de usted y, como soy su sirviente personal, según las leyes irrevocables del ala de servicio, ¡mando más que todos esos capullos perezosos! Les enseñaré cómo hacemos las cosas en el mundo real, señor, no se preocupe…

Lo interrumpió una sonora llamada a la puerta seguida de un resuelto traqueteo del picaporte. Willikins abrió y el joven Sam entró con paso firme y anunció:

—¡A leer!

Vimes cogió a su hijo en brazos y lo sentó en una silla.

—¿Cómo te ha ido la tarde, hijo mío?

—¿Sabías —dijo el joven Sam como revelando el resultado de una seria investigación— que las vacas hacen cacas muy grandes y fofas, pero las ovejas hacen cacas pequeñas, como bombones?

Vimes intentó no mirar a Willikins, que temblaba de risa contenida. Logró mantener solemne su expresión y respondió:

—Bueno, es normal, las ovejas son más pequeñas.

El joven Sam reflexionó al respecto.

—La caca de vaca hace plof —especuló—. Eso no lo decía en ¿Dónde está mi vaca? —En la voz del pequeño se notaba cierta irritación por que le hubiesen ocultado una información tan importante—. La señorita Felicidad Bidel no se lo habría saltado.

Vimes suspiró.

—Seguro que no.

Willikins abrió la puerta.

—Les dejo a sus anchas, caballeros, y a usted le veo más tarde, señor.

—¿Willikins? —dijo Vimes cuando el hombre ya tenía la mano en el pomo—. Tengo la impresión de que consideras mis nudilleras inferiores a las tuyas. ¿Es eso cierto?

Willikins sonrió.

—Usted nunca ha acabado de ver bien las que llevan pinchos, ¿verdad, señor? —Cerró la puerta con delicadeza a su espalda.

El joven Sam ya leía solo de un tiempo a esa parte, lo que era un gran alivio. Por suerte, las obras de la señorita Felicidad Bidel no consistían solo en emocionantes referencias a la caca en todas sus manifestaciones, pero su producción de pequeños volúmenes infantiles era tan regular como muy bien recibida, por lo menos entre los niños. El motivo era que había investigado detenidamente a su público, y el joven Sam se había leído enteros y sin parar de reír Los pequeños meones libres, La guerra contra los trasgos del moco y Geoffrey y el País de la Caca. Para los niños de cierta edad, los libros eran como una plasta de maná caída del cielo. En ese momento, Sam reía hasta ahogarse leyendo El niño que no sabía rascarse las costras, la más absoluta de las mondas para un niño de seis años recién cumplidos. Sybil argumentaba que los libros estaban aumentando el vocabulario del joven Sam, y no solo en lo escatológico, y era cierto que empezaba, cuando se le animaba, a leer libros en los que nadie hacía de vientre ni una sola vez. Lo cual, bien pensado, era todo un misterio.

Vimes llevó a su hijo a la cama tras diez minutos de placentera escucha, y había logrado afeitarse y ponerse la temida ropa de noche unos instantes antes de que su esposa llamase a la puerta. Vestidores y baños separados, pensó Vimes… para quien pudiera permitírselos, no había mejor manera de mantener feliz un feliz matrimonio. Y para mantener feliz un feliz matrimonio permitió que Sybil se colase como un polizón, vestida, casualmente, con un polisón, para ajustarle la ca[[11]](#footnote-11)misa, ponerle bien el cuello y dejarlo presentable para las visitas.

Y luego dijo:

—Tengo entendido que has dado al herrero una breve lección de combate sin armas, cariño… —La pausa flotó en el aire como un nudo corredizo de seda.

—Aquí pasa algo raro —logró insinuar Vimes—, lo sé.

—Yo también lo creo —confirmó Sybil.

—¿En serio?

—Sí, Sam, pero ahora no es el momento. Los invitados están al caer. Si pudieras abstenerte de voltear a ninguno sobre tu hombro entre platos, te lo agradecería. —Era una regañina terrorífica, teniendo en cuenta el habitual tono plácido de Sybil. Vimes hizo lo que haría cualquier marido prudente, es decir, dinámicamente nada. De repente llegó de abajo un barullo de voces y grava removida por los carruajes. Sybil plegó velas y se dirigió a la planta baja para oficiar de refinada anfitriona.

Por mucho que su esposa insinuara lo contrario, a Vimes se le daban bastante bien las cenas, ya que había asistido a innumerables actos públicos en Ankh-Morpork. El truco era dejar que el resto de comensales se ocuparan de la conversación y darles la razón de vez en cuando, lo que le concedía tiempo para pensar en otras cosas.

Sybil se había asegurado de que la cena de esa velada fuese bastante informal. Los invitados eran sobre todo personas de cierta clase que vivían en el campo pero no eran, por así decirlo, de campo. Soldados retirados, un sacerdote de Om, la señorita Chollos, soltera y acompañada de una dama de apariencia estricta que llevaba el pelo corto, camisa de hombre y reloj de bolsillo, y, sí, la señorita Felicidad Bidel. Vimes creyó que había metido la pata cuando dijo:

—Ah, sí, la señora de la caca.

Pero ella se echó a reír y le dio la mano mientras respondía:

—¡No se preocupe, excelencia, me la lavo muy bien después de escribir!

Y tenía una señora risa. Era una mujer menuda, con ese aspecto extraño que tienen algunas personas que dan la impresión de vibrar sutilmente aunque estén inmóviles. Daba la impresión de que, si de pronto se rompía algún dique, la liberación de energía acumulada la catapultaría a través de la ventana más próxima.

La señorita Bidel le dio en la barriga con el dedo.

—Y usted es el famoso comandante Vimes. Ha venido a arrestarnos a todos, ¿eh?

Por supuesto, era lo que Vimes oía sin falta cada vez que no impedía a Sybil aceptar otra invitación a un estirado acontecimiento social. Pero mientras la señorita Bidel se reía, el silencio cayó sobre el resto de invitados como una caja fuerte de hierro colado. Miraron a la escritora con cara de pocos amigos, y ella miró fijamente a Vimes, que conocía muy bien esa expresión. Era la de alguien que tiene una historia que contar. Sin duda, no era el momento de abordar el tema, y por tanto Vimes lo archivó como «interesante».

Pese a los recelos de Vimes, en la Mansión Ramkin se comía de maravilla, y lo más importante era que, según los cánones del trato social, Sybil debía consentir un menú lleno de alimentos que no se permitirían en casa si los hubiera pedido Vimes. Ser el árbitro de los gustos de tu marido tiene un pase, pero está mal visto hacer lo mismo con los invitados.

Tenía sentado enfrente a un militar retirado a quien su mujer intentaba convencer de que, al contrario de lo que él creía, no le gustaban las gambas con nuez moscada. Vanas fueron las débiles protestas del hombre, que, al afirmar que sí le gustaba el plato, recibió la dulce respuesta:

—Puede que a ti te gusten las gambas con nuez moscada, Charles, pero a ellas no les gustas tú.

Vimes se compadeció del militar, al que parecía desconcertar haber hecho enemigos entre los crustáceos inferiores.

—Bueno, hum, ¿a la langosta le gusto, cariño? —preguntó con una voz que no expresaba mucha esperanza.

—No, querido, no se lleva nada bien contigo. Recuerda lo que pasó en la velada de whist de los Perejil.

El hombre observó la cargada mesa auxiliar y probó suerte:

—¿Crees que las vieiras podrían entenderse conmigo durante cinco minutos o así?

—Por todos los cielos, no, Charles.

El militar retirado miró de reojo la mesa una vez más.

—Sospecho que la ensalada verde, en cambio, es mi amiga del alma, ¿verdad?

—¡Desde luego, querido!

—Sí, ya me lo parecía.

El hombre miró hacia Vimes y le dedicó una sonrisa abatida.

—Me cuentan que es usted policía, excelencia. ¿Es verdad?

Vimes se fijó bien en él por primera vez: un viejo guerrero bigotudo, ahora retirado a pastos más verdes, que probablemente eran lo único que su mujer iba a dejarle comer sin discutir. Tenía cicatrices de quemadura en la cara y las manos y acento de Pseudópolis. Fácil.

—Estuvo en los Dragones Ligeros, ¿verdad, señor?

El anciano parecía complacido.

—¡Sí señor, a la primera! No hay muchos que se acuerden de nosotros. Por desgracia, soy el último que queda. Coronel Charles Augustus Pacifica; un apellido extraño en un militar, o tal vez no, no sé. —Resopló—. Solo somos una página chamuscada en la historia de la guerra. Me atrevo a suponer que no ha leído mis memorias, Veinticuatro años sin cejas. ¿No? Bueno, no es usted el único, debo decir. En aquellos tiempos conocí a su señora. Nos dijo que sería del todo imposible criar dragones lo bastante estables para que los usáramos en la guerra. Tenía razón, vaya si la tenía. ¡Por supuesto, no dejamos de intentarlo, porque ese es el estilo militar!

—¿Encadenar un fracaso atroz tras otro, quiere decir? —preguntó Vimes.

El coronel se rió.

—¡Bueno, a veces funciona! Aún tengo unos cuantos dragones, de todas formas. No sabría vivir sin ellos. Un día sin chamusquina es como un día sin sol. Se ahorra mucho en cerillas y, por supuesto, también mantienen alejados a los indeseables.

Vimes reaccionó como un pescador que, al cabo de un rato sesteando en la orilla, intuye que los peces empiezan a asomar.

—Bueno, seguro que por aquí no hay muchos.

—¿Eso cree? No tiene usted ni idea, joven. Podría contarle cada historia…

Dejó de hablar de repente, y la experiencia marital de Vimes le dijo que el hombre acababa de recibir por debajo de la mesa una patada de su esposa, que no parecía muy contenta y, a juzgar por las arrugas de su cara, no lo había estado nunca. Se inclinó por delante de su marido, que en ese momento aceptaba otro coñac del camarero, y preguntó con tono gélido:

—Como agente de la ley, excelencia, ¿se extiende su jurisdicción a las Comarcas?

Otra onda en el agua, pensó el pescador que Vimes tenía en su cabeza.

—No, señora, mi distrito es Ankh-Morpork y parte de sus alrededores. Por tradición, sin embargo, el policía lleva a cuestas su jurisdicción si se halla en plena persecución relacionada con un delito cometido en su zona. Pero claro, Ankh-Morpork está muy lejos, y dudo que pudiese correr tan lejos.

Eso arrancó risas de la mesa en general y una sonrisa prieta de la coronela.

Da carrete, da carrete…

—Pese a todo —continuó Vimes—, si presenciara un delito digno de arresto aquí y ahora, tendría autoridad para efectuar la detención. Vendría a ser como un arresto ciudadano, pero algo más profesional, y después estaría obligado a entregar al sospechoso a la fuerza local u otra autoridad competente, a mi criterio.

El eclesiástico, al que Vimes había visto con el rabillo del ojo, se estaba interesando por la conversación y se inclinó hacia delante para consultar:

—¿A su criterio, excelencia?

—Mi excelencia no tendría nada que ver, señor. Como miembro jurado de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, el deber me obligaría a garantizar la seguridad de mi sospechoso. En circunstancias ideales, buscaría una mazmorra. En la ciudad ya no tenemos, pero entiendo que en la mayoría de las zonas rurales siguen existiendo, aunque solo alberguen borrachos y cerdos huidos.

Hubo risas, y la señorita Bidel dijo:

—Es verdad que tenemos un alguacil en la aldea, excelencia, ¡y tiene cerdos en la mazmorra de al lado del viejo puente!

Miró animada a Vimes, que no revelaba emoción alguna.

—¿Mete gente dentro alguna vez? ¿Tiene acreditación? ¿Tiene placa?

—Bueno, de vez en cuando encierra a un borracho para que se serene, y afirma que a los cerdos no parece importarles, pero no tengo ni idea de qué es una acreditación.

Eso arrancó más risas, pero murieron enseguida, absorbidas por el silencio implacable de Vimes, que después explicó:

—Yo no lo consideraría un policía, y hasta cerciorarme de que trabaja dentro de un marco de imposición de la ley como debe ser, para mí no sería un policía sino un limpiacalles algo mandón. De cierta utilidad, pero no un policía.

—¿Según su criterio, excelencia? —preguntó el religioso.

—Sí, señor, según mi criterio. Mi decisión. Mi responsabilidad. Mi experiencia. Mi culo, si la cosa se tuerce.

—Pero, excelencia, como dice, aquí está fuera de su jurisdicción —le recordó con delicadeza la coronela.

Vimes notaba el nerviosismo de su marido, y desde luego no tenía que ver con la comida. El hombre desearía de todo corazón no estar allí. Era curioso que la gente siempre quisiera hablar de delitos con los policías y nunca se diese cuenta de qué extrañas y discretas señales revelaba su nerviosismo.

Se volvió hacia la esposa del coronel y sonrió.

—Pero como he dicho, señora, si un policía topa con un delito flagrante su jurisdicción acude a él como una vieja amiga. ¿Les importa que cambiemos de tema? Sin ánimo de ofenderles, señoras y señores, pero con el paso de los años he constatado que los banqueros, los militares y los mercaderes siempre tienen la ocasión de disfrutar a sus anchas de sus comidas en banquetes como este, mientras que el pobre pies planos tiene que hablar del trabajo policial, que la mayor parte del tiempo es más bien aburrido. —Volvió a sonreír para tener la fiesta en paz y prosiguió—: Sumamente aburrido por estos lares, diría yo. Desde mi punto de vista, este sitio es tan tranquilo como… una tumba. —Resultado: un estremecimiento del buen coronel y el sacerdote bajando la vista a su plato, aunque eso último no había que tomárselo demasiado en serio, pensó, porque rara vez se veía a un clérigo incapaz de sacar chispas a su plato con el cuchillo y el tenedor.

Sybil, valiéndose de su voz de anfitriona, resquebrajó el silencio como un rompehielos.

—Creo que es hora de sacar el plato principal —dijo—, que será un espléndido cordero avec, se acabó la charla sobre trabajo policial. ¡Créanme, si tiran a Sam de la lengua se pondrá a citar las leyes y ordenanzas de Ankh-Morpork y el reglamento de la Guardia hasta que le lancen un cojín!

Bien hecho, pensó Vimes, por lo menos ahora podré cenar en paz. Se relajó mientras la conversación a su alrededor perdía mordiente y volvía a llenarse de los chismorreos y rezongos cotidianos sobre las demás personas que vivían en la región, las dificultades con el servicio, las perspectivas para la cosecha y, ah, sí, el problema de los trasgos.

En ese momento, Vimes prestó atención. Trasgos. La Guardia de la Ciudad parecía contener al menos un miembro de cada especie bípeda inteligente conocida, más un Nobby Nobbs. Se había convertido en una tradición: si podías llegar a policía, podías llegar a especie. Pero nadie había sugerido una sola vez que Vimes contratara a un trasgo por el sencillo motivo de que todo el mundo sabía que eran unos malnacidos apestosos, caníbales, sádicos y traicioneros.

Por supuesto, todo el mundo sabía que los enanos eran unos mangantes que te timaban a la menor ocasión, que los trolls eran poco más que matones, que la única medusa que vivía en la ciudad nunca te venía de cara, que los vampiros no eran de fiar por mucho que sonriesen, que los hombres lobo al fin y al cabo no eran más que vampiros que no volaban, y que el vecino de al lado era un auténtico cabrón que tiraba la basura por encima de tu muro y su mujer, una fresca. Aunque también era cierto que tenía que haber de todo. No podía decirse que hubiera muchos prejuicios porque, a fin de cuentas, en la universidad había trabajado un orco, pero se pirraba por el fútbol, y tanto que sí, y se podía perdonar a cualquiera capaz de marcar desde el centro del campo y, en fin, cada uno es como es… Pero los putos trasgos ni hablar, muchas gracias. La gente los echaba si entraban en la ciudad y tendían a acabar río abajo, trabajando para gente como Harry Rey en las industrias de la molienda de huesos, el curtido de pieles y la chatarra. A un buen trecho de las puertas de la ciudad y, por tanto, fuera de la ley.

Y ahora había unos cuantos en las inmediaciones de la Mansión, como evidenciaban las gallinas y los gatos desaparecidos y demás indicios. Bueno, podía ser, pero Vimes se acordaba de cuando la gente decía que los trolls robaban gallinas. Un pollo no tenía el menor interés para un troll. Sería como un humano comiendo yeso. Se abstuvo de mencionarlo, por supuesto.

Sí, nadie tenía nada bueno que decir de los trasgos, pero la señorita Bidel no tenía nada que decir en absoluto. Su mirada permaneció clavada en la cara de Vimes. Podía leerse una mesa de banquete si se aprendía el truco, y un policía podía formarse una idea clara de lo que cada comensal pensaba de los demás. Todo estaba en las miradas. Lo que se decía y lo que no. La gente que estaba en el círculo mágico y la que no. La señorita Bidel era una extraña a la que se toleraba porque no hacerlo habría sido de mala educación pero a la que no se incluía del todo. ¿Cómo era la expresión? «No es de los nuestros».

Vimes cayó en la cuenta de que estaba mirando a la señorita Bidel con la misma fijeza que ella. Sonrieron los dos, y él pensó que un hombre con inquietudes iría a ver a la agradable autora de los libros que tanto gustaban a su hijito, y no porque pareciese dispuesta a tirar de la manta hasta llevársela entera.

La señorita Bidel arrugó mucho la frente cuando la charla fue a dar a los trasgos, y de vez en cuando la gente, sobre todo la gente que él había bautizado como coronela, le lanzaba una miraba como la que recibe un niño que está haciendo algo malo.

Y así Vimes mantuvo una afable apariencia de atención mientras a la vez repasaba los asuntos del día. La coronela interrumpió el proceso al comentar:

—Por cierto, excelencia, nos ha complacido mucho oír que esta tarde le ha dado una buena paliza a Jefferson. ¡Ese hombre es insufrible! ¡Alborota a la gente!

—Bueno, me he fijado en que no teme exponer sus opiniones —dijo Vimes—, pero nosotros tampoco, ¿verdad?

—Pero no me diga que usted, precisamente usted, excelencia —cuestionó el religioso, que alzó la vista con interés— cree que tan bueno es Pedro como su amo.

—Depende de Pedro. Depende del amo. Depende de lo que quiera decir con «bueno» —dijo Vimes—. Supongo que yo fui un Pedro, pero en lo tocante a la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, soy el amo.

La coronela estaba a punto de responder cuando lady Sybil añadió animada:

—Hablando del tema, Sam, me ha llegado una carta de la señora Wainwright que te pone por las nubes. Recuérdame que te la enseñe.

Todas las parejas duraderas tienen su código. Lo clásico es que exista una frase que la mujer usa en una conversación educada para avisar al marido de que, por vestirse con prisas o por despiste, está quedando en evidencia en el departamento braguetil.

En el caso de Vimes y l[[12]](#footnote-12)ady Sybil, cualquier mención a la señora Wainwright significaba: «Si no paras de molestar a la gente, Sam Vimes, más tarde habrá cierta dosis de desavenencias conyugales».

Pero, en esa ocasión, Sam Vimes quería tener la última palabra, y dijo:

—En realidad, bien pensado, conozco a unos cuantos Pedros que han llegado lejos en varios puestos, y deje que le diga que a menudo son mejores amos de lo que jamás fueron sus antiguos señores. Lo único que necesitaban era una oportunidad.

—¡Recuérdame sin falta que te enseñe esa carta, Sam!

Vimes cedió, y la llegada del pudín de helado rebajó algo la temperatura, sobre todo porque lady Sybil se aseguró de que todas las copas permaneciesen llenas; en el caso del coronel hizo falta un reaprovisionamiento extremadamente regular. A Vimes le habría gustado seguir hablando con él, pero no era el único sometido a censura conyugal. El militar sin duda había tenido algo importante en mente que le había provocado un gran nerviosismo en presencia de un policía. Y el nerviosismo parecía contagioso.

El banquete no era de alto copete, ni mucho menos. Sybil había organizado aquella fiestecilla como preludio a algo más elegante, y mucho antes de las once ya se intercambiaban unos adioses bastante amistosos. Vimes aguzó el oído para oír lo que decían el coronel y su mujer mientras caminaban, en el caso de él con paso inestable, hasta su carruaje. Lo único que captó, sin embargo, fue un susurro:

—¡Te has dejado abierta la puerta del establo toda la noche!

Seguido de un gruñido:

—Pero el caballo estaba dormido como un tronco, querida.

Cuando se despidieron con la mano del último carruaje y la gran puerta delantera estuvo cerrada a cal y canto, Sybil dijo:

—Bueno, Sam, lo entiendo, de verdad que sí, pero eran nuestros invitados.

—Lo sé, y lo siento, pero es como si no pensaran. Solo quería agitar un poco sus ideas.

Lady Sybil examinó una botella de jerez y llenó su copa.

—¿No creerás de verdad que el herrero tenía derecho a pelear contigo por esta casa?

Sam habría deseado poder beber en ese momento.

—No, por supuesto que no. O sea, sería el cuento de nunca acabar. La gente lleva miles de años ganando y perdiendo en la vieja ruleta del destino. Lo sé, pero ya sabes que opino que, si vas a detener la rueda, tienes que pararte a pensar en los pobres desgraciados que se han quedado en el cero.

Su mujer le cogió la mano con delicadeza.

—Pero financiamos el hospital, Sam. Ya sabes lo caro que sale. El doctor Jardín enseña a cualquiera que demuestre aptitud para la medicina, aunque se presenten, por decirlo con sus palabras, con medio culo fuera del pantalón. ¡Está enseñando incluso a mujeres! ¡A ser médico! ¡Hasta emplea a Igorinas! Estamos cambiando las cosas, Sam, poco a poco, ayudando a la gente a ayudarse a sí misma. ¡Y mira la Guardia! Hoy en día un crío se enorgullece de que su padre o hasta su madre sea guardia. Y la gente necesita orgullo.

Vimes le agarró la mano.

—Gracias por ser tan buena con el chaval de la calle Cockbill.

Lady Sybil le restó importancia con una risilla.

—¡Esperé mucho a que aparecieras, Samuel Vimes, y no pienso dejar que te eches a perder!

A Sam Vimes le pareció un buen momento para decir:

—¿Te parece bien que Willikins y yo demos un paseíto hasta la floresta del Muerto antes de acostarme?

Lady Sybil le dedicó la sonrisa que las mujeres reservan para los maridos y los niños pequeños.

—Bueno, cómo negarme, y flota algo raro en el ambiente. Me alegro de que Willikins participe. Y allá arriba se está muy bien. A lo mejor oyes al ruiseñor.

Vimes le dio un beso antes de subir a cambiarse, y precisó:

—Bueno, cariño, la verdad es que sí que espero oír cantar a un pajarito.

Probablemente ningún duque, ni siquiera ningún comandante de la Guardia de la Ciudad, había encontrado en su vestidor algo como lo que reposaba en la cama de Sam Vimes en ese momento. Ocupaba el lugar de honor una navaja de podar, que era una útil herramienta agrícola. Había visto a un par de personas que las llevaban ese mismo día. Se recordó a sí mismo que «herramienta agrícola» no significaba «no es un arma». A veces aparecían en manos de algún pandillero y eran casi tan temibles como un troll con jaqueca.

También había una porra. La de Vimes, que su sirviente había tenido la previsión de traer desde casa. Por supuesto, tenía detalles en plata porque era la porra ceremonial del comandante de la Guardia, y no era un arma en absoluto, qué va, de ningún modo. Sin embargo, Vimes sabía que no era quesero y por tanto le resultaría algo difícil explicar por qué llevaba encima dos palmos de alambre cortaquesos. Lo dejaría allí, pero la navaja de podar sí se la llevaba. Sería el colmo que un hombre que pasea por sus propias tierras no pudiera aprovechar la oportunidad para recortar una rama o dos. Pero ¿qué hacer con el montón de bambú que resultó ser un peto de secciones articuladas, acompañado por un muy poco favorecedor casco? Sobre la cama había una notita. Rezaba, con la letra de Willikins: «El amigo del guardia forestal, comandante. ¡¡¡Y suyo también!!!».

Vimes gruñó y golpeó el peto con la porra. El bambú se combó como si estuviera vivo y la porra rebotó hasta el otro lado de la habitación.

Bueno, vivir para ver, pensó Vimes, o quizá sea más importante ver para vivir. Bajó sin hacer ruido y salió a la noche… que era un tablero de ajedrez blanquinegro. Había olvidado que fuera de la ciudad, donde las emanaciones, humos y vapores conferían al mundo mil tonalidades de gris, en lugares lejanos como ese reinaban el blanco y el negro y, si alguien buscaba una metáfora, ahí mismo la tenía.

Conocía el camino que llevaba a la colina, no tenía pérdida. La luna iluminaba la ruta como si quisiera ponerle las cosas fáciles. La agricultura propiamente dicha se acababa más o menos a esa altura. Los campos daban paso a las aulagas y a una hierba tan mordisqueada por los conejos que recordaba al tapete de una mesa de billar… aunque, dado que los conejos hacían más cosas aparte de comer hierba, sobre aquel tapete había bolas de todos los tamaños. Los conejos se dispersaron mientras subía por la ladera y le preocupó estar haciendo demasiado ruido, pero eran sus tierras y por tanto aquello era un simple paseo por el jardín. De modo que caminó con algo más de desparpajo, siguiendo lo que parecía el único camino, y vio, a la luz de la luna, la horca.

Bueno, pensó, en el mapa pone floresta del Muerto, ¿o no? En los viejos tiempos hacían muchas cosas de ese estilo, ¿verdad? Y la jaula de metal solo era para mantener derechos los cadáveres y que los cuervos no tuvieran que arrodillarse. Trabajo policial a la vieja usanza, podría decirse, si se quisiera provocar un escalofrío o dos. Una pila de antiguos huesos quebradizos al pie del cadalso daba fe de que se había puesto en práctica ese trabajo policial a la vieja usanza.

Vimes sintió el sigiloso movimiento de un cuchillo en los pelos de la nuca.

Al cabo de un momento, Willikins se levantó del suelo y se sacudió el polvo de la ropa con esmero.

—¡Oh, bien hecho, señor! —reconoció, algo jadeante por la falta de aliento—. Veo que no puedo pillarle desprevenido, comandante. —Calló, se llevó la mano a la nariz y olisqueó—. ¡Que me aspen, comandante! ¡Tengo la ropa perdida de sangre! No me ha apuñalado, ¿verdad, señor? Solo ha girado sobre sus talones y me ha pateado en los huevos, cosa que ha hecho, permítame decirlo, señor, con suma habilidad.

Vimes olfateó. Uno aprendía a distinguir la sangre. Olía a metal. Claro, habrá quien diga que el metal no huele, pero es mentira: huele a sangre.

—¿Has llegado cuando hemos dicho? —preguntó.

—Sí, señor. No he visto ni un alma. —Willikins se arrodilló—. No he visto nada. No habría visto la sangre si su patada no me hubiese enviado a un charco de ella. Está por todas partes.

Ojalá tuviese a Igor aquí, pensó Vimes. Últimamente delegaba el trabajo forense en los expertos. Por otro lado, la experiencia era un grado, y aparte de la sangre pudo notar un tufillo a matanza y a increíble coincidencia. En el campo todo el mundo lo ve todo. Jefferson había quedado con Vimes, pero se apreciaba una clara escasez de Jefferson que contrastaba con la abundancia de sangre, acompañada por una llamativa ausencia de cadáver. El cerebro de Vimes repasó los datos de forma metódica. Por supuesto, se daba por sentado que si un ciudadano pretendía contarle un secreto a un policía con disimulo, era probable que alguien no deseara que dicho ciudadano compartiese dicho secreto. Y si dicho ciudadano aparecía muerto, entonces a dicho policía, que antes había sido visto peleando con él, podrían considerarle un poquito culpable, bien pensado, pero puestos a pensarlo todo bien, alguien decidido de verdad a meter a Vimes en un lío habría dejado el cadáver del herrero tirado por allí, ¿no?

—He encontrado algo, señor —dijo Willikins mientras se ponía derecho.

—¿Cómo dices?

—He encontrado algo, señor, palpando el suelo, por así decirlo.

—¡Pero si está empapado de sangre, hombre!

Eso no parecía preocupar a Willikins.

—Nunca he tenido aprensión a la sangre, comandante, y menos cuando no es mía. —Se oyeron unos roces y luego se hizo la luz: Willikins había abierto la portezuela de un fanal oscuro. Se lo pasó a Vimes y después acercó algo pequeño a la luz—. Es un anillo, señor. Parece hecho de piedra.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que es una piedra con un agujero?

Oyó suspirar a Willikins.

—No, señor, está pulido y sin asperezas. Y hay un dedo dentro. A mí me parece de trasgo.

Vimes pensó: Toda esa sangre. Una garra cortada. Los trasgos no son tan grandes. Alguien se ha molestado en subir hasta aquí para matar a un trasgo. ¿Dónde está lo que falta de él?

En teoría, la luz de la luna debería haber facilitado la búsqueda, pero la luz lunar es engañosa, crea sombras donde no debería haberlas, y además se estaba levantando viento. Con fanal oscuro o sin él, había poco que pudiera hacer allí arriba.

En La Cabeza del Trasgo las cortinas estaban echadas y aún brillaban unas pocas luces. Al parecer, existían regulaciones sobre la venta de bebidas alcohólicas. Un buen policía siempre debía estar dispuesto a comprobar su cumplimiento. Guió a Willikins hasta la parte trasera del pub y llamó al pequeño panel deslizante de la puerta de atrás del local. Al cabo de unos instantes, Jiminy lo abrió y Vimes metió la mano por el agujero antes de que acertase a cerrarlo de nuevo.

—¡Usted no, excelencia, o los magistrados me sacarán las tripas y me las pondrán por sombrero!

—Y seguro que quedarían muy favorecedoras —dijo Vimes—, pero eso no pasará, porque seguro que alrededor de un tercio de sus clientes habituales siguen consumiendo bebidas espirituosas a esta hora, y es probable que haya al menos un magistrado entre ellos… No, retiro eso último. Los magistrados beben en casa, donde no hay leyes sobre la bebida. No es por nada, pero muy bajo habrá caído la profesión el día en que un agente sediento no pueda sacarle un trago nocturno a un excolega. —Dejó unas monedas sobre el minúsculo alféizar del pequeño panel y añadió—: Debería llegar para el coñac doble de mi sirviente, y yo quiero la dirección del señor Jefferson, el herrero.

—No puede tratarme así, ¿sabe?

Vimes miró a Willikins.

—¿Puedo?

El caballero del caballero carraspeó.

—Ahora nos encontramos en el mundo del derecho feudal, comandante. Usted es propietario del terreno sobre el que se alza este local, pero él posee derechos tan válidos como los suyos. Si ha pagado su alquiler, usted ni siquiera puede entrar en el establecimiento sin su permiso.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Bueno, comandante, como ya sabe, en mis tiempos disfruté de una o dos vacaciones en el Rapapolvo, y si algo tiene la vida carcelaria es que siempre hay un montón de libros de derecho a mano, ya que a los delincuentes les interesa mucho repasar la letra pequeña de las leyes por si al final resulta que ponerle a un pandillero rival unas botas de cemento y tirarlo al río es legal. Esas cosas se le quedan a uno en la cabeza.

—Pero ahora estoy investigando una desaparición misteriosa. El herrero tenía muchas ganas de verme en lo alto del monte, pero cuando he llegado no he encontrado más que un charco enorme de sangre. Jefferson quería contarme algo, y usted debe de saber a qué huele eso para un policía. —Aunque yo no esté seguro, añadió Vimes para sus adentros—. Hay gato encerrado, eso está claro.

El tabernero se encogió de hombros.

—No es asunto mío, vuecencia.

Vimes agarró la muñeca del tabernero antes de que pudiera apartarla y tiró de él con tanta fuerza que le empotró la cara contra la madera.

—No me vengas con vuecencias. Aquí pasa algo, algo malo. Lo siento en las botas, y créeme que son las botas más sensibles que han existido nunca. El hombre que regenta el pub de la aldea lo sabe todo; eso lo sé yo y lo sabes tú. Si no estás de mi lado estás en mi camino, y sabes algo, te lo veo en los ojos. Si resulta que sabías algo de importancia sobre el herrero, te caerá una acusación de encubrimiento, y tal vez otra de asistencia al delito si puedo meter baza, lo que sumado te dejaría como cómplice, ¿estamos?

Jiminy se revolvió, pero Vimes lo tenía bien sujeto.

—¡Su placa no vale aquí, señor Vimes, y lo sabe!

Vimes captó el pequeño gimoteo de miedo en la voz del tabernero, pero los viejos policías eran duros. Quien no era duro no llegaba a viejo policía.

—Voy a soltarle, señor —dijo Vimes, que en código policial significaba «capullo tembloroso»—. Usted cree que aquí mi base legal está algo coja. Puede que sea cierto y puede que no, pero mi acompañante no es agente de la ley ni está acostumbrado a hacer las cosas por las buenas como nosotros los del cuerpo, y a lo mejor mi base legal no es lo único que acaba cojo. Se lo digo como amigo. Los dos conocemos este juego, ¿verdad? Supongo que estaba trabajando en la barra cuando mataron al trasgo, ¿no?

—Yo no sabía que habían matado a un puto trasgo, ¿verdad? O sea que ¿cómo voy a saber cuándo podría o no podría haber pasado? Mi consejo, señor —señaló Jiminy, con la misma inflexión en código que había usado Vimes—, es que por la mañana ponga el asunto en manos de las autoridades. Es decir, del joven Desenlace, que se hace llamar policía. Mire, Vimes, yo vine aquí a jubilarme, y seguir vivo es parte del plan. No meto las narices donde no me llaman. Y sé que hay muchas cosas que usted podría hacer y también sé que no va a hacerlas, pero solo para que no se vaya a casa con las manos vacías, Jetro vive donde viven todos los herreros; justo en el centro del pueblo, delante del empradizado. Vive con su anciana madre, o sea que yo no la molestaría a estas horas de la noche. Y ahora, caballeros, será mejor que cierre el pub. No quisiera infringir la ley.

El panel volvió a su sitio y sonó un cerrojo que se cerraba. Al cabo de un momento, tras el ancestral grito de «¿Es que no tenéis casa?», oyeron abrirse la puerta delantera y el camino se llenó de hombres que intentaban que sus cerebros fueran en la misma dirección que sus pies, o viceversa.

En las sombras del patio de atrás del pub, que olían a barriles viejos, Willikins comentó:

—¿Quiere apostar sobre si su herrero está acostado en su camita esta noche, señor?

—No, pero esto huele a chamusquina. Creo que tengo un asesinato, pero no tengo un cadáver, por lo menos no uno entero —matizó al ver que Willikins abría la boca. Gruñó—. Para que sea un asesinato con todas las de la ley, Willikins, es necesario que falte una parte importante que sea realmente necesaria para seguir vivo, como una cabeza. Sí, la sangre también valdría, pero sería difícil recogerla a oscuras, ¿no?

Partieron y Vimes dijo:

—Lo que tienen los muertos es que permanecen muertos, bueno, en general, así que… Ha sido un día muy largo y nos queda una buena caminata, y los años no pasan en balde, ¿de acuerdo?

—Desde fuera casi no se le notan, comandante —precisó el leal Willikins.

Les abrió la puerta entre bostezos un sirviente nocturno y, en cuanto se retiró, Willikins sacó del bolsillo de su chaqueta la apestosa y cercenada garra de trasgo, que dejó en la mesa del vestíbulo.

—Los trasgos son muy poca cosa aparte de la cabeza, o eso dicen. Mire, ese es el anillo, en el dedo. Desde luego parece de piedra. ¿Ve esa pequeña cuenta azul? Bastante buena factura, para ser trasga.

—Los animales no llevan joyas —dijo Vimes—. ¿Sabes, Willikins? Lo he dicho otras veces, pero serías un policía cojonudo si no fuese porque también serías un asesino cojonudo.

Willikins sonrió.

—Es cierto que de crío pensé en los asesinos, señor, pero por desgracia no era de la clase social adecuada y, aparte, ellos tienen reglas. —Ayudó a Vimes a quitarse la chaqueta y prosiguió—. La calle no tiene reglas, comandante, más que una, que es «Sobrevive», y mi difunto padre probablemente se revolvería en su tumba si pensara siquiera en meterme a policía.

—Yo creía que nunca supiste quién era tu padre.

—Cierto, señor, es así, pero tenga en cuenta que algo tuve que heredar de él. —Willikins sacó un pequeño cepillo y barrió una mota de polvo del abrigo antes de colgarlo en una percha, y prosiguió—: En ocasiones acuso la ausencia de un padre, y me he planteado si sería buena idea acercarme al cementerio de Dioses Menores y gritar: «Padre, voy a ser policía», para ver qué lápida se mueve, señor.

El hombre seguía sonriendo. Vimes pensó, y no por primera vez, que tenía a un caballero muy inusual como caballero del caballero, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los dos era un caballero, para empezar.

—Willikins, créeme cuando te digo que, en tu caso, yo más bien bajaría al Rapapolvo y lo gritaría en la fosa de cal que hay junto a la horca.

La sonrisa de Willikins se ensanchó.

—Gracias, señor. Huelga decir que eso significa mucho para mí. Si me disculpa, señor, iré a tirar mi chaqueta al incinerador antes de retirarme.

Sybil se volvió y emitió un murmullo cálido y sonoro cuando Vimes se metió en la cama a su lado. Había sido un día muy largo y cayó en ese estupor rosado y semiconsciente que es casi mejor que el sueño, aunque despertase un poquito cada hora cuando nadie tocaba una campana en la calle para decir el tiempo que hacía.

Y volvió a despertar para oír el traqueteo de las ruedas de un carro pesado sobre las piedras. Estaba medio dormido, pero la sospecha lo despabiló del todo. ¿Piedras? La Mansión estaba rodeada de maldita grava por todas partes. Abrió una ventana y escrutó el terreno iluminado por la luna. Había oído un eco reflejado en las colinas. Unas pocas neuronas del turno de noche se preguntaron qué clase de agricultura se practicaba por la noche. ¿Criaban champiñones? ¿Había que entrar en casa los nabos para que no cogieran frío? ¿Era eso lo que llamaban rotación de cultivos? Esos pensamientos se derritieron en su cerebro soñoliento como granitos de azúcar en una taza de té, deslizándose y goteando de neurona a sinapsis y a neurotransmisor hasta llegar al receptor señalado como «sospecha», que probablemente aparecería en el diagrama del cerebro de un policía como un bulto bastante visible, algo más grande que el marcado como «capacidad para entender palabras largas». Pensó: ¡Ah, claro, contrabando! Y, sintiéndose alegre y esperanzado de cara al futuro, cerró con suavidad la ventana y volvió a la cama.

La comida de la Mansión era copiosa, suntuosa y muy probablemente casi todo lo demás que terminaba en «osa». Vimes era lo bastante mayor para saber que los sirvientes de alto rango se comían las sobras y, por lo tanto, iba a asegurarse de que quedaran. Con eso presente, se sirvió una ración enorme de abadejo con arroz y huevos duros y se comió las cuatro lonchas de beicon de su plato. Sybil se lo afeó con un chasquido de la lengua, y Vimes le recordó que estaba de vacaciones, a fin de cuentas, y en vacaciones no se hacía lo mismo que los demás días, lo que llevó a Sybil a señalar, con precisión forense, que eso debería incluir el trabajo policial, ¿o no?, pero Vimes estaba preparado y dijo que por supuesto lo entendía, y que era el motivo de que fuera a llevar al joven Sam a dar un paseo por el centro del pueblo, para dejar sus sospechas en manos del policía local. Sybil le dijo «de acuerdo» con un deliberado tono de incredulidad, y que no se olvidara de llevar consigo a Willikins. Era otro aspecto de su esposa que dejaba absolutamente perplejo a Vimes. Del mismo modo que Sybil pensaba que Nobby Nobbs, aunque fuese un diamante en bruto, era un buen guardia, opinaba que Vimes estaba más seguro en compañía de un hombre que jamás salía de la ciudad sin llevar encima su arsenal callejero y que en una ocasión había abierto una botella de cerveza con los dientes de otro hombre. Era cierto, pero en diversos sentidos muy desconcertante.

Oyó el timbre de la puerta, oyó que el sirviente abría la entrada y oyó una conversación apagada seguida de unos pasos en el sendero de grava que se dirigieron a la parte de atrás de la Mansión. No era importante, solo sonido ambiente, y la entrada de un criado en la sala para susurrar a Sybil se encuadró en la misma categoría.

La oyó decir:

—¿Cómo? En fin, supongo que será mejor que lo haga pasar.

Y entonces fue todo oídos cuando Sybil se dirigió a él.

—Es el policía local. ¿Puedes recibirlo en el estudio? Los policías nunca se limpian los pies como es debido, sobre todo tú, Sam.

Vimes aún no había visto el estudio. La Mansión tenía habitaciones para dar y tomar. Gracias a las indicaciones de una doncella giratoria, llegó al estudio unos segundos antes de que un criado, que ponía cara de estar sosteniendo una rata muerta, hiciese pasar al policía local. Por lo menos cabía suponer que lo era, porque parecía más bien el hijo del policía local. Unos diecisiete años, le echó Vimes, y olía a cerdo. Se quedó plantado donde lo había depositado el sirviente y lo miró fijamente.

Al cabo de un rato, Vimes dijo:

—¿Puedo ayudarle, agente?

El joven parpadeó.

—Hum, ¿me dirijo a sir Samuel Vimes?

—¿Quién es usted?

La pregunta pareció pillar al joven por sorpresa, y pasado un tiempo Vimes se apiadó de él y explicó:

—Mira, hijo, lo correcto es decir quién eres y luego preguntarme si yo soy yo, por así decirlo. Al fin y al cabo, no sé nada de ti. No llevas un uniforme que reconozca, no me has enseñado ninguna acreditación o placa y no llevas casco. Doy por sentado, pese a todo, y en aras de concluir esta entrevista antes del almuerzo, que eres el jefe de policía por estos pagos. ¿Cómo te llamas?

—Esto, Desenlace, señor, Feeney Desenlace… hum, ¿alguacil en jefe Desenlace?

Vimes se avergonzó por pensarlo, pero ese crío se estaba presentando en calidad de agente de policía y hasta Nobby Nobbs se habría reído. En voz alta, dijo:

—Bueno, alguacil en jefe Desenlace, yo soy sir Samuel Vimes, entre otras cosas, y ahora mismo andaba pensando que tenía que ir a hablar con usted.

—Ejem, eso está bien, señor, porque yo ahora mismo andaba pensando que iba siendo hora de que lo arrestase como sospechoso de causar la muerte de Jetro Jefferson, el herrero.

Vimes no cambió de expresión. Y bien, ¿qué hago ahora? Pues nada. Tienes derecho a permanecer en silencio, se lo he dicho a cientos de personas sabiendo que era la chorrada que es, y estoy absolutamente seguro de otra cosa, que no le he puesto una mano encima a ese maldito herrero más que con fines educativos, y en consecuencia será muy interesante descubrir por qué este mamoncete cree que puede endosarme el asesinato.

Un policía siempre debía estar dispuesto a aprender, y Vimes había aprendido de lord Vetinari que nunca debía reaccionarse a ningún comentario o situación hasta haber decidido con exactitud lo que se iba a hacer. El principio tenía el doble atractivo de impedir que hicieras o dijeses algo equivocado y poner a los demás extremadamente nerviosos.

—Lo siento, señor, pero me ha llevado una hora sacar a los cerdos y adecentar la mazmorra, señor, todavía huele un poco a desinfectante, señor, y a cerdo, por decirlo todo, pero he encalado las paredes y hay una silla y un catre en el que puede hacerse un ovillo. Ah, y para que no se aburra he encontrado la revista.

Miró esperanzado a Vimes, cuya expresión no se había alterado, solo calcificado, pero tras una mirada debidamente larga preguntó:

—¿Qué revista?

—¿Señor? No sabía que hubiese más de una. La tenemos de siempre. Trata de cerdos. Ya está un poco gastada, pero los cerdos siempre son cerdos.

Vimes se levantó.

—Voy a dar un paseo, alguacil en jefe. Puede seguirme si quiere.

—¡Lo siento, señor, pero le he detenido!

—No, hijo, no es verdad —dijo Vimes ya dirigiéndose hacia la entrada.

—¡Pero estoy seguro de que le he dicho que está arrestado, señor! —Era casi un gimoteo.

Vimes abrió la puerta principal y empezó a bajar la escalera con Feeney trotando a sus talones. Un par de jardineros, que en otras circunstancias se habrían dado la vuelta, se apoyaron en las escobas al verlos, oliéndose un número de cabaret.

—¿Se puede saber qué demonios llevas encima que demuestre que eres un agente oficial de la ley? —preguntó Vimes por encima del hombro.

—Tengo la porra oficial, señor. ¡Es una reliquia familiar!

Sam Vimes dejó de caminar y se volvió.

—Bueno, muchacho, si es oficial tendrás que dejarme que le eche un vistazo, ¿no? A ver, trae aquí. —Feeney lo hizo.

No era más que una cachiporra muy grande, con la palabra «ley» grabada a fuego por un aficionado, quizá con un atizador. Pesaba lo suyo, eso sí. Vimes se dio con ella un golpecito en la palma y comentó:

—¡Me has dado a entender que ves probable que sea un asesino y me has entregado tu arma! ¿No te parece una imprudencia?

Vimes vio desfilar el paisaje mientras flotaba sobre los escalones y aterrizaba de espaldas en un macizo de flores, mirando al cielo. La cara de preocupación de Feeney, algo ampliada, apareció ante sus ojos.

—Lo siento, comandante. Personalmente no le haría daño por nada del mundo, pero no quería que se llevase una impresión equivocada. Esa llave se traduce como «Hombre Él Arriba Abajo Siento Mucho».

Vimes contempló el fragmento de cielo que tenía encima en un estado de inexplicable paz mientras el chico decía:

—Verá, mi abuelo de joven fue marinero en los grandes buques que navegaban a Bhangbhangduc y todos esos sitios donde la gente es tan rara, y cuando volvió se trajo a mi abuelita, Ming Chang, y ella nos lo enseñó a mi padre y a mí. —Sorbió por la nariz—. Murió hace unos meses, pero al menos también enseñó a mi madre a cocinar. El Bung Ming Nyam Chuch todavía es muy popular en la zona, y claro, no es muy difícil encontrar los ingredientes, con lo cerca que estamos del mar. El Bong Lat Bang Keng no crece muy bien por aquí, aunque el Pack Ten Chop Fang Poll sí que se adapta bien al clima. Ajá, me alegra decirle que ya empieza a tener mejor color, señor.

Con todas las articulaciones doloridas, Vimes se incorporó.

—No vuelvas a hacer eso, ¿entendido?

—Lo intentaré, señor, pero está arrestado, señor.

—Ya te lo he dicho, joven, no me has arrestado debidamente. —Vimes se puso en pie resollando un poco—. Para efectuar una detención legal, el agente responsable debe mantener contacto físico con el sospechoso a la vez que pronuncia con claridad las palabras «queda detenido», así, aunque en ese momento no hace falta especificar el delito por el que se sospecha del sospechoso. Durante el proceso… —Y en ese momento Vimes dio al joven un puñetazo tan fuerte en el plexo solar que lo dejó hecho un ovillo—… conviene ir con cuidado, que buena falta va a hacerte, chaval, si pretendes arrestarme, cosa que debo señalar que todavía no has hecho, lo que es una pena porque de haberlo hecho ahora tendrías una clara acusación contra mí por resistencia al arresto además de por agredir a un agente en cumplimiento de su deber. Con la salvedad de que hasta el momento nada en ti me lleva a creer que de verdad eres un policía.

Vimes se sentó en una piedra cercana y observó cómo Feeney empezaba a desplegarse.

—Soy Sam Vimes, joven, o sea que no me vengas con esos brincos y manotazos, ¿comprendido?

La voz de Feeney llegó como una especie de jadeo atenuado.

—«Y un día alguien os dirá: "¿Usted sabe con quién está hablando, agente?", a lo que responderéis: "Sí, señor, o en su caso señora, con la persona a la que estoy haciendo preguntas en relación con el mencionado delito", o alguna otra formulación similar y apropiada que no incluya expresiones como "Estás acabado, amigo" o "Se te va a caer el pelo". Ignorad, pero recordad, todas las amenazas proferidas. La ley es una e inmutable. A ella le da igual quién sea cada cual, y como en ese momento vosotros, en un sentido muy real, sois la ley, a vosotros también».

Vimes se quedó boquiabierto mientras Feeney proseguía.

—No nos llega el Times muy a menudo, pero hace un año compré un cargamento de medicinas para cerdos e iban envueltas con él, y vi su nombre cuando dio un discurso sobre lo que significaba ser policía. Me hizo sentir muy orgulloso, señor.

Vimes recordaba aquel discurso. Había tenido que escribirlo para el desfile de graduación de unos agentes recién licenciados en la Academia de la Guardia. Había pasado horas intentando redactarlo, obstaculizado por el hecho de que para él cualquier forma de literatura era, en todos los sentidos, un libro cerrado.

Se lo había enseñado a Sybil y le había preguntado si debía buscar a alguien que le ayudara, pero ella le había dado una palmadita en la cabeza y le había dicho: «No, cariño, porque entonces parecería algo escrito por alguien para otro alguien, mientras que ahora mismo deja entrever al más puro Vimes, como un faro radiante». Aquello le subió mucho el ánimo, porque nunca había sido un faro radiante.

Pero ahora se le cayó el alma a los pies cuando un carraspeo muy discreto le hizo perder el hilo y la voz de Willikins dijo:

—Perdone, comandante, me ha parecido apropiado en este momento presentarle al joven caballero a mis amigos los señores Burleigh y Fuerteenelbrazo. A lady Sybil no le complacería verlo arrestado, comandante. Me temo que la encontraría usted un poco… cáustica, señor.

Vimes encontró su voz.

—¡Eres un puto insensato, hombre! ¡Suelta ese condenado trasto! ¡Tal y como la ajustas, si hace viento se dispara! ¡Suéltala ahora mismo!

Willikins, sin mediar palabra, dejó la reluciente ballesta en la baranda de la escalera como una madre acostando a su hijito. Sonó un tañido vibrante y a dieciséis metros de distancia un geranio fue decapitado. El incidente pasó desapercibido, salvo por el geranio y una figura andrajosa oculta entre los rododendros, que dijo «¡Córcholis!» para sus adentros pero siguió mirando fija y decididamente a Vimes.

El retablo de asombro en la escalera se vio interrumpido por lady Sybil, que podía caminar con mucho sigilo para su tamaño.

—Caballeros, ¿qué sucede aquí?

—Este joven, que afirma ser el policía local, desea ponerme bajo custodia como sospechoso de asesinato, cariño.

Marido y esposa cruzaron una mirada que merecía el estatus de telepatía. Sybil miró a Feeney.

—Ah, usted debe de ser el joven Desenlace, supongo. Sentí enterarme de la muerte de su padre, y confío en que su madre se encuentre bien. De pequeña la visitaba mucho. ¿Y quiere arrestar a mi marido, dice?

Feeney, con los ojos como platos, logró articular un muy poco profesional:

—Con permiso de usted, señora.

Sybil suspiró y dijo con severidad:

—Bueno, en ese caso, ¿puedo esperar al menos que el asunto se resuelva sin mayor exterminio vegetal? —Miró a Vimes—. ¿Te lleva a la cárcel?

Devolvió su atención a Feeney, un hombre que de repente se las veía con un cañón cargado con mil años de autoconfianza aristocrática.

—Necesitará ropa limpia, agente. Si me dice dónde va a estar, y me dirá dónde va a estar, le llevaré en persona algunas prendas adecuadas. ¿Tendré que coserles yo las rayas, o eso es automático? Y le agradecería que me lo trajera de vuelta para la hora del té, porque esperamos visitas.

Lady Sybil dio un paso al frente y Feeney retrocedió otro para huir de la cólera del busto que se avecinaba.

—Le deseo toda la suerte del mundo en su empeño, joven —aseguró ella—. La necesitará. Ahora les ruego que me disculpen. Tengo que ir a hablar con la cocinera.

Se marchó con paso señorial y dejó al incrédulo Feeney embobado. Entonces las puertas que acababan de cerrarse a su espalda volvieron a abrirse y lady Sybil preguntó:

—¿Sigue usted soltero, joven?

—Sí —logró responder Feeney.

—Entonces está invitado al té —dijo lady Sybil con desenfado—. Vendrán unas cuantas jóvenes muy casaderas, y estoy convencida de que las emocionará conocer a un hombre dispuesto a bailar al mismísimo borde del infierno. Ponte el casco, anda, Sam, no vaya a haber brutalidad policial. Willikins, ven conmigo. ¡Quiero hablar un momento contigo!

Vimes dejó que el silencio cuajase. Cuando hubo demasiado, Feeney comentó:

—Su esposa es una mujer muy notable, señor.

Vimes asintió.

—Ni se imagina. ¿Qué quiere hacer ahora, alguacil en jefe?

El chico vaciló. Sybil tenía ese efecto en la gente. Le bastaba hablar con calma y confianza para hacer creer al más pintado que el mundo se había puesto patas y arriba y se le había caído en la cabeza.

—Bueno, señor, ¿creo que debería llevarlo ante los magistrados?

Vimes reparó en los pequeños signos de interrogación.

—¿Quién es su jefe, Feeney?

—El susodicho tribunal de magistrados, señor.

Vimes arrancó a caminar escalera abajo y Feeney se apresuró a seguirle. Vimes esperó hasta que el chico se lanzó a correr y entonces se paró en seco para que chocase contra su espalda.

—Su jefe es la ley, alguacil en jefe, no lo olvide. ¡De hecho, uno de los cometidos de los magistrados es asegurarse de que no lo haga! ¿No hizo un juramento? ¿Qué decía? ¿A quién se lo hizo?

—Ah, de eso me acuerdo bien, señor. Fue al tribunal de magistrados.

—¿Fue… a… quién? ¿Hiciste juramento de obedecer a los magistrados? ¡No pueden obligarte a eso! —Se calló. Recuerda, en el campo siempre hay alguien que te observa, pensó, y probablemente también te escucha.

Feeney parecía espantado, de modo que Vimes añadió:

—Llévame a tu mazmorra, chico, y enciérrame. Y ya que estás, enciérrate conmigo. No te precipites, no hagas preguntas y baja la voz, aparte de para decir cosas del estilo de «¡Se te va a caer el pelo, bellaco!» y demás chorradas de esa naturaleza general porque, joven, creo que alguien tiene un problema muy serio por aquí y creo que esa persona eres tú. Si tienes algo de sentido común, estate calladito y llévame a tu calabozo, ¿vale?

Con los ojos como platos, Feeney asintió.

Fue un agradable paseo hasta la mazmorra, que resultó estar situada en un pequeño embarcadero del río. La zona tenía todos los detritos semináuticos que cabría esperar, y había un puente giratorio, presumiblemente para dejar pasar los barcos más grandes. Bajo un sol brillante, lo único que pasaba era el tiempo, y poco a poco. Y entonces llegaron a la tan comentada mazmorra. Parecía un pimentero gigante hecho de piedra. Por su fachada crecía una enredadera en flor y, junto a la puerta y sujeto por una cadena, había un cerdo enorme. Cuando los vio acercarse se irguió sobre las patas de atrás para, bamboleándose un poco, pedir comida.

—Este es Moledor —dijo Feeney—. Su padre fue un jabalí, su madre fue sorprendida. ¿Ve esos colmillos? Nadie me busca las cosquillas cuando amenazo con soltar a Moledor, ¿verdad, Moledor?

Desapareció detrás del calabozo y regresó al momento con un cubo de sobras en el que Moledor trató de zambullirse con ruidos de enorme satisfacción; tan enorme, en verdad, como sus colmillos. Vimes los estaba mirando fijamente cuando una mujer de aspecto amable que llevaba un delantal salió de una casita con el tejado de paja, se detuvo al ver a Vimes y le hizo una reverencia. Miró esperanzada a Feeney.

—¿Quién es este elegante caballero, hijo?

—Es el comandante Vimes, mamá… Ya sabes, el duque.

Hubo una pausa mientras la mujer deseaba a todas luces llevar un vestido, un peinado y unos zapatos mejores, haber limpiado el retrete, la cocina y la recocina y haber recogido el jardín, pintado la entrada y pasado el trapo por la parte interior del tejado.

Vimes impidió que sus giros perforasen un agujero en el suelo sosteniéndole la mano mientras decía:

—Sam Vimes, señora, encantado de conocerla. —Pero eso tan solo provocó que se metiera corriendo en la casa, presa del pánico.

—Mi madre es muy admiradora de la aristocracia —confesó Feeney mientras abría la puerta de la mazmorra con una llave grande hasta extremos inviables.

—¿Por qué? —preguntó Vimes, perplejo.

El calabozo era razonablemente acogedor. Cierto que los cerdos habían dejado un fragante recuerdo tras su partida, pero para un chico de Ankh-Morpork aquello contaba como aire fresco. Feeney se sentó a su lado en un banco bien fregado.

—Bueno, señor, cuando mi abuelo era joven, lord Ramkin le daba medio dólar entero por abrir un portón, solo para que pudiera pasar la partida de caza. Según mi padre, siempre decía: «Ningún hipócrita con su cantinela de los derechos del hombre me ha dado siquiera medio céntimo en la vida, o sea que brindo por lord Ramkin, que me daba medio dólar entero cuando iba borracho como una cuba y nunca me pedía que se lo devolviera cuando estaba sereno. A eso lo llamo yo un caballero».

Vimes se retorció por dentro, sabedor de que el viejo beodo supuestamente generoso debía de tener más dinero del que pudiera imaginarse y de que le estaban hablando de un trabajador que demostraba un patético agradecimiento por la propina del anciano borrachín. Su alma gruñó a un hombre que llevaba mucho tiempo muerto. Sin embargo, la parte de él que llevaba años casada con lady Sybil susurró: «¡Pero no tenía por qué darle nada, y en aquellos tiempos medio dólar probablemente era más dinero del que el viejo podía imaginar!». Una vez, Sybil, en una de sus muy infrecuentes discusiones, le había sorprendido al espetarle: «Bueno, Sam, mi familia tuvo su primer empujón en la vida, su financiación inicial, por llamarlo así, gracias a la piratería. ¡Debería parecerte bien, Sam! ¡Dieron el callo como debe ser! ¡Y mira a lo que llevó! Tu problema, Sam Vimes, es que estás decidido a ser tu propio enemigo de clase».

—¿Algo va mal, comandante? —preguntó Feeney.

—Todo —respondió Vimes—. Para empezar, ningún policía jura lealtad al poder civil; jura lealtad a la ley. Sí, los políticos pueden cambiar la ley, y si al policía no le gusta ya sabe dónde está la puerta, pero mientras se dedique a su oficio es su deber actuar conforme manda la ley tal y como está escrita. —Se apoyó en la pared de piedra—. ¡No se jura obedecer a unos magistrados! Me gustaría ver qué es lo que firmaste… —Vimes dejó de hablar porque la pequeña placa metálica de la puerta del calabozo se deslizó a un lado para revelar a la madre de Feeney, que parecía muy nerviosa.

—He preparado Bong Nyam Pat, Feeney, con colinabo y patatas fritas, y hay suficiente para el duque también, si tuviese la deferencia de aceptarlo.

Vimes se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Sabe que me has arrestado?

Feeney se estremeció.

—No, y por favor, por favor, no se lo cuente, señor, porque creo que no me dejaría volver a entrar en casa en la vida.

Vimes se acercó a la puerta y habló a la ranura.

—Será un honor aceptar su hospitalidad, señora Desenlace.

Sonó una risilla nerviosa al otro lado de la puerta, y la madre de Feeney balbució:

—¡Lamento decirle que no tenemos vajilla de plata, alteza!

En casa, Vimes y Sybil comían en resistentes platos de barro cocido, baratos, prácticos y fáciles de limpiar. En alto dijo:

—Yo también lamento que no tengan vajilla de plata, señora Desenlace, y haré que les manden un juego sin tardanza.

Se oyó algo parecido a una escaramuza al otro lado de la mirilla, al mismo tiempo que Feeney le reprendía:

—¿Cómo dice? ¿Se ha vuelto loco, señor?

Bueno, eso ayudaría, pensó Vimes.

—Tenemos cientos de condenados platos de plata en la Mansión, muchacho. Inútiles hasta decir basta, enfrían la comida y cuando te das la vuelta ya se han puesto negros. Creo que también sufrimos una invasión de cucharas. Veré qué tenemos por ahí.

—¡No puede hacer eso, señor! ¡A ella le da miedo tener cosas valiosas en la casa!

—¿Hay muchos robos en esta zona, alguacil en jefe? —preguntó Vimes haciendo hincapié en las tres últimas palabras.

Feeney abrió la puerta de la mazmorra y levantó del suelo a su madre, que al parecer había quedado aturdida por la posibilidad de poseer una vajilla de plata, le sacudió el polvo y replicó por encima de su hombro:

—No, señor, por la razón de que nadie tiene nada que robar. Mi madre siempre me ha dicho que el dinero no compra la felicidad, señor.

Sí, pensó Vimes, mi madre también me lo decía, pero no hizo ascos cuando le di mis primeros sueldos, porque gracias a ellos pudimos tomar algún plato de carne, aunque no supiéramos qué clase de carne era. Eso es la felicidad, ¿no? Madre mía, las mentiras que nos contamos a nosotros mismos…

Cuando una ruborizada señora Desenlace se hubo ido a por la comida, Vimes dijo:

—Entre nosotros, alguacil en jefe, ¿cree que soy culpable de asesinato?

—¡No, señor! —respondió Feeney al instante.

—Lo ha dicho muy rápido, joven. ¿Me dirá que es instinto policial? Porque tengo la impresión de que es poli desde hace poco y no ha tenido mucho trabajo. No soy ningún experto, pero tampoco creo que los cerdos intenten mentirle a menudo.

Feeney respiró hondo.

—Bueno, señor —dijo con calma—, mi abuelo era un vejete muy astuto que enseguida le tomaba la medida a la gente. Me llevaba a dar paseos por la zona y me presentaba a la gente que nos cruzábamos, señor, y cuando se alejaban me contaba sus historias, como la del hombre al que habían pillado in flagrante delicto con un ave de corral…

Vimes escuchó boquiabierto mientras aquella cara rosa y bien lavada le hablaba del bonito y fragante paisaje como si estuviera poblado por demonios y monstruos salidos del infierno más infame. Desplegó un listado de antecedentes penales que daba miedo: ningún asesinato espeluznante pero sí mucha mala uva, tontería y todos los delitos propios de la ignorancia y la estupidez humanas. Por supuesto, allá donde había gente, había delincuencia. Era solo que parecía fuera de lugar en el lento mundo de los espacios abiertos y los pájaros cantores. Y aun así, él la había olido nada más llegar y ahora estaba metido hasta el cuello.

—Notas un hormigueo —concluyó Feeney—. Es lo que decía mi padre. Me dijo que observase, escuchara y no perdiese de vista a nadie. Nunca hubo un buen policía que no tuviera un punto de maldad en él, y eso es lo que te avisará. Te dirá: «Este hombre tiene algo que esconder», «Este hombre está más asustado de lo que debería» o «Este hombre se está pasando de chulo porque por debajo está hecho un manojo de nervios». Ya verás como te avisa.

Vimes optó por la admiración antes que el pasmo, pero sin pasarse.

—Bueno, señor Feeney, supongo que su abuelo y su padre tenían razón. O sea que emito las señales correctas, ¿no?

—No, señor, no emite ninguna en absoluto, señor. Mi abuelo y mi padre podían ponerse así a veces. Totalmente inexpresivos. Pone a la gente nerviosa. —Feeney ladeó la cabeza—. Un momento, señor, creo que tenemos un problemilla…

La puerta de la mazmorra se abrió con un golpetazo metálico cuando el alguacil en jefe Desenlace salió disparado hacia la parte de atrás del pequeño y achaparrado edificio. Algo chilló y dio un gañido con voz estridente, y entonces a Vimes, que estaba sentado dentro tan tranquilo, de pronto se le llenó el regazo de trasgos. En realidad era un único trasgo, pero uno es más que suficiente en las distancias cortas. Estaba el olor, para empezar, y para no terminar, porque parecía impregnar el mundo. Aun así, no era la peste, aunque los cielos sabían que apestaba con todos los hedores que una criatura orgánica podía generar. No, cualquiera que recorriese las calles de Ankh-Morpork era más o menos inmune a los hedores, tanto que existía ya la floreciente, a falta de un adjetivo mejor, afición de coleccionar pestes, y Dave, del Emporio del Al[[13]](#footnote-13)filer y el Sello de Dave, ya había vuelto a ampliar el cartel de su tienda. El olor intrínseco de un trasgo no podía embotellarse (o lo que fuera que hacían los coleccionistas) porque tenía más de sensación que de hedor: en concreto, la sensación de que el esmalte dental se está evaporando y cualquier armadura que se lleve puesta se oxida a marchas forzadas. Vimes le dio un puñetazo, pero el bicho se agarró con los brazos y las piernas a la vez, gritando con lo que en teoría era una voz pero sonaba como alguien saltando sobre una bolsa de nueces. Y aun así no le estaba atacando, a menos que se tuviera en cuenta la guerra biológica. Se sujetaba a su cuerpo con las piernas y agitaba los brazos, y Vimes impidió justo a tiempo que Feeney le partiera la crisma con su porra oficial porque, si uno prestaba atención, el trasgo estaba usando palabras.

—¡Pifia! ¡Pifia! ¡Queremos jus pifia! ¡Exigimos! ¡Exigimos jus pifia! ¿Vale? ¡Jus pifia!

Feeney, por su parte, estaba gritando:

—¡Tufos, pequeño diablo, ya te dije lo que haría si volvía a pillarte robando la comida al cerdo! —Miró a Vimes como si buscara apoyo—. ¡Son un nido de enfermedades espantosas, señor!

—¿Quieres parar de bailar con esa puñetera arma, chico? —Vimes bajó la vista al trasgo, que ahora se revolvía entre sus manos—. ¡En cuanto a ti, cabroncete, deja de armar jaleo!

Se hizo el silencio en la pequeña habitación, aparte de los ecos del «¡Se comen sus propios bebés!» de Feeney y el «¡Jus pifia!» del trasgo, que respondía al sencillo y acertado nombre de «Tufos».

El trasgo, que había superado ya su pánico, señaló con una zarpa la muñeca izquierda de Vimes, lo miró a la cara y dijo:

—¿Jus pifia? —Era una súplica. Le tiró con la garra de la pierna—. ¿Jus pifia? —La criatura cojeó hasta la puerta, miró al enfurecido alguacil en jefe y luego se volvió hacia Vimes con una expresión que le llegó al alma y repitió con mucho énfasis—: ¿Jus pifia? ¿Señor Poo-lii?

Vimes sacó su cajita de rapé. Si algo tenía la sustancia marrón era que todo el ceremonial preciso para tomar un pellizco proporcionaba bastante más tiempo para pensar que encenderse un puro. También conseguía que la gente prestara atención.

—Bueno, alguacil en jefe, he aquí alguien que le pide justicia. ¿Qué piensa hacer al respecto?

Feeney parecía presa de la incertidumbre y buscó cobijo en una certeza.

—¡Es un apestoso trasgo!

—¿Ve muchos cerca de la mazmorra? —preguntó Vimes, sin variar de tono.

—Solo a Tufos —dijo Feeney mientras fulminaba con la mirada al trasgo, que le sacó una lengua como un gusano—. Siempre pulula por aquí. ¡Los demás saben lo que pasa cuando los pillan robando por los alrededores!

Vimes echó un vistazo al trasgo y reconoció una pierna rota mal soldada nada más verla. Dio varias vueltas entre sus manos a la cajita del rapé, sin mirar al joven.

—Pero sin duda un policía se pregunta qué habrá pasado para que una desdichada criatura como esta acuda directa a la ley, con el riesgo de que la lisien… otra vez.

Fue un salto a oscuras, pero qué diablos, había saltado tantas veces que la oscuridad era una cama elástica.

Le picaba el brazo. Trató de no hacer caso, pero por un instante vio ante sus ojos una cueva goteante y no tuvo otro pensamiento que una terrible venganza interminable. Parpadeó y el trasgo le tiraba de nuevo de la manga; Feeney se estaba enfadando.

—¡Yo no fui! ¡No vi cómo se lo hacían!

—Pero sabes qué pasa, ¿verdad?

Y una vez más, Vimes recordó la oscuridad y la sed de venganza, en realidad la venganza misma hecha pensamiento y hambre. Y el pequeño mamón le había tocado en ese brazo. Le volvió todo a la mente y deseó que no fuera así, porque si bien todos los polis deben llevar dentro un punto de maldad, ninguno debería pasearse con un trozo de demonio a modo de tatuaje.

A Feeney ya se le había pasado el enfado, porque tenía miedo.

—El obispo Purga dice que son creaciones demoníacas e insolentes hechas para escarnio de la humanidad —dijo.

—No sé qué dirán los obispos —replicó Vimes—, pero aquí pasa algo y noto el hormigueo, lo he notado desde el día en que llegué, y está hormigueando en mis tierras. Escúcheme, alguacil en jefe. Cuando detiene al sospechoso debería molestarse en preguntarle si es culpable, y si responde que no, debería preguntarle si puede demostrar su inocencia. ¿Lo entiende? Se supone que tiene que preguntarlo. ¿Comprendido? ¡Y mis respuestas son, en orden, no, joder, y sí, joder!

La diminuta zarpa volvió a rascar la camisa de Vimes.

—¿Jus pifia?

Vimes pensó: Qué narices, creía que había sido amable con el muchacho hasta ahora mismo.

—Alguacil en jefe, aquí pasa algo raro, y usted sabe que pasa algo raro, y está solo, así que le conviene reclutar la ayuda de cualquiera en quien pueda confiar. Como yo, por ejemplo, en cuyo caso seré el sospechoso al que, tras ponerlo en libertad bajo palabra con la fianza de un penique —indicó lanzando un pequeño disco de metal medio corroído al anonadado Feeney—, ha pedido usted que le asista en sus indagaciones, sean cuales sean. Y todo quedará la mar de formal y apañado y cumplirá con el procedimiento común del trabajo policial, que, muchacho, escribí yo, y más le vale creerme. No soy la ley, ningún policía es la ley. Un policía es solo un hombre, pero cuando se despierta por la mañana la ley es su despertador. Hasta ahora me he portado bien con usted, pero ¿de verdad creía que iba a pasar la noche en una pocilga? Va siendo hora de ser un policía de verdad, muchacho. Haga lo correcto y amañe el papeleo después, como hago siempre yo. —Vimes bajó la vista al pequeño e insistente trasgo—. Vale, Tufos, tú delante.

—¡Pero si mi madre saldrá ahora mismo con la comida, comandante! —La voz de Feeney era un gimoteo, y Vimes vaciló. No convenía hacer enfadar a una madre.

Era el momento de dejar asomar al duque. Vimes no tenía por costumbre hacer reverencias a nadie, pero se inclinó ante la señora Desenlace, quien estuvo a punto de soltar la bandeja en su pletórica confusión.

—Lo siento en el alma, mi querida señora Desenlace, pero tendré que pedirle que nos mantenga caliente su Tron Chuch Nyam Po durante un rato, porque su hijo, que hace honor a su uniforme y a sus padres, me ha pedido que le ayude con un asunto de considerable importancia que solo puede confiarse a un joven íntegro como su muchacho.

Mientras la mujer poco menos que se derretía de orgullo y felicidad, Vimes se llevó al joven.

—Señor, el plato era Bong Nyam Pat. Solo comemos Tron Chuch Nyam Po los domingos. Con puré de zanahorias.

Vimes dio media vuelta, estrechó con afecto la mano de la señora Desenlace y dijo:

—Me muero de ganas de probarlo más tarde, querida señora Desenlace, pero si me disculpa, su hijo es muy puntilloso con su trabajo, como seguro que ya sabe.

El coronel Charles Augustus Pacifica había decidido hacía mucho, con la veteranía de un estratega de toda la vida, dejar que Letitia se saliera con la suya en todo. Ahorraba muchos problemas y le dejaba libre para entretenerse en su jardín, cuidar de sus dragones y de vez en cuando salir a pescar truchas, un pasatiempo que adoraba. Alquilaba ochocientos metros de arroyo, pero tristemente empezaba a encontrar difícil correr todo el rato lo bastante rápido. De un tiempo a esa parte pasaba mucho tiempo en su biblioteca, trabajando en el segundo volumen de sus memorias, dejando vía libre a su esposa y no involucrándose.

Hasta ese momento le había parecido estupendo que ella ocupase la presidencia de los magistrados, porque el cargo la mantenía fuera de casa durante horas seguidas. Nunca había sido muy propenso a pensar en términos de bueno o malo y culpable o no culpable. Había aprendido a pensar en términos de nosotros y ellos y muerto y no muerto.

En consecuencia, no es que estuviera escuchando exactamente al grupo reunido en torno a la larga mesa del otro extremo de la biblioteca, que sonaba preocupado, pero aun así no pudo evitar oír frases sueltas.

¡Su mujer había firmado el maldito documento! Tendría que haber intentado disuadirla, pero sabía cómo habría acabado el intento. ¡El comandante Vimes! Vale, según decían todos, el hombre tenía la mecha corta, y a lo mejor era verdad que tuvo un rifirrafe con Comosellame el herrero, que no era mala gente, a su manera, un poco bruto, claro, pero el otro día mismo le había hecho una aguijada para dragones estupenda y a un precio muy razonable. ¿Vimes? No era ningún asesino, seguro. Era algo que se aprendía en el ejército: los asesinos no duran mucho. Matar cuando lo mandaba el deber era otra cosa muy distinta. Letitia había hecho caso a ese abominable abogado y todos habían acordado que se firmara, simplemente porque el maldito Óxido de las narices quería.

Abrió el ejemplar de ese mes de Colmillo y fuego. De vez en cuando alguien bajaba la voz, lo que no dejaba de antojársele de lo más insultante, coño, teniendo en cuenta que estaban en la biblioteca de alguien y sobre todo cuando no se había consultado a ese alguien. Pero no protestó. Había aprendido hacía mucho a no protestar, y por tanto mantuvo la vista fija en el suplemento sobre incubadoras ignífugas, que sostuvo ante él como si quisiera escudarse del mal.

Sin embargo, entre las palabras que no oyó estuvieron: «Por supuesto, solo se casó con ella por el dinero, ya saben». Esa era la voz de su esposa. Y después: «Pues yo oí que ella estaba desesperada por encontrar marido». El tono curiosamente brusco de esa voz identificaba a su dueña como la señorita Chollos, que, como el coronel no pudo evitar apreciar mientras contemplaba adusto un anuncio a toda página de madrigueras de asbesto, tampoco había tenido ninguna prisa por encontrarse un esposo.

El coronel era, de natural, una persona de las de vive y deja vivir y, la verdad, si una chica quería pasearse con otra chica que llevaba camisa y corbata, adiestraba caballos y tenía cara de bulldog lamiendo vinagre de un cardo, pues era asunto suyo y de nadie más. Al fin y al cabo, se dijo, ¿no te acuerdas del bueno de Jackson el Cachas? Todas las noches aparecía en el comedor de oficiales con vestido y una loción tirando a floreada para un hombre, pero cuando llamaban a las armas podía luchar como un puto demonio. Era un mundo curioso.

Intentó encontrar de nuevo el punto en la página, pero lo interrumpió el muy reverendo Ratonero. El coronel nunca se había entendido con los capellanes, no les veía el sentido.

—Me parece muy sospechoso que la familia Ramkin se presente aquí después de tantos años, ¿a ustedes no? No paro de leer sobre Vimes en el periódico, y no es la clase de persona que uno se imagina tomándose unas vacaciones.

—Según Grávido, lo conocen como el terrier de Vetinari —dijo Letitia.

Al otro lado de la habitación, su marido hundió la cabeza más si cabe en la revista para no bufar. ¡Grávido! ¿Quién le pondría ese nombre a su hijo? Nadie que hubiese criado alguna vez dragones o peces, eso seguro. Por supuesto, para algo estaban los diccionarios, pero claro, el viejo lord Óxido nunca había sido de la clase de hombres que abrían un libro si podían evitarlo. El coronel trató de enfrascarse en un artículo sobre el tratamiento de la garganta en zigzag en los machos viejos, y la esposa de sus amores prosiguió:

—Bueno, por aquí no queremos saber nada de las tonterías de Vetinari. Al parecer, su señoría disfruta bastante dejando que Vimes se ventosee en los salones de los poderosos. Al parecer, Vimes no respeta el rango. A decir verdad, todo lo contrario. Y a decir verdad, se diría que no es de los que hacen ascos a tender una emboscada a un hombre trabajador y decente.

Qué curioso, pensó el coronel, es la primera vez que la oigo llamar al herrero algo que no sea «condenada molestia». Le daba la impresión de que el chismorreo de la mesa era trillado, artificial, como la conversación de los reclutas novatos en vísperas de su primera batalla. Pensó: Hay una orden de búsqueda y captura para el comandante Vimes, héroe del valle del Koom —un trabajo fino, fino, maravillosa ejecución, paz en nuestros tiempos entre hermano troll y hermano enano y todo eso: sí señor, que ya he visto demasiadas muertes para una vida—, y ahora vas a dejarlo sin trabajo y sin reputación solo porque ese crío grasiento con nombre de rana embarazada te ha camelado para que lo hagas.

—Tengo entendido que es un hombre muy violento —dijo… vaya, ¿cómo se llamaba? Un poco cantamañanas, a ojos del coronel. Se compró una villa cerca de Saliente, amigote de Óxido. No parecía trabajar nunca en nada. Cómo se llamaba… ah, sí, Bordelmonte, un tipo muy poco de fiar se tuviese delante o detrás, pero aun así lo habían investido magistrado.

—¡Y no era más que un niño de la calle y un borracho, por si fuera poco! —resaltó Letitia—. ¿Qué les parece?

El coronel prestó una cuidadosa atención a su revista mientras sus pensamientos mudos decían: A mí me suena estupendamente, querida. Todo lo que recibí yo al casarme contigo fue la promesa de una mitad del local de pescado con patatas de tu padre cuando me licenciase, y al final no me llevé ni eso.

—Todo el mundo sabe que su antepasado mató a un rey, conque no me imagino a un Vimes haciendo ascos a matar a un herrero —dijo el honorable Ambrose.

Ese era un misterio, hasta cierto punto. Andaba en negocios de transporte de mercancías. Lo habían enviado allí para alejarlo de la ciudad por algo relacionado con una chica. Y el coronel, que pasaba mucho tiempo pensando, se había preguntado hacía un [[14]](#footnote-14)tiempo qué había que hacer, en esos tiempos modernos, para que lo desterraran a uno de la ciudad por algo relacionado con una chica, y el instinto le había respondido que posiblemente tuviera que ver con la edad de la chica. Después de rumiarlo durante una temporada, el coronel había escrito a su viejo camarada Robinson el Papus, que siempre sabía una cosa o dos sobre esto y aquello y tal y cual, y ahora era una especie de mandamás político en el palacio. Había planteado una pregunta, que era la cosa más normal del mundo, a su amigo, al que en una ocasión había izado a pulso sobre el pomo de su silla de montar antes de que una cimitarra klatchiana lo despachara, y había recibido una escueta nota que solo decía: «En efecto, menor de edad, tapado por una fortuna», y después de eso el coronel se había cuidado mucho de no volver a dar la mano nunca a ese hijo de puta.

Despreocupado y ajeno a los pensamientos del coronel, el honorable Ambrose, que siempre parecía algo más grande que su ropa —que ya de por sí era de un estilo más apropiado para alguien veinte años más joven—, afirmó con desdén:

—Francamente, creo que estamos haciendo un servicio al mundo. Dicen que es partidario de los enanos y toda clase de indeseables. ¡Podría esperarse cualquier cosa de un hombre así!

Sí que se podría, pensó el coronel.

Y la señora Sobras dijo:

—Pero no hemos hecho nada malo… ¿verdad?

El coronel pasó una página y la alisó con precisión militar. Pensó: Bueno, toleráis el contrabando cuando lo hace cierta gente porque son amigotes, y cuando no lo son los freís a multas. Aplicáis una ley para los pobres y ninguna para los ricos, querida, porque los pobres son tan, tan molestos…

Notó de repente una mirada, porque la telepatía conyugal es algo espantoso. Su esposa aseguró:

—No es malo para nadie, y además lo hace todo el mundo. —La cabeza de Letitia volvió a su posición original mientras su marido pasaba la página, con la mirada fija en el texto mientras pensaba, con todo el sigilo que su cerebro pudo lograr: Y luego, claro, estuvo el… incidente, hace unos pocos años. Eso no estuvo bien. Nada bien. No está bien quitar bebés de ninguna clase a sus madres. Pero nada, nada bien. Y todos lo sabéis y os preocupa, y con razón.

Se hizo el silencio por un momento en la habitación, y luego la coronela prosiguió.

—No habrá ningún problema. El joven lord Óxido me lo ha prometido. Tenemos derechos, a fin de cuentas.

—La culpa es de ese condenado herrero —dijo la señorita Chollos—. No deja de recordárselo a la gente, él y esa maldita escritora.

Eso irritó a la coronela.

—No tengo ni idea de lo que habla, señorita Chollos. Legalmente, aquí no ha pasado nada malo. —Su cabeza rotó de nuevo hacia su marido—. ¿Estás bien, querido? —preguntó.

Por un momento el coronel puso cara de no estarlo, y luego respondió:

—Oh, sí, querida. La mar de bien. La mar de bien. —Pero sus pensamientos continuaron: Te has hecho partícipe de lo que es, se mire como se mire, un cínico intento de arruinar la carrera de un hombre muy bueno.

—Te he oído toser. —Sonaba a acusación.

—Bah, será un poco de polvo o algo así, querida, estoy la mar de bien. La mar de bien. —Entonces dejó la revista en la mesa con un golpe. Se puso de pie—. Cuando no era más que un alférez, querida, una de las primeras cosas que aprendí fue que nunca hay que revelar tu posición disparando a lo loco. Creo que sé qué clase de persona es vuestro comandante Vimes. Es posible que el joven lord Óxido esté a salvo, con su dinero y sus contactos, pero dudo mucho que todos vosotros lo estéis. ¿Quién sabe lo que habría pasado si no os hubieseis apresurado tanto? ¿Qué es un poco de contrabando? ¡Ahora acabáis de tirar de la cola al dragón y lo habéis enfurecido!

Cuando su esposa recobró el control de su lengua, exclamó:

—¡Cómo te atreves, Charles!

—Oh, resulta que es muy fácil, querida —replicó el coronel con una alegre sonrisa—. Un poco de contrabando puede considerarse un desliz, pero no cuando se supone que estás velando por el cumplimiento de la ley. Me asombra que ninguno de vosotros parezca comprenderlo. Si les queda algo de sentido común, damas y caballeros, le explicarán todo el desafortunado suceso de los trasgos a su excelencia ahora mismo. Al fin y al cabo, fue su amigo Grávido quien lo organizó. El único problemilla es que ustedes se lo permitieron, si mal no recuerdo, sin rechistar siquiera.

—Pero no fue ilegal —dijo su esposa con voz gélida.

Su marido no se movió, pero, en cierto sentido inefable, de repente era más alto.

—Creo que la cosa se embarulló un poco: verás, vosotros considerabais que las cosas podían ser legales o ilegales. Bueno, yo soy solo un soldado y además nunca se me dio muy bien, pero en mi opinión estabais tan preocupados con lo legal y lo ilegal que en ningún momento os parasteis a pensar si estaba bien o mal. Y ahora, si me disculpan, me bajo al pub.

Su mujer reaccionó de forma automática.

—No, querido, ya sabes que no te llevas bien con la bebida.

El coronel era todo sonrisas.

—Esta noche pienso limar asperezas con la bebida y hacerme amigo de ella.

El resto de magistrados miraron a la coronela, que fulminó a su marido con la mirada.

—Ya hablaremos más tarde, Charles —gruñó.

Para su sorpresa, la sonrisa del coronel no varió.

—Sí, querida, sospecho que tú hablarás, pero creo que descubrirás que yo no te escucho. Buenas noches a todos.

La puerta se cerró a su espalda con un chasquido. Tendría que haber sido un portazo, pero algunas puertas nunca acaban de comprender la situación.

El trasgo ya había alcanzado una buena velocidad con su paso cojitranco engañosamente rápido. A Vimes le sorprendió descubrir que Feeney se las veía y se las deseaba para completar el breve trayecto hacia —no le sorprendió— el monte del Ahorcado. Oía jadear ligeramente al chico. A lo mejor no había que ser muy rápido para atrapar a un cerdo descarriado, pero había que correr como un rayo para pillar a un troll joven y puesto hasta las cejas de tajada, y hacía falta mucha resistencia para alcanzarlo y ponerle las esposas antes de que se serenase lo suficiente para desenroscarte la cabeza. Estaba claro que defender la ley era muy diferente en el campo.

En el campo siempre hay alguien que te observa, pensó mientras trotaban. Bueno, en la ciudad también había siempre alguien mirando, pero solía ser con la esperanza de que cayeras muerto para mangarte la cartera. Nunca estaban interesados. Pero allí le parecía notar muchos ojos puestos en él. Quizá pertenecieran a ardillas o tejones, o lo que fuesen esos malditos bichos que Vimes oía por las noches; gorilas, posiblemente.

No tenía ni idea de lo que iba a ver, pero desde luego no esperaba encontrarse la cima del monte engalanada con cuerdas tendidas, pintadas de amarillo. Solo les dedicó un segundo, sin embargo. De espaldas a uno de los árboles, y con cara de honda aprensión, había tres trasgos. Uno de ellos se levantó, lo que dejó su cabeza con sus correspondientes ojos en las inmediaciones de la entrepierna de Vimes, que no era una ubicación muy deseable. El trasgo le tendió una mano arrugada y dijo:

—¿Vimes? ¡Cuelga!

Vimes la miró, y luego a Feeney.

—¿Qué quiere decir con «cuelga»?

—Nunca he estado muy seguro —respondió el joven—. Algo como buenos días, creo, solo que en trasgo.

—¡Vimes! —prosiguió el viejo trasgo—. Decirse, tú eres poo-lii. ¡Ser poo-lii gordo! ¡Si poo-lii, jus pifia! ¡Pero todo ser pifia no! ¡Y cuando oscuro dentro de oscuro! ¡Oscuro mueve! ¡Oscuro debe venir, Vimes! ¡Oscuro arriba! ¡Jus pifia!

Vimes no tenía ni idea del sexo de su interlocutor, ni siquiera de su edad. La ropa no daba pistas: al parecer, los trasgos se ponían cualquier cosa que pudieran atarse. Sus acompañantes lo miraban sin pestañear. Tenían hachas de piedra, pedernal, unos trastos temibles pero que se embotaban al cabo de un par de golpes, lo que no era ningún consuelo cuando uno sangraba por el cuello. También había oído que eran unos guerreros salvajes. Ah, y ¿qué era lo otro que decía la gente? Ah, sí, hagas lo que hagas, no dejes que te arañen…

—¿Quieres justicia, dices? ¿Justicia por qué?

El portavoz trasgo lo miró y dijo:

—Ven conmigo, poo-lii. —Las palabras salieron extendidas como una maldición o, por lo menos, una amenaza. El portavoz dio media vuelta y empezó a descender con paso solemne por la ladera opuesta de la colina. Los otros tres trasgos, entre ellos el conocido para Vimes como Tufos, no se movieron.

Feeney susurró:

—Podría ser una trampa, señor.

Vimes puso los ojos en blanco y replicó con tono burlón:

—¿Tú crees? Y yo que pensaba que era una invitación a un número de magia con el Asombroso Jdiendo y Doris, y los Hermanos Tropezones del Uniciclo con el Gato Fido. ¿A qué viene toda esta cuerda amarilla, señor Desenlace?

—Cordón policial, señor. Me lo tejió mi madre.

—Ah, sí. Veo que además se las ingenió para incluir la palabra POLIZÍA en negro varias veces.

—Sí, señor, disculpe la ortografía, señor —dijo Feeney, claramente asustado por las miradas—. Había sangre por todo el suelo, señor, así que rasqué un poco y la metí en un tarro limpio de mermelada, por si acaso.

Vimes no prestó atención porque los dos guardaespaldas trasgos se habían desplegado y estaban de pie. Tufos le indicó por señas que caminase por delante de ellos. Vimes negó con la cabeza, se cruzó de brazos y se volvió hacia Feeney.

—Deje que le cuente lo que pensó usted, señor Desenlace. Actuaba a resultas de una información recibida, ¿no es así? Y había oído que el herrero y yo tuvimos un pequeño encontronazo ayer delante del pub, y es verdad. Sin duda, también le han comunicado que, en algún momento posterior, alguien oyó una conversación en la que él acordaba reunirse conmigo aquí arriba, ¿verdad? No se moleste en responder, se lo veo en la cara; aún no domina la cara de hormigón del poli. ¿Ha desaparecido el señor Jefferson?

Feeney se rindió.

—Sí, señor Vimes.

El chico no merecía, o tal vez sí merecía, la fuerza con la que Vimes le replicó.

—No me llames señor Vimes, chaval, no te has ganado el derecho. Llámame «señor», «comandante» o hasta «excelencia» si eres lo bastante tonto para hacerlo, ¿entendido? Ayer podría haber mandado al herrero a casa caminando muy raro si me lo hubiese propuesto. Es un hombre grande pero no un héroe de la calle. Aun así, le dejé desahogarse un poco y calmarse sin quedar mal. Sí, me dijo que quería encontrarse aquí conmigo ayer por la noche. Cuando llegué con un testigo, había sangre en el suelo y estoy seguro de que era de trasgo, y desde luego no había ni rastro de ningún herrero. Tenías argumentos de mierda para detenerme cuando has venido a mi casa y sigues teniendo argumentos de mierda. ¿Alguna pregunta?

Feeney bajó la vista a sus pies.

—No, señor, perdón, señor.

—Bien, me alegro. Considera esto unas prácticas formativas, chico, que además no te costarán ni un penique. Y ahora, estos trasgos parecen querer que los sigamos y yo pretendo hacerlo, y también pretendo que me acompañes, ¿entendido?

Vimes miró a Tufos y a los dos guardias trasgos. Un hacha se meneó con cierta desgana para indicar que, en efecto, tendrían que estar en marcha. Partieron y Vimes oyó que el apesadumbrado Feeney intentaba ser valiente, pero emitía nerviosismo.

—No van a tocarnos, chaval, en primer lugar porque si quisieran ya lo habrían hecho, y en segundo porque quieren algo de mí.

Feeney se acercó un poco más.

—¿Y qué puede ser, señor?

—Justicia —dijo Vimes—. Y creo que tengo una premonición sobre lo que eso va a significar…

A veces la gente preguntaba al comandante Vimes por qué el sargento Colon y el cabo Nobbs seguían en las fuerzas, cualesquiera que fuesen, de la moderna Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, dado que en ocasiones había que sujetar a Nobby boca abajo y sacudirlo para recuperar pequeños objetos pertenecientes a otras personas, mientras que Fred Colon había cultivado la habilidad de hacer su ronda con los párpados cerrados y acabar, aún roncando, en Pseudópolis Yard, a veces con grafitis en el peto de la armadura.

Ante lord Vetinari, el comandante Vimes había esgrimido tres defensas. La primera era que ambos poseían un envidiable conocimiento de la ciudad y sus habitantes, oficiales o no, comparable al del propio Vimes.

La segunda era el tradicional argumento del urinario. Era mejor tenerlos dentro meando fuera que fuera meando dentro. Al menos así era fácil echarles un ojo.

Y la tercera pero no menos importante, desde luego que no menos importante, era que tenían suerte. Más de un crimen se había resuelto gracias a cosas que les habían caído encima, habían intentado matarlos, habían hecho tropezar a uno de ellos, habían sido encontradas flotando en sus almuerzos y, en un caso, habían intentado poner huevos dentro de la nariz de Nobby.

Y así fue como ese día, el dios o fuerza de algún otro tipo que los consideraba sus juguetes dirigió sus pasos hasta la esquina de Ladobarato con la calle de la Rima, y al fragante Emporio de Pasmafuerza Arremango.

El sargento Colon y el cabo Nobb[[15]](#footnote-15)s, como es costumbre entre policías, entraron en el edificio por la puerta de atrás y fueron recibidos por el señor Arremango con esa sonrisa feliz pero algo vidriosa con la que un comerciante saluda a un viejo conocido del que sabe que acabará llevándose mercancía con un descuento del cien por cien.

—¡Caramba, Fred, cómo me alegro de verte! —dijo mientras despertaba al místico tercer ojo que desarrollaban todos los pequeños comerciantes, sobre todo los que veían entrar a Nobby Nobbs en su establecimiento.

—Estábamos patrullando por la zona, Pasmafuerza, y se me ha ocurrido pasar a por tabaco y ver qué tal lo llevas, con todo el jaleo del impuesto nuevo y demás.

El sargento tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del ruido sordo de la muela de rapé y las carretas que cruzaban continuamente el suelo de la fábrica. Hileras de mujeres situadas ante largas mesas empaquetaban el tabaco de aspirar y —se inclinó hacia un lado para ver mejor— la cadena de montaje de cigarrillos también funcionaba a todo trapo.

El sargento Colon miró a su alrededor. Los policías siempre miran, siguiendo el criterio de que siempre hay algo que ver. Por supuesto, a veces pueden encontrar recomendable olvidar que han visto nada, por lo menos de forma oficial. El señor Arremango tenía un alfiler de corbata nuevo, cuyo diamante destellaba. Era evidente que también estrenaba zapatos —a medida, diría Fred Colon—, y un olisqueo apenas perceptible sugirió la presencia de, veamos, ah, sí, Fragancia de Cedro Pour Hommes, importada de Quirm a 15 dólares el frasquito.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó—. ¿Notas mucho el nuevo impuesto?

El rostro del señor Arremango adoptó ipso facto la expresión de un trabajador asfixiado por las maquinaciones de la política y el destino. Sacudió la cabeza con tristeza.

—A duras penas llegamos a fin de mes, Fred. Tengo suerte el día que cubro gastos.

Anda, y un diente de oro también, pensó el sargento Colon. Casi se me pasa.

—Qué mal me sabe oír eso, Pasmafuerza, de verdad que sí. Deja que aumente tus beneficios gastando dos dólares en mis ochenta gramos de tabaco retorcido de siempre.

Fred Colon sacó su cartera y el señor Arremango, con un murmullo de reprobación, le indicó que se la guardase. Era un ritual tan viejo como los mercaderes y los policías que permitía que el mundo siguiera su curso. Cortó un trozo de tabaco de la trenza que había sobre el mostrador de mármol, lo envolvió con movimientos rápidos y expertos y, como ocurrencia de última hora, estiró el brazo y sacó un gran puro, que entregó al sargento.

—Prueba uno de estos magníficos cigarros, Fred, me acaban de llegar, son de fuera, elaborados en la plantación para nuestros apreciados clientes. No, no, ni hablar, insisto —añadió mientras Fred profería sonidos de agradecimiento—. Siempre es un placer ver a la Guardia por aquí, ya lo sabes.

La verdad, pensó el señor Arremango mientras veía marcharse a los policías, no ha sido para tanto: lo único que ha hecho ese bicho de Nobbs ha sido mirar aquí y allá como un pasmarote.

—Deben de estar forrándose —comentó Nobby Nobbs mientras seguían su relajado camino—. ¿Ha visto ese cartel de «Se busca personal» del escaparate? Y estaba escribiendo una lista de precios en el mostrador. ¡Los está bajando! Debe de tener un buen negocio montado con la gente de la plantación, no se me ocurre otra cosa.

El sargento Colon olisqueó el grueso puro, el más gordo que había visto nunca, que olía tan bien que probablemente era ilegal, y sintió el hormigueo, la sensación de que había topado con algo que era mucho más importante de lo que aparentaba, la sensación de que tirando de un hilo se desenredaría algo gordo. Hizo rodar el cigarro entre sus dedos como había visto hacer a los entendidos. Reamente, el sargento Colon era, en lo relativo a los productos del tabaco, una especie de carroñero, pues anteponía el precio a cualquier otra consideración, y el protocolo de los puros era desconocido para un hombre que disfrutaba de lo lindo con un buen cacho de tabaco de mascar. ¿Qué otra cosa había visto hacer a la gente fina? Ah, sí, había que hacerlo rodar entre los dedos y acercarlo a la oreja. No tenía ni idea de por qué debía hacerse, pero lo hizo de todas formas.

Y soltó una palabrota.

Y lo tiró al suelo…

El sendero que partía de la cima del monte del Ahorcado dejaba atrás los árboles y descendía, sobre todo por entre matas de tojo y peñascos, con algún que otro tramo de tierra cruda e inaprovechable porque la erosión se había llevado toda su sustancia. Una región salvaje, un páramo, hogar de conejos escuálidos, ratones desesperados, alguna rata conmocionada de vez en cuando y trasgos.

Y allí, entre los matorrales, estaba la entrada a una cueva. Un humano tendría que doblarse por la mitad para entrar en ese agujero fétido y ofrecería un blanco fácil. Pero Vimes sabía, mientras se agachaba para pasar, que estaba a salvo. Lo sabía. Lo había sospechado a plena luz del día, y abajo en la oscuridad lo supo. La certeza se hizo casi física a medida que las alas de la oscuridad se extendían sobre él y pudo oír los sonidos de la cueva, todos y cada uno de ellos.

De repente conocía la cueva, hasta el mismo fondo donde podía encontrarse agua, los jardines de hongos y champiñones, los patéticos almacenes vacíos y la cocina. Eso eran traducciones humanas, claro está. Los trasgos, por lo general, comían donde podían y dormían allá donde el sueño los venciera; no tenían el concepto de las habitaciones con fines concretos. Vimes lo supo en ese momento como si lo supiera de toda la vida, y jamás había estado en ningún sitio al que un trasgo pudiera llamar hogar.

Pero aquello era la oscuridad, y Vimes y la oscuridad tenían un… entendimiento, ¿verdad? Por lo menos eso pensaba la oscuridad. Lo que Vimes pensaba, de forma más prosaica, era: «Maldición, ya estamos otra vez».

Notó un empujoncito en las lumbares y oyó que Feeney contenía una exclamación. Vimes se volvió hacia un trasgo sonriente y amenazó:

—Inténtalo otra vez, guapo, y te daré un coscorrón, ¿entendido? —Y eso fue lo que dijo, y eso fue lo que se oyó decir… Salvo que algo, no exactamente otra voz, se pegó a sus palabras como una serpiente enroscándose en torno a un árbol, y los dos guardias soltaron las armas y salieron disparados hacia la luz del sol. Fue instantáneo. No gimotearon ni gritaron. Querían ahorrar aliento para correr.

—¡Por todos los infiernos, comandante Vimes! ¡Eso ha sido puta magia! —exclamó Feeney mientras se agachaba para buscar a tientas las hachas caídas. Vimes observó en la oscuridad cerrada cómo el chico palpaba el suelo y, por pura suerte, las encontraba.

—¡Suéltalas! ¡Te digo que las sueltes, ahora mismo!

—¡Pero si vamos desarmados!

—¡No discutas conmigo, chaval! —Sonaron un par de golpes cuando las hachas dieron contra el suelo.

Vimes volvió a respirar.

—Ahora vamos a ver a ese simpático trasgo de la tercera edad, ¿entendido?, y caminamos sin miedo porque nosotros somos la ley, ¿entendido? Y la ley puede ir a cualquier parte en el curso de sus investigaciones.

La altura del techo aumentó a medida que avanzaban, hasta que Vimes pudo ponerse derecho del todo. Feeney, en cambio, tenía dificultades. Detrás de Vimes sonaba un coro de golpes, arañazos y palabras que las queridas y ancianas madres no deberían conocer, y mucho menos oír. Vimes tuvo que parar para que el chico lo alcanzase, tropezando con protuberancias fáciles de evitar y llevándose un golpe en la cabeza cada vez que el techo bajaba por un momento.

—¡Vamos, alguacil en jefe! —gritó Vimes—. ¡Un policía debe tener buena visión nocturna! ¡Tiene que comer más zanahorias con su Bong Chung Nyam Chuch o lo que sea!

—¡Está oscuro como la boca de un lobo, señor! No veo ni mi mano delante de la cara… ¡Ay! —Feeney había chocado con Vimes. Se hizo la luz, aunque no para Feeney.

Vimes contempló los recovecos de la cueva. Estaba iluminada como si le diera el sol. No había antorchas ni velas, solo una luz constante de moderada intensidad, una luz que había visto antes, hacía ya años, en una caverna, una gran caverna muy lejos de allí, y supo lo que significaba: estaba viendo la oscuridad, probablemente mejor que los trasgos. La oscuridad se había vuelto increíblemente luminosa aquel día en el que Vimes, bajo tierra, había luchado contra monstruos —monstruos andantes y parlantes— que habían fundado su hogar lejos de la luz y habían urdido oscuros planes. Pero Vimes había luchado contra ellos y había ganado, y gracias a eso se había escrito y firmado el Acuerdo del Valle del Koom, y la guerra más antigua del mundo había acabado, si no en paz, por lo menos en un lugar donde con algo de suerte podían plantarse las semillas de la paz. Era bueno saberlo porque, de la oscuridad, Vimes había adquirido… un acompañante. Los enanos tenían un nombre para él: la Oscuridad que Invoca. Y tenían toda una serie de explicaciones para lo que era: un demonio, un dios perdido, una maldición, una bendición, la venganza encarnada (salvo que no tenía más carne que la que tomaba prestada), una ley en sí misma, un asesino pero a veces un protector, o algo para lo que nadie podía encontrar las palabras adecuadas. Podría viajar a través de la roca, el agua, el aire, la carne y, que Vimes supiera, a lo mejor hasta en el tiempo. Al fin y al cabo, ¿qué límites pueden ponérsele a una criatura hecha de nada? Sí, la había conocido y, cuando se habían separado, ya fuese por diversión, picardía, travesura o simplemente a modo de recompensa, la Oscuridad que Invoca le había impuesto su marca, atravesándolo y dejándole aquel pequeño tatuaje luminoso.

Vimes se arremangó y allí estaba, y parecía brillar más. En ocasiones se encontraba a la Oscuridad en sueños, y allí se saludaban con respeto y seguían cada uno por su camino. Podían pasar meses e incluso años entre esos encuentros y Vimes podía creer que habían terminado para siempre, pero tenía su marca en el antebrazo. A veces le picaba. En pocas palabras, era como llevar consigo una pesadilla atada con correa. Y ahora le permitía ver en la oscuridad. ¡Pero un momento, estaba en una madriguera trasga, no en una cueva enana! Y sus propios pensamientos le replicaron al momento con ese leve acento, como si fueran un dueto: «Sí, pero los trasgos lo roban todo, comandante».

Allí mismo, en ese momento, parecía que los trasgos se habían robado a sí mismos. El suelo de la cueva estaba cubierto de cascotes, basura y cosas que los trasgos debían de considerar importantes, lo que con toda probabilidad podía significar cualquier cosa, teniendo en cuenta que coleccionaban religiosamente sus propios mocos. Distinguió al trasgo viejo indicándole por señas que lo siguiera antes de desaparecer. Tenía delante una puerta de manufactura trasga, como atestiguaban su aspecto de podrida y el hecho de que colgaba de una sola bisagra, que se rompió cuando Vimes la empujó. A su espalda, Feeney dijo:

—¿Qué ha sido eso? ¡Por favor, señor, no veo nada!

Vimes caminó hasta el chico y le tocó el hombro, con lo que le dio un buen susto.

—Señor Desenlace, le acompañaré a la entrada para que pueda volver a casa, ¿de acuerdo?

Sintió que el chico se estremecía.

—¡No, señor! Preferiría quedarme con usted, si no le importa… ¿Por favor?

—¡Pero si no ves en la oscuridad, chico!

—Lo sé, señor. Llevo un cordel en el bolsillo. Mi abuelo decía que un buen poli siempre debe llevar un cordel. —Le temblaba la voz.

—Suele ser útil, sí —corroboró Vimes mientras lo sacaba con cuidado del bolsillo del joven—. Es asombroso lo inofensivo que se vuelve un sospechoso con los pulgares atados. ¿Estás seguro de que no te sentirías mejor al aire libre?

—Lo siento, señor, pero si no le importa creo que el lugar más seguro ahora mismo es a su espalda, señor.

—¿De verdad no ves nada, chico?

—Ni un pimiento, señor. Es como si hubiera perdido la vista, señor.

En opinión de Vimes, el muchacho estaba a punto de perder la chaveta, y a lo mejor amarrarlo a Vimes era mejor que oírlo pegándose golpes mientras intentaba huir.

—No estás ciego, chico, es solo que con todos los turnos de noche que me he chupado… bueno, parece que se me da mejor de lo que creía ver en la oscuridad.

Feeney volvió a estremecerse al sentir el contacto de Vimes, pero entre los dos consiguieron atar a Vimes al alguacil en jefe Desenlace con unos dos metros de cuerda deshilachada que olía a cerdo.

No había trasgos al otro lado de la puerta rota, pero los rescoldos de un fuego ardían caprichosamente bajo un asador con un trozo de carne, por suerte inidentificable. Cualquiera diría que un trasgo se había visto obligado a abandonar su merienda a toda prisa. Y hablando de merienda, había un hervidor, es decir, una lata metálica oxidada, que burbujeaba en las ascuas del fuego. Vimes olisqueó el contenido y le sorprendió descubrir que olía a bergamota, y de algún modo la idea de un trasgo bebiendo té con el meñique extendido y toda la ceremonia consiguió, por un momento, apabullar a sus funciones de incongruencia. Bueno, la planta crecía, ¿no? Y los trasgos probablemente tenían sed, ¿verdad? Nada de lo que preocuparse. Aunque, si encontraba una bandeja de delicadas pastas, no le quedaría más remedio que sentarse a descansar un momento.

Siguió caminando sin que la luz menguara en ningún momento ni los trasgos apareciesen. El complejo subterráneo trazaba una clara pendiente hacia abajo y seguía habiendo indicios de trasgos por todas partes, pero sin señales de vida de ninguno de ellos, lo que en teoría tendría que ser bueno, dado que en general la primera señal de vida de un trasgo era aterrizar en la cabeza de alguien e intentar convertirla en una bola de bolos. Entonces vio un destello de color en aquel monótono paisaje subterráneo de grises y marrones: era un ramo de flores, o lo que había sido un ramo antes de que lo dejaran caer. Vimes no era experto en flores, y cuando las compraba para Sybil a intervalos maritalmente aconsejables, por lo general se limitaba al ramillete de rosas o su equivalente, al parecer aceptable, de una sola orquídea. Tenía una vaga consciencia de que existían otras flores, por supuesto, que alegraban las habitaciones, desde luego, pero nunca se le habían quedado sus nombres.

Allí no había rosas, ni tampoco orquídeas. Esas flores las habían cogido de setos y prados y comprendían incluso las raquíticas plantas que se las ingeniaban para sujetarse y florecer en el páramo de arriba. Alguien las había llevado. Alguien las había soltado. Alguien había tenido prisa. Vimes lo leía en las flores. Se habían caído de una mano abierta, de tal modo que se extendían a lo largo de la ruta de huida como la cola de un cometa. Y más de una persona las había pisoteado, pero probablemente no porque persiguieran al citado portador del ramo, sino, a juzgar por las apariencias, porque también ellos habían querido escapar por el mismo sitio que él o ella, e incluso más rápido que él o ella.

Se había producido una estampida, esa era la verdad. Gente asustada que huía. Pero ¿de qué huía?

«De usted, comandante Vimes, de usted, majestad de la ley. ¿Ve cómo le ayudo, comandante?».

La familiaridad de la voz lo irritó; se parecía demasiado a la suya.

—¡Pero si he venido porque me lo han pedido ellos! —dijo a la cueva en general—. ¡No pensaba luchar con nadie!

Y en su cabeza su propia voz le contestó:

«¡Oh, mi sucio y desarrapado pueblo, que no confía ni atrae confianza! ¡Mire por dónde pisa, señor Policía, pues los odiados no tienen motivos para el amor! Oh, el pueblo extraño y secreto, el último y el peor, nacido de la basura, sin esperanza, desprovisto de dios. Mucha suerte, hermano… mi hermano en la oscuridad… Haga lo que pueda por ellos, señor Poo-lii».

En la muñeca de Vimes el símbolo de la Oscuridad que Invoca brilló por un momento.

—¡No soy tu hermano! —gritó Vimes—. ¡No soy un asesino!

El eco de las palabras resonó a lo largo de las cuevas, pero bajo ellas Vimes creyó intuir que algo se alejaba reptando. ¿Podía reptar algo que no tenía cuerpo? ¡Malditos fueran los enanos y su folclore subterráneo!

—¿Se encuentra, ejem, bien, señor? —preguntó la voz nerviosa de Feeney a su espalda—. Hum, estaba gritando, señor.

—Solo renegaba porque me he dado con la cabeza en el techo, chaval —mintió Vimes. Tenía que emanar tranquilidad enseguida, antes de que Feeney se alterase tanto que intentara correr hasta la salida, presa del pánico—. ¡Lo está haciendo muy bien, alguacil en jefe!

—Lo que pasa es que no me gusta la oscuridad, señor, nunca me ha gustado… Esto, ¿cree que alguien se molestará si hago un pis contra la pared?

—Yo de ti no me preocuparía, chaval. No creo que nada pueda hacer que este sitio huela peor.

Vimes oyó unos sonidos vagos a su espalda, y luego Feeney dijo, con una vocecilla húmeda:

—Hum, la naturaleza ya había seguido su curso, señor. Lo siento, señor.

Vimes sonrió para sus adentros.

—No te preocupes, chico, no serás el primer poli que tenga que escurrir sus calcetines, ni tampoco el último. Recuerdo la primera vez que tuve que arrestar a un troll. Un tipo enorme, tenía muy mala leche. Ese día los calcetines se me humedecieron un poco, y no me importa reconocerlo. ¡Considéralo una especie de bautismo! —Sigue con el cachondeo, pensó, conviértelo en una broma. No dejes que dé vueltas al hecho de que nos estamos metiendo en el escenario de un crimen que no puede ver—. Es curioso, ese troll ahora es mi mejor sargento, y he puesto mi vida en sus manos más de una vez. Eso nos demuestra que nunca se sabe, aunque sospecho que nunca sabremos qué es lo que nunca se sabe.

Vimes dobló una esquina y se encontró con los trasgos. Se alegró de que el joven Feeney no pudiera verlos. Es más, desearía no poder verlos él tampoco. Debían de ser unos cien, y muchos llevaban armas. Eran armas toscas, desde luego, pero un hacha de pedernal no necesita ser licenciada en física para dar contra una cabeza.

—¿Hemos llegado a alguna parte, señor? —preguntó Feeney detrás de él—. Ha parado de caminar.

Están ahí quietos sin hacer nada, pensó Vimes, como si formaran para revista. Solo observan en silencio, esperando a que ese silencio se rompa.

—Hay unos pocos trasgos en esta cueva, chico, y nos están observando.

Al cabo de unos segundos de silencio, Feeney preguntó:

—¿Podría decirme qué significa exactamente «unos pocos», señor?

Docenas y docenas de caras contemplaban a Vimes con los ojos muy abiertos y sin expresión alguna. Si el silencio lo rompían las palabras «a la carga», él y Feeney serían sendas manchas en el suelo, que ya estaba de por sí bastante manchado. ¿Por qué he entrado aquí? ¿Por qué me habrá parecido buena idea? En fin, el chaval es policía, al fin y al cabo, y de todas formas ya tiene problemas en el departamento textil.

—Yo diría que hay unos cien, por lo que veo todos armados hasta los dientes menos un par que están delante, bastante hechos polvo; podrían ser los jefes, supongo. Tienen unas barbas que podrían esconder un conejo y, por su aspecto, quizá lo hayan hecho. Parece que están esperando a algo.

Hubo una pausa antes de que Feeney comentase:

—Ha sido muy educativo trabajar con usted, señor.

—Mira —dijo Vimes—, si tengo que dar media vuelta y salir pitando, tú sígueme el ritmo, ¿vale? Correr es otra habilidad de esas que a veces necesita un policía.

Se volvió hacia la multitud de trasgos impasibles.

—¡Soy el comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork! ¿En qué puedo ayudarles?

—¡Jus pifia!

El grito hizo que cayeran cosas del techo. El eco resonó en la cueva y volvió a resonar a medida que caverna tras caverna acogía el grito, le daba la vuelta y lo mandaba de regreso. Se hizo la luz cuando se encendieron unas antorchas. Vimes tardó unos instantes en darse cuenta, porque la luz que había visto hasta entonces, que era curiosa, artificial y probablemente solo existía en su cabeza, había sido más brillante y formaba una mezcla extraña con el naranja humeante que llenaba la cueva en esos momentos.

—Bueno, señor, parece que se alegran de vernos, ¿no?

Habría habido que embotellar el alivio y la esperanza de Feeney para vendérselos a los desesperados de todo el mundo. Vimes se limitó a asentir porque las filas se estaban abriendo para formar una especie de camino que llevaba a lo que, indiscutiblemente, era un cadáver. Fue un leve alivio descubrir que se trataba de un cadáver trasgo, pero ningún cadáver es una buena noticia, sobre todo cuando se ve a una luz tenue y sucia, y en particular para el cadáver. Aun así, algo en su interior se ufanó y gritó «¡Aleluya!», porque ahí tenía un cadáver, él era un poli y aquello era un delito, aquel sitio estaba cargado de humo, sucio y lleno de trasgos de aspecto sospechoso, y alguien había cometido un crimen. Su mundo. Sí, allí estaba su mundo.

En el laboratorio forense de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, Igor estaba preparando café con el acompañamiento de ruidos lejanos, extraños destellos de luz y olor a electricidad. Al final tiró de la gran palanca roja y un líquido marrón y espumoso cayó borboteando en un recipiente para ser repartido de inmediato entre dos tazas, una de las cuales lucía la consigna «Loz Igorz dan buenoz puntazoz», mientras que la otra estaba decorada con el mensaje «Los enanos lo hacen un poco más abajo». Le pasó la segunda a la sargento Jovial Culopequeño, cuya experiencia previa como alquimista significaba que a veces le tocaba turno en el laboratorio. Sin embargo, en ese momento la paz del café matutino se vio interrumpida por Nobby Nobbs, que llevaba a remolque al sargento Colon.

—El sargento ha tenido una pequeña sacudida, Igor, y he pensado que igual tú podrías ayudarle.

—Bueno, podría darle otra —ofreció Igor mientras Fred Colon se dejaba caer sobre una silla, que dio un crujido ominoso bajo su peso. La silla tenía correas.

—Oye —dijo Nobby—, que no estoy para bromas. ¿Has oído anunciar «el tabaco que cuenta»? Pues él acaba de encenderse un puro que grita. Lo he metido en esta bolsa de pruebas, como manda el reglamento vigente.

Jovial cogió la bolsa y miró dentro.

—¡Hay sándwiches de huevo dentro! En serio, Nobby, ¿te ha explicado alguien lo que significa «forense»? —Pensando que era improbable que pudiera empeorar las cosas, Jovial volcó los sándwiches en la mesa, donde se les unió un puro con mayonesa. La limpió con algo de cuidado y miró el cigarro—. ¿Y bien, Nobby? No fumo y no sé mucho de puros, pero este parece bastante feliz por el momento.

—Tienes que acercártelo a la oreja —explicó Nobby.

Jovial le hizo caso y comentó:

—Lo único que oigo es el roce del tabaco, que sospecho que no se ha almacenado como es debido.

La enana apartó el puro de su cara y lo miró con recelo para después entregárselo sin decir nada a Igor, quien se lo llevó a su oreja, o por lo menos a la que estaba usando en ese momento, porque con los Igors nunca se sabe. Se miraron e Igor rompió el silencio.

—Creo que existe una criatura llamada gorgojo del tabaco, ¿verdad?

—Estoy segura de que sí —dijo Jovial—, pero dudo mucho que… suelte risitas.

—¿Risitas? A mí me ha sonado como si alguien llorase —replicó Igor mientras examinaba el abultado puro con los ojos entrecerrados—. Tendríamos que fregar bien la mesa, limpiar un escalpelo y usar las pinzas del dos y un par, no, que sean cuatro mascarillas y guantes esterilizados. Puede que dentro haya alguna especie rara de insecto.

—Me he acercado ese puro a la oreja —señaló Nobby—. ¿De qué clase de insecto estamos hablando?

—No estoy seguro —respondió Igor—, pero en general en los lugares del mundo donde se cultiva tabaco existen algunos famosos por su peligrosidad. Por ejemplo, se conocen casos en que el gorgojo amarillo de la hierba de Howondalandia penetra en el cráneo por las orejas, pone huevos en el cerebro de la víctima y le provoca alucinaciones continuas hasta que sale por los orificios nasales. La muerte es el resultado inevitable. Mi primo Igor tiene un tanque lleno. Son muy prácticos para dejar las calaveras limpias como una patena. —Igor hizo una pausa—. O eso dicen, claro, aunque personalmente no puedo confirmarlo. —Hizo otra pausa y añadió—: Por supuesto.

Nobby Nobbs se dirigió hacia la puerta pero, inusitadamente, el sargento Colon no siguió a su amigo, sino que comentó:

—Yo me quedaré tapándome las orejas con los dedos, si no os importa.

Inclinó la cabeza para observar cómo Igor desmontaba con cuidado el cigarro y dijo con tono coloquial:

—Dicen que los puros que hacen en el extranjero los enrollan unas jóvenes usando los muslos. Personalmente me parece una asquerosidad.

Hubo un tintineo y un destello y algo cayó a la mesa. Jovial se in[[16]](#footnote-16)clinó hacia delante con cautela. Parecía una ampolla pequeña y cara para los experimentos alquímicos más delicados, y aun así, pensaría más tarde, se diría que había movimiento en ella, movimiento en su quietud. Igor miró por encima de su hombro.

—Oh.

Contemplaron la ampolla en un silencio que no tardó en interrumpir el sargento Colon.

—Parece brillante —señaló—. ¿Vale algo?

Jovial Culopequeño miró con las cejas alzadas a Igor, que se encogió de hombros y dijo:

—Tiene un valor incalculable, diría yo, si pudiera encontrarse un comprador con el dinero suficiente y el… cómo decirlo, gusto adecuado para la decoración de interiores.

—Es una vasija de unggue —reveló Jovial, en tono cuidadoso—. Un recipiente ceremonial trasgo, sargento.

El amanecer de la comprensión empezó a bañar el gigante gaseoso que era la cara del sargento Colon.

—¿No son lo que usan para guardar sus meados y cagadas? —preguntó mientras retrocedía.

Igor carraspeó y miró a Jovial mientras decía, con tono gélido:

—No los de esta clase, si no me equivoco, y al menos no aquí, en las Llanuras. Quienes se sienten protegidos en las montañas altas hacen vasijas, y también usan los cepillos de unggue y, por supuesto, las máscaras de unggue.

Miró expectante, pero sin ninguna esperanza real, al sargento. Jovial, que conocía a Fred desde hacía más tiempo, aclaró:

—Tengo entendido, sargento, que los trasgos de las llanuras opinan que los de las montañas son bastante raros. En cuanto a esta ampolla… —Vaciló—. Mucho me temo que es una particularmente especial.

—Bueno, me parece a mí que los cabroncetes acertaron en eso —dijo Fred con desenfado y, para horror de Jovial, agarró el minúsculo recipiente—. Porque resulta que es mío, y demasiado bueno para un apestoso trasgo, pero ¿cómo es que hace ruido?

La sargento Culopequeño miró la expresión de Igor y, para evitar problemas en el Departamento Forense, cogió al sargento por el brazo y lo sacó a rastras por la puerta, que cerró con un golpe a su espalda.

—Lo siento, sargento, pero he visto que Igor se estaba poniendo un poco nervioso.

El sargento Colon se sacudió el polvo con toda la dignidad que pudo reunir.

—Si es valioso, lo quiero, muchas gracias. A fin de cuentas, me lo han dado de buena fe. ¿O no?

—Bueno, por supuesto que es así, sargento, pero verá, es que ya pertenece a un trasgo.

El sargento Colon soltó una carcajada.

—¿Esos? ¿Qué puede pertenecerles que no sean grandes montones de mierda?

Jovial vaciló. Por vago y bocazas que fuese Fred Colon, el historial demostraba que, contra toda evidencia aparente, había sido un agente útil y provechoso. Necesitaba actuar con tacto.

—Sargento, ¿puedo decirle ahora mismo cuánto agradezco todo lo que me ha ayudado desde que llegué a Pseudópolis Yard? Siempre recordaré que me indicó todos los lugares donde un guardia puede resguardarse del viento y evitar que lo empape del todo un chaparrón, y desde luego memoricé la lista de locales que serían generosos con un poli sediento a deshoras. Y por supuesto recuerdo su explicación de que un guardia jamás debía aceptar sobornos y por qué una comida gratis no es un soborno. Su aprobación es muy importante para mí, sargento, pues sé que no lo educaron para que le alegrara la presencia de mujeres en la Guardia, y mucho menos si una de esas mujeres es de condición enana. Me doy cuenta de que, en el transcurso de su larga carrera, ha tenido que adaptar su pensamiento para afrontar las nuevas circunstancias. En consecuencia, me enorgullezco de ser compañera suya, sargento Colon, y espero que me perdone cuando le diga que hay ocasiones en las que debería cerrar el pico y meter algunas ideas nuevas en ese cabezón gordo que tiene, en vez de recalentar siempre las viejas. Ha cogido lo que considera una baratija, sargento, y ahora en efecto es suya, más suya de lo que creo que se imagina. Ojalá pudiera contarle más, pero solo sé lo que sabe el enano medio sobre los trasgos; y no sé mucho de esta clase de vasija de unggue pero creo, dada la decoración floral y su pequeño tamaño, que es la que llaman «alma de las lágrimas», sargento, y creo que de repente ha vuelto su vida muy, muy interesante porque… ¿Puedo pedirle que la suelte solo un momento, por favor? Le prometo con toda la sinceridad del mundo que no se la quitaré.

Los ojos algo porcinos de Colon miraron a Jovial con recelo, pero dijo:

—Bueno, si así te quedas contenta. —Fue a dejar el recipiente en el alféizar más cercano y Jovial vio que sacudía la mano—. Parece que esté pegado.

La enana pensó para sus adentros: O sea que es verdad. En alto explicó:

—Siento mucho oír eso, sargento, pero verá, esa ampolla contiene el alma viviente de un niño trasgo y ahora le pertenece. ¡Felicidades! —concluyó intentando que su voz no delatara el creciente sarcasmo.

Esa noche, el sargento Colon soñó que estaba en una cueva donde unos monstruos le daban conversación en su espantosa jerigonza. Lo achacó a la cerveza, pero era curioso que no pudiese soltar aquel pequeño trasto centelleante. Sus dedos nunca lo conseguían, por mucho que se esforzase.

La madre de Sam Vimes había logrado, los cielos sabían cómo, ahorrar el penique al día necesario para educar a su hijo apuntándolo a las clases que impartía en su casa la señorita Poquita.

La señorita Poquita era todo lo que una dama debía ser. Estaba gorda y daba la impresión de estar hecha de malvaviscos, comprendía con delicadeza que las vejigas de los niños pequeños son casi tan traicioneras como las de los ancianos y, en general, enseñaba los rudimentos del alfabeto con un mínimo de crueldad y un máximo de malvavisco.

Tenía gansos, como era propio de cualquier maestra que se preciara. Ya mayor, Vimes se había preguntado si, debajo de las interminables capas de enaguas, la señorita Poquita llevaría ropa interior roja y blanca a topos. Lo indudable es que llevaba cofia y su risa era como el agua de lluvia al bajar por un desagüe. Sin excepción, pelaba patatas o desplumaba gansos mientras daba sus clases.

Vimes aún se acordaba con cariño de la señorita Poquita, que a veces llevaba un caramelito de menta en el bolsillo para un niño que se supiera el alfabeto y pudiera recitarlo del revés. Además, había que estar agradecido a la persona que le había enseñado a no tener miedo.

La señorita Poquita tenía un libro en su minúscula sala de estar, y la primera vez que se lo había prestado al joven Sam Vimes para que lo leyera, este había llegado hasta la página siete antes de quedar paralizado. En la página se veía a un trasgo: el alegre trasgo, según el texto. ¿Se reía, estaba enfadado, tenía hambre o estaba a punto de arrancarle la cabeza a mordiscos? El joven Sam Vimes no había esperado a descubrirlo y había pasado el resto de la mañana debajo de una silla. Ya de mayor, se excusaba a sí mismo recordando que la mayoría de los demás chicos sentían lo mismo. A menudo los adultos entendían mal lo que significaba la inocencia infantil. En cualquier caso, la señorita lo había sentado sobre su rodilla, que siempre quedaba un poco húmeda después de clase, y le había hecho mirar al trasgo con atención. ¡Estaba formado por muchos puntos! Unos puntos diminutos, si se examinaba de cerca. Cuanto más se miraba al trasgo, más dejaba de estar ahí. Si le aguantabas la mirada hasta el final, perdía todo su poder de asustar. «Dicen que son unos mortales desgraciados y mal hechos —había dicho la maestra con tristeza—. Gente a medio hacer, o eso cuentan. Es toda una bendición que este tuviera algo de lo que alegrarse».

Más adelante, como había sido buen chico, le hizo delegado de pizarra, la primera vez en su vida que alguien le confiaba algo. La buena de la señorita Poquita, pensó Vimes plantado en aquella oscura caverna, rodeado de hileras de trasgos callados y solemnes. Llevaré una bolsa de caramelos de menta a su tumba si salgo vivo de esta. Carraspeó.

—Bueno, chaval, lo que al parecer tenemos aquí es un trasgo que ha estado en una pelea. —Bajó la vista hacia el cadáver y después miró a Feeney—. Quizá quieras contarme lo que ves.

Feeney estaba a un paso de temblar.

—Bueno, señor, deduzco que está muerto, señor.

—¿Y de qué lo deduces, por favor?

—Hum, su cabeza no está pegada a su cuerpo, señor.

—Sí, por lo general consideramos eso una pista de que el cadáver está en verdad muerto. Por cierto, chico, ya puedes desatarte el cordel. No es que sea la mejor luz a la que he visto nunca, pero servirá. ¿Observa algo más, alguacil en jefe? —Vimes trató de mantener un tono calmado.

—Bueno, señor, tiene bastantes cortes, señor.

Vimes sonrió para animarle.

—¿Eso te dice algo, chico? —Feeney lo estaba pasando mal, pero a los reclutas solía pasarles al principio: miraban tanto que se olvidaban de ver—. Lo está haciendo bien, alguacil en jefe. ¿Le importaría extrapolar?

—¿Señor? ¿Extrapolar, señor?

—¿Por qué iba alguien a presentar tantos cortes en los brazos? Piense en ello.

Feeney movió un poco los labios mientras pensaba y luego sonrió.

—¿Se estaba defendiendo con las manos, señor?

—Bien hecho, chico, y la gente que se defiende con las manos lo hace porque no lleva escudo ni armas. También apostaría a que le cortaron la cabeza mientras estaba en el suelo. No sé decirte muy bien por qué, pero eso a mí me parece una salvajada deliberada, más que un tajo apresurado. Todo está hecho un desastre, pero verás que le han rajado la barriga y aun así apenas hay sangre a su alrededor. —Eso le pilló por sorpresa—. Y a causa de la herida de la barriga sé otra cosa sobre él que desearía no saber —declaró.

—¿De qué se trata, señor?

—Él es ella, y fue víctima de una emboscada, o quizá una trampa. —Además, pensó, le falta una garra.

Al cabo de un rato se convierte en un acertijo, y no un cadáver, se dijo Vimes mientras se arrodillaba, pero nunca es lo bastante pronto y nunca dura mucho. En alto dijo:

—Observa las marcas de esta pierna, chaval. Supongo que pisó una trampa para conejos, probablemente porque huía de… alguien.

Vimes se levantó tan de golpe que los trasgos que lo observaban retrocedieron.

—¡Por todos los cielos, chico, esto no debería hacerse nunca, ni siquiera en el campo! ¿No existe una especie de código? Se mata a los machos de ciervo, no a las hembras, ¿no es así? ¡Y esto no fue un calentón! ¡Alguien quiso sacar mucha sangre de esta mujer! ¡Ya me dirás tú por qué!

Vimes no estaba seguro de lo que Feeney habría respondido si no hubieran estado rodeados de trasgos de cara solemne, lo cual era una suerte. Añadió:

—¡Esto es asesinato, chico, el crimen capital! ¿Y sabes por qué lo cometieron? Me jugaría cualquier cosa a que fue para que el agente Desenlace, actuando con arreglo a la información recibida, encontrase un montón de sangre en la floresta del Muerto, donde el comandante Vimes al parecer había quedado con un irritante herrero, y así, dado que ambos eran hombres con mal genio, era muy posible que la cosa hubiera pasado a mayores, ¿cierto?

—Es una deducción legítima, señor, debe reconocerlo.

—Pues claro que lo reconozco, y ahora como deducción es una mierda pinchada en un palo, y quiero que tú reconozcas eso.

—Sí, señor, lo reconozco, señor, y pido disculpas. Sin embargo, me gustaría registrar las instalaciones en busca de cualquier indicio del señor Jefferson. —Feeney parecía a medias avergonzado, a medias desafiante.

—¿Y por qué quiere hacer eso, alguacil en jefe?

Feeney adelantó el mentón.

—Porque ya he quedado como un puto imbécil una vez, y no pienso dejar que vuelva a pasarme. Aparte, señor, podría estar usted equivocado. Esta pobre señorita podría haberse peleado con el herrero, tal vez, no lo sé, pero sí sé que, si no efectúo un registro aquí dadas las circunstancias, alguien importante me acabará preguntando por qué no lo hice. Y esa persona sería usted, ¿o no, comandante?

—¡Buena respuesta, joven! Y debo reconocer que he quedado como un puto imbécil más veces de las que puedo contar, de modo que lo comprendo.

Vimes miró de nuevo el cadáver y de repente cayó en lo urgente que era averiguar qué había hecho Willikins con la garra, anillo incluido, que habían encontrado la noche anterior. Incómodo, se dirigió a los trasgos congregados.

—Creo que he encontrado una alhaja perteneciente a esta joven señorita y, por supuesto, se la traeré.

La horda impasible no dio señales de haberlo oído siquiera. Vimes recapacitó sobre ese pensamiento. Las hordas matan y roban. Aquella gente parecía una panda de personas preocupadas. Se acercó a un trasgo viejo y canoso que podría haber sido el mismo al que había visto en la superficie hacía mil años y dijo:

—Me gustaría hacer una inspección de este lugar, señor. Lamento la muerte de la señorita. Llevaré a los asesinos ante la justicia.

—¡Jus pifia! —Una vez más el eco retumbó en la caverna. El viejo trasgo dio un paso al frente con mucha delicadeza y tocó la manga de Vimes.

—La oscuridad es su amiga, señor Poo-lii. Yo le oigo, usted me oye. En la oscuridad puede ir adonde desee. Señor Poo-lii, por favor, no nos mate.

Vimes miró detrás del trasgo, a las filas de sus congéneres, la mayoría delgados como rastrillos. ¿Y ese, bueno, jefe probablemente, que parecía que se estuviera descomponiendo a ojos vista, no quería que les hiciera daño? Recordó las flores desperdigadas. El té de bergamota abandonado. La comida intacta. ¿Intentaban esconderse de mí? Asintió y aseguró:

—No ataco a nadie que no me esté atacando, señor, y no voy a empezar hoy. ¿Puede contarme cómo esta señorita acabó… asesinada?

—La lanzaron a nuestra cueva ayer por la noche, señor Poolii. Había salido a revisar las trampas de conejos. La tiraron como huesos viejos, señor Poo-lii, como huesos viejos. Sin sangre dentro. Como huesos viejos.

—¿Cómo se llamaba?

El viejo trasgo miró a Vimes como si lo hubiera dejado estupefacto, y al cabo de un momento dijo:

—Se llamaba El Agradable Contraste de los Pétalos Naranjas y Amarillos en la Flor de la Aulaga. Gracias, señor Poo-lii de la oscuridad.

—Me temo que apenas acabo de empezar a investigar este crimen —se disculpó Vimes, que sentía una desacostumbrada vergüenza.

—Quería decir, señor Poo-lii, gracias por creer que los trasgos tenemos nombres. Yo me llamo Sonido de la Lluvia sobre Tierra Dura. Ella era mi segunda esposa.

Vimes contempló la arrugada cara que solo una madre podría tolerar y quizá amar, en busca de algún indicio de ira o dolor. Captó solo una sensación de pesadumbre y resignación desesperanzada ante el hecho de que el mundo era como era y sería igual siempre y no había nada que hacer. El trasgo era un suspiro con patas. Abatido, miró a Vimes y dijo:

—Antes metían perros hambrientos en la cueva, señor Poolii. Eran buenos tiempos; comíamos bien.

—Esta es mi tierra —señaló Vimes—, y creo que puedo encargarme de que no les molesten.

Algo parecido a una risilla se abrió paso entre la desgreñada barba del viejo trasgo.

—Conocemos la ley, señor Poo-lii. La ley es la tierra. Usted dice: «Esta es mi tierra», pero no hizo la tierra. No hizo sus ovejas, no hizo los conejos de los que vivimos, no hizo las vacas ni los caballos, pero dice: «Todo esto es mío». Eso no puede ser verdad. Yo hago mi hacha, mis vasijas, y son mías. Lo que llevo puesto es mío. Algo de amor era mío. Ahora no está. Creo que es un buen hombre, señor Poo-lii, pero sabemos por dónde sopla el viento. Hace cien o doscientos años había en el mundo lo que la gente llamaba «naturaleza salvaje», o «páramo» o «tierra de nadie», y nosotros vivíamos en esos lugares, somos gente de nadie. Estaban el troll, el enano, el humano, y lamento por la raza trasga que no pudiéramos correr igual de rápido.

Alguien tiró de la camisa de Vimes. En esa ocasión se trataba de Feeney.

—Será mejor que vaya tirando ya, señor.

Vimes se volvió.

—¿Por qué?

—Lo siento, señor, pero recuerde que la señora le dio instrucciones de que estuviese de vuelta para el té.

—¡Estamos investigando un asesinato, alguacil en jefe! No pretendo ser grosero, pero estoy seguro de que el señor Lluvia sobre Tierra Dura aquí presente lo entenderá. Tenemos que constatar con nuestros propios ojos que el herrero desaparecido no está aquí.

Feeney se revolvió.

—No he podido evitar fijarme en que la señora ha sido muy expresiva al respecto, señor.

Vimes asintió hacia el viejo trasgo.

—Descubriré quién ha matado a su esposa, señor, y los llevaré ante la justicia. —Hizo una pausa para el esperado coro de «¡Jus pifia!» que resonó en las cavernas—. Pero antes debo, por razones policiales, inspeccionar el resto de este… establecimiento, si no se opone.

El trasgo lo miró con los ojos iluminados.

—¿Y si me opongo, señor Poo-lii?

Vimes le sostuvo la mirada.

—Una pregunta interesante —reconoció—, y si nos amenazara con recurrir a la violencia me iría. Es más, si me prohibiese efectuar un registro me iría y, señor, lo peor es que no volvería. Con el debido respeto, le pido permiso para que, en el trascurso de mis indagaciones, alguien nos guíe por el resto de este local.

¿Era eso una sonrisa en el rostro del viejo trasgo?

—Por supuesto, señor Poo-lii.

Detrás del viejo trasgo el resto de la muchedumbre empezó a dispersarse, ya fuera para fabricar vasijas o para llenarlas. Lluvia sobre Tierra Dura, de quien cabía deducir porque no se había dicho nada en sentido contrario que era o bien un cacique (como Vimes entendía el cargo) o bien el trasgo encargado de hablar con los estúpidos humanos, dijo:

—¿Buscan al herrero? Nos visita de vez en cuando. Aquí abajo hay hierro, no mucho, pero lo encuentra útil. Por supuesto, no vale para vasijas, pero lo cambiamos por comida. Me parece que hace varios días que no lo veo. Sin embargo, busque cuanto quiera y sin trabas. Lleva dentro la oscuridad. No me atrevería a interponerme en su camino, señor Poo-lii. Este humilde lugar es todo suyo.

Con eso el viejo trasgo hizo señas a varios jóvenes para que recogiesen los restos de su esposa y se alejó con paso lento hacia otra boca de la cueva.

—¿Ha visto muchos muertos, comandante? —preguntó Feeney con una voz que casi logró no temblar.

—Ya lo creo, chaval, y algunos hasta ayudé a hacerlos.

—¿Ha matado a gente?

Vimes miró al techo para no tener que mirar a la cara pasmada de Feeney.

—Quiero creer que he hecho lo posible por evitarlo —dijo—, y en general se me ha dado bien, pero tarde o temprano siempre hay alguien decidido a acabar contigo y acabas teniendo que tumbarlo por las malas porque es demasiado idiota para rendirse. No mejora con el tiempo, y nunca he visto un cadáver con buen aspecto.

El cortejo fúnebre había desaparecido ya por el otro lado de la cueva, y los dos policías se quedaron a solas, aunque intuyeran que a su alrededor había gente ocupándose de sus asuntos.

El viejo trasgo había mencionado que la mujer era su esposa casi como si lo acabara de recordar. ¡Ni siquiera había alzado la voz! Vimes no podría haberse quedado de pie tan tranquilo si hubiera tenido ante sí el cuerpo de Sybil en el suelo, y desde luego tampoco habría guardado las formas con ningún trasgo que tuviera delante. ¿Cómo llegaba uno a ser así? ¿Cómo puede la vida machacarte tanto?

La Calle siempre te acompañaba, tal y como había dicho Willikins. Y Vimes recordó a las mujeres fregando. La calle Cockbill se fregaba tan a menudo que era raro que no estuviera a un nivel más bajo que el terreno de alrededor. Se fregaba el escalón de la puerta, que luego se encalaba; se fregaban las baldosas rojas del suelo de dentro y luego se les daba una capa de minio; la cocina se ennegrecía aún más frotándola rabiosamente con plomo negro. En aquellos tiempos, las mujeres tenían unos codos que se movían como pistones. Y la clave era la supervivencia, y la supervivencia se basaba en el orgullo. Nadie tenía mucho control sobre su vida, pero por estas que sí podía tenerla bien limpia y demostrarle al mundo que era pobre pero respetable. Ese era el gran pavor: el miedo a quedarse atrás, a echarse a perder, a no ser mejor que esa gente que procreaba, se peleaba y robaba en el violento y bullicioso criadero de grajos conocido como las Sombras.

Los trasgos habían sucumbido, ¿verdad? Ya actuaban por inercia, y mientras el mundo los expulsaba con buenas maneras ellos se estaban rindiendo, dejándose llevar… pero el asesinato era el asesinato, en todas las jurisdicciones o en ninguna. Vimes se guardó sus pensamientos para más tarde, cogió un par de antorchas medio apagadas y dijo:

—Venga, alguacil en jefe, vayamos a combatir el crimen.

—Sí, señor —replicó Feeney—, pero ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Por supuesto —contestó Vimes mientras se dirigía hacia un túnel que descendía de manera perceptible.

—¿Qué pasa aquí, señor, si no le importa que se lo pregunte? O sea, sé que ha habido un asesinato y que a lo mejor algún malnacido quería hacerme creer que el culpable era usted, pero ¿cómo puede ser, señor, que entienda usted esa jerigonza horrible que hablan? Me refiero a que le he oído hablar con ellos, y ellos deben de entenderle porque le respondían, señor, pero hablan como alguien que cascara nueces con el pie, señor, y yo no he entendido ni una maldita palabra, señor, y disculpe mi klatchiano, pero de verdad que ni una maldita palabra. Quiero una respuesta, señor, porque ya me siento bastante gilipollas; no quiero sentirme más idiota todavía.

Vimes, en la intimidad de su propia cabeza, probó la declaración: «Bueno, ya que me lo preguntas, comparto la mente con un demonio mortífero que parece estar ayudándome por motivos propios. Me deja ver en esta penumbra y de algún modo permite que los trasgos y yo nos comuniquemos. Se llama la Oscuridad que Invoca. No sé qué le interesa de los trasgos, pero los enanos creen que hace caer la ira sobre los injustos. Si se ha cometido un asesinato, pienso aprovechar cualquier ayuda que se me ofrezca». No llegó a articularla, ya que la mayoría de las personas habrían partido muy deprisa antes de que pudiera terminarla, de modo que se conformó con confesar:

—Cuento con el apoyo de un poder superior, alguacil en jefe. Y ahora, vamos a registrar esto.

Esa explicación no satisfizo a Feeney, pero al parecer entendió que era todo lo que iba a conseguir.

Fue una travesía fantasmagórica. El monte era una colmena de cuevas unidas por pasadizos naturales y, en ocasiones, por lo que parecía, también artificiales. Era una pequeña ciudad. Había letrinas, toscas jaulas vacías de lo que fuese que contenían antes, y aquí y allá encontraron campos de hongos bastante grandes, que en algunos casos estaban cosechando muy, muy poco a poco unos trasgos que apenas miraron de reojo a los policías. En un momento dado pasaron por delante de una abertura que parecía conducir a una guardería, a juzgar por los sonidos, en cuyo caso los bebés trasgos trinaban como pájaros. Vimes no se vio con ánimo de mirar más adentro.

En su descenso llegaron a una minúscula fuente de agua que brotaba de una pared. Los trasgos habían improvisado una tosca acequia, de modo que el sonido del agua corriente acompañó todo su avance. Y por doquier había trasgos, y los trasgos hacían vasijas. Vimes estaba preparado para eso, pero mal preparado. Se había esperado algo parecido a los talleres enanos que había visto en Uberwald: ruidosos y con mucho trajín de gente que sabía lo que se hacía. Pero ese no era el estilo trasgo. Parecía que, si un trasgo quería empezar una vasija, le bastaba con encontrar un sitio donde ponerse cómodo, rebuscar entre lo que fuese que llevaba en los bolsillos y empezar a trabajar, con tanta lentitud que costaba apreciar que sucedía algo. En varias ocasiones, Vimes creyó oír un golpeteo de piedra contra piedra, o unos arañazos, o lo que podría ser alguien serrando algo, pero siempre que se acercaba a un trasgo acuclillado, este se apartaba con educación y se inclinaba sobre su trabajo como un niño que intentase guardar un secreto. ¿Cuántos mocos, pensó, cuántas uñas, cuánto cerumen acumulaba un trasgo al año? ¿Sería una vasija de moco anual como un delicado estuche de rapé de dama, o sería como un cubo pringoso?

¿Y por qué no, eso, por qué no los dientes? Hasta los humanos eran cuidadosos en lo relativo a los dientes caídos y, bien pensado, había gente, sobre todo magos, que se molestaban en asegurarse de que nadie pudiera utilizar las uñas de sus pies. Sonrió para sus adentros. A lo mejor los trasgos no eran tan tontos, solo más tontos que los humanos, lo cual, bien pensado, no era moco de pavo.

Y entonces, cuando pasaban por delante de un trasgo con las piernas cruzadas, lo vieron quedarse en cuclillas, erguir la espalda y sostener en alto… luz. Vimes había visto muchas joyas: los años habían canalizado generaciones de anillos, broches, collares y tiaras hasta el regazo de lady Sybil, aunque en la actualidad guardaban la mayor parte en una cámara acorazada. Eso siempre le había hecho gracia.

Por mucho que centelleasen las joyas de Sybil, Vimes habría jurado que ninguna podría haber llenado el aire de tanta luz como la pequeña vasija cuando su creador la alzó para examinarla con ojo crítico. El trasgo la giró a un lado y a otro, inspeccionándola como quien se plantea comprar un caballo a alguien llamado Harry el Honrado. Unos haces de luz blanca y amarilla parpadeaban con el movimiento y llenaban la insulsa cueva con lo que Vimes solo podría describir como ecos de luz. Feeney miraba embelesado, como haría un niño en su primera fiesta. El trasgo, sin embargo, pareció contemplar con desdén su creación y la tiró hacia atrás por encima del hombro; se destrozó contra una pared.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó Vimes, tan alto que el trasgo al que se dirigía se acobardó y puso cara de esperar que le pegaran. Aun así, logró decir:

—¡Mala vasija! ¡Mal trabajo! ¡Para vergüenzarse! ¡Hacer uno mucho mejor al hacer otro! ¡Empezaré ahora! —Echó otro vistazo aterrorizado a Vimes y corrió hacia la oscuridad de la cueva.

—¡Lo ha destrozado! ¡El tipo lo ha destrozado! —Feeney miró a Vimes—. ¡Lo ha examinado un momento y lo ha destrozado! ¡Y era maravilloso! ¡Ha sido un crimen! No se puede destruir algo tan bonito como si tal cosa, ¿verdad?

Vimes puso una mano en el hombro de Feeney.

—Me parece que puedes, si acabas de fabricarlo y crees que podrías haberlo hecho mejor. Al fin y al cabo, hasta los mejores artesanos cometen errores de vez en cuando, ¿no?

—¿Cree que eso era un error? —Feeney corrió hasta el lugar en que los fragmentos de la difunta vasija habían caído al suelo y recogió un puñado de restos brillantes—. Señor, ¿esto es lo que ha tirado, señor?

Vimes abrió la boca para responder, pero surgió un leve sonido de la mano de Feeney: de entre sus dedos caía polvo como las arenas del tiempo. Feeney le sonrió con nerviosismo y dijo:

—¡A lo mejor sí que era un poco chapucero, a fin de cuentas, señor!

Vimes se agachó y pasó los dedos por el montón de polvo. Y era solo polvo, polvo de piedra, sin más color ni brillo que el que se encontraría en un guijarro junto al camino. No había ni rastro del arco iris centelleante que acababan de contemplar. Sin embargo, al otro lado de esa cueva, otro trasgo intentaba pasar desapercibido mientras trabajaba en lo que probablemente fuese otra vasija. Vimes se le acercó con cautela, porque el trasgo sostenía su obra como si estuviese dispuesto a usarla para defenderse.

Tranquilamente, para demostrar que no tenía malas intenciones, Vimes se llevó las manos a la espalda y exclamó con un tono aprendido de su esposa:

—¡Caramba! Parece una vasija muy buena. Dígame, ¿cómo las hace, señor? ¿Puede contármelo?

El artesano contempló lo que tenía entre las manos, o lo que tenía entre las garras si uno quería ser desagradable y quizá también un poco más preciso, y dijo:

—Hago la vasija. —Levantó la obra inacabada.

Vimes no sabía mucho de piedras que no se usaran para mampostería, pero aquella era ligeramente amarilla y brillante.

—Sí, eso ya lo veo, pero ¿cómo hace la vasija, concretamente?

Una vez más, el artesano buscó consejo en el universo, mirando arriba, abajo y a cualquier lugar donde no estuviera Vimes. Al final le llegó la inspiración.

—Hago vasija.

Vimes asintió con seriedad.

—Gracias por compartir los secretos de su éxito —respondió, y se volvió hacia Feeney—. Hala, sigamos a lo nuestro.

Parecía que una cueva trasga —o guarida, o madriguera, según el efecto que quisiera transmitirse— no era el agujero infecto que podría haberse pensado. En lugar de eso era solo, bueno, un agujero, enrarecido por el humo de las innumerables pequeñas hogueras que los trasgos parecían necesitar, junto al correspondiente montoncito de leña medio podrida, y sin olvidar las letrinas individuales.

Trasgos de todas las edades los miraban pasar con atención, como si esperasen de ellos un programa de variedades. Había trasgos claramente infantiles. Vimes debía reconocer que, al contrario que en las demás especies parlantes, los bebés trasgos eran feos con ganas, al ser meras versiones pequeñas de unos padres que no eran precisamente peritas en dulce, ni siquiera limones en escabeche. Vimes se dijo que no era culpa de ellos, que algún dios incompetente había encontrado muchos pedacitos sobrantes y había decidido que el mundo necesitaba una criatura que pareciese un cruce entre un lobo y un simio, y además les entregó lo que sin duda era uno de los ejemplos más inconvenientes de dogma religioso, incluso para los estándares de la idiotez celestial. Tenían todo el aspecto de ser los malos y, sin la intervención de la Oscuridad que Invoca, también habrían sonado del mismo modo. Si las nueces pudiesen chillar cuando las cascan, la gente diría: «¿Eso no te recuerda a un trasgo?». Y al parecer, no contento con todo eso, el dios bromista les había dado el peor de los regalos, el autoconocimiento, que los dejó con tal certeza de ser una basura andante sin remedio que ni siquiera encontraban la energía para limpiar el metafórico escalón.

—¡Oh, mierda! He pisado algo… he metido el pie en algo —dijo Feeney—. Me parece que ve usted mucho mejor que yo aquí abajo, señor.

—Es por llevar una vida sana, chico, zanahorias y tal.

—Jefferson podría estar por aquí en alguna parte. Estoy seguro de que nos estamos saltando cuevas.

—Sé que no está aquí, chaval, pero no me preguntes cómo lo sé porque tendría que mentirte. Solo cubro el expediente para que me ayude a pensar. Es un viejo truco de poli.

—¡Sí, señor, yo de momento lo que he cubierto son mis pies, diría yo!

Vimes sonrió en la penumbra.

—Bien dicho, chico. El sentido del humor es el mejor amigo del poli. Yo siempre digo que una jornada no está completa sin echar alguna risa… —Se calló porque algo había chocado contra su casco—. Hemos llegado a la fundición de Jefferson, chico. Acabo de encontrar una lámpara de aceite, y estoy seguro de que más arriba no las había. —Se palpó los bolsillos y no tardó en florecer una llama de cerilla.

Bueno, pensó Vimes, como mina no es gran cosa, pero apuesto a que resulta mejor que pagar los precios de los enanos.

—No veo ninguna salida —aportó Feeney—. Supongo que saca el mineral por la entrada principal.

—No creo que los trasgos sean tan tontos como para vivir en un grupo de cuevas que tiene solo una entrada. Probablemente hay una que ni siquiera se ve desde fuera. Mira, aquí se nota que alguien ha arrastrado cosas pesadas por la piedra… —Vimes paró. Había otro humano en la cueva. Bueno, gracias, oscuridad, pensó. Supongo que ahora toca preguntar quién es.

—Señor, creo que aquí no se dedican solo a la minería. Eche un vistazo a esto —sugirió Feeney, detrás de Vimes.

El joven le tendió unos libros: cuentos infantiles, a primera vista. Estaban sucios —aquello seguía siendo, a fin de cuentas, el hogar de los trasgos— pero Vimes abrió el primer libro por la primera página y no le sorprendió ver una manzana roja inviablemente grande, algo emborronada a esas alturas por la presión de muchas manos mugrientas.

Una voz en la penumbra, una voz femenina, dijo:

—No todas las cuestiones se responden, comandante, pero por suerte algunas respuestas se cuestionan. Intento enseñar a los niños trasgos. Por supuesto, tuve que traer una manzana para que los jóvenes la vieran —añadió la mujer desde las sombras—. No muchos sabían lo que eran, y menos cómo se llamaban. El idioma troll tiene una complejidad increíble comparada con lo que han de usar estos pobres diablos. Buenos días a usted también, señor Desenlace. ¿Se ha cansado de esconderse de la verdad en su mazmorra?

Vimes había girado sobre sus talones nada más oír la voz y estaba mirando con la boca abierta.

—¿Usted? ¿No es la, ejem…?

—La señora de la caca, en efecto, comandante Vimes. Es asombroso cómo se acuerda la gente, ¿verdad?

—Bueno, debe reconocer que es… ¿cómo decirlo? Pegadizo, señorita Felicidad Bidel.

—¡Muy bien, comandante, teniendo en cuenta que solo hemos coincidido una vez!

Y, en ese momento, Vimes reparó en que la acompañaba un trasgo, joven a juzgar por el tamaño, pero más visible de lo normal porque lo miraba directamente con una expresiva cara de interés muy poco propia de los trasgos que había visto hasta el momento, aparte del infeliz Tufos. Feeney, en cambio, se estaba tomando muchas molestias para no cruzar la mirada con la de la señorita, observó Vimes. Sonrió a la escritora.

—Señora mía, creo que debo de ver su nombre por lo menos una vez al día. Cuando acostaba a mi hijo ayer, ¿sabe lo que me dijo? Me dijo: «Papá, ¿tú sabes por qué las vacas hacen cacas grandes y pastosas y los caballos las hacen bonitas, blandas y con olor a hierba? Porque es raro, ¿verdad? Que hagan dos tipos distintos de caca cuando son más o menos igual de grandes y comen la misma hierba, ¿no, papá? Pues la señora de la caca dice que es porque las vacas hacen rumi antes, y gracias al rumi pueden sacar más comida de su comida o algo así, pero como los caballos no hacen rumi antes, es como que mastican menos la comida, y por eso su caca aún se parece mucho a la hierba y no huele tan mal».

Vimes vio que la mujer sonreía de oreja a oreja, y siguió:

—Creo que mañana le preguntará a su madre si un día puede masticar mucho su cena, y al otro no tanto, para ver si consigue olores diferentes. ¿Qué opina de eso, señora mía?

La señorita Bidel se rió. Era una risa muy agradable.

—Bueno, comandante, diría que su hijo combina su pensamiento analítico con el talento para la experimentación heredado de los Ramkin. Estará muy orgulloso. Desde luego, eso espero.

—Puede estar bien segura, señora mía.

El niño que estaba a la sombra de la señorita Bidel también sonreía, la primera sonrisa que había visto en un trasgo. Pero antes de que pudiera añadir nada, la señorita Bidel lanzó una mirada de desaprobación a Feeney y dijo:

—Solo desearía que se buscara mejores compañías, comandante. Me pregunto si sabe dónde está mi amigo Jetro, agente.

Incluso a la luz de la lámpara, Feeney parecía furioso, pero para quien leyese a las personas (y Vimes era un ávido lector) era obvio que la furia estaba salpicada de vergüenza y pavor. Entonces Vimes bajó la vista a la pequeña mesa de trabajo, sobre la que había unas pocas herramientas y algunos libros de colores alegres más. Era la Calle la que había enseñado a Vimes que había ocasiones en las que era mejor dejar que una persona nerviosa se pusiera más nerviosa todavía, así que cogió un libro como si el incómodo intercambio no se hubiera producido y señaló:

—¡Anda, si es ¿Dónde está mi vaca?! Al joven Sam le encanta. ¿Se lo está enseñando a los trasgos, señorita?

Con los ojos todavía puestos en el agitado Feeney, la escritora respondió:

—Sí, aunque no sé si sirve de mucho. Es un trabajo muy duro. Por cierto, técnicamente soy la señora Bidel. A mi marido lo mataron en la guerra klatchiana. Retomé el «señorita» porque, en fin, suena más de escritora, y además tampoco había tenido mucho tiempo para acostumbrarme al «señora».

—Lo siento, señora. De haberlo sabido no me habría puesto tan trivial.

La señorita Bidel le dedicó una sonrisa triste.

—No se preocupe, a veces viene bien que alguien se ponga trivial.

Junto a la profesora, el pequeño trasgo preguntó:

—¿Tri-vial? ¿Un vial que es triple?

—Lágrimas del Champiñón es mi alumna estrella. Eres maravillosa, ¿a que sí, Lágrimas del Champiñón?

—Maravillosa es buena —dijo la niña trasga, como si saboreara todas las palabras—. Amable es buena, el champiñón es bueno. Las lágrimas son blandas. Yo soy Lágrimas del Champiñón, eso ya queda dicho.

Fue un discursito extraño: la niña hablaba como si descolgara palabras de un perchero y después volviese a dejarlas bien colocadas en su sitio nada más pronunciarlas. Sonaba muy solemne y salía de una cara rara, plana y pálida. En cierto modo, Lágrimas del Champiñón parecía una chica apuesta, si bien no exactamente guapa, vestida con algo que recordaba a un delantal cruzado, y Vimes se preguntó cuántos años tendría. ¿Trece? ¿Catorce, tal vez? Y reflexionó sobre si todos tendrían el mismo aspecto pulcro con solo echar mano de algo de ropa decente y hacer algo con ese pelo espantoso. El de la chica era largo, trenzado y de un blanco puro. En aquel lugar parecía una asombrosa estatuilla de frágil porcelana.

Sin saber qué decir, lo dijo de todas formas:

—Encantado de conocerte, Lágrimas del Champiñón. —Le tendió la mano.

La niña trasga la miró, luego lo miró a él y por último se volvió hacia la señorita Bidel, quien explicó:

—No dan la mano, comandante. Para ser una gente que parece tan sencilla, son asombrosamente complicados. —Y prosiguió—: Cualquiera diría que la providencia lo ha traído aquí a tiempo para resolver el asesinato de Agradable Contraste, que era una alumna excelente. He venido tan pronto como me he enterado, pero los trasgos están acostumbrados a la muerte inmerecida y gratuita. Le acompañaré a la entrada, después tengo que dar una clase.

Vimes tiró de Feeney para que no se quedase atrás mientras seguían a la señorita Bidel y su pupila hasta la superficie y el bendito aire fresco. Se preguntó qué habría sido del cadáver. ¿Qué hacían con sus muertos? ¿Enterrarlos, comérselos, tirarlos a la letrina? O tal vez él no estaba pensando como debía, una idea que ya llevaba un rato llamando a la puerta de su cerebro. Sin pensar, dijo:

—¿Qué más les enseña, señorita Bidel? ¿A ser mejores ciudadanos?

El bofetón le alcanzó en la barbilla, probablemente porque la señorita Bidel, aun furiosa, había reparado en que llevaba puesto un casco de acero. De todos modos fue una señora bofetada, y con el rabillo de su lloroso ojo Vimes vio que Feeney daba un paso atrás. Por lo menos el chico tenía algo de sentido común.

—¡Es usted tonto de remate, comandante Vimes! ¡No, no les estoy enseñando a ser humanos de mentira, les enseño a ser trasgos, trasgos listos! ¿Sabe que solo tienen cinco nombres para los colores? ¡Hasta los trolls tienen unos sesenta, y los que se cruzan con un viajante de pinturas, muchos más! ¿Significa eso que los trasgos son estúpidos? No, tienen una cantidad ingente de nombres que ni siquiera a los poetas se les han ocurrido para cosas como el modo en que los colores oscilan y cambian, el paso de una tonalidad a otra. Tienen palabras únicas para los sentimientos más complicados; yo conozco unas doscientas, creo, ¡y estoy segura de que hay muchas más! ¡Lo que usted podría tomar por gruñidos, bufidos y aullidos transmiten en realidad una cantidad inmensa de información! Son como un iceberg, comandante: la mayor parte de ellos está donde no puede verse ni entenderse, y yo estoy enseñando a Lágrimas del Champiñón y a varios de sus amigos para que puedan hablar con las personas como usted, que creen que los trasgos son tontos. ¿Y sabe qué, comandante? ¡No queda mucho tiempo! ¡Los están exterminando! No lo llaman así, por supuesto, pero acaba por ser un exterminio, porque son tontos y un incordio, ya sabe. ¿Por qué no pregunta al señor Desenlace qué fue del resto de los trasgos hace tres años, comandante Vimes?

Y dicho eso, la señorita Bidel giró sobre sus talones, desapareció en la oscuridad de la cueva seguida por Lágrimas del Champiñón, que cabeceaba al andar, y dejó que Vimes recorriera por su cuenta los últimos metros que faltaban para salir a la gloriosa luz del sol.

La sensación que asaltó a Samuel Vimes cuando salió a la radiante luz diurna fue la de que alguien había atravesado su cuerpo con un alambre y después, de golpe, se lo había sacado. A duras penas logró mantener el equilibrio, y el chico lo agarró del brazo. Se ha ganado una buena nota, pensó Vimes, por ser lo bastante listo para esperar a hacerse una composición del lugar, o al menos por no salir corriendo de inmediato.

Se sentó en la tierra, disfrutando de la brisa que atravesaba las matas de aulaga e inhalando aire fresco y puro. Se pensara lo que se pensase de los trasgos, su cueva tenía la clase de atmósfera sobre la que la gente dice: «Yo de ti esperaría dos minutos antes de entrar ahí».

—Me gustaría hablar con usted, alguacil en jefe —dijo entonces—. De poli a poli. Sobre el pasado y quizá sobre lo que está por venir.

—En realidad, quería darle las gracias, comandante, por considerarme un policía.

—Su padre era policía aquí hace tres años, ¿verdad?

Feeney clavó la vista al frente.

—Sí, señor.

—¿Y qué pasó con los trasgos, Feeney?

El chico carraspeó.

—Bueno, mi padre nos dijo a mi madre y a mí que no saliéramos de casa. Nos dijo que no miráramos, pero no podía decirnos que no escucháramos, y hubo muchos gritos y no sé qué más, y mi pobre madre estaba muy alterada. Oí más tarde que habían sacado de la colina a un montón de trasgos, pero mi padre no habló del tema hasta mucho después. Creo que aquello lo hundió, señor, lo hundió del todo. Me contó que había mirado mientras un grupo de hombres, guardabosques y matones en su mayoría, bajaban de la cueva con trasgos a rastras, señor. Montones de ellos. Me contó que lo espantoso era que los trasgos iban todos así como mansos, ¿me entiende? Como si no supieran qué hacer.

Vimes se ablandó un poco al ver la cara de Feeney.

—Sigue, chico.

—Bueno, señor, me contó que la gente salió de sus casas y que hubo muchas carreras de un lado a otro y que empezó a hacer preguntas y, bueno, los magistrados dijeron que no pasaba nada porque no eran más que alimañas y que iban a llevárselos a los muelles para que pudieran ganarse la vida, para variar, en vez de molestar al prójimo. Estarían bien, dijo mi padre. Se iban a un lugar soleado, muy lejos de aquí.

—Por curiosidad, señor Feeney, ¿cómo podía saberlo él?

—Mi padre dijo que los magistrados se mostraron muy firmes al respecto, señor. Solo iban a ponerlos a trabajar para que se ganaran la vida. Me dijo que en el fondo era por su propio bien. No era que fuesen a matar a los trasgos.

Vimes mantuvo su rostro deliberadamente vacío de expresión. Suspiró.

—Si fue sin su consentimiento, era esclavitud, y si un esclavo no trabaja para ganarse la vida, está muerto. ¿Lo entiendes?

Feeney miró sus botas. Si los globos oculares tuvieran betún, sus botas estarían resplandecientes.

—Después de contármelo, mi padre me dijo que ya era un policía y que debía cuidar de mamá, y me dio la porra y su placa. Entonces empezaron a temblarle las manos, señor, y al cabo de unos días había muerto, señor. Supongo que se le metió algo dentro, señor, en la cabeza, se entiende. Fue demasiado para él.

—¿Has oído hablar de lord Vetinari, Feeney? No puedo decir que me caiga demasiado bien, pero a veces da justo en el clavo. Pues bueno, se produjo un pequeño altercado, como decimos nosotros. Resultó que un hombre tenía un perro, un pobre bicho medio muerto según los testigos, y el hombre estaba intentando que dejase de tirar de la correa, y cuando el perro le gruñó él agarró un hacha de un puesto de carnicero que había al lado, tiró al perro al suelo y le cortó las patas de atrás, así sin más. Supongo que la gente diría: «Menudo cabrón, pero el perro era suyo» y cosas por el estilo, pero lord Vetinari me mandó llamar y me dijo: «Un hombre capaz de hacer algo así a un perro es un hombre al que la ley debería vigilar de cerca. Registre su casa de inmediato». El hombre fue ahorcado una semana después, no por el perro, aunque por mi parte no habría derramado una sola lágrima si hubiera sido por eso, sino por lo que encontramos en su sótano, con cuyo contenido no te castigaré. Y el puto Vetinari volvió a salirse con la suya porque tenía razón: donde hay delitos pequeños, no andan muy lejos los grandes crímenes.

Vimes contempló las hectáreas de ondulaciones que se extendían por debajo de ellos: sus campos, sus árboles, sus maizales… todo suyo, aunque no hubiera plantado una semilla en su vida, salvo por aquella ocasión de pequeño en que intentó criar mostaza y berro en una toallita, que luego tuvo que tirar porque nadie le había dicho que debería haber enjuagado antes la toallita para quitarle todo el jabón. No era un historial muy brillante para un terrateniente. Pero… era su tierra, ¿no? Y estaba seguro de que ni él ni Sybil habían dado jamás su consentimiento para que se sacara a un montón de pobres trasgos del desastre que tenían a bien llamar hogar para llevarlos a saber dónde.

—¡Nadie nos informó!

Feeney se echó hacia atrás para esquivar esa bola de furia en concreto.

—No sé nada de eso, señor.

Vimes se levantó y estiró los brazos.

—Ya he oído suficiente, chico, ¡y también he tenido suficiente! ¡Ya es hora de informar a una autoridad superior!

—Creo que hará falta por lo menos un día y medio para que un mensajero llegue a la ciudad, señor, y eso teniendo suerte con los caballos.

Sam Vimes empezó a caminar con brío monte abajo.

—Hablaba de lady Sybil, chaval.

Sybil estaba en un salón lleno de tazas de té y damas cuando Vimes llegó a la Mansión a la carrera, con Feeney algo rezagado a su espalda. Sybil le echó un vistazo y dijo, con bastante más sonrisa de la apropiada para las circunstancias:

—Oh, veo que tienes algo que hablar conmigo. —Se volvió hacia las damas y sonrió—. Les ruego que me disculpen, señoras. Tengo que charlar un segundo con mi marido. —Dicho eso, asió a Vimes y tiró de él sin muchos miramientos para sacarlo de nuevo al vestíbulo. Abrió la boca para pronunciar un sermón conyugal sobre la importancia de la puntualidad, olisqueó el aire y retrocedió—. ¡Sam Vimes, apestas! ¿Te has caído encima de algo rural? ¡Casi no te he visto desde el desayuno! ¿Y por qué sigues llevando a cuestas a ese joven policía? Estoy segura de que tiene cosas más importantes que hacer. ¿No quería detenerte? ¿Sigue en pie que venga al té? Espero que antes se lave. —Se lo dijo a Vimes pero iba dirigido a Feeney, quien guardaba las distancias y parecía preparado para salir corriendo.

—Eso ha sido un malentendido —respondió Vimes a toda prisa—, y estoy seguro de que, si alguna vez encuentro mi blasón, seguirá inmaculado, pero el señor Feeney ha tenido la generosidad de proporcionarme cierta información por voluntad propia.

Y para cuando la conversación de marido y mujer cogió ritmo, trufada de susurros gritados del estilo de «¡No puede ser!» y «Creo que dice la verdad», Feeney parecía preparado para batir un récord de velocidad.

—¿Y no se defendieron? —preguntó Sybil. El joven policía intentó esquivar su mirada, pero era de esa clase de miradas que dan la vuelta hasta encontrarte dondequiera que estés.

—No, mi señora —dijo con dificultad.

Lady Sybil miró a su marido y se encogió de hombros.

—Se armaría una pelea de tres pares de narices si alguien intentase llevarme a mí a un sitio al que no quisiera ir —afirmó—, y además pensaba que los trasgos tenían armas. Y dicen que son unos guerreros bastante feroces. ¡Tendría que haber estallado una guerra! ¡Nos habríamos enterado! Por cómo lo explicas, parece que fueran unos sonámbulos. ¿O a lo mejor estaban famélicos? No he visto muchos conejos por esta zona, comparado con cuando era niña. ¿Y por qué dejar algunos atrás? Es todo un poco enigmático, Sam. Casi toda la gente de por aquí es amiga de la familia… —Levantó enseguida una mano—. Ni se me pasaría por la cabeza pedirte que incumplieras tu deber, Sam, eso ya lo sabes, pero ve con cuidado y toma precauciones a cada paso. Y por favor, Sam, que te conozco, no trates el asunto como un toro trata una puerta. La gente de por aquí podría llevarse una impresión errónea.

Sam Vimes estaba seguro de que él sí se había llevado la impresión errónea. Arrugó la frente y dijo:

—No lo sé, Sybil, ¿cómo trata un toro una puerta? ¿Se queda parado con cara de confusión?

—No, querido, lo despedaza todo. —Lady Sybil le dedicó una sonrisa de advertencia y se alisó la ropa—. No creo que necesitemos entretenerlo más, señor Desenlace —le comunicó al agradecido Feeney—. Dele recuerdos a su querida madre. Si no le molesta, me gustaría pasar a verla la próxima vez que baje, para hablar de los viejos tiempos. Entretanto, le sugiero que salga por la cocina, piense lo que piense mi marido sobre que los policías usen la entrada de servicio, y dígale a la cocinera que le provea de, bueno, cualquier cosa que pudiera apetecerle a su madre. —Se volvió hacia su marido—. ¿Por qué no le acompañas, Sam? Y ya que vas a disfrutar del aire fresco, ¿por qué no vas a buscar al joven Sam? Creo que está atrás en el corral, con Willikins.

Feeney guardó silencio mientras recorrían los largos pasillos, pero Vimes intuyó que el chico andaba rumiando un problema, que salió a la luz cuando comentó:

—Lady Sybil es una dama muy buena y amable, ¿verdad, señor?

—No necesito que me lo recuerden —dijo Vimes—, y me gustaría que entendieses que existe un gran contraste entre los dos. Yo me pongo nervioso cuando creo que hay un crimen sin resolver. Un crimen sin resolver es antinatural.

—No paro de pensar en la niña trasga, señor. Parecía una estatua, y su manera de hablar, en fin, no sé qué decir. O sea, pueden ser una condenada molestia, y te roban los cordones de las botas si no te mueves lo bastante rápido, pero cuando los ves en su cueva te das cuenta de que hay, bueno, niños, viejos abueletes trasgos y…

—¿Ancianas madres trasgas? —sugirió Vimes sin levantar la voz.

Una vez más, el pequeño de la señora Desenlace se revolvió en las desconocidas y terroríficas garras de la filosofía y acabó saliendo con:

—Bueno, señor, supongo que las vacas son buenas madres, pero al final un ternero es carne con patas, ¿no?

—Puede, pero ¿qué dirías si el ternero se te acercase y dijera: «Hola, me llamo Lágrimas del Champiñón»?

La cara de Feeney se arrugó una vez más por el esfuerzo de la novedosa cogitación.

—Creo que pediría ensalada, señor.

Vimes sonrió.

—Estabas en una posición difícil, chico, y te diré una cosa: yo también lo estoy. Se llama ser policía. Por eso me gusta cuando corren. Simplifica mucho las cosas. Ellos corren y yo los persigo. No sé si es metafísico o algo por el estilo. Pero había un cadáver. Lo has visto, yo también y la señorita Bidel también. Tenlo presente.

El joven Sam, sentado en una bala de heno del corral, miraba cómo entraban los caballos. Corrió hacia su padre con cara de estar muy satisfecho consigo mismo y dijo:

—Papá, ¿sabes los pollos?

Vimes alzó del suelo a su hijo.

—Sí, he oído hablar de ellos, Sam.

El niño se escurrió de entre los brazos de su padre, como si ser levantado y columpiado de un lado a otro fuese una actividad inapropiada para un investigador serio de estudios escatológicos, y se puso solemne.

—¿Sabes, papá? Cuando un pollo hace caca, hay un puntito blanco encima que es el pipí. ¡A veces es como el azúcar de un bollo, papá!

—Gracias por informarme —replicó Vimes—. Lo recordaré la próxima vez que me coma un bollo. —Y todas las demás veces, añadió para sus adentros—. Supongo que ahora ya lo sabes todo sobre la caca, ¿no, Sam? —dijo esperanzado, y vio que Willikins sonreía.

El joven Sam, que seguía contemplando un montoncito de heces de pollo con una pequeña lupa, meneó la cabeza de lado a lado sin alzar la vista.

—Qué va, papá, el señor… —En ese momento, el niño dejó de hablar y miró ilusionado a Willikins.

Willikins carraspeó y explicó:

—El señor Trucha, uno de los guardabosques, ha pasado por aquí hace una media hora, y como, por supuesto, su hijo entabla conversación con quien sea… El resultado es que por lo visto el joven Sam, señor, desea iniciar una colección de las deposiciones de una serie de criaturas del bosque.

Los guardabosques, pensó Vimes. Procesó la palabra en su cerebro y meditó sobre quién se habría encargado de reunir a los trasgos tres años atrás. Y luego pensó: ¿Cuánto importa, comparado con la pregunta «¿Quién se lo ordenó?». Creo que voy haciéndome a la idea de cómo es este sitio: la gente hace lo que le mandan porque siempre han hecho lo que les mandaban. Pero los guardabosques son gente muy viva; no solo tienen que ser más listos que los humanos. Y recuerda que esto es el campo, donde todo el mundo se conoce y se fija en los demás. No creo que Feeney mienta, de modo que debe de haber otros que saben lo que pasó aquí una noche de hace tres años. No debo ser como un toro frente a una puerta, ha dicho Sybil, y tiene razón. Necesito saber por dónde piso. Lo que pasó, pasó hace tres años. Puedo permitirme tomármelo con calma. En voz alta preguntó:

—¿Hasta dónde puedo llegar?

—Parece que ha tenido un día ajetreado, señor —dijo Willikins—. Esta mañana ha bajado a la mazmorra con un capullo que se cree policía y luego, en compañía de un trasgo, usted y dicho capullo han subido a la floresta del Muerto, donde han permanecido durante bastante tiempo hasta que usted y el capullo antes mencionado han salido y ha llegado usted aquí, sin capullo, ahora mismo. —Willikins le sonrió—. Entra y sale gente de la cocina a todas horas, señor, y los chismorreos son una especie de moneda de cambio cuando se va más allá de la puerta verde. Debe recordar que, por muy mal que me mire el señor Plata, bajo las escaleras el amo soy yo, y puedo ir adonde me plazca y hacer lo que me plazca, y si no les gusta es problema de ellos. Desde una u otra ventana de esta casa se ve toda la colina, y las doncellas son muy solícitas, señor. Parece que todas las chicas se mueren de ganas de que las empleen en la casa de la avenida Pastelito. Están como locas por irse a la gran ciudad, señor. Muy solícitas. Además, he encontrado un telescopio bastante bueno en el estudio. Hay unas vistas asombrosas del monte del Ahorcado, ¿sabe? Prácticamente podía leerle los labios. El joven Sam ha disfrutado mucho con el juego de buscar a papá.

Vimes sintió una punzada de remordimiento al oírlo. Se suponía que estaban de vacaciones familiares, ¿no? Pero…

—Alguien mató a una chica trasga en la floresta del Muerto —explicó con voz monótona—. Se aseguraron de que hubiera mucha sangre para darle a nuestro agudo y joven policía algo que pudiera considerar un caso. Está desbordado; no creo que haya visto nunca un cadáver antes que ese.

Willikins parecía sinceramente sorprendido.

—¿Cómo, nunca? A lo mejor me jubilaré aquí, aunque me moriría de aburrimiento.

Un pensamiento asaltó a Vimes.

—Cuando mirabas con el telescopio, ¿has visto a alguien más que subiera por el monte?

Willikins negó con la cabeza.

—No, señor, solo a usted.

Los dos se volvieron para observar al joven Sam, enfrascado en dibujar caca de pollo en su cuaderno, y Willikins dijo en voz baja:

—Tiene un buen muchacho, muy listo. Aproveche al máximo el tiempo, señor.

Esta vez fue Vimes quien negó con la cabeza.

—Los dioses saben que tienes razón, pero el caso es que la rajaron, y con acero, sin duda con acero. Ellos solo tienen armas de piedra. La rajaron por todas partes para asegurarse de que hubiera tanta sangre que hasta un pies planos idiota la viera. Y tenía nombre de colores de flor.

Willikins hizo un leve gruñido de desaprobación.

—Los policías no deberían ponerse sentimentales, es malo para el criterio. Lo dijo usted mismo. Uno se encuentra con una escena doméstica horrorosa y cree que puede mejorar las cosas pegándole una buena paliza a alguien, pero claro, ¿cómo saber cuándo parar? Eso es lo que dijo. Dijo que una cosa era atizarle a alguien en una pelea, pero que no está bien cuando ya va esposado.

Para sorpresa de Vimes, Willikins le dio un comprensivo golpecito en el hombro (si alguien recibía un golpecito incomprensivo de Willikins, lo notaba al instante).

—Hágame caso, comandante, y mañana tómese el día libre. Hay un cobertizo con barcas en el lago, y después podría llevarse al chiquillo al bosque, donde todo el mundo dice que hay todo tipo de caca para dar y tomar. ¡Estará en el paraíso de la caca! Ah, sí, también me ha dicho que quiere volver a ver al hombre apestoso de la calavera. ¡Mire lo que le digo, yo creo que con la cabeza que tiene, podría ser archicanciller de la Universidad Invisible para cuando tenga sesenta años!

Willikins debió de captar la mueca de Vimes, porque siguió diciendo:

—¿Por qué se sorprende, señor? Podría querer ser alquimista, ¿no? No me diga que prefiere que se haga policía por que no es así, ¿verdad? Por lo menos a los magos la gente no intenta patearles la entrepierna, ¿a que no? Por supuesto, sí que tienen que enfrentarse a pavorosas criaturas de dimensiones infernales, pero esas no llevan navaja y hay una formación previa. Vale la pena pensárselo, comandante, porque crece como una mala hierba y conviene que lo encarrile bien en la vida. Y ahora, si me disculpa, comandante, me voy a tocar las narices al servicio.

Willikins dio unos pasos, se paró, miró a Vimes y precisó:

—Mírelo así, señor. Si se toma un tiempo libre, el culpable no será menos culpable, ni la muerta estará menos muerta, y la señora no intentará decapitarle con un perchero.

Los invitados del té de lady Sybil estaban partiendo cuando Vimes volvió a la Mansión. Se limpió el campo de las botas y se dirigió al cuarto de baño principal de la casa.

Por supuesto, en el edificio había baños de sobras, probablemente más que en cualquier calle de casi toda la ciudad, donde un barreño de lata, una jarra y una palangana o nada en absoluto eran las abluciones por elección o necesidad… pero ese baño lo había diseñado Jack Ramkin el Loco y se parecía al famoso cuarto de baño de la Universidad Invisible, aunque, si aquel lo hubiese diseñado Jack el Loco, la habrían llamado Universidad Indecente, ya que Jack el Loco tenía una sana (o puede que insana) afición a las señoritas que quedaba de manifiesto en ese baño, y tanto que sí. Por supuesto, las bellezas de mármol blanco habían sido dignificadas mediante urnas, racimos de uvas de mármol y el siempre popular paño de gasa que, felizmente, había aterrizado en el sitio justo para impedir que el arte se convirtiera en pornografía. También era, con toda probabilidad, el único baño que tenía grifos marcados como «caliente», «fría» y «coñac».

Y después estaban los murales, por los que era de agradecer que hubiese un grifo de agua fría si se era una persona impresionable, porque, sin entrar en detalles, entraban mucho en detalles, pero mucho, mucho, y las señoritas eran solo el principio del problema. Había también señores de mármol, definitivamente señores, hasta los que tenían pezuñas de cabra. Lo sorprendente era que el agua del baño no hirviera por iniciativa propia. Había preguntado a Sybil al respecto y, según ella, era un rasgo distintivo importante de la Mansión, hasta el punto de que caballeros coleccionistas de antigüedades a menudo la visitaban para contemplarlos. Vimes le había dicho que no le extrañaba ni un pelo. Sybil había respondido que ese tono de voz no venía a cuento, por que ella de vez en cuando se había bañado allí a los doce años y no le había visto nada de malo. Según ella, había impedido que más adelante se llevara una sorpresa.

En ese momento, Vimes se tumbó en la lujosa bañera sintiéndose como si tratase de encajar todos los pedacitos de su cerebro. Solo fue vagamente consciente de que la puerta del baño se abría y de que oía a Sybil decir:

—He acostado al joven Sam y ya duerme como un tronco, aunque no puedo imaginarme con qué estará soñando.

Vimes siguió flotando en el cálido y vaporoso ambiente, y apenas captó un susurro de tela al caer al suelo. Lady Sybil se deslizó junto a él. El nivel del agua se elevó, y también, fiel a la física de tales asuntos, lo hizo el ánimo de Sam Vimes.

Al cabo de unas horas, casi ahogado en las almohadas de la enorme cama y flotando justo por encima de la inconsciencia en un resplandor cálido y rosa, Sam Vimes habría jurado que su propia voz le susurraba y le decía:

—Piensa en lo que no encaja. Pregúntate por qué esa simpática dama de clase alta se mete en una cueva de trasgos como si fuera lo más normal del mundo.

Se replicó:

—Bueno, Sybil se pasa la mitad del tiempo en casa cubierta de equipo protector pesado y un casco ignífugo porque le gustan los dragones. Es la clase de cosas que tienden a hacer las damas pudientes.

Recapacitó sobre qué iba a decir a eso, y se respondió:

—Sí, pero los dragones son lo que podría decirse socialmente aceptables. Los trasgos, en cambio, no lo son ni de lejos. Nadie dice una buena palabra de los trasgos, salvo la señorita Bidel. ¿Por qué no me llevo al joven Sam a verla mañana? Al fin y al cabo, fue ella quien lo metió en todo este asunto de las cacas, y es escritora, así que supongo que le encantará que la interrumpan. Sí, es buena idea, y además será una visita pedagógica para el joven Sam y no parte de una investigación, dónde va a parar…

Satisfecho con eso, esperó a la llegada del sueño con el telón de fondo de un coro de aullidos, chillidos, misteriosos golpetazos lejanos, roces furtivos, graznidos, tictacs desconcertantes, terroríficos sonidos de rascadura, terribles aleteos muy cercanos y todo el resto de la orquesta impía que se conoce como la tranquilidad del campo.

Había disfrutado de una partida nocturna de snooker con Willikins solo para no perder la práctica, y mientras Vimes escuchaba aquella espeluznante cacofonía se preguntó si la resolución de un crimen complejo, uno que requiriera cierta dosis de atención, podía compararse a una partida de esa modalidad de billar. Desde luego, había un montón de bolas rojas que estorbaban, o sea que había que apartarlas, pero el objetivo, la meta definitiva, iba a ser la negra.

En las Comarcas vivía gente poderosa, y por tanto se andaría con cuidado. Sam Vimes, en algún lugar de su cabeza, cogió su metafórico taco de billar.

Se recostó en la cama, disfrutando de la maravillosa sensación de que las almohadas se lo comían poco a poco, y dijo a Sybil:

—¿Tiene casa por aquí la familia Óxido?

Demasiado tarde cayó en la cuenta de que podría haber sido una mala jugada, porque era muy posible que su esposa ya le hubiese dado todos los detalles sobre el asunto en una de esas ocasiones en las que, cosa rarísima en un hombre casado, no estaba prestando mucha atención a lo que decía ella, y en consecuencia podría haber llamado al malhumor en esos preciosos y cálidos instantes previos al sueño. Lo único de ella que le quedaba a la vista era la punta de su nariz, pues las almohadas estaban reclamándola, pero Sybil murmuró, con voz soñolienta:

—Ah, compraron la Mansión Cuelgaclavo hará diez años o así, después de que el marqués de Fantailler asesinara a su mujer con un cuchillo de poda en el almacén de las piñas. ¿No te acuerdas? Te pasaste semanas buscándolo por la ciudad. Al final todo el mundo parecía creer que se había mudado a Cuatroequis y se había disfrazado no haciéndose llamar marqués de Fantailler.

—¡Ah, sí! —admitió Vimes—. Y recuerdo que muchos de sus amigotes estaban muy indignados con la investigación. ¡Decían que solo había cometido un asesinato y que era culpa de su mujer, por tener el mal gusto de morirse después de una mísera puñalada!

Lady Sybil se dio la vuelta, giro que supuso que —al ser una mujer felizmente rica en atracción gravitatoria— la almohada más cercana a Sam, actuando como el siguiente engranaje de una cadena, girara suavemente en la dirección opuesta, de modo que Sam Vimes se encontró tumbado boca abajo. Buscó a tientas la superficie y dijo:

—¿Y Óxido la compró, dices? No es propio del viejo chocho gastarse un penique si puede evitarlo.

—No fue él, querido, fue Grávido.

Vimes despertó un poco más.

—¿El hijo? ¿El delincuente?

—Creo, Sam, que la palabra es «emprendedor», y ahora me gustaría dormir, si no te importa.

Sam Vimes sabía que lo mejor que podía hacer era no decir nada, y se hundió de nuevo en las profundidades pensando palabras como mangante, aprovechado, insertador de una ingeniosa palanca entre lo que está bien y lo que está mal, y lo mío y lo tuyo, buscavidas, financiero e intocable…

Mientras caía suavemente en un mundo de pesadilla donde los buenos y los malos a menudo cambiaban de chaqueta sin previo aviso, Vimes redujo al insomnio contra el suelo y se aseguró de que le cayeran ocho horas.

A la mañana siguiente, Vimes, con su hijo de la mano, caminaba meditabundo hacia la casa de la señorita Bidel sin saber qué esperarse. Tenía poca experiencia con el mundo literario, ya que prefería con mucho el literal, y tenía entendido que los escritores se pasaban todo el día en bata bebiendo champán. Por otro lado, cuando llegó a la casit[[17]](#footnote-17)a tras subir por otro caminillo, empezó a replantearse lo que sabía. Para empezar, la «casita» tenía un jardín que no desmerecería en una granja. Al mirar por encima de la valla vio hileras de verduras y bayas, amén de un huerto, una construcción que debía de ser una pocilga y, más allá, un auténtico retrete exterior, de ejecución muy profesional, con la casi obligatoria media luna tallada en la puerta y el montón de leña cerca para aprovechar al máximo cada viaje por el sendero. La finca entera transmitía seriedad y sensatez, y desde luego no era lo que cabría esperar de alguien que se pasaba el día sin hacer otra cosa que enredar con palabras.

La señorita Bidel abrió la puerta una fracción de segundo después de la llamada. No parecía sorprendida.

—La verdad es que le esperaba, excelencia —admitió—, ¿u hoy debería decir señor Policía? Por lo que tengo entendido, de una manera u otra siempre acaba saliendo a relucir el señor Policía. —Luego miró más abajo—. Y este debe de ser el joven Sam. —Lanzó una mirada a su padre—. Hay que ver lo tímidos que pueden ponerse, ¿eh?

—¿Sabe? Tengo un montón de caca —dijo el joven Sam con orgullo—. La guardo en tarros de mermelada y tengo un laboratorio en el lavatorio. ¿Tiene caca de elefante? Hace… —Hizo una pausa efectista—… ¡esploch!

Por un momento la señorita Bidel adoptó la pátina algo vidriosa que a menudo se apreciaba en la cara de quienes coincidían con el joven Sam por primera vez. Miró a Vimes.

—Debe de estar muy orgulloso.

El orgulloso padre señaló:

—Cuesta seguirle el ritmo, créame.

La señorita Bidel les hizo pasar, los llevó desde el vestíbulo hasta una habitación en la que el algodón estampado ocupaba un lugar preponderante y acercó al joven Sam a un gran buró. Abrió un cajón y entregó al niño lo que parecía un libro pequeño.

—Es una prueba de imprenta de El placer del cerumen, y te escribiré una dedicatoria si quieres.

El joven Sam lo tomó como quien recibe un objeto sagrado, y su padre, convertido por un momento en su madre, le recordó:

—¿Qué se dice?

A lo que el niño respondió con una sonrisa de oreja a oreja, un «gracias» y un «pero no escriba encima, por favor; no me dejan escribir en los libros».

Mientras el joven Sam hojeaba encantado su nuevo libro, a su padre le ofrecieron una butaca con el cojín muy mullido. La señorita Bidel le dedicó una sonrisa y se fue a la cocina. Vimes se quedó sin gran cosa que mirar salvo una sala llena de estanterías, más muebles demasiado acolchados, una enorme arpa de orquesta y un reloj de pared en forma de búho, cuyos ojos se movían hipnóticamente de un lado a otro al compás del tictac, cabía suponer que hasta que uno se suicidaba o echaba mano del atizador de la cercana chimenea y golpeaba el maldito trasto hasta romperle los muelles.

Mientras Vimes contemplaba con arrobo esa posibilidad se dio cuenta de que lo estaban observando, y al volverse se topó con la cara preocupada y el mentón prognato de la trasga llamada Lágrimas del Champiñón.

Miró por instinto al joven Sam, y de repente la pasa más grande de su pastel de la aprensión fue: ¿qué hará mi hijo? ¿Cuántos libros ha leído? No le habrán contado nada malo de los trasgos, ¿verdad?, ni le han leído demasiados de esos cuentos de hadas inocentes y coloridos llenos de pesadillas a punto de saltar del papel y de un miedo innecesario que algún día traerá problemas. ¿Verdad?

Y lo que hizo el joven Sam fue cruzar la sala, plantarse delante de la chica y decir:

—Sé mucho de caca. ¡Es muy interesante!

Lágrimas del Champiñón buscó desesperadamente a la señorita Bidel con la mirada mientras el joven Sam, tan campante, se arrancaba con una breve tesina sobre la caca de oveja. A modo de respuesta, con palabras que encajaban a golpes como pequeños ladrillos, la chica preguntó:

—¿Para qué… sirve… la… «caca»?

El joven Sam frunció el entrecejo al oírlo, como si alguien estuviera poniendo en entredicho la obra de su vida. Después alzó la vista, animado, y explicó:

—¡Sin caca harías papum! —Y se quedó con una sonrisa radiante, resuelto por completo el sentido de la vida.

Y Lágrimas del Champiñón se rió. Era una risa más bien entrecortada que a Vimes le recordó a la de cierta clase de mujeres, después de cierta clase de demasiada ginebra. Pero no dejaba de ser una risa —directa, sincera y natural— y el joven Sam se regodeó en ella, con una risilla propia, igual que hizo Sam Vimes mientras el sudor empezaba a enfriársele en la nuca.

Entonces el joven Sam dijo:

—Ojalá tuviera las manos grandes como tú. ¿Cómo te llamas?

Con esa dicción entrecortada que Vimes estaba aprendiendo a reconocer, la joven trasga respondió:

—Soy las Lágrimas del Champiñón.

Al instante, el joven Sam la envolvió con los brazos hasta donde pudo abarcar y gritó:

—¡Los champiñones no deberían llorar!

La expresión que la chica trasga dedicó a Vimes era una que había visto muchas veces en la cara de los receptores de abrazos del joven Sam: una mezcla de sorpresa y lo que Vimes tenía que calificar de pasmo.

En ese momento la señorita Bidel entró en la sala con una bandeja que entregó a Lágrimas del Champiñón.

—Ten la bondad de servir a nuestros invitados, querida, por favor.

Lágrimas del Champiñón asió la bandeja y se la ofreció con indecisión a Vimes, mientras decía algo que sonaba como media docena de cocos rodando escalera abajo, pero de algún modo se las ingenió para incluir las palabras «usted», «comer» y «yo hacer». Su expresión parecía transmitir una súplica, como si intentase hacerse entender.

Vimes contempló su cara durante un rato y luego pensó: Bueno, podría entenderla, ¿no? Vale la pena probarlo, y cerró los ojos, un gesto algo discutible encontrándose cara a cara-más-larga con una mandíbula como aquella. Con los ojos cerrados con fuerza y una mano encima para tapar el último vestigio de luz, preguntó:

—¿Me lo repite, joven… dama?

Y en la oscuridad de su cráneo oyó, con total claridad:

—Hoy he horneado galletas, señor Poo-lii. Me he lavado las manos —añadió la chica con nerviosismo—. Están limpias y sabrosas. Esto he dicho y es cosa exacta.

Hechas por una trasga, pensó Vimes mientras abría los ojos y cogía una galleta, con bultos pero apetecible, de la bandeja que tenía delante para luego cerrar los ojos de nuevo.

—¿Por qué llora el champiñón?

En la oscuridad oyó que la chica trasga ahogaba un gritito y luego decía:

—Llora para que haya muchos más champiñones. Esto es cosa cierta.

Vimes oyó el leve tintineo de la loza a su espalda, pero cuando se quitó las manos de los ojos, la señorita Bidel dijo:

—No, permanezca en la oscuridad, comandante. O sea que es verdad lo que los enanos dicen de usted.

—No lo sé. ¿Qué dicen los enanos de mí, señorita Bidel?

Vimes abrió los ojos. La señorita Bidel estaba sentada en una silla casi delante de él, mientras Lágrimas del Champiñón esperaba más actividad galletera con el aire de quien probablemente esperaría por siempre o hasta que le dijeran lo contrario. Miró implorante a Vimes y luego al joven Sam, que estudiaba a Lágrimas del Champiñón con interés, aunque, conociendo al chico, la mayor parte de este interés tenía que ver con la bandeja de galletas. De modo que señaló:

—Vale, hijo, puedes pedirle una galleta a la señorita, pero con educación.

—Dicen que lleva dentro la oscuridad, comandante, pero que la tiene en una jaula. Un regalo del valle del Koom, dicen.

Vimes parpadeó deslumbrado.

—¿Una superstición enana en una cueva trasga? ¿Sabe usted mucho de los enanos?

—Bastante —respondió la señorita Bidel—, pero sé mucho más de los trasgos, y ellos creen en la Oscuridad que Invoca, igual que los enanos; al fin y al cabo, los dos son criaturas de las cuevas y la Oscuridad que Invoca es real. No todo está en su cabeza, comandante: da igual lo que oiga, yo también lo oigo a veces. Madre mía, usted precisamente debería reconocer una substición cuando está poseído por ella, ¿no le parece? Es lo contrario de una superstición: es real aunque no crean en ella. Me lo enseñó mi madre, que era trasga.

Vimes miró a la agradable mujer de pelo castaño que tenía delante y dijo, con voz educada:

—No.

—Vale, pero podría permitirme un poco de teatralidad y tergiversación como licencia poética. La verdad es que unos trasgos de Uberwald encontraron a mi madre de pequeña, a los tres años, y la criaron. Hasta que llegó más o menos a los once, y digo «más o menos» porque nunca tuvo una idea cierta del paso del tiempo, pensó y actuó en casi todo como una trasga y aprendió su lengua, que es increíblemente difícil de dominar si no te has criado con ella. Comía con ellos, tenía su propia parcela en la granja de champiñones y era muy respetada por lo bien que cuidaba del rancho de ratas. Una vez me contó que, hasta que conoció a mi padre, sus mejores recuerdos eran los de aquellos años en la cueva de los trasgos.

La señorita Bidel removió el café y continuó.

—Y también me contó sus peores recuerdos, los que alimentaban sus pesadillas y, dicho sea de paso, ahora alimentan las mías: los de un día después de que unos humanos de por allí descubrieran que había una chica humana de pelo dorado y mejillas sonrosadas correteando bajo tierra con unos animales malvados y traicioneros que, como todo el mundo sabe, comen bebés. En fin, gritó y se resistió cuando intentaron llevársela, sobre todo porque, a su alrededor, estaban masacrando a una gente a la que había considerado su familia.

Se produjo una pausa y Vimes miró de reojo con algo de temor al joven Sam, que por suerte había regresado a El placer del cerumen y por tanto era ajeno a todo lo demás.

—No ha tocado su café, comandante. No hace más que sostenerlo en la mano y mirarme.

Vimes dio un trago largo de café muy caliente, que en ese momento le entró de maravilla. Preguntó:

—¿Es eso cierto? Lo siento, no sé qué decir.

Lágrimas del Champiñón lo observaba con detenimiento, preparada por si notaba la inminencia de un arrebato galletero en su invitado. En realidad estaban bastante buenas, y para disimular su confusión le dio las gracias y cogió otra.

—Entonces mejor no decir nada —sugirió la señorita Bidel—. Todos asesinados, sin el menor motivo. Cosas que pasan. Todo el mundo sabe que no valen nada como pueblo, ¿verdad? Créame, comandante, lo cierto es que algunos de los actos más terribles del mundo los cometen personas que creen sinceramente que lo hacen con buenas intenciones, sobre todo si hay algún dios de por medio. Pues bien, hicieron falta muchos actos de esos, y no poco tiempo, para convencer a una niña pequeña de que ya no era uno de los repugnantes trasgos, sino uno de los seres humanos que no eran repugnantes en absoluto, porque estaban seguros de que algún día entendería que aquel desgraciado asunto del cubo de agua fría y las palizas cada vez que hablaba en trasgo o, despistada, empezaba a cantar una canción trasga, era por su bien. Por suerte para ella, aunque es probable que en su momento no se lo pareciera, era fuerte y lista, y aprendió: aprendió a ser buena chica, aprendió a llevar vestidos de verdad, a comer con tenedor y cuchillo y a arrodillarse para rezar y dar gracias por todo lo que estaba recibiendo, incluidas las palizas. Y aprendió tan bien a no ser trasga que le permitieron trabajar en el jardín, donde saltó el muro. Nunca la domaron, y me dijo que siempre llevaría algo de trasga dentro. No conocí a mi padre. Según mi madre, fue un hombre decente y trabajador, y yo sospecho que también atento y comprensivo.

La señorita Bidel se levantó y alisó su vestido, como si intentase quitar las migas de la historia. Allí plantada, en la habitación de los estampados y el arpa, dijo:

—No sé quiénes fueron los que mataron a los trasgos y pegaron a mi madre, pero si alguna vez lo descubriera los mataría a todos sin pensármelo dos veces, porque la buena gente no puede ser tan mala. La bondad depende de lo que haces, no de a quién rezas. Y eso fue lo que pasó —añadió—. Mi padre era joyero y no tardó en descubrir que mi madre tenía un don enorme para el oficio, probablemente gracias a su educación trasga, que le dejó buena mano para las piedras. Estoy segura de que eso compensaba tener una esposa que renegaba en trasgo cuando estaba enfadada, y déjeme aclararle que una buena palabrota trasga puede durar al menos un cuarto de hora. No era muy aficionada a los libros, como se imaginará, pero mi padre lo había sido y un día pensé: Esto de escribir no puede ser tan difícil. Al fin y al cabo, la mayoría de las palabras van a ser «y», «el», «la», «yo», etcétera, y hay una cantidad enorme de entre las que elegir, o sea que buena parte del trabajo ya te la dan hecha. Eso fue hace cincuenta y siete libros. Se diría que ha funcionado.

La señorita Bidel se acomodó en su silla y se inclinó hacia delante.

—Tienen el idioma más complejo que pueda imaginarse, comandante. El significado de cada palabra está supeditado a las palabras que la rodean, el hablante, el receptor, la época del año, el tiempo y, en fin, muchas más cosas. Tienen algo equivalente a lo que nosotros consideramos poesía; usan y controlan el fuego… Y hace unos tres años casi todos los que vivían en esta región fueron prendidos y despachados a otra parte porque eran una molestia. ¿No está aquí por eso?

Vimes respiró hondo.

—En realidad, señorita Bidel, he venido para ver las tierras de la familia de mi mujer y para que mi hijo aprenda cómo es el campo. En el proceso ya he sido detenido como sospechoso de asesinar a un herrero y he visto el cadáver brutalmente asesinado de una mujer trasga. Por si fuera poco, desconozco el paradero de dicho herrero y, señorita Bidel, me gustaría que alguien me ilustrase, a ser posible usted misma.

—Sí, ya vi a la pobre, y lamento no poder decirle dónde está Jetro.

Vimes la miró fijamente y pensó: Probablemente dice la verdad.

—No está escondido en alguna parte de la mina, ¿verdad?

—No, he mirado. He mirado en todas partes. Ni ha dejado ninguna nota ni nada. Y sus padres tampoco tienen ni idea. Es un poco un espíritu libre, pero no la clase de persona que se iría sin decirme nada. —Bajó la vista, a todas luces avergonzada.

El silencio decía mucho. Vimes lo rompió.

—El asesinato de esa pobre chica de la colina no quedará sin castigo mientras yo viva. Me lo tomo como algo personal, podría decirse. No voy a olvidarlo, porque creo que alguien ha intentado hundirme en el barro. —Hizo una pausa—. Dígame: esas vasijas que hacen los trasgos, ¿las llevan encima a todas horas?

—Bueno, sí, por supuesto, pero solo las que estén llenando en ese momento, como es obvio —respondió la señorita Bidel, con un deje de irritación—. ¿Eso es relevante?

—Bueno, podría decirse que los policías piensan en idioma trasgo: todo está supeditado a todo lo demás. Por cierto, ¿cuántas personas más saben que tiene un túnel que lleva a la colina?

—¿Qué le hace creer que tengo un túnel que lleva a la colina?

—Vamos a ver. Esta casa se encuentra prácticamente al pie de la colina, y si yo viviera aquí me habría excavado una buena bodega. Ese es un motivo, y el otro es que he visto el destello de sus ojos cuando le he hecho la pregunta. ¿Le gustaría que volviera a hacérsela?

La mujer abrió la boca para hablar y Vimes levantó un dedo.

—Todavía no he acabado. Otro indicio no tan sencillo de explicar es el hecho de que ayer llegara a la cueva sin que nadie la viera subir por el monte. Me dicen a todas horas que en el campo siempre hay alguien que te vigila y, cuestión de suerte, ayer ese alguien trabajaba para mí. Por favor, no me haga perder el tiempo. No ha cometido ningún delito que yo sepa; ¿entiende que ser buena con los trasgos no es delito? —Pensó en ello y añadió—: Aunque a lo mejor hay gente por aquí que opina que sí. Pero yo no y no soy tonto, señorita Bidel. Vi esa cabeza de trasgo en el pub. Parecía que llevaba años allí. Lo único que quiero es volver a la cueva sin que nadie me vea, si no le importa, porque tengo unas cuantas preguntas que hacer.

—¿Quiere interrogar a los trasgos? —preguntó la señorita Bidel.

—No, esa palabra sugiere que pienso intimidarles. Sencillamente deseo obtener la información que necesito conocer antes de empezar a investigar el asesinato de la chica. Si no quiere ayudarme, me temo que usted verá.

Al día siguiente, el sargento Colon no fue al trabajo. La señora Colon envió a un chico con una nota nada más llegar a casa de su propio empleo.

Fred Colon no tenía nada de romántico cua[[18]](#footnote-18)ndo llegó su esposa, y por tanto, después de barrer, hacer la colada, pasar el paño por todas las superficies y dedicar algo de tiempo a quitar los pegotes enganchados en el felpudo de la puerta, partió sin dilación hacia Pseudópolis Yard… después de visitar a su amiga Mildred, que tenía un juego de jarra y palangana de porcelana bastante bonito que quería vender. Cuando al fin llegó a la Casa de la Guardia, explicó que Fred estaba muy pachucho, que sudaba la gota gorda y farfullaba sobre conejos.

Se envió a la sargento Culopequeño a investigar, y esta volvió con aire solemne mientras subía la escalera que llevaba al despacho de Vimes, ocupado en esos momentos por el capitán Zanahoria. Se notaba que él era el ocupante temporal, no solo porque estaba sentado en la silla, lo cual ya era una pista convincente, sino también porque todo el papeleo estaba firmado y alineado. Era un detalle que siempre impresionaba al inspector A. E. Pésimo, un hombre menudo con el corazón de un león, la fuerza física de un gatito y la cara, el talante y la actitud general que haría que hasta el más encallecido de los contables dijera: «Míralo, no me digas que no parece el típico contable».

Pero eso no preocupaba al corazón de león de A. E. Pésimo. Era el arma secreta de la Guardia. No había un tesorero en la ciudad que quisiera recibir una visita de A. E. Pésimo, a menos, claro, que fuese inocente del todo, aunque eso en general podía descartarse, porque el hijito del señor y la señora Pésimo era capaz de seguir el rastro de un error desde el libro de contabilidad hasta el sótano donde habían escondido las cuentas reales. Y lo único que el inspector A. E. Pésimo deseaba a cambio de su genialidad era un salario calculado con meticulosidad y la oportunidad, de vez en cuando, de salir a la calle con un policía de verdad para lucir porra y mirar a los trolls con cara de pocos amigos.

Zanahoria se apoyó en el respaldo.

—¿Qué tiene Fred, Jovial?

—Poca cosa que yo vea, la verdad, ejem…

—Ese ha sido todo un ejem, Jovial.

El problema era que el capitán Zanahoria tenía una cara tan simpática, honesta y franca que daba ganas de contarle cosas. Por si fuera poco, la sargento Culopequeño nunca había dejado de suspirar por el capitán, aunque estuviese más que pillado; era enano como ella, bueno, técnicamente, y los sueños no pueden controlarse.

—Bueno… —empezó a regañadientes.

Zanahoria se inclinó hacia delante.

—¿Sí, Jovial?

Se rindió.

—Bueno, señor, es el unggue. Usted viene de Cabeza de Cobre… ¿Topó con muchos trasgos por allí?

—No, pero sé que el unggue es su religión, si puede llamarse así.

Jovial Culopequeño sacudió la cabeza para intentar desterrar de su pensamiento cierta elucubración sobre el papel que un taburete de una altura razonable podría desempeñar en una relación, y se dijo que el sargento Martillo-de-Oro, de la Casa de la Guardia de Hermanas Dolly, le lanzaba miraditas cada vez que ella estaba ocupada lanzándole miraditas a él cuando coincidían de patrulla, y que probablemente sería un buen partido si conseguía reunir el coraje suficiente para preguntarle si de verdad era varón.

—El unggue no es una religión, sino una supe[[19]](#footnote-19)rstición. Los trasgos no creen en Tak, señor, son salvajes, saqueadores, pero… —Vaciló[[20]](#footnote-20) de nuevo—. Una vez me contaron una cosa increíble, y es que a veces se comen a sus bebés, señor, o por lo menos la madre se come a su hijo, a su hijo recién nacido, si hay una hambruna. ¿Se lo puede creer?

Zanahoria se quedó boquiabierto por un momento, y entonces una vocecilla dijo:

—Sí, yo creo que puedo, sargento, si perdona que se lo diga. —A. E. Pésimo observó con aire de desafío sus expresiones e intentó enderezar un poco más la espalda—. Es una cuestión de lógica, ¿no lo ven? ¿No hay comida? Pues la madre puede sobrevivir reconsumiendo al niño, por así decirlo, mientras que, si todos los demás alimentos se han agotado, el niño morirá. A decir verdad, el niño está muerto en cuanto se postula el dilema. La madre, en cambio, mediante esa acción podría sobrevivir lo suficiente para que se encuentre más comida y esté disponible, y con el paso del tiempo podría tener otro hijo.

—¡Eso solo podía decirlo un contable! —exclamó Jovial.

A. E. Pésimo no perdió la calma.

—Gracias, sargento Culopequeño. Me lo tomaré como un cumplido porque el razonamiento es impecable. Es lo que se conoce como la pavorosa lógica de la necesidad. Estoy versado en la logística de las situaciones de supervivencia.

La silla chirrió cuando el capitán Zanahoria se inclinó hacia delante.

—Sin ánimo de ofender, inspector Pésimo, pero ¿puedo preguntarle qué clase de cuestiones de supervivencia surgen en la práctica de la contabilidad por partida doble?

A. E. Pésimo suspiró.

—Cuando se acerca el final del año fiscal los peligros pueden acumularse, capitán. Sin embargo, veo lo que quiere decir y me gustaría que entienda que creo haber leído hasta el último libro de memorias, manual, diario y mensaje en una botella (me refiero, por supuesto, a mensaje sacado de una botella) disponible en la actualidad sobre el tema, y puedo asegurarle que le sorprenderían las tremendas decisiones que a veces debe tomar un grupo de personas para que algunos, si no todos, puedan vivir. El caso clásico serían los marineros que naufragan y van a la deriva en un bote descubierto en alta mar, donde el salvamento es extremadamente improbable. En general, el método consiste en comerse las piernas unos a otros, aunque tarde o temprano el suministro de piernas correrá, valga la expresión, la misma suerte que el resto de la comida; y entonces surge la cuestión de quién morirá para que otros puedan vivir. Un álgebra pavorosa, capitán. —Solo entonces se ruborizó A. E. Pésimo—. Lo siento. Sé que soy un hombre pequeño y débil, pero he reunido una gran biblioteca; sueño con sitios peligrosos.

—A lo mejor debería pasearse por las Sombras, inspector —sugirió Zanahoria—. No le haría falta soñar. Sigue, Jovial.

Jovial Culopequeño se encogió de hombros.

—Pero comerte a tu propio hijo… Eso tiene que estar mal, ¿no?

—Bueno, sargento —dijo A. E. Pésimo—, he leído sobre tales asuntos y, si se piensa en los resultados, que son la muerte tanto de la madre como del hijo o la muerte del hijo pero la posible supervivencia de la madre, la conclusión tiene que ser que la decisión es correcta. En su libro Un banquete de gusanos, el coronel F. J. Masivojamón menciona este dato sobre los trasgos, y al parecer, según la visión trasga del mundo, un hijo consumido, que a todas luces salió de la madre, ha sido devuelto al lugar del que vino y cabe esperar que renazca en alguna fecha futura cuando las circunstancias sean más favorables sin que, en consecuencia, se pierda nada. Puede argüirse que esa opinión no se sostiene pero, cuando uno se las ve con la pavorosa álgebra, el mundo se vuelve un lugar muy distinto.

Se hizo el silencio mientras los tres reflexionaban. Zanahoria argumentó:

—Ya sabes lo que pasa en una pelea callejera, Jovial. A veces, si la cosa se pone fea y sabes que es o tú o ellos… entonces es cuando aplicas el álgebra.

—Fred no parece consciente de dónde está —dijo Jovial—. No tenía fiebre y en su dormitorio no hace mucho calor, pero actúa como si se estuviera asando y se niega a soltar ese condenado frasquito. Grita si alguien intenta acercarse siquiera. ¡Me chilló hasta a mí! Y esa es otra: le ha cambiado la voz, suena como si estuviera haciendo gárgaras con piedras. He hablado con Ponder Stibbons, de la universidad, pero no parecen contar con nadie que sepa gran cosa sobre trasgos.

El capitán Zanahoria alzó las cejas.

—¿Estás segura? Sé de buena tinta que tienen un profesor de Polvo, Partículas Misceláneas y Filamentos, ¿y me estás diciendo que no hay un solo experto sobre una especie entera de humanoides parlantes?

—Eso parece, señor. Lo único que hemos podido encontrar ha sido material sobre la condenada molestia que son; ya conoce la clase de libros de los que hablo.

—¿Nadie sabe nada de los trasgos? Que valga la pena saber, quiero decir.

A. E. Pésimo hizo el saludo marcial antes de tomar la palabra.

—Harry Rey sabe algo, capitán. Río abajo hay unos cuantos. No entran mucho en la ciudad, sin embargo. Tal vez recuerde que lord Vetinari tuvo la gentileza de pedir mi traslado temporal a la hacienda para que pudiese repasar los impuestos del señor Rey, dado que a los demás funcionarios del fisco les daba miedo pisar sus terrenos. Yo, por mi parte, no estaba asustado —aseguró A. E. Pésimo con orgullo—, porque estoy protegido por mi placa y la majestad de la ley. Harry Rey puede echar a un recaudador del edificio, pero es lo bastante listo para no intentarlo con uno de los hombres del comandante Vimes, ¡no señor!

Podría iluminarse la ciudad con el resplandor de orgullo que emitía la cara de A. E. Pésimo mientras intentaba sacar un pecho que, más que nada, entraba. Se infló un poco más cuando Zanahoria dijo:

—Muy bien hecho, inspector. Es usted todo un peligro con un ábaco cargado. Creo que haré una visita a nuestro viejo amigo Harry a primera hora de la mañana.

Vimes recapacitó un rato sobre el problema de llevar al joven Sam al escenario de un crimen pero, la verdad, el chico se estaba revelando a la altura de prácticamente cualquier encuentro. Además, todos los chavales quieren ir a ver dónde trabajan sus padres. Miró a su hijo.

—¿Te daría miedo un paseo largo a oscuras, hijo? ¿Conmigo y estas señoritas?

El joven Sam se puso solemne por un instante y luego respondió:

—Creo que dejaré que el señor Silbato haga el asustarse, y así yo no me preocuparé.

La puerta al túnel secreto, si en realidad era secreto, estaba en la bodega de la señorita Bidel, que tenía un botellero bastante bien surtido de vino y un olor general y no del todo desagradable a, bueno, a bodega. Sin embargo, una vez superada la puerta, a lo que olía era a trasgos lejanos.

Fue en verdad un largo paseo a oscuras, sobre todo cuando se vieron obligados a remontar casi a cuatro patas una pendiente bastante pronunciada.

El olor a trasgo cobró intensidad al cabo de un rato, pero durante ese rato uno se iba acostumbrando a él. Aquí y allá algún agujero dejaba pasar algo de luz del mundo exterior, lo que a Vimes le pareció una muestra de sensata ingeniería hasta que cayó en la cuenta de que los conejos también usaban ese túnel, como prueba de lo cual habían dejado abundantes deposiciones. Se preguntó si debía guardar unas cuantas muestras para la colección de su hijo, quien, tras escuchar su sugerencia mientras caminaba esforzado pero aguerrido detrás de él, dijo:

—No, papá, ya tengo conejos. Me falta el elefante, si encontramos una.

Vimes observó que la caca de conejo tenía el tamaño aproximado de una pasa bañada en chocolate, un pensamiento que al instante lo arrastró a su juventud, cuando si por algún medio, nunca del todo legal, se procuraba algo de dinero, se lo gastaba en una entrada para el teatrucho de variedades y con el cambio se compraba una bolsa de pasas con chocolate. Nadie sabía, ni quería averiguar, qué clase de criaturas se arrastraban y rascaban debajo de los asientos, pero pronto se aprendía una regla muy importante: ¡si se te caían las pasas con chocolate, era de una importancia vital no recogerlas!

Vimes se detuvo e hizo que la señorita Bidel chocase con el saco de manzanas que le había pedido que cargase, y se recompuso lo suficiente para indicar:

—Quisiera un momentito para recuperar el aliento, señorita Bidel. Lo siento, ya no soy ningún chaval y todo eso. Enseguida las alcanzo. ¿Para qué son estas bolsas, por cierto?

—Fruta y verdura, comandante.

—¿Qué? ¿Para los trasgos? Yo habría dicho que se encontraban su propia comida.

La señorita Bidel lo rodeó poco a poco y ascendió en la oscuridad, mientras decía, por encima del hombro:

—Sí, eso hacen.

Vimes se sentó en la penumbra con el joven Sam durante un rato, hasta que se encontró mejor, y preguntó:

—¿Cómo lo llevas, hijo?

En la oscuridad, una vocecilla respondió:

—Le he dicho al señor Silbato que no se preocupe, papá, porque es un poco tonto.

Tu padre también, pensó Vimes, y es probable que lo siga siendo. Pero estaba en plena persecución. De una manera u otra, ya estaba metido. Ya se vería a quién perseguía; lo importante era la persecución.

La ira ayudó a Vimes a superar el último tramo de la subida. Ira consigo mismo y con quienquiera que hubiese pinchado sus vacaciones. Pero era preocupante: había deseado que pasara algo y así había sido. Alguien había muerto. A veces había que mirarse a uno mismo y luego apartar la vista.

Se encontró a la señorita Bidel y a Lágrimas del Champiñón esperándolo con una docena o así de otras… mujeres. Era una suposición fundada, dado que aún no había descubierto un modo fiable de distinguir a un trasgo de otro… salvo, claro, que Lágrimas del Champiñón llevaba puesto su delantal con bolsillos, con el que Vimes no la había visto antes en la cueva trasga, y al parecer tampoco las demás señoritas, ya que Lágrimas del Champiñón se había vuelto el último grito en moda por lo que respectaba a sus hermanas vestidas con atrevidos conjuntitos de saco viejo, hierbas trenzadas y piel de conejo. Se reunieron en torno a ella exclamando a coro, cabía suponer, el equivalente en trasgo a «Huy, chica, estás divina».

La señorita Bidel se acercó a Vimes con discreción[[21]](#footnote-21) y dijo:

—Sé lo que está pensando, pero es un principio. Transportar cosas, cosas útiles, sin tener que usar las manos… en fin, es un paso en la dirección correcta.

Tiró de Vimes para apartarlo un poco de la flamante sucursal trasga del Instituto de la Mujer, que a esas alturas ya había atraído la atención del joven Sam, cuya alegre renuencia a dejarse impresionar por nada se había ganado claramente a las chicas y propiciado que acabara en el lugar que siempre creía que le correspondía: el centro de atención. Era una de sus especialidades.

La señorita Bidel prosiguió.

—Si se quiere cambiar a todo un pueblo, hay que empezar por las chicas. Es de cajón: aprenden más deprisa y transmiten lo que aprenden a sus hijos. Supongo que se estará preguntando por qué hemos subido hasta aquí con todos los sacos.

Detrás de ellos, una joven tras otra se probaba el delantal; era la sensación de la temporada. Vimes se volvió de nuevo hacia la escritora.

—Bueno, es solo una suposición, pero veo muchos huesos de conejo tirados, y he oído decir que alimentarse solo de conejo puede ser mortal, aunque no sé por qué.

La señorita Bidel se animó.

—¡Caramba, comandante Vimes, sin duda ha ganado puntos para mí! ¡Sí, el conejo ha sido el azote de la nación trasga! Tengo entendido que merma un nutriente vital del cuerpo si no se come nada más. Sirve casi cualquier cosa verde, pero los trasgos varones creen que una comida de verdad es un conejo ensartado. —Suspiró—. Los enanos saben del tema y defienden a ultranza la necesidad de comer bien, como debe hacer todo el que pase gran parte del tiempo bajo tierra, pero nadie se molestó en contárselo a los trasgos, que de todas formas no habrían hecho caso, y por tanto su sino es la mala salud y una muerte prematura. Algunos sobreviven, por supuesto, sobre todo los que prefieren la rata, los que se comen el conejo entero, no solo las partes de apariencia más comestible, y los que simplemente se comen la verdura.

Empezó a desatar un saco de coles y prosiguió:

—Tenía convencida a la esposa del mandamás de aquí, porque cuando se puso enfermo me aseguré de que tomara unas cuantas comidas sanas. Por supuesto, él jura que fue porque hizo magia, pero su esposa era una mujer de notable sensatez, y a los varones les da igual lo que se traigan entre manos las chicas, de modo que les cuelan frutas y verduras en los estofados diciendo que son mágicas, y así tienen hijos que sobreviven y de este modo cambiamos el mundo, comida a comida. Eso si al final los trasgos tienen alguna oportunidad de sobrevivir. —Miró con tristeza a las chicas que chismorreaban—. Lo que necesitan de verdad es un teólogo de primera, porque, verá, están de acuerdo con el resto del mundo: ¡ellos mismos creen que son basura! Creen que hicieron algo muy malo hace mucho tiempo y que por eso han vivido como han vivido. Creen que tienen lo que se merecen, por así decirlo.

Vimes arrugó la frente. No recordaba haber entrado nunca en una iglesia, un templo o cualquier otro de los numerosos lugares de mayor o menor espiritualidad por otro motivo que no fuese laboral y circunstancial. De un tiempo a esa parte tendía a acudir por motivo de Sybil, es decir, su esposa lo llevaba a rastras para que lo vieran y, a ser posible, lo vieran permanecer despierto.

No, el mundo de los otros mundos, las ultratumbas y los destinos purgatorios sencillamente no le cabían en la cabeza. Lo quisiera o no, uno nacía, hacía todo lo que podía y luego, por mucho que lo quisiera o no, moría. Eran las únicas certezas, y por tanto lo mejor que un policía podía hacer era cumplir con su trabajo. E iba siendo hora de que Sam Vimes volviera a ponerse manos a la obra.

A esas alturas el joven Sam se había cansado de la compañía faldera y había deambulado hasta un trasgo anciano que estaba trabajando en una vasija, y lo observaba fascinado para aparente deleite, por lo que Vimes acertaba a distinguir, del viejo artesano. Es una lección para nosotros… no sé de qué clase, pero es una lección, pensó.

Esperó a que la señorita Bidel volviera con él después de comentar con las chicas la posible revolución en la moda, y le preguntó con educación:

—¿La víctima llevaba encima alguna vasija de unggue?

—Me sorprendería mucho que no —respondió la señorita Bidel—. Una o dos como mínimo, pero es probable que fueran de las más pequeñas, para uso diario.

—Ya veo —dijo Vimes—, pero ¿le encontraron alguna encima, hum, después, cuando la… quiero decir, si la amortajaron? —No sabía cuál era el protocolo, y siguió adelante—. Mire, señorita Bidel, ¿es posible que llevara encima una vasija de unggue que haya desaparecido? Sé que son valiosas, por supuesto; brillan.

—No lo sé, pero iré a preguntárselo a El Hueso Frío Despierta. Es el jefe de los trasgos. Él lo sabrá.

Eso refrescó la memoria a Vimes. Avergonzado, rebuscó en su bolsillo, sacó un paquete pequeño envuelto con mucho, mucho cuidado y se lo entregó a la señorita Bidel con cara de súplica.

—Creo que esto pertenecía a la chica muerta —dijo—. ¿Un anillo de piedra con una cuentecita azul? ¿Puede encargarse de que llegue a manos de alguien que lo aprecie? —Lo único que tenía era un anillo de piedra, pensó, y hasta eso le quitaron.

Había veces en las que el mundo no necesitaba policías, porque lo que necesitaba de verdad era que alguien que supiera lo que se hacía lo apagase todo y volviera a encenderlo para empezar de cero como era debido…

Pero antes de que la desesperación acabara de asentarse, la señorita Bidel regresó emocionada.

—¡Qué apropiado que haya hecho usted esa pregunta, comandante! ¡Sí que faltaba uno! ¡Un unggue gata!

Como buen policía, Vimes podía transmitir una incomprensión absolutamente impasible. Era como un foco de ignorancia, pero no pasaba nada porque la señorita Bidel estaba dispuesta a ser un manantial de información.

—Estoy segura de que sabe lo que sabe todo el mundo, comandante, que es que los trasgos almacenan, podría decirse que religiosamente, ciertas secreciones corporales en vasijas, en la creencia de que estas deben reunirse con su cadáver cuando son enterrados. Esta obligación se llama unggue. Todos los trasgos deben, por una costumbre muy estricta de su pueblo, observar el Unggue Tenido, la trinidad de moco, uñas cortadas y cerumen. El recipiente que falta en este caso es la vasija gata, que contiene uñas cortadas. No se deje engañar por la palabra «gata». Los felinos no pintan nada aquí… es solo que no hay sílabas infinitas en el mundo.

—¿Y esta es la primera noticia que tiene de que ha desaparecido, señorita Bidel?

—Bueno, es la primera vez que he estado aquí arriba desde ayer, y es un momento difícil para hablar con su familia, como podrá imaginarse…

—Ya veo —dijo Vimes, aunque no lo veía, no mucho. Aun así, podía notar cómo crecía un minúsculo punto de luz en la oscuridad de su cabeza. Echó otro vistazo al joven Sam, que estudiaba al creador de vasijas con todo un despliegue de interés forense. Ese es mi chico. Siguió preguntando.

—¿Han buscado la vasija?

—Han mirado en todas partes, comandante, hasta fuera. Y será muy pequeña. Verá, todos los trasgos fabrican un juego de recipientes que guardan en las profundidades de la cueva. No sé dónde están, aunque para casi todo lo demás confían en mí. Es porque los humanos roban las vasijas. Por ese motivo, la mayoría de los trasgos fabrican otros recipientes comparativamente más pequeños para su uso diario y para cuando salen de la cueva, y después los decantan en las vasijas grandes, en secreto. —Intentó sonreír—. Estoy segura de que esto le parece rarísimo, comandante, pero para ellos la elaboración y mantenimiento de los recipientes es una religión en sí misma.

A esas alturas Samuel Vimes no ardía en deseos de que le oyeran expresar sus opiniones sobre las vasijas, de modo que se conformó con preguntar:

—¿Es posible que otro trasgo robara el recipiente? Y ¿qué tamaño considera «bastante pequeño»?

La señorita Bidel le lanzó una mirada de sorpresa.

—Si me cree en algo, comandante, que sea en esto: ningún trasgo soñaría con robar una vasija de otro. El concepto de semejante acción les resultaría ajeno por completo, se lo aseguro. ¿El tamaño? Bueno, en general viene a ser el de la polvera de una mujer, o quizá el de un estuche de rapé. Relucen como si fueran ópalos.

—Sí —dijo Vimes—, lo sé. —Y pensó: Colores brillantes en la oscuridad—. No quiero ser un incordio, pero ¿puedo llevarme prestada otra de las vasijas de la pobre señorita? Quizá necesite enseñarle a la gente lo que busco.

La señorita Bidel pareció sorprenderse una vez más.

—Eso sería imposible del todo, pero creo que si hablo con Lágrimas del Champiñón, a lo mejor, solo a lo mejor, ella le prestaría una de las suyas, en cuyo caso podrá considerarse usted una persona muy especial, comandante. Lo normal es que una vasija cambie de manos solo cuando ocurre una desgracia, pero Lágrimas del Champiñón pasa mucho tiempo conmigo y ha aprendido, por así decirlo, las ventajas del pensamiento flexible, y además, si no le importa que se lo diga, se ha encaprichado un poco de usted.

Se alejó y dejó solos al sorprendido Vimes y al joven Sam. Aquí y allá había trasgos ocupados en sus quehaceres, atendiendo sus pequeñas hogueras, durmiendo o en muchos casos trasteando con sus vasijas. Y unos pocos estaban sentados sin hacer nada, con la mirada perdida, como un policía que se pregunta cómo se escribe «aprehendido».

Y una nueva imagen salió a rastras de la memoria de Vimes. Era la de un montón de hombrecillos azules gritando «¡Pardiez!». ¡Ah, sí, los Nac Mac Feegle! Ellos también vivían en agujeros en el suelo. Cierto, se decía que los de los feegles eran bastante más salubres que ese aletrinado sistema de cuevas, pero se mirase como se mirara, estaban en la misma situación que los trasgos. También vivían al límite, pero ellos… ellos bailaban en el límite, saltaban con saña sobre él, le hacían muecas y cortes de mangas, se negaban a ver lo peligroso de su situación y, en general, parecían tener un apetito enorme para la vida, la aventura y el alcohol. Como policía no debería decirlo, porque podían ser un puto incordio, pero había algo digno de alabanza en la alegría batalladora con la que afrontaban, bueno, todo…

Alguien le tiró de la manga. Bajó la mirada y encontró la cara de Lágrimas del Champiñón, con la señorita Bidel plantada a su lado igual que una carabina. Las otras chicas trasgas esperaban detrás de la pareja como un coro efebiano.

La voz solemne de la carita dijo:

—Corazones deben dar, señor Poo-lii.

Con un sentido de la oportunidad atroz, la señorita Bidel saltó como una maestra hiperactiva y Vimes se llevó una alegría privada al captar una fugaz expresión molesta en la cara de Lágrimas del Champiñón.

—Quiere decir que, si va a confiarle una vasija, usted debe confiarle algo de valor semejante. Supongo que usted lo llamaría intercambio de rehenes.

No, no lo llamaría así, pensó Vimes mientras miraba los ojos oscuros de la trasga. Era raro: cuando se olvidaban las facciones, que en el mejor de los casos podían considerarse del montón, según la clase de montón que uno tuviera en mente, los ojos eran todo lo humanos que podía imaginarse. Poseían una profundidad que ni siquiera el animal más listo podía lograr. Echó mano de su cartera y la señorita Bidel dijo con brusquedad:

—¡El dinero no servirá!

Sin hacerle caso, Vimes acabó de sacar el retrato de su hijo que llevaba a todas partes y se lo entregó con cuidado a Lágrimas del Champiñón, que lo aceptó como si sostuviera un objeto precioso y delicado, cosa que, desde el punto de vista de Vimes, sin duda era. Lo miró, luego desplazó la mirada al niño real, que le dedicó una jovial sonrisa, y los ojos de la chica confirmaron que la mueca de su cara era, en efecto, una sonrisa y una respuesta. Para el joven Sam, la cueva trasga era un interesante país de las maravillas. Había que admirar su capacidad para no dejarse espantar por nada a la primera.

Lágrimas del Champiñón contempló de nuevo la imagen, después al joven Sam y por último la cara de Vimes. Guardó el retrato con delicadeza en su delantal y sacó una vasija pequeña e iridiscente. Se la tendió a Vimes con mano un poco temblorosa, y él se descubrió aceptándola cuidadosamente con las dos manos. Entonces Lágrimas del Champiñón dijo, con su voz extraña, como un archivador humano:

—Corazones han dado.

Al oírlo Vimes casi se arrodilló. Pensó: ¡La cabeza que sonríe en la pared del pub bien podría haber sido la suya! ¡Alguien va a arder!

En la parte trasera de su mente, una voz alegre dijo: «¡Así me gusta, comandante Vimes, música para mis oídos!».

No le hizo caso y tocó el pequeño recipiente; era tan suave como la piel. Fuera cual fuese el contenido para el que lo habían fabricado, y no pensaba preguntar, quedaba camuflado por una trama de flores y champiñones labrados.

En las frescas profundidades de su bodega, Jiminy el tabernero estaba haciendo preparativos para el aluvión del atardecer cuando oyó un sonido en la oscuridad de entre los barriles. Lo achacó a otra rata más hasta que una mano le tapó la boca.

—Perdone, señor, tengo motivos para creer que puede ayudarme con mis pesquisas. —El hombre se revolvió, pero Vimes conocía todos los trucos en lo relativo a prender a un sospechoso. Siguió en un susurro—: Usted sabe quién soy, señor, y yo sé quién es. Los dos somos policías y nos conocemos el paño. Dijo usted que el tabernero lo ve todo, lo oye todo y no dice nada, y yo soy un hombre justo, señor Jiminy, pero investigo un asesinato. Un asesinato, señor, el crimen capital, y a lo mejor algo mucho, mucho peor. De modo que perdone si adopto la perspectiva de que quien no está detrás de mí está en mi camino, con todo lo que conlleva.

Jiminy se estaba quedando sin aire y se retorcía débilmente.

—Ah, demasiado empinar el codo y muy poco patear las calles, diría yo —comentó Vimes—. Veamos, nunca le pediría a alguien que rompiese el solemne juramento del tabernero, de modo que, cuando retire la mano, nos sentaremos en paz y jugaremos un poco a las charadas. Voy a soltarlo… ahora.

El camarero renegó con la voz entrecortada y luego añadió:

—No tenía por qué hacer eso, comandante. ¡Tengo mal el pecho, hombre!

—No tan mal como podría estar, señor Jiminy. Y ahora, unas observaciones sobre lo que significa pasarse de listo.

El tabernero le miró con cara de pocos amigos mientras Vimes proseguía.

—Yo soy un poli, estrictamente. No mato a nadie a menos que intente matarme. Quizá recuerde a mi asistente, el señor Willikins. Lo vio el otro día. Por desgracia, él es más directo, y también leal en extremo. Hace unos años, para salvar a mi familia, mató con un vulgar cuchillo para el hielo a un enano armado. Además, tiene otros talentos: entre ellos, debo decir, se cuenta el de planchar una camisa como nadie. Y ya le digo, muy, pero que muy leal. Venga, Jiminy, los dos somos polis. Usted sigue siendo un poli diga lo que diga; esa mancha no sale nunca. Sabe lo que puedo hacer y yo sé lo que puede hacer usted, y es lo bastante listo para elegir el bando correcto.

—Vale, no hace falta que se cebe —gruñó Jiminy—. Los dos sabemos cómo va esto. —De repente adoptó un tono solícito y lastimero casi histriónico—. ¿En qué puedo ayudarle, agente, como buen ciudadano que soy?

Vimes sacó el frasquito con cuidado de su chaqueta. En verdad tenía el tamaño aproximado de una cajita de rapé. A Vimes no se le escapaba la incongruencia: en un bolsillo llevaba la gloriosa gema, con toda probabilidad un depósito de moco trasgo, y en el otro guardaba su estuche de rapé. ¿No sería gracioso confundirlos?

Jiminy desde luego reaccionó al verlo, aunque probablemente él creyera que no. Existe una sutil diferencia entre ocultar una reacción y revelar que se oculta una reacción.

—Vale, vale, señor Vimes, tiene razón. No hace falta que nos andemos con jueguecitos, siendo polis veteranos los dos. Me rindo. Sé lo que es eso. He visto uno parecido hace poco, a decir verdad.

—¿Y?

—Puedo darle un nombre, señor Vimes. ¿Que por qué? Porque es un chalado, un indeseable y no es de por aquí. Un tal Stratford, o así le llaman. Un navajero, la clase de tipo que nadie quiere ver entrar por la puerta de su pub, hágame caso. No viene muy a menudo, por suerte. Anteayer lo vi por primera vez desde hacía meses. No sé dónde tiene el catre, pero el cabrón desgraciado con el que iba se llama Ted Aleteo, trabaja para el joven lord Óxido, allá en Cuelgaclavo. Su señoría es un magnate del tabaco, dicen por ahí. —Y Jiminy se detuvo.

Vimes interpretó el mensaje exactamente como Jiminy quería, estaba seguro. Lord Óxido se traía algo entre manos y, al insinuarlo, Jiminy pretendía tener contento a Vimes para quitárselo de encima. Habría quien lo considerase despreciable, pero el hombre era expolicía, a fin de cuentas.

Jiminy soltó una tosecilla mientras se afanaba por encontrar otra víctima para echársela a Vimes de carnaza.

—Pero Aleteo, en fin, ya sabe, solo es un pringado. Si alguien necesita ayuda para una cosa u otra, es la clase de tipo que vigilará para dar el agua o cargará con el trabajo de recoger los huesos. Cuando no anda metido en algo turbio creo que empapela casas y tiene una granja de pavos en el camino que lleva a Saliente. No tiene pérdida, es un tugurio apestoso y no se ocupa de sus pajarracos. Para mí que le falta un hervor.

Vimes aprovechó la pausa.

—¿Tabaco, eh? Es verdad, señor Jiminy, ya me parecía que aquí abajo olía más a tabaco de lo que cabría esperar y, por supuesto, como policía, es algo que tendré que investigar, tal vez cuando haya tiempo. —Guiñó un ojo, y Jiminy asintió con cara de entendido.

Al ver que en apariencia los ánimos empezaban a relajarse, el tabernero dijo:

—Algunas noches suben aquí unos cuantos barriles y luego los recogen cuando les parece. Vale, sé que es la renta pública y tal, pero no sé qué mal hace. Y dado que nos entendemos tan bien, señor Vimes, yo solo llevo tres años aquí. Sé que hace mucho pasó algo, puede que se cargaran a un puñado de trasgos, no lo sé, no es asunto mío. No sé ni el porqué ni el quién, ya me entiende. —Jiminy estaba sudando la gota gorda, observó Vimes.

Hay ocasiones en que reaccionar como exige la simple decencia no aporta nada a un propósito mayor, y por eso Vimes se limitó a dedicar al tabernero una sonrisilla y comentar:

—Un día, señor Jiminy, traeré aquí a una dama. Creo que le interesará mucho ver su establecimiento.

Jiminy estaba perplejo, pero tuvo reflejos suficientes para replicar:

—Será un placer atenderles, comandante.

—Lo que intento decir —explicó Vimes— es que, si este pub sigue teniendo la cabeza de un trasgo colgando sobre la barra la próxima vez que venga, habrá un incendio misterioso, ¿comprende? No dudo que quiera seguir llevándose bien con lord Óxido y sus amigotes, porque siempre vale la pena llevarse bien con los poderosos. Lo sé de sobras. Descubrirá que soy un buen amigo, señor Jiminy, y me gustaría sugerirle que no le convendría tener al comandante Vimes de enemigo. Es solo un pequeño consejo, ya sabe, de poli a poli.

Con alegría forzada en una voz que chorreaba azúcar y mantequilla, Jiminy señaló:

—Nadie ha dicho nunca que el agente Jiminy no sepa por dónde sopla el viento, y como ha tenido el detalle de visitar mi humilde establecimiento, creo que puedo dar por hecho que el viento ha empezado a soplar de componente Vimes.

El aludido levantó la trampilla de la bodega para partir y dijo:

—Oh, yo también, señor Jiminy, yo también, y si alguna vez la veleta decide soplar hacia el otro lado, le arrancaré la puta cabeza a bocados.

Jiminy sonrió con poca convicción.

—¿Tiene jurisdicción aquí, comandante?

Y fue arrastrado a un par de centímetros de la cara de Vimes, con los ojos casi tocándose.

—Póngame a prueba.

Bastante animado tras ese interludio, Vimes trotó hasta el sendero que llevaba a la colina y encontró a la señorita Bidel y a Lágrimas del Champiñón junto a la puerta de la casita. Daba la impresión de que habían estado cogiendo manzanas, pues se veían varias cestas de fruta apiladas. Le pareció que Lágrimas del Champiñón sonreía al verlo, aunque ¿cómo saberlo, en realidad? Costaba interpretar las caras trasgas.

La vasija fue intercambiada de nuevo por el retrato, y Vimes no pudo evitar fijarse, porque siempre se preocupaba de fijarse, en que tanto él como la chica intentaron examinar con disimulo sus valiosos objetos sin ofender al otro. Estaba seguro de haber oído que la señorita Bidel reprimía un suspiro de alivio.

—¿Ha descubierto al asesino? —preguntó, inclinada hacia delante con inquietud. Se volvió hacia la chica—. Entra, cariño, mientras hablo con el comandante Vimes, por favor.

—Sí, señorita Bidel, entraré como solicita.

Ahí estaba de nuevo: una lengua de cajitas que se abrían y cerraban según hiciera falta. La chica desapareció en la casa y Vimes dijo:

—Tengo la información de que dos hombres estuvieron en el pub la noche del asesinato, y uno de ellos sin duda llevaba una vasija. Se me ha dado a entender que ninguno de los dos era precisamente un dechado de virtudes.

La señorita Bidel dio una palmada.

—Bueno, eso está bien, ¿no? ¡Los tiene bien trincados!

Samuel Vimes siempre sentía vergüenza ajena cuando los civiles intentaban hablarle en lo que ellos consideraban jerga policial. Ya puestos, odiaba pensar en ellos como en civiles. ¿Qué era un policía, sino un civil con uniforme y placa? Pero desde hacía un tiempo tendían a usar el término para describir a las personas que no eran policías. Era un hábito peligroso: una vez que los policías dejaban de ser civiles, la única otra cosa que podían ser era soldados. Suspiró.

—Por lo que sé, señorita, no es ilegal tener una vasija trasga. Como tampoco es ilegal, estrictamente hablando, no ser descrito como un dechado de virtudes. ¿Los trasgos firman las vasijas de alguna manera?

—Oh, sí, comandante, siempre son inconfundibles. ¿Tienen un modus operandi esos malhechores?

Vimes no sabía dónde meterse.

—No, y no creo que distinguieran uno si lo vieran. —Intentó decirlo con firmeza porque la señorita Bidel daba la impresión de estar a punto de sacarse de la manga una lupa y un sabueso.

Entonces, cayendo sobre su mundo como un arco iris de sonido, llegó una música que surgía de la ventana abierta de la casita. Escuchó boquiabierto, olvidada por completo la conversación.

Su excelencia el duque de Ankh, el comandante sir Samuel Vimes, no era un hombre inclinado a frecuentar conciertos de música clásica, ni en realidad de ninguna música que no pudiera silbarse de vuelta a casa. Pero al parecer ser noble conllevaba la obligación de acudir a la ópera, el ballet y toda representación musical a la que Sybil pudiera arrastrarlo. Por suerte, por lo general tenían un palco y Sybil, con mucha sensatez, tras arrastrarlo a la actuación, no lo arrastraba a la consciencia una vez allí. Pero algunas partes siempre se le colaban en la mente y le bastaban para saber que lo que estaba escuchando era material del bueno, del que no podía tararearse y en el que nadie gritaba «¡Todos juntos!» a la mitad. Era la pura esencia de la música, un sonido que casi hacía entrar ganas de ponerse de rodillas y prometer que se sería mejor persona. Vimes se volvió sin hablar hacia la señorita Bidel, quien dijo:

—Es muy buena, ¿verdad?

—Eso es un arpa, ¿no? ¿Una trasga tocando el arpa?

La señorita Bidel parecía algo avergonzada por la admiración.

—Desde luego, ¿por qué no? Es curioso, pero esas manos tan grandes van muy bien para el instrumento. No creo que entienda todavía el concepto de leer música, y tengo que ayudarle a afinarla, pero la verdad es que toca muy bien. El cielo sabrá de dónde saca la música…

—¿El cielo? —inquirió Vimes, que se apresuró a añadir—: ¿Durante cuánto tocará? ¿Tengo tiempo de traer a Sybil? —Sin esperar respuesta salió disparado sendero abajo, se encaramó a una cancela, cayó al otro lado provocando la dispersión completa de un rebaño de ovejas, insultó a una valla de madera, saltó el canal, no hizo ningún caso del fanal y esquivó del todo el panal. Corrió por el camino de entrada, subió a trompicones la escalera y, por pura suerte, atravesó la puerta en el preciso instante en que un sirviente la abría.

Sybil estaba tomando el té con un grupo de damas, como parecía obligatorio por las tardes, pero Vimes se apoyó en la pared y dijo entre jadeos:

—¡Tienes que venir a oír una música! ¡Trae al joven Sam! ¡Trae a estas damas si quieren acompañarte pero, hagas lo que hagas, ven ahora mismo! ¡Nunca he oído nada tan bueno!

Sybil miró a su alrededor.

—Bueno, ya estábamos despidiéndonos, Sam. ¿Sabes que pareces muy acalorado? ¿Pasa algo? —Miró implorante a sus amigas, que ya se estaban levantando de sus asientos, y se disculpó—: Les ruego que me perdonen, señoras. Qué difícil es ser la mujer de un hombre importante. —La palabra «hombre» contenía un pequeño aguijón—. Estoy segura, Sam, de que sea lo que sea podrá esperar a que me despida de mis invitadas, ¿no?

Y así Sam Vimes estrechó manos, sonrió, estrechó manos, sonrió y se angustió hasta que la última cotorra dejó de piar y la última dama se fue.

Una vez despedido el último carruaje, lady Sybil volvió al interior, se dejó caer en una silla delante de Sam y escuchó su atropellado relato.

—¿Y es la joven trasga a la que la señorita Bidel ha estado enseñando a hablar?

Vimes estaba casi frenético.

—¡Sí! ¡Y toca una música maravillosa! ¡Maravillosa!

—Sam Vimes, cuando te llevo a un concierto te quedas dormido a los diez minutos. ¿Sabes qué? Me has convencido. Vamos, venga.

—¿Adónde? —preguntó Vimes, presa de la confusión marital.

Sybil fingió sorpresa.

—¿Cómo que adónde? A oír a la joven tocar el arpa, por supuesto. Creía que era lo que querías. Iré a por mi chaqueta mientras tú recoges al niño, si no te importa. Está en el laboratorio.

A Vimes empezaba a acumulársele el desconcierto.

—El…

—¡El laboratorio, Sam! Sabes que mis antepasados fueron famosos por trastear con todo, ¿verdad? Willikins está con él, y creo que andan diseccionando un, digamos, excremento. Asegúrate de que los dos se lavan las manos a conciencia —añadió mientras salía de la habitación—. ¡Y diles que he sido enfática, y explícale al joven Sam lo que significa «enfática»!

El carruaje esperaba vacío en el camino. No se habían atrevido a llamar a la puerta, no mientras aquella música celestial siguiera saliendo por la ventana de la casita. Sybil lloraba, pero a menudo alzaba la vista y susurraba cosas como:

—¡Eso no puede hacerse con un arpa!

Hasta el joven Sam escuchaba embelesado y con la boquita abierta mientras la música los empapaba y, por un momento en el mundo, ensanchaba todos los corazones y perdonaba todos los pecados… sin tener que emplearse a fondo en el caso del joven Sam, logró reflexionar una parte de Vimes, pero sí dejándose la piel en el de su padre. Y cuando la música cesó, el joven Sam dijo: «¡Más!», expresando un sentimiento compartido con sus padres. Se quedaron allí los tres, sin mirarse, hasta que se abrió la puerta de la casa y apareció la señorita Bidel.

—Les había visto aquí fuera, por supuesto. Entren, por favor, pero sin hacer ruido. He hecho limonada. —Los dirigió por el pasillo y entró en el salón.

La señorita Bidel debía de haber puesto sobre aviso a Lágrimas del Champiñón, porque la encontraron sentada en una silla junto al arpa, con sus desproporcionadas manos cruzadas con recato sobre el delantal. Sin mediar palabra, el joven Sam caminó hasta ella y le abrazó la pierna. La chica trasga parecía al borde del pánico y Vimes le dijo:

—No te preocupes, solo quiere demostrarte que te quiere. —Y pensó: Acabo de decirle a una trasga que no tenga miedo de mi hijo porque la quiere y el mundo se ha puesto patas arriba y todos los pecados se perdonan, salvo posiblemente los míos.

Mientras el carruaje traqueteaba con suavidad de vuelta hacia la Mansión Ramkin, lady Sybil le comentó a Vimes con voz queda:

—Tengo entendido que la joven señorita trasga que fue… asesinada sabía tocar el arpa igual de bien que la señorita Champiñón.

Vimes despertó de sus pensamientos interiores.

—No lo sabía.

—Pues sí —dijo Sybil, con tono curiosamente desenfadado—. Al parecer la señorita Bidel quiere que las jóvenes trasgas tengan algo de lo que enorgullecerse. —Carraspeó y, después de una pausa, añadió—: ¿Tienes algún sospechoso, Sam?

—Oh, sí, dos. Cuento con la declaración de un testigo fiable que los ubica en la zona, y empiezo a plantearme una cadena de acontecimientos que también podría conducirme al paradero del señor Jefferson, el herrero. Esto es el campo, al fin y al cabo. Todo el mundo ve adónde vas y nunca se sabe quién hay detrás de un seto. Creo que quizá le oyeron invitarme a la floresta del Muerto en lo que el Times llamaría «la fatídica noche».

Sybil miró a su hijo, que dormitaba entre ellos, y preguntó:

—¿Sabes dónde viven?

—Sí, por lo menos uno de ellos. Creo que el otro solo vaga por la zona, como dicen por ahí. —Y entonces el crujido de la gravilla bajo las ruedas les informó de que habían entrado en la larga avenida de la mansión.

Sybil carraspeó de nuevo y admitió en voz baja:

—Me temo que puedes haber tenido la impresión de que estaba siendo algo severa contigo, Sam, en el tema de permitir que tus inquietudes profesionales interfirieran con nuestras vacaciones. Es posible que alguna vez haya sido algo… directa.

—Para nada, Sybil, entiendo perfectamente tu preocupación.

Lady Sybil parecía necesitar con urgencia unas pastillas para la garganta, pero siguió hablando con tiento.

—Sam, te estaría muy agradecida si pudieras encontrar un momento para, quizá, llevarte a Willikins adondequiera que esos canallas estén envenenando el mundo con su existencia y los llevaras ante la justicia, si no es mucha molestia.

Vimes la notaba temblar de furia.

—Me estaba planteando hacerlo en cuanto fuera posible, querida, pero debo decirte que las cosas tal vez no sucedan del todo según el reglamento. A fin de cuentas, aquí estoy fuera de mi jurisdicción.

Pero su esposa dijo:

—Eres muy puntilloso con las reglas, Sam, y lo admiro, pero la jurisdicción de un buen hombre alcanza hasta el fin del mundo… Eso sí, ¿a quién se los llevarás? Havelock los ahorcaría, ya lo sabes. Pero está muy lejos. En cualquier caso, Sam, estoy segura de una cosa, y es la siguiente: lo peor que puedes hacer es no hacer nada. Ponte en marcha, Sam.

—En realidad, Sybil, me estaba planteando entregarlos a las autoridades judiciales locales.

—¿Qué? ¡Son un hatajo de caraduras que al parecer usan lo que aquí llaman la ley para su propio beneficio! ¡Se armará un escándalo enorme!

Vimes sonrió.

—Anda, querida, ¿de verdad lo crees?

No tenía sentido acostarse, pensó Vimes más tarde cuando oscureció, y por tanto dio un beso de buenas noches a su esposa y fue a la sala de billar, donde Willikins pasaba el rato practicando una de las habilidades más socialmente aceptables que había aprendido durante su descarriada juventud. El mayordomo enderezó la espalda cuando entró Vimes y dijo:

—Buenas noches, comandante. ¿Le apetece una bebida reconstituyente para aguantar el tirón?

Vimes también se permitió un extraordinario puro porque, en fin, ¿qué gracia tiene una sala de billar sin volutas de humo flotando entre las luces y tiñendo el aire de un azul desolado, el color de las esperanzas muertas y las ocasiones perdidas?

Willikins, que conocía el protocolo, esperó a que Vimes hiciera una jugada antes de toser con educación.

—Ah, bien hecho, señor, y entiendo que la señora está algo irritada por el asunto de los trasgos, señor. Creo que es así, señor, porque antes he coincidido con ella en el pasillo y ha empleado un lenguaje que no oía de labios de una mujer desde que mi querida madre falleció, que los dioses bendigan su alma, si es que pueden encontrarla. Pero de nuevo, bien hecho, señor.

Vimes dejó a un lado su taco.

—Quiero pillarlos a todos, Willikins. No vale para nada encerrar a un matón local de tres al cuarto.

—Muy cierto, comandante, la clave es colar la negra.

Vimes apartó la mirada de su incendiaria bebida.

—Veo que en tus años mozos debiste de jugar lo tuyo, Willikins. ¿Viste alguna vez a Pélvico Williams? Un hombre muy religioso a su manera, vivía por el parque Gallina y Pollitos con su hermana, jugaba como no he visto jugar a nadie antes o después. Te juro que podía hacer que una bola saltara de la mesa, rodara por el borde y volviera a caer al tapizado justo donde él quería, para luego colarse limpiamente en la tronera. —Vimes dio un gruñido de satisfacción y prosiguió—: Por supuesto, todo el mundo le acusaba de hacer trampas, pero él se quedaba ahí plantado, dócil como un corderito, y solo repetía: «La bola ha entrado». Si te digo la verdad, el único motivo por el que nunca le pegaron una paliza fue porque verlo era toda una experiencia. Una vez metió una haciendo carambola con la lámpara y una jarra de cerveza. Pero, como decía él, la bola entró. —Vimes se relajó y dijo—: El problema es, claro, que en la vida real las reglas son más estrictas.

—Muy cierto, comandante —asintió Willikins—. Cuando yo jugaba, la única regla era que, después de arrear a tu oponente en la cabeza con el taco, tenías que poder correr muy deprisa. Entiendo por la señora que tal vez precise mi asistencia esta noche.

—Sí, por favor. Iremos a la aldea de Cuelgaclavo. Está a unos treinta kilómetros río arriba.

Willikins asintió.

—En efecto, señor, antaño hogar de la familia Cuelgaclavo y su exponente más destacado, el magistrado lord Cuelgaclavo, célebre por su afirmación de que jamás tenía en cuenta una declaración de no culpabilidad con el argumento de que «los delincuentes siempre mienten» y que era, por pura coincidencia, el Honorable Maestre de la Benevolente Compañía de Fabricantes y Trenzadores de Sogas. Con un poco de suerte no volveremos a ver otro de su calaña.

—Excelente, Willikins, y haremos una parada para recoger a nuestro joven y voluntarioso guardia local, que atestiguará que no hay juego sucio. Pienso asegurarme de ello.

—Me alegro de oírlo, señor —dijo Willikins—, pero tenga presente una cosa: ¿qué importancia tiene una vez que la bola ha entrado?

Fue la señora Desenlace quien abrió la puerta de la casa, profirió un gritito, cerró de un portazo, abrió para disculparse por el portazo y después cerró de nuevo con cuidado y dejó a Vimes fuera. Treinta segundos más tarde Feeney abrió con el camisón medio metido en los pantalones.

—¡Comandante Vimes! ¿Algo va mal? —preguntó mientras hacía un valeroso esfuerzo para embutir del todo el camisón.

Vimes se frotó las manos con brío.

—Sí, alguacil en jefe Desenlace, casi todo va mal, pero una parte puede arreglarse con su ayuda. Respecto del asesinato de la chica trasga, dispongo de información suficiente para justificar la detención de dos hombres para su interrogatorio. Este es su feudo, de modo que en términos profesionales me parece que lo justo y correcto es que me ayude con los arrestos.

Vimes entró un paso en la sala para que la cara de Willikins quedara a la vista, y prosiguió:

—Y creo que conoce a Willikins, mi asistente, que se ha ofrecido voluntario para conducir mi carruaje y, por supuesto, proporcionarme una camisa blanca limpia en caso de que la necesite.

—Ajarrr —gruñó Willikins, que se volvió para guiñar un ojo a Vimes.

—Alguacil en jefe Desenlace, le agradecería que se armase con lo que crea que vaya a poder necesitar y que, dado que no tiene un par de esposas que valgan un carajo, huy, lo siento, por lo menos pueda abastecernos con un poco de cuerda.

La cara de Feeney Desenlace era toda una paleta de emociones encontradas. Trabajaré con el famoso comandante Vimes: ¡hurra! Pero esto es gordo y serio: ay, ay. Pero será como ser un policía de verdad: ¡hurra! Pero ya tengo una bolsa de agua caliente en mi cama: ay, ay. Por otro lado, si todo sale mal, bueno, al fin y al cabo el duque de Ankh es propietario de casi todo esto, de modo que cargará con casi todas las culpas: ¡hurra! Y a lo mejor si me destaco consigo un trabajo en la ciudad para que mi madre pueda vivir en un sitio donde no haya que pasarse la noche en vela escuchando cómo los ratones luchan con las cucarachas: ¡hurra!

Para Vimes fue una delicia observar la cara del mucha[[22]](#footnote-22)cho a la luz de las velas, sobre todo porque Feeney movía los labios al pensar. Y así, le dijo:

—Estoy seguro, alguacil en jefe Desenlace, de que su ayuda en este asunto resultará muy útil para su carrera futura.

Ese último comentario hizo que la señora Desenlace, asomando por encima del hombro de su hijo, se ruborizase de orgullo y ordenara:

—¡Escucha a su excelencia, Feeney! ¡Podrías llegar a algo, como te digo siempre! No discutas y ponte en marcha, hijo.

El maternal consejo llegó entrecortado por los constantes cabeceos hacia arriba y abajo de la señora Desenlace, tan rápidos como si hubiera estado amarrada a una máquina de coser. Benditas sean las madres, pensó Vimes cuando Feeney se metió por fin en el carruaje con un termo de té caliente, un par de calzoncillos limpios de repuesto y media tarta de manzana.

Cuando las ruedas empezaron a girar y Feeney acabó de despedirse de su madre por la ventanilla, Vimes, haciendo equilibrios para contrarrestar el bamboleo, encendió la lamparita de alcohol, que era la única fuente de luz del carruaje. Volvió a recostarse en su asiento y dijo:

—Te estaría agradecido, chico, si te tomaras un tiempo para anotar en tu cuaderno todo lo que te he dicho desde que he llegado esta noche. Podría resultarnos de utilidad a los dos. —Feeney prácticamente le hizo el saludo marcial, y Vimes prosiguió—: Cuando vimos a la trasga muerta el otro día, señor Feeney, ¿tomó nota de ello en su libreta?

—¡Sí, señor! —Feeney estuvo a punto de saludar una vez más—. ¡Mi abuelo me dijo que lo apuntara todo en la libreta!

Rebotaron en sus asientos cuando el carruaje pisó una piedra, y Vimes preguntó con voz queda:

—¿Te dijo en alguna ocasión que de vez en cuando pasaras por error dos páginas a la vez para dejar alguna en blanco?

—Qué va, señor. ¿Debería?

El asiento los propulsó de nuevo hacia arriba mientras Vimes contestaba:

—Hablando con propiedad, chaval, la respuesta es no, sobre todo si nunca trabajas conmigo. Y ahora escríbelo todo, por favor, como te he pedido. Y como no soy tan joven como tú, voy a intentar descansar un poco.

—Síseñor, lo entiendo, señor. Solo una cosa, señor. El señor Pedrero, secretario de los magistrados, ha pasado a verme esta tarde, hemos charlado y me ha dicho que no me preocupe por la chica trasga porque los trasgos oficialmente son alimañas. Ha sido muy amable, llevaba un poco de coñac para mi madre y ha dicho que usted es un caballero como debe ser pero que le cuesta bajarse del burro, señor, con eso de ser de clase alta y estar desconectado de la realidad, señor. ¿Señor? ¿Señor? ¿Se ha quedado dormido, señor?

Vimes volvió la cabeza y con tono dulzón dijo:

—¿Has tomado nota de eso en tu libreta, chico?

—¡Oh, síseñor!

—¿Y aun así te has metido en este carruaje conmigo? ¿Por qué has hecho eso, Feeney?

Las piedras repicaron por detrás de ellos y pareció transcurrir un rato antes de que Feeney Desenlace ordenara sus pensamientos a su entera satisfacción.

—Bueno, comandante Vimes, he pensado: a ver, el señor Pedrero es un noble, más o menos, y también lo es el comandante Vimes, solo que él es un duque y por tanto es un noble muy grande y, puestos a quedar pillado entre nobles, más te vale ponerte del lado del más grande. —Oyó que Vimes gruñía y continuó—: Y luego, señor, he pensado: a ver, estuve allí arriba, vi a esa pobre criatura y lo que le habían hecho, y he recordado que Pedrero me había tomado por tonto haciéndome arrestarle a usted, señor, y he pensado en los trasgos y he pensado: a ver, son sucios y apestosos y el trasgo viejo estaba llorando, y los animales no lloran y los trasgos, bueno, hacen cosas, cosas bonitas, y en cuanto a lo de robar la comida de nuestros cerdos y ser guarros en general, pues algunos humanos tampoco son mancos, podría contarle cada historia… y por eso he pensado un poco más y he pensado que, bueno, ese señor Pedrero, he pensado que debía de equivocarse.

Hubo un estruendo cuando el carruaje pasó por encima de un puente y luego volvió el sonido de las ruedas sobre pedernal apisonado. Feeney parecía inseguro.

—¿Es así, señor?

Esperó con nerviosismo. Y entonces la voz de Vimes, que sonaba bastante lejana, preguntó:

—¿Sabe cómo se llama ese discursillo que acaba de hacer, señor Feeney?

—No lo sé, señor, solo es lo que pienso.

—Se llama redención, señor Feeney. Agárrese a ella.

Vimes despertó de una cabezadita en la que había soñado que el joven Sam tocaba el arpa y, para cuando hubo entendido que era un sueño, el ruido de las ruedas del carruaje había cambiado mientras frenaban y se detenían.

Willikins abrió el ventanuco que permitía la comunicación entre pasajero y cochero y dijo sin levantar la voz:

—Buenos días, señor, estamos a medio kilómetro más o menos de Cuelgaclavo, localidad de treinta y siete habitantes, todavía estúpidos. Además, huele a pavo desde aquí y ojalá no se oliera, joder, y disculpe mi klatchiano. He supuesto que sería buena idea hacer a pie el resto del trayecto, sin montar escándalo.

Vimes bajó del carruaje y se quitó los calambres a base de pisotones. En el aire flotaba la peste curiosamente penetrante de las aves; ni siquiera los trasgos acosaban con la mitad de saña a las fosas nasales. Pero el olor apenas pudo distraerle un ápice de la emoción, sí, la emoción. ¿Cuánto hacía que no dirigía una redada al amanecer? Demasiado, esa era la respuesta, y ahora los capitanes y los sargentos veteranos se ocupaban de ellas mientras él se quedaba en el despacho, siendo la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork. Pues bien, hoy no.

Susurrando mientras vadeaban en la niebla que les llegaba hasta las rodillas, ordenó:

—Usted, alguacil en jefe Desenlace, aporreará la puerta delantera cuando le dé la señal, y yo me apostaré junto a la puerta de atrás por si el caballero sale por patas, ¿de acuerdo?

Ya estaban cerca de la granja; sí, ellos dos se bastarían. El edificio a duras penas se veía lo bastante grande para tener dos puertas, o sea que de tres ni hablar.

—¿Qué digo, comandante? —susurró Feeney.

—Vamos, hombre, que eres hijo y nieto de malditos policías, chico, ¿qué demonios te parece que deberías gritar? Te daré una pista. No incluye las palabras «por favor». Silbaré cuando esté en posición, ¿entendido? Bien.

Cruzaron con cautela el apestoso patio y Vimes se colocó en la parte de atrás, donde se le ocurrió una idea interesante de la que tomó nota mental. Después se apoyó en la sucia pared de la casa a poca distancia de la puerta trasera, sacó un pellizco de rapé para despejar el aire de pavo y emitió un suave silbido.

—¡Abran en nombre de la ley! ¡Están rodeados! ¡Tienen un minuto para abrir la puerta! ¡Va en serio! ¡Abran la puerta! ¡Policía!

Apoyado cómodamente en el muro, Vimes lo calificó a regañadientes de bastante buen intento para ser un principiante, con un punto menos por el «Lo digo en serio»; después, cuando un hombre salió disparado por la puerta de atrás, le puso la zancadilla.

—Buenos días, señor. ¡Mi nombre es comandante Vimes! ¡Espero que se halle en condiciones de recordar el suyo!

En los cobertizos los pavos se estaban volviendo locos, lo que causó una leve intensificación del olor. El hombre se puso en pie con apuros y miró a su alrededor a la desesperada.

—Oh, sí, podría huir corriendo, sí, podría —dijo Vimes con desenfado—, pero quizá otros pensaran que significa que sabía que tenía motivos para huir. Yo, personalmente, estaría de acuerdo en que cualquiera a quien parase un poli debería salir pitando, inocente o no, por principio. Además, hoy en día estamos tan gordos que nos viene bien el ejercicio. Pero corra si quiere, señor Aleteo, porque yo también sé correr, y muy deprisa.

Para entonces Aleteo sonreía con la cara de quien se cree delante de un poli no muy listo.

—Seguro que no trae orden de un magistrado, ¿a que no?

—Vaya, hombre, señor Aleteo, ¿qué le hace pensar eso, eh? A lo mejor piensa que los magistrados no firmarían una orden para detenerlo a usted, ¿es eso? Por cierto, gracias por enseñarme dónde guardan los barriles de tabaco. Se tendrá en cuenta su colaboración.

Hay días malos, como cuando se contempla el cuerpo destrozado de una joven, y luego hay días buenos, cuando los ojos inquietos del sospechoso vuelan hacia el otro lado del patio para señalar con exactitud dónde está escondido el botín.

—Ni que decir tiene, mencionaré su colaboración a las autoridades y, por supuesto, también en el pub local, descuide.

Y en ese momento el señor Aleteo visualizó el resultado de que lo vieran como una especie de soplón, de modo que se decidió por la opción estúpida:

—¡No te he dicho nada de ningún tabaco y lo sabes, madero!

En ese momento Feeney dobló la esquina con su temible garrote alzado y una expresión agresiva casi cómica en la cara.

—¡Si quiere que lo caliente un poco, comandante, no tiene más que decirlo, jefe!

Vimes puso los ojos en blanco con fingido desespero.

—No hará ninguna falta, Feeney, ninguna falta, dado que el señor Aleteo aquí presente se muere de ganas de hablar con nosotros, ¿entendido?

Aleteo decidió que el buen camino pasaba por apelar al muchacho.

—Mira, Feeney, tú me conoces…

Llegó hasta ahí y no más porque Feeney lo interrumpió.

—Para ti es guardia Desenlace, Aleteo. Mi padre te llevó a ver a los de las togas dos docenas de veces. Te llamaba el moscardón, porque allá donde hubiera mierda te encontraba revoloteando. Y me dijo que te vigilara, que es lo que estoy haciendo ahora mismo, por cierto.

Miró de reojo a Vimes, que aprobó sus palabras con un gesto de cabeza y luego dijo:

—Verá, señor Aleteo, mi problema es que no hemos venido a hablar de tabaco de contrabando, ¿vale? La cuestión es que nunca me he visto de recaudador de impuestos, no es una profesión muy popular. Soy simple y llanamente un poli, ¿entiende?, y en una mano tengo a un hombre que solo hace un favor a su patrón guardándole unos cuantos barriles de tabaco en el cobertizo, pero en la otra mano, en fin, si en la otra mano me encuentro un asesino, vaya, que los dioses le protejan porque es posible que olvide por completo la primera mano… No me pida que le haga un dibujo, Aleteo, porque tengo las manos ocupadas.

Aleteo parecía horrorizado.

—Esto es por ese trasgo, ¿verdad? ¡Mire, no fui yo! ¡Vale, soy un poco calavera, lo reconozco, pero le juro por lo que quiera que no soy como él! ¡Soy un sinvergüenza, no un condenado asesino!

Vimes miró a Feeney. Hay gente de la que puede decirse que está más contenta que unas castañuelas. De Feeney podría decirse que estaba más contento que unas castañuelas, una gaita, un tamboril y una campana, sobre todo una campana reglamentaria, todos juntos. Vimes alzó las cejas de nuevo con gesto interrogativo, y Feeney lo confirmó:

—Le creo, jefe. No lo veo capaz, se lo juro. Lo más a lo que llegaría es a tumbar a una ancianita para robarle el bolso, y aun así probablemente tendría que ser ciega, también.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó Aleteo con tono triunfal—. ¡No soy una mala persona!

—No —dijo Vimes—, es todo un angelito, señor Aleteo, ya me doy cuenta, y yo también soy bastante religioso, me interesan las confesiones, pero ¿está dispuesto a jurar que el individuo conocido como Stratford mató a puñaladas a una chica trasga en el monte del Ahorcado en los terrenos de la Mansión Ramkin, hace tres noches?

Aleteo alzó un dedo.

—¿Puedo añadir que le dije que ya bastaba y que él se rió, y que además no sabía que era chica? O sea, ¿en qué se nota?

Vimes no delató emoción alguna.

—Dime, Ted, ¿qué habrías hecho si lo hubieras sabido? Estoy intrigado.

Aleteo bajó la vista a sus pies.

—Bueno, yo, bueno, en fin, o sea… a una chica no, quiero decir… bueno, a una chica no… o sea, que no está bien, ¿sabe lo que le digo?

Y puede encontrarse a alguien igual de peligroso que este payaso en casi cualquier barrio, pensó Vimes.

—Está claro que la caballerosidad no ha muerto, señor Aleteo. Vale, Feeney, sigamos. Señor Aleteo, ¿por qué estaba en el monte del Ahorcado la citada noche?

—Solo dábamos un paseo —respondió Aleteo.

Vimes volvió a recurrir a la cara de mármol, tanto que casi le salieron vetas.

—Por supuesto que sí, señor Aleteo. Ha sido una tontería preguntarlo, en realidad. Agente Desenlace, veo a Willikins fumando allí a lo lejos. —Abrió la puerta y tiró de Aleteo hacia dentro—. ¿Este edificio tiene sótano?

Aleteo estaba a un paso de necesitar una visita al baño, pero a pesar de ello era lo bastante tonto para seguir cavando su propia tumba, así que se las apañó para replicar con desprecio:

—Puede. ¿Y qué?

—Señor Aleteo, ya le he dicho que soy un hombre religioso, y como veo que quiere poner a prueba la paciencia de un santo, necesito pasar un momento en tranquila contemplación, ¿comprende? Estoy seguro de que sabe que siempre hay un camino fácil, y que luego está el camino difícil. Ahora mismo, este es el camino fácil, pero el camino difícil también es bastante fácil, por decirlo así. Antes de hablar otra vez con usted quiero estar a solas con mis pensamientos. Y se me ocurre, señor Aleteo, que a usted podría pasársele por la cabeza poner pies en polvorosa, y por eso mi compañero, el alguacil en jefe Feeney, vigilará la puerta, y yo haré venir a mi asistente, el señor Willikins, para que le haga compañía.

Antes de que Vimes pudiese siquiera dar un golpecito en la ventana, la puerta se abrió y Willikins, inmaculado como siempre, entró en la mugrienta habitación hecho un pincel con sus zapatos relucientes y un leve aroma a tónico para el pelo. Entonces los tres hombres observaron cómo Vimes tiraba de una argolla prometedora en el suelo, que se alzó para revelar la trampilla que llevaba a un sótano oscuro y la escalera de mano que bajaba.

—Agente Desenlace —dijo Vimes—, necesito un momentito para pensar en la oscuridad. No tardaré mucho. —Bajó por la escalerilla y cerró la trampilla sobre su cabeza.

La oscuridad dijo: «Ah, comandante, ya era hora. Sospecho que está aquí para tomar declaración a un testigo».

Esto está mal, se dijo Vimes. ¿Cómo puede tomarse declaración a un demonio, sobre todo si no tiene domicilio fijo? Claro que, por otro lado, ¿quién necesita la declaración de un testigo cuando tiene una confesión?

Arriba, los ojos de Ted Aleteo rodaron de un lado a otro mientras analizaba la situación. Veamos: tengo a un crío memo que juega a ser policía y una especie de mayordomo estirado, todo rosa y limpito. Ahora verás qué rápido se larga de aquí el hijo de la señora Aleteo. Y en ese momento, en ese preciso momento, Willikins metió la mano en su chaqueta sin mirar a Aleteo y sonó un golpetazo cuando dejó un peine de acero en la mesa que tenía delante. Resplandecía, y en la imaginación de Aleteo resplandecía más aún. Echó un vistazo a la severa expresión de Willikins, y el hijo de la señora Aleteo decidió que se quedaría muy quietecito hasta que volviera el simpático comandante Vimes. De otro bolsillo Willikins sacó el cuchillo más afilado que Aleteo hubiera visto en su vida y, sin prestarle al sospechoso la más mínima atención, empezó a limpiarse las uñas.

En realidad transcurrieron apenas unos segundos antes de que la trampilla se alzara de nuevo y surgiese Vimes, que hizo un gesto con la cabeza a Willikins, quien guardó el peine y salió de la habitación sin decir palabra. Vimes recobró la silla.

—Señor Aleteo, dispongo de la declaración de un testigo que lo sitúa en el monte del Ahorcado la noche de autos con otro hombre, que responde al nombre de Stratford. El testigo me cuenta que usted le dijo que podría haber llevado sangre de pavo de casa, pero él le respondió que había conejos por todas partes y que él nunca fallaba con su tirachinas. En ese momento, según mi testigo, una joven trasga salió de entre los matorrales y su acompañante la atacó mientras ella suplicaba que le perdonaran la vida, y fue un ataque furioso, hasta el punto de que usted mismo le dijo, con sus propias palabras, que ya bastaba, al oír lo cual él se volvió hacia usted, todavía agarrando el enorme cuchillo, que se me ha descrito como un machete, con tanta rapidez que usted se orinó en las botas.

»No, no hable que no he acabado. A pesar de todo, se me ha informado de que usted dijo a su compañero que en teoría debían dejar solo sangre, y no, en sus palabras, «tripas por todas partes», por lo cual él le obligó a volverlas a meter dentro del cadáver y a esconderlo algo más abajo del monte, entre unas matas de aulaga. ¡No, le he dicho que no hable! En el bolsillo llevaba una empanadilla de cerdo, que se había traído de casa, y tres dólares en efectivo, que era su pago por aquel pequeño encargo.

»Después de eso, usted y Stratford deshicieron el camino hasta sus caballos, que habían dejado temporalmente en el destartalado granero del otro lado del pueblo. Los caballos eran una yegua castaña y un castrado gris, los dos muy castigados por los maltratos. De hecho, el castrado perdió una herradura cuando partían y usted tuvo que impedir que su compañero lo matara allí mismo. Ah, sí, el testigo me ha dicho que iba usted desnudo de cintura para arriba cuando se fueron, ya que su camisa estaba empapada de sangre y la dejó en el granero tras una discusión con Stratford. La recuperaré cuando volvamos. Su amigo le dijo que se quitase también los pantalones, pero usted se negó; sin embargo, antes me he fijado en que tenían salpicaduras de sangre. No quiero tomarme la molestia de enviar un jinete a la ciudad, donde mi Igor dictaminará si la sangre es humana, de trasgo o de pavo. ¿No le he dicho que no hable? No he mencionado otra parte de la conversación entre usted y el señor Stratford porque Feeney está aquí escuchando, o sea que puede dar gracias; los chismorreos pueden ser muy crueles.

»Y ahora, señor Aleteo, voy a dejar de hablar y, cuando lo haga, me gustaría que las primeras palabras que pronunciase fueran, preste atención: «Quiero ser testigo de la Corona». Sí, sé que ya no tenemos reyes, pero nadie ha corregido la ley. Es usted un mierdecilla, pero he concluido muy a mi pesar que se vio arrastrado a algo que escapaba a su control y es mucho peor de lo que se había imaginado. La buena noticia es que lord Vetinari casi seguro que aceptará mi recomendación y usted vivirá. Recuerde: «Quiero ser testigo de la Corona», eso es lo que quiero oír, señor Aleteo, porque si no iré a dar un paseo y el señor Willikins se peinará.

Aleteo, que había escuchado casi toda la reconstrucción con los ojos cerrados, farfulló la frase tan deprisa que Vimes tuvo que pedirle que la repitiese más despacio. Cuando acabó se le permitió ir al retrete mientras Willikins lo esperaba fuera limpiándose las uñas con su cuchillo, y Feeney fue enviado a dar de comer a los frenéticos pavos.

Por su parte, Vimes entró en uno de los apestosos cobertizos y rebuscó entre la paja sucia sabiendo lo que iba a encontrar. No se llevó un chasco. Había que acercarse, pero se distinguía un leve olor a tabaco por encima del asfixiante hedor a pavo. Sacó rodando un barril y fue a buscar a Feeney.

—Creo que está lleno de tabaco y por tanto pretendo llevármelo como prueba. Tu trabajo ahora mismo consiste en localizar una palanqueta para mí y a alguien a quien consideres un ciudadano recto y decente, si es que puede encontrarse alguno en la zona.

—Bueno, está Dave, que lleva el Perro y Tejón —propuso Feeney.

—¿Y es un ciudadano recto? —preguntó Vimes.

—Alguna vez lo he visto doblado —respondió Feeney—, pero sabe lo que se hace, ya me entiende.

Vimes asintió y esperó unos minutos a que Feeney volviera con una palanca, un hombre patizambo y un pequeño séquito de personas que, por el momento y hasta que se demostrara lo contrario, debían contabilizarse como «transeúntes inocentes».

Se congregaron alrededor de Vimes mientras se preparaba para abrir el barril.

—Presten atención, caballeros —anunció—. Creo que este barril contiene artículos de contrabando. —Se arremangó—. Verán que no tengo nada en las mangas, pero sí una palanca en la mano.

Con algo de esfuerzo por su parte, la tapa del barril saltó y el olor a tabaco se volvió abrumador. Varios de los transeúntes decidieron que era el momento de aprovechar la maravillosa oportunidad de dar un rápido paseo inocente.

Vimes sacó fardo tras fardo de hojas marrones envueltas en algodón.

—No puedo cargar mucho en el carruaje —informó—, pero si el señor Dave, aquí presente, como miembro recto de la comunidad, da fe de que me ha visto extraer esto de un barril sellado, usted, señor Feeney, tomará una breve declaración y así todos podremos volver a nuestros asuntos.

Feeney estaba pletórico.

—¡Oh, muy bien visto, comandante! Apuesto a que podría esconderse cualquier cosa con esta peste, ¿eh? —Al cabo de un momento miró a Vimes y dijo—: ¿Comandante?

Vimes pareció mirar a través de él.

—Llegará lejos, alguacil en jefe Desenlace. Vaciemos el barril entero, ¿de acuerdo?

No sabía de dónde había salido la idea. A lo mejor, directa de los axiomas. Puestos a ser contrabandistas, ¿dónde parar? ¿Qué mercado elegir? ¿Cómo obtener el mejor precio por kilo de mercancía transportado? Sacó más y más fardos y uno, casi al fondo del barril, le pareció más pesado que los demás. Trató de no variar de expresión y le entregó el paquete pesado a Feeney.

—Le agradecería que usted y el señor Dave abrieran este fardo y me contaran lo que ven dentro.

Se sentó sobre el barril y aspiró un pellizco de rapé mientras oía el roce del envoltorio, hasta que Feeney dijo:

—Bueno, comandante, lo que esto parece…

Vimes alzó una mano.

—¿Usted diría que parece polvo de piedra, Feeney?

—Sí, pero…

Vimes levantó de nuevo la mano.

—¿Parece que tiene pequeñas motas rojas y azules cuando le da la luz?

A veces el poli ancestral que Feeney llevaba dentro captaba la vibración.

—¡Sí, comandante Vimes!

—Entonces es una suerte que usted y su amigo Dave —señaló Vimes mientras miraba de reojo al tal Dave por segunda vez y decidía concederle el beneficio de la duda— no sean trolls, porque de serlo estarían muertos como piedras, y nunca mejor dicho, ahora mismo. Lo que tienen en las manos es cristal de tunda, me juego la placa. Los chavales trolls lo toman como droga, ¿lo sabían? Se meten una dosis pequeña como un meñique nuestro y se creen que pueden atravesar paredes, cosa que hacen sin excepción, por cierto, y después de tomar cristal unas cuantas veces caen muertos al suelo. Es ilegal en todo el mundo y muy difícil de elaborar, porque el olor cuando lo preparan es inconfundible; además saltan muchas chispas. Su venta está penada con la muerte en Ankh-Morpork, Uberwald y cualquier ciudad troll. El Rey Diamante de los trolls ofrece una recompensa muy abultada para cualquiera que le proporcione pruebas de su elaboración.

Vimes miró esperanzado al susodicho Dave, por si acaso picaba el anzuelo. No, pensó, no lo fabricarán por aquí. Todo este tabaco debe de proceder de un lugar cálido, y eso significa muy lejos.

Con cautela, abrieron otros barriles y encontraron mucho más tabaco, varios paquetes de puros de muy alta calidad, de los que Vimes se guardó un par en el bolsillo para un posterior y minucioso análisis forense y, hacia el fondo de todos los barriles, paquetes bien envueltos de cristal de tunda, trompo, tocho, tajada y torta, todo muy mal asunto, aunque la torta solía considerarse una droga recreativa, por lo menos para quienes consideraran recreativo despertar en una alcantarilla sin saber la cabeza de quién llevan puesta.

Amontonaron todas las muestras posibles en el carruaje y Vimes solo paró cuando empezó a crujir. Formaron una pira con el resto de barriles y, a instancias de Vimes, un muy orgulloso alguacil en jefe Desenlace les prendió fuego. Cuando las drogas ilegales se encendieron, se produjo un breve espectáculo pirotécnico y Vimes pensó para sus adentros que los fuegos artificiales no habían hecho más que empezar.

Cuando llegó gente corriendo para ver qué pasaba, Vimes los tranquilizó explicando que obraba con la ley en la mano y que el señor Aleteo se ausentaría una temporada, por lo que necesitaba un voluntario para ocuparse de sus aves. Las respuestas dejaron claro que el vecindario consideraba que un mundo sin el señor Aleteo y sus apestosos pavos sería un mundo mucho mejor, de modo que lo último que hizo fue abrir los cobertizos para dar a los infelices bichos una oportunidad de buscarse la vida.

Como idea brillante de última hora, Vimes hizo una seña al nervioso Dave y le dijo:

—El Rey Diamante de los trolls verá con muy buenos ojos lo que hemos hecho hoy. Por supuesto, como servidores públicos, nosotros no podríamos aceptar remuneración alguna…

—¿Ah, no? —intervino Feeney desesperanzado.

Vimes continuó sin hacerle caso.

—… pero me encargaré de que su ayuda de hoy sea debidamente recompensada.

La cara del tabernero se iluminó. Las palabras «diamante» y «recompensada», dichas en la misma frase, tienen algo que produce ese efecto en las caras.

Viajaron con las puertas del chirriante carruaje cerradas, pero con una ventanilla entreabierta porque el señor Aleteo no era en esos momentos alguien con el que nadie deseara compartir un espacio cerrado: parecía que estaba sudando pavos.

¡Testigo de la Corona! ¡Eso era un resultado! A Aleteo ni se le había pasado por la cabeza discutir, y Vimes le había visto la expresión mientras escuchaba la declaración de la Oscuridad que Invoca. Había reparado en todos los estremecimientos y muecas de recuerdo que, en su conjunto, equivalían a una caída con todo el equipo. ¡Testigo de la Corona! Cualquiera optaría por eso para salvar el pellejo, o quizá por una celda mejor. La gente colaboraba con la Corona para salvar su miserable pescuezo, y en verdad podía conseguirlo, pero a un precio, y ese precio era la muerte en la horca si mentían. Era una de las máximas absolutas: mentir cuando se había accedido a ser testigo de la Corona era la mentira de las mentiras. Habías mentido al juez, al rey, a la sociedad, habías mentido al mundo, y por eso el alegre señor Dispuesto te daría la bienvenida al cadalso y te estrecharía la mano para demostrar que no había nada personal, y al cabo de poco tiraría de la palanca que te dejaría caer desde el mundo al que habías traicionado hasta detenerte… a medio camino.

Y después, por supuesto, estaban las drogas para trolls. La prueba de su existencia preocupaba tanto a Aleteo que inventó nuevos dioses por los que jurar que no sabía nada de ellas. Vimes le creyó. Por lo que Aleteo había sabido, los barriles no contenían otra cosa que tabaco. Tabaco de toda la vida, que no tenía nada de perjudicial, y pasarlo de contrabando era, bueno, en realidad venía a ser como un juego, todo el mundo lo sabía. No tenía nada de malo burlar al fisco, ¡para eso estaba! Vimes pensó: ¿No digo siempre que funciona así? Delitos pequeños que engendran grandes crímenes. Se puede sonreír a los delitos pequeños, pero los grandes crímenes te revientan la cabeza.

Aleteo estaba sentado con cara de circunstancias en el asiento de delante, temiendo posiblemente que los trolls lo matasen a patadas, aunque Vimes se había fijado en que Aleteo parecía temer a todo el mundo. Y así se vio con ánimo de ofrecerle, más que una migaja, un sándwich de beicon de buenas noticias.

—Estabas en compañía de un hombre violento, Ted. Pensaste que solo ibas a complicarle la vida a un poli, y de repente te viste de cómplice en primer grado de un asesinato y, aunque fuera sin saberlo, envuelto en una trama extremadamente grave de narcotráfico troll, el peor que hay. Pero te perdieron las malas compañías, Ted, y eso diré ante el tribunal.

Apareció la esperanza en los ojos enrojecidos de Aleteo, que declaró:

—Es muy amable por su parte, señor. —Eso fue todo. Ni jactancia ni lloriqueos, mera gratitud por la clemencia recibida que esperaba como agua de mayo.

Vimes se inclinó hacia delante y ofreció al perplejo detenido su estuche de rapé. Aleteo cogió un gran pellizco y lo aspiró con tanta fuerza que el inevitable estornudo trató de escapar por sus orejas. Sin hacer caso del estornudo ni de la fina nubecilla marrón que flotaba en el aire, Vimes se apoyó de nuevo en el respaldo y dijo con tono jovial:

—Hablaré con los carceleros del Rapapolvo, total, siempre me deben una u otra… —Contempló el rostro esperanzado y pensó: Ni hablar. Sé que ahora mismo están a tope de gente. Un mequetrefe como este no tendría nada que hacer, por mucho que diga yo. En fin, qué se le va a hacer.

—No, señor Aleteo, le diré lo haremos: por lo menos voy a meterle en una celda de Pseudópolis Yard. ¿Qué me dice? A lo mejor se siente solo en una celda sin nadie más, pero habría quien lo considerase una bendición, sobre todo después de quince minutos en algunas partes del Rapapolvo, y, además, mis muchachos son bastante parlanchines cuando no hay mucho movimiento. Por si fuera poco, tenemos ratas de mejor clase, la paja es fresca y no escupimos en el rancho, así que si se porta bien y no despierta a la gente por la noche estará de maravilla.

—¡No le causaré ningún problema, comandante! —Las palabras salieron atropelladas, frenéticas por ser oídas y aterrorizadas de no serlo.

—Me alegro, Ted —dijo Vimes con voz alegre—. ¡Me caen bien los hombres que toman las decisiones correctas! Por cierto, Ted, ¿quién sugirió que montarais el truquito de la colina?

—De verdad, señor, fue cosa de Stratford, señor. Dijo que sería una bromita. Y sé lo que va a preguntarme ahora, señor, y sí que le pregunté quién estaba detrás de todo el asunto porque me preocupaba un poco, dado que yo más que nada me dedico a criar pavos y empujar barriles, ¿comprende? —Aleteo adoptó la expresión de un trabajador sencillo y honrado—. Me dijo que si me lo contaba tendría que matarme, y yo le dije: «Gracias de todas formas, señor Stratford, pero no hace falta que se moleste», y cerré el pico porque me miraba con cara rara. —Aleteo pareció reflexionar durante un momento y añadió—: Siempre mira con cara rara.

Vimes intentó fingir que era un tema de poco interés. Como un hombre armado con un cazamariposas, un frasco para muestras y la pasión de clavar a un tablón de corcho el último ejemplar de las muy raras mariposas azules de Lancre, que acaba de posarse en un cardo cercano, intentó no hacer nada que pudiera echar a volar a su presa. Como quien no quiere la cosa, señaló:

—Pero sí que lo sabes, ¿o no, Ted? Hombre, en el fondo eres un tipo listo, Ted. Mucha gente diría que dos arados son más listos que tú pero, francamente, nadie saca nada adelante en este mundo sin tener los ojos abiertos, y las orejas también, ¿o no?

Pero, por supuesto, ¿quién le contaría algo importante a un soplagaitas como Aleteo? Ni siquiera era un esbirro —hacía falta cierta dosis de pensamiento táctico para esbirrear como era debido—, pero los esbirros pasan mucho rato juntos, y cuando están con alguien tan zoquete como Aleteo no siempre son discretos. En voz alta dijo:

—La verdad es que es una pena, Ted, que seas el único que pringue por esto, viendo que lo único que hiciste en realidad fue echar un cable a un colega por un par de dólares y una pinta, ¿no te parece? Es un horror que personas decentes tengan que pagar el pato, creo yo. Sobre todo cuando es un pato carísimo. —Dejó de hablar y observó la cara de Aleteo.

—Bueeeeeno —explicó este—, un día que se emocionó un poco sí que me dijo que lord Óxido contaba con él, que lo tenía en su círculo de confianza y demás y que se aseguraba de que los bolsillos siempre le tintineasen, pero supuse que solo lo decía por fardar.

Vimes estaba impresionado con su propia paciencia.

—Oye, Ted, ¿alguna vez oíste hablar a alguno de los dos sobre la chica trasga?

Una horrible sonrisa se adueñó de la cara del reo.

—¡Podría haberlos oído si es lo que quiere, comandante!

Vimes lo observó durante un momento.

—Ted, quiero saber cosas que hayas visto u oído. No cosas que tal vez hayas imaginado ni, y esto es lo más importante, Ted, cosas que te inventes para complacerme, ¿vale? Si no, dejaré de ser tu amigo… —Vimes se detuvo a pensar por un momento—. ¿Alguna vez oíste que lord Óxido o Stratford dijeran algo del herrero?

Era muy educativo observar cómo Aleteo se devanaba los sesos. Parecía un perro muy grande mascando un tofe. Al parecer encontró algo, porque sus siguientes palabras fueron:

—¿El herrero? No sabía que se referían a él. Sí, cuando hacíamos montones en el patio, el joven lord Óxido se acercó a Stratford y le dijo algo en plan: «¿Alguna noticia de nuestro amigo?» y, bueno, Stratford dijo: «No se preocupe, señor, verá a la reina», y los dos se rieron, señor. —Tras un rato de silencio, preguntó—: ¿Se encuentra bien, señor?

Vimes no prestó atención a la pregunta y prosiguió:

—¿Tienes alguna idea de lo que querían decir?

—Noseñor —contestó Aleteo.

—¿Hay algo que se llame la Reina por aquí? ¿Una taberna, tal vez? ¿A lo mejor un barco del río? —Vimes pensó: Sí, todos tienen nombres raros, seguro que hay una Reina entre ellos.

Una vez más el perro mascó el tofe.

—Lo siento, comandante, de verdad que no sé nada de eso. No hay ningún barco en el río que se llame Reina.

Vimes lo dejó ahí. Era un resultado; no el mejor, ni nada que fuera a satisfacer a lord Vetinari, pero sí un indicio, al fin, de una pequeña conspiración para enviar a Jetro a algún sitio donde él no quería estar. Al menos Vimes sí debía sentirse satisfecho.

Se dio cuenta de que Aleteo tenía la mano levantada con cautela, como un niño medio asustado de que el maestro le riña.

—¿Sí, Ted? —preguntó con tono cansino.

El hombre bajó la mano.

—¿Podré encontrar un dios, señor?

—¿Qué? ¿Qué dios quieres encontrar?

Aleteo parecía avergonzado, pero se recobró con gallardía.

—Bueno, señor, he oído hablar de gente que va a la cárcel y encuentra a un dios, señor, y si encuentras un dios te tratan mejor y a lo mejor te sueltan antes, por lo de rezar, y me estaba preguntando si en la Casa de la Guardia habría más o menos disponibilidad de dioses, ya me entiende. No quiero causar molestias, eso sí.

—Bueno, Ted, si hubiera algo de justicia en el universo creo que habría bastantes dioses metidos en el Rapapolvo, pero en tu caso yo, si tuviera que elegir entre la posibilidad de una intervención celestial y tres comidas al día garantizadas y sin escupitajos, no tener a tipos fornidos roncándote en la oreja toda la noche y la certeza de que, si tienes que arrodillarte, será solo para rezar, mandaría el cielo a freír espárragos.

El sol ya había salido del todo y Willikins los llevaba a buen ritmo. Vimes reparó en ello. La Calle le hablaba, aunque en realidad no fuese más que un sendero ancho. Despertó a Feeney de un codazo.

—Pronto estarás en casa, chico, y creo que el señor Aleteo puede alojarse en vuestro encantador calabozo, ¿no te parece?

Aleteo parecía perplejo, y Vimes dijo:

—No fastidies, hombre. ¿No pensarías que te iba a llevar a Ankh-Morpork del tirón? ¡Pero si tendré que mandar a alguien para que haga que otro venga hasta aquí desde la ciudad con el carro de remolones! No te preocupes, el calabozo es resistente y acogedor, y está hecho de piedra. Además, y según me cuentan esto es una gran ventaja, es probable que la señora Desenlace te prepare un delicioso Bong Nyam Fang Fang Chuch, con zanahorias y guisantes. Especialidad de la maisonette.

El rango tiene sus privilegios, pensó Vimes un poco después, mientras se apeaba cerca de la mazmorra.

—Alguacil en jefe Desenlace, haga el favor de instalar a nuestro prisionero, encárguese de que tenga comida, agua y demás, ¿vale?, y, obviamente, ocúpese del papeleo.

—¿El qué, señor?

Vimes parpadeó.

—¿Es posible, señor Feeney, que no sepa lo que es el papeleo?

El chico estaba desconcertado.

—Bueno, sí, señor, por supuesto, pero en general solo apunto el nombre en mi libreta, señor. O sea, sé quién es, y sé dónde está y lo que ha hecho. Ah, sí, y desde el problema que tuvimos con el viejo señor Perejil, una vez que iba como una cuba, también me aseguro de comprobar si el prisionero es alérgico a algún ingrediente de la cocina de Bhangbhangduc. Tardé todo el día en limpiar, solo por culpa de un poquito de pilil. —Al ver la expresión de Vimes, se explicó—: Una hierba muy popular, señor.

—¡El habeas corpus, chico! Quieres ser el policía de por aquí, ¿no? ¡Entonces el señor Aleteo es tu prisionero! Eres responsable de él. Si se pone enfermo, es tu problema, si se muere, es tu cadáver, y si se escapa, te encontrarás en una situación tan problemática que la palabra «problema» ni siquiera encajaría en la situación. Intento ayudar, de verdad, pero para esto podría llevármelo a la Mansión. Tenemos un montón de sótanos y podríamos bajar un catre a uno de ellos sin problemas. Pero entonces, si tengo que hacer eso, ¿para qué sirves tú?

Feeney parecía indignado. Se puso muy derecho.

—No quiero ni oír hablar de eso, señor, y tampoco querrían mis antepasados, señor. Al fin y al cabo, nunca hemos tenido a nadie que haya estado ni cerca de un asesinato.

—De acuerdo, entonces fírmame el traspaso del prisionero, que es algo muy importante, y volveré a la Mansión a echar una cabezadita.

Vimes dio un paso atrás cuando apareció un barco por el río y un maremoto en miniatura de agua enfangada roció con suavidad el pequeño embarcadero. El barco era de esos que llevaban paletas; Sybil le había explicado cómo funcionaban. Un buey daba vueltas con parsimonia en el pantoque, uncido a un mecanismo maravilloso que hacía girar las ruedas de palas.

El piloto le saludó. Cuando el barco le pasó por delante vio a una mujer en la popa tendiendo la ropa bajo la atenta mirada de un gato. Una buena vida a la velocidad de un buey, pensó, donde probablemente nadie intentará matarte nunca. Y, solo por un momento, sintió envidia mientras una hilera de barcazas seguía al barco y rebasaban a una flotilla de crías de pato. Vimes suspiró, volvió al carruaje, Willikins lo llevó a la Mansión y, después de una ducha rápida, se hundió entre las almohadas y se sumió en la oscuridad.

La gente decía que últimamente Ankh-Morpork se estaba moviendo. Otros decían que, por cierto que pudiera ser, también se movía un queso lo bastante curado. Y, también como el hipotético queso, rebosaba de su molde, en este caso las murallas exteriores, que lord Vetinari definía como «un corsé que debería aflojarse». Uno de los primeros en dejarse extender había sido Harry Rey, por supuesto conocido en la actualidad como sir Harold Rey. Era un bribón, un oportunista, un luchador implacable y un peligroso conductor de negocios por encima del límite de velocidad. Puesto que decirlo todo llevaba demasiado tiempo, lo calificaban de exitoso empresario, que venía a ser lo mismo. Además, tenía el don de convertir la basura en dinero. Mientras los capitanes Zanahoria y Angua avanzaban por el camino de sirga hacia los juncosos pantanos que había río abajo, la llama de Harry Rey ardía por delante de ellos. Las aguas pasadas sí movían los molinos del Rey de la Mugre. Sus ejércitos de trabajadores barrían las calles, vaciaban los pozos negros, limpiaban las chimeneas, rebañaban los muladares del barrio de los mataderos y de dichos establecimientos se llevaban todos los pedazos de materia anteriormente viva que no podían, por pura decencia, meterse en una salchicha. Decían que Harry Rey chuparía el humo del aire si creyera que podía sacar un buen precio por él. Y si alguien buscaba trabajo, Harry Rey se lo proporcionaba, por un salario que no era muchísimo menos de lo que podría cobrarse en cualquier otra parte de la ciudad, y quien robaba a Harry Rey se llevaba lo que se merecía. Su planta de procesamiento apestaba, por supuesto, pero la ciudad en sí ya no, o por lo menos no tanto como antaño, por lo que había quienes protestaban por la pérdida del famoso olor de Ankh-Morpork, que según los rumores era tan potente que mantenía a raya las enfermedades y los achaques de toda clase y, además, hacía que te saliera pelo en el pecho y era bueno para la salud.

Como Ankh-Morpork era como era, ya existía una Sociedad para la Conservación del Olor.

Los dos guardias empezaron a respirar menos a fondo a medida que se acercaban al humo y los gases. Una pequeña ciudad rodeaba las instalaciones, un poblado chabolista improvisado por los propios trabajadores con el beneplácito de Harry porque, al fin y al cabo, así no llegarían tarde al trabajo.

El vigilante de la puerta la abrió al instante cuando se acercaron. Harry probablemente no era un hombre honesto pero, si había alguna deshonestidad, tenía lugar en horarios y lugares que no atañían a la Guardia y se esfumaban de la memoria de todos los implicados en cuanto remitían las ondulaciones del charco y se retiraba la marea.

También estaba a punto de retirarse, mientras Zanahoria y Angua subían la escalera exterior de la gran oficina desde la que Harry presidía su reino, un hombre que se desplazaba horizontalmente y a alta velocidad, con las grandes manos de Harry Rey agarrándolo por el cuello de su camisa y la parte trasera de sus pantalones antes de lanzarlo escalones abajo, acompañado de un grito:

—¡Estás despedido! —Los guardias se hicieron a un lado mientras el hombre rodaba escalera abajo—. ¡Y si te vuelvo a ver, los perros siempre tienen hambre! Anda, hola, capitán Zanahoria —dijo Harry con un repentino tono de compadreo—, y además viene con la encantadora señorita Angua. ¡Vaya, vaya, qué agradable sorpresa, pasen, siempre es un placer ayudar a la Guardia!

—Sir Harry, de verdad que no debería tirar a la gente por las escaleras de ese modo —le reprendió Zanahoria.

Harry Rey puso cara de inocente y separó sus enormes manos tanto como pudo.

—¿Qué? ¿Todavía están ahí esos putos escalones? ¡Di órdenes de que los quitasen! Gracias por el consejo, capitán, pero tal y como yo lo veo lo he pillado intentando robarme dinero y por eso, si todavía sigue vivo, a mí me da que más o menos estamos en paz. ¿Café? ¿Té? ¿Algo más fuerte? No, ya pensaba que no, pero siéntense, que eso por lo menos no tiene nada de malo.

Tomaron asiento y Zanahoria anunció:

—Tenemos que hablar de los trasgos.

Harry Rey no dio muestras de emoción, pero dijo:

—Tengo unos cuantos trabajando para mí, si les sirve de algo. Trabajan bien, quizá les sorprenda saberlo. Un poco raritos de costumbres, y no son muy avispados, pero en cuanto pillan el tranquillo de lo que quieres que hagan, puedes dejarlos manos a la obra que no pararán hasta que se lo digas. Les pago la mitad que a los humanos y calculo que hacen el doble de trabajo, y mejor. De buena gana contrataría a otros cien si aparecieran.

—¿Pero les paga mucho menos que a los humanos? —preguntó Angua.

Harry le dedicó una mirada compasiva.

—¿Y qué otro les pagaría nada en absoluto, guapa? En fin, los negocios son los negocios. No es que los tenga encadenados. Vale, no mucha gente querría contratar a trasgos, por la peste, pero sé por cómo arruga esa preciosa nariz, capitana, que yo también apesto. Son gajes del oficio. Además, les dejo vivir en mis tierras y hacen esas vasijas tan raras en sus ratos libres, que procuro que no sean muchos, y cuando tienen dinero suficiente para lo que sea que quieren, se largan de vuelta al sitio de donde salieron, sea el que sea. El joven Lacio y su abuelita son los únicos que se han quedado. Ese va a llegar lejos, ya lo creo.

—Nos gustaría hablar con algunos de los trasgos sobre las vasijas que ha mencionado, si le parece bien, Harry —solicitó Zanahoria.

Harry Rey sonrió y meneó un dedo en su dirección.

—Bueno, a ustedes dos se lo paso porque somos gente de mundo y ya nos conocemos todos, pero fuera de esta oficina es sir Harry, ¿vale? Personalmente me trae sin cuidado, pero la jefa es tiquismiquis, ¡ja, vaya si lo es! ¡Lleva la nariz tan alta que derriba a los gorriones, anda que no! Pero, en fin, supongo que tampoco hace ningún daño. —Harry Rey, o posiblemente sir Harold Rey, recapacitó por unos instantes—. Por curiosidad, ¿por qué quieren hablar de las vasijas trasgas?

Angua vaciló, pero Zanahoria dijo:

—A los dos nos interesa mucho el folclore trasgo, sir Harry.

El empresario soltó una risilla.

—¿Sabe? Nunca he podido leerle la cara, capitán Zanahoria. ¡Odiaría jugar al póquer con usted! Vale, no es asunto mío, me fiaré de ustedes. Bajen por la escalera, vayan a las cintas de clasificación y busquen a Billy Lacio, y díganle que Harry Rey consideraría un favor que tuviese la amabilidad de llevarles a ver a su anciana abuelita, ¿de acuerdo? No hace falta que me den las gracias, sospecho que el bueno de Vimes dejó caer algo agradable sobre mí a Vetinari cuando se estaban repartiendo las medallas, ya me entienden. Se dice no sé qué de rascar espaldas, pero seguro que cuando le tocó al viejo Harry hizo falta sacar el cepillo.

Encontraron a Billy Lacio amontonando ejemplares viejos del Ankh-Morpork Times en un carro. Siempre podía reconocerse a un trasgo, aunque este, con su mono mugriento, tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre de Harry Rey. La única diferencia era que se trataba de un hombre trasgo de Harry Rey.

Zanahoria le dio un toquecillo en el hombro y Billy se volvió.

—Oh, guardias.

—Venimos de parte de Harry Rey, Billy —dijo Zanahoria, que se apresuró a añadir—: No has hecho nada malo. Solo queremos información sobre las vasijas de unggue.

—¿Ustedes quieren información sobre el unggue? —Billy miró a Zanahoria con atención—. Sé que no he hecho nada malo, jefe, no necesito que venga usted a hacerme la dicienda, y no tocaría una de esas puñeteras vasijas ni que me fuera la vida en ello. Estoy trabajando para llegar a algo, sí señor, no tengo tiempo para cuentos de hadas.

Angua dio un paso al frente.

—Señor Lacio, esto es bastante importante. Necesitamos encontrar a alguien que pueda hablarnos de las vasijas de unggue. ¿Conoce a alguien capaz de ayudarnos?

Billy la miró de arriba abajo con desdén.

—Es una mujer lobo, ¿que no? Se le huele a un kilómetro. ¿Y qué harían si les digo que no conozco a nadie?

—En ese caso —respondió Zanahoria—, muy a nuestro pesar tendríamos que proceder con nuestro cometido.

Billy lo miró de reojo.

—¿Ese cometido consistiría en darme unas buenas patadas?

El sol de la mañana resplandeció en el peto de la armadura de Zanahoria, abrillantado con entusiasmo.

—No, señor Lacio.

Billy lo miró de arriba abajo.

—Bueno, está mi abuela. A lo mejor habla con ustedes y a lo mejor no. Que conste que solo se lo digo por Harry Rey. La abuela no habla con cualquiera, ya pueden apostar el casco a que no. ¿Para qué quieren hablar de vasijas, por cierto? De un tiempo a esta parte casi no sale de la cama. ¡No la veo robando nada!

—Nosotros tampoco, Billy, solo queremos algo de información sobre las vasijas.

—Bueno, pues han encontrado a la señora adecuada; es una experta, creo yo, siempre trasteando con los condenados potes. ¿Llevan una botella de coñac? No le van mucho los extraños, a la abuelita, pero yo creo que nadie que lleve una botella de coñac es un extraño para ella mientras dure la bebida.

Angua susurró a Zanahoria.

—Harry tiene un mueble bar enorme en el despacho, y esto no puede llamarse soborno. ¿Lo intentamos?

Esperó con Billy Lacio mientras Zanahoria se encargaba del recado y, por decir algo, comentó:

—Billy Lacio no suena mucho a nombre de trasgo.

Billy hizo una mueca.

—¡Ya le digo! La abuela me llama Del Viento que Lamentablemente Sopló. ¿Qué clase de nombre es ese, por favor? ¿Quién va a tomarme en serio con un nombre como ese? Son tiempos modernos, ¿no?

La miró con aire de desafío y Angua pensó: Y así uno por uno todos nos volvemos humanos; hombres lobo humanos, enanos humanos, trolls humanos… el crisol solo funde en una dirección, y así es como avanzamos. En alto, dijo:

—¿No está orgulloso de su nombre trasgo?

Billy la miró con la boca abierta, mostrando sus dientes puntiagudos.

—¿Qué? ¿Orgulloso? ¿Por qué coprones iba a estar nadie orgulloso de ser trasgo? Excepto mi abuela, claro. Venga a casa, y espero que ese coñac llegue pronto. Puede ponerse nerviosa sin el coñac.

Billy Lacio y su abuela vivían en un edificio, por decir algo, del poblado. Habían liberado sauces y otros arbustos de los húmedos pantanos y los habían utilizado para crear un hemisferio de dimensiones aceptables, del tamaño de una cabaña pequeña. A Angua le dio la impresión de que se había aplicado habilidad y reflexión para construirlo: las ramitas más pequeñas estaban entrelazadas con la estructura y algunas, como pasa con los sauces, habían echado raíces y brotes, que alguien (posiblemente Billy Lacio) había entrelazado aún más de modo que, por lo menos en verano, quedaba una casa la mar de apañada, sobre todo porque alguien se había tomado muchas molestias para llenar casi todos los huecos con filigranas de ramitas más pequeñas. Por dentro era una cueva cargada de humo, pero el ojo acostumbrado a la oscuridad de la mujer lobo vio que las paredes interiores estaban recubiertas con esmero de lonas viejas y cualquier otra basura a la que pudiera convencerse de que se doblara para evitar las corrientes. De acuerdo, probablemente habían tardado menos de dos días en construirla y no había costado nada de dinero, pero la ciudad estaba llena de gente que se habría dado con un canto en los dientes por vivir allí.

—Tendrá que disculparme —dijo Billy—. Harry no será muy generoso con los salarios, pero hace la vista gorda si de vez en cuando nos agenciamos alguna cosa de aquí y allá, siempre que no abusemos.

—¡Pero si hasta tienen una estufa con tubo de salida! —observó Angua, asombrada.

Billy bajó la vista.

—Pierde un poco; cuando tenga un rato soldaré unos cuantos parches y listos. Espere aquí, me aseguraré de que esté lista para verles. Para el coñac ya sé que lo estará.

Hubo unos golpecitos educados en la puerta que resultaron ser cortesía del capitán Zanahoria, de vuelta con el coñac. Abrió con delicadeza la puerta exterior, maltrecha y muy repintada, y dejó entrar algo de luz. Luego miró a su alrededor y comentó:

—¡Muy acogedor!

Angua dio unos golpecitos con el pie.

—Mira, hasta ha encajado trocitos rotos de teja para hacer una capa de suelo decente. Aquí alguien está construyendo con cabeza. —Bajó la voz y susurró—: Y es un trasgo. No es lo que me esperaba…

—Y también tenemos un oído cojonudo, señorita —dijo Billy mientras volvía a entrar en la habitación—. Es asombroso, ¿eh?, la de trucos que podemos aprender los trasgos. ¡Vaya, si casi parece que seamos personas! —Señaló hacia una cortina de alguna clase de fieltro que ocultaba el otro lado de la habitación—. ¿Traen el coñac? Pues allá vamos. Sostengan la botella por delante de ustedes, eso suele funcionar. Agentes, la señora no es mi abuela propiamente dicha, es mi bisabuela, pero se me hacía demasiado complicado de decir cuando era pequeño, así que se quedó en abuela. Déjenme hablar a mí, porque como no sean unos putos genios no van a entender ni papa de lo que dice. Entren deprisa, que tengo que hacerle la comida en media hora y, como he dicho, probablemente tienen hasta que se acabe el bebercio.

—No veo nada —se quejó Zanahoria, cuando el fieltro volvió a tenderse sombrío a sus espaldas. Angua dijo, con cautela:

—Yo sí. ¿Tendría la amabilidad de presentarnos a su bisabuela, Billy?

Zanahoria seguía esforzándose por ver algo, pero oyó lo que le pareció el joven trasgo hablando, aunque sonaba como si a la vez estuviese mascando gravilla. Luego, tras una sensación de movimiento en la oscuridad, otra voz, que crujía como el hielo, le respondió. Entonces Billy habló con más claridad:

—Lamento de la Hoja al Caer les da la bienvenida, guardias, y les insta a pasarle el puto coñac de una vez.

Zanahoria tendió la botella en dirección a la voz de Billy, que la transfirió de inmediato a la forma que empezaba a distinguir delante de él a medida que recuperaba la vista gota a gota. Lo que dijo aquella silueta, según Billy, fue:

—¿Por qué venir a mí, poo-lii? ¿Por qué necesitar ayuda de mujer que muere? ¿Qué ser unggue para ti, señor Poo-lii? ¡Unggue es nuestro, nuestro! ¡No sirve para vosotros aquí, señor gran Poo-lii!

—¿Qué es el unggue, señora? —preguntó Zanahoria.

—No religión, no tocar campanitas, no dobladillo de rodillas, no coros, no aleluya, no con tu venia, solo unggue, ¡puro unggue! Solo unggue, que viene cuando necesidad. ¡Pequeño unggue! ¡Cuando los dioses se lavan manos y dan espalda está unggue que se arremanga! Unggue golpea en la oscuridad. Si unggue no viene en persona, envía. ¡Unggue en todas partes!

Zanahoria carraspeó.

—Lamento de la Hoja al Caer, tenemos un hombre, un policía, un buen hombre, que está muriendo de unggue. No lo entendemos; por favor, ayúdenos a entender. El hombre sostiene en la mano una vasija de unggue.

El chillido debió de resonar por todo el patio; desde luego hizo temblar la pequeña chabola.

—¡Ladrón de unggue! ¡Robavasijas! ¡No merece vivir! —Billy tradujo con evidentes muestras de vergüenza. La anciana trasga intentó levantarse y cayó de nuevo sobre sus cojines, farfullando.

Angua probó de nuevo:

—Se equivoca, anciana. Esa vasija llegó a sus manos por casualidad. La encontró; es el frasco llamado «alma de lágrimas».

Lamento de la Hoja al Caer había llenado el mundo de ruido. En ese momento pareció vaciarlo con el silencio. Declaró, amarga y curiosamente, teniendo en cuenta que su bisnieto había asegurado que no sabía mucho ankh-morporkiano:

—¡Encontrado en cueva trasga, oh, sí! ¡Encontrado en punta de pala, oh, sí! ¡Mal fario tenga!

—¡No! —De repente Zanahoria tenía la cara justo delante de la trasga—. Llegó a sus manos por accidente, como una maldición. Él no lo quería ni sabía lo que era. Lo encontró en un puro.

Se produjo una pausa durante la cual cabía suponer que la anciana realizaba unas complejas elucubraciones, porque dijo:

—¿Me pagaría mi precio, señor Poo-lii?

—Le hemos dado el coñac —señaló Angua.

—Muy cierto, cachorra de lobo, pero eso era solo por la consulta. Ahora viene el precio del diagnóstico y la cura, que vendrá de la Tabaquera de Rapé: un kilo de frambuesa dulce, medio de carnaza del cebador y otro medio de la honrada mezcla medicada del doctor Varía, ideal para esos días de invierno. —Algo parecido a una risa surgió de la boca de la anciana trasga—. Son un soplo de aire fresco —añadió—. El chico va por ahí y conoce gente, y dice que son de fiar, pero los trasgos hemos aprendido a no fiarnos de las palabras, así que sellaremos el trato a la vieja usanza, que todos entendemos desde que el tiempo es tiempo.

El patidifuso Billy se apartó cuando una larga mano de uñas aún más largas se extendió hacia Zanahoria, que se escupió en la suya y la chocó sin prestar atención a la salud ni la seguridad con la palma de Lamento de la Hoja al Caer, que soltó otra risilla.

—Eso no puede romperse, no señor, no puede romperse. Nunca. —La anciana vaciló un momento y dijo como de pasada—: Lavar mano después de usar.

Sonó un trago de la botella de coñac, y la abuela de Billy Lacio prosiguió.

—¿Un frasco de lágrimas, dicen? —Angua asintió—. En ese caso, solo un significado. Una pobre trasga, una mujer que se moría de hambre, tuvo que comerse a su bebé recién nacido porque no podía alimentarlo. Oigo que dejan de respirar por un momento. ¿Que sucedan esas cosas? Es espantosa verdad, oh, sí. Es a menudo espantosa verdad en mala tierra cuando vienen tiempos difíciles y la comida es nada. Y así, llorando, labró un pequeño frasco de unggue para alma de su bebé y sus lágrimas le dieron vida, y lo envió lejos hasta mejores tiempos cuando el bebé volverá.

En voz baja, Zanahoria preguntó:

—¿Hay algo más que pueda decirnos, señora?

La vieja trasga guardó silencio durante un rato antes de responder.

—¿Dentro de puro, envuelto en tabaco? ¡Pregunten al hombre que vende tabaco!

Billy puso boca abajo la botella de coñac de su abuela y no cayó ni una gota.

—Una última pregunta, por favor, señora: ¿cómo podemos ayudar a nuestro amigo? ¡Por lo que parece, está soñando que es un trasgo!

Los ojillos negros brillaron cuando la trasga dijo:

—Confío en ustedes para tabaco. Ahora confío en otra botella de coñac. ¡Encuentren cueva trasga! ¡Encuentren doncella trasga! ¡Solo una podrá agarrar el frasco, con esperanza de tener hijo algún día! Así es, no otra manera. Y gran problema para usted, señor Poo-lii, es que chica trasga hoy en día difícil de encontrar. Aquí ninguna. Quizá ninguna en ninguna parte. Nos arrugamos y encojemos como hojas viejas. Adiós hasta más coñac. ¡Ah! Pero que sea de Quirm. Reserva Especial. Sesenta dólares si compran en Hórrido’s de la Vía Ancha o bien oferta dos por uno en licorería de Tornado Bota en las Sombras. Sabe un poco a anchoa, pero no se hacen preguntas ni se responden.

La anciana voz enmudeció, y poco a poco los guardias regresaron al tejido de la realidad que los rodeaba, mientras las angustiosas imágenes se desvanecían en el recuerdo reciente.

Zanahoria logró insistir:

—Siento tener que preguntarlo, pero ¿esto hará daño a mi sargento? ¡Parece que tiene pesadillas continuas y no podemos quitarle el frasco de la mano!

—¿Tres botellas de coñac, señor Poo-lii? —tradujo Billy.

Zanahoria asintió.

—Vale.

—¿Cuánto hace que frasco lo tiene?

Zanahoria miró a Angua.

—Unos dos días, señora.

—Entonces lleve a su hombre a una cueva trasga cuanto antes mejor, señor Poo-lii. Puede que viva. Puede que muera. En todo caso, tres botellas de coñac, señor Poo-lii. —Los ojillos negros miraron a Zanahoria achispados—. Qué alegría conocer a un auténtico caballero. Dese prisa, señor Poo-lii.

La anciana se hundió de nuevo en su montículo de almohadas y trapos. La audiencia se había terminado, igual que el coñac.

—Le caen muy bien a la abuela —dijo Billy con tono sobrecogido mientras los acompañaba afuera—. Lo noto. No les ha tirado nada. Más les vale conseguirle el rapé y el coñac rapidito, eso sí, porque si no puede ponerse borde en plan ocultista, ya saben lo que les digo, o más bien, claro, lo que no les digo. Un placer conocerles, pero al bueno de Rey no le gusta ver gente que no trabaja.

—Disculpe, Billy —requirió Zanahoria, que lo agarró de su escuálido brazo—. ¿Hay alguna cueva trasga por aquí cerca?

—Ya tiene lo que quería, agente. No hay ninguna, que yo sepa. Me trae sin cuidado. Mi consejo es que prueben en el campo, pero de verdad que me trae sin cuidado. Si encuentra una cueva trasga en un mapa, puede apostarse los dientes a que ya no quedarán trasgos, por lo menos vivos.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Lacio, y permita que le felicite por tener una abuela con tan buen dominio del vocabulario contemporáneo —reconoció Zanahoria.

Sonó un chillido jubiloso procedente de la semiesfera, cuyas paredes eran muy delgadas.

—¡Sí señor! ¡La abuelita Lacia habla con gracia!

—Bueno, tal vez tengamos un resultado —dijo Zanahoria mientras volvían hacia la ciudad—, pero… en fin, ya sé que Ankh-Morpork es un crisol de ciudad, pero ¿no crees que es un poco triste que la gente venga aquí y olvide sus tradiciones?

—Sí —contestó Angua sin mirarlo—. Lo es.

Cuando llegaron a Pseudópolis Yard, Zanahoria mandó a por Jovial.

—Me gustaría que fueses a ver al tabaquero que regaló ese puro al sargento Colon. Pregúntale de dónde viene su tabaco. Sabemos que hay muchísimo contrabando, en cualquier caso, de modo que se preocupará. Quizá sea buena idea llevarte a un agente cuya mera presencia le preocupe un poco más. Pequeño Loco Arthur ha vuelto de su permiso.

Jovial sonrió.

—En ese caso, me lo llevo a él. Preocupa a todo el mundo.

El señor Pasmafuerza Arremango llevaba un buen día hasta el momento. Había pasado por el banco para depositar las ganancias y había comprado dos entradas para la ópera. Eso complacería mucho a la señora Arremango, desde luego mucho más que llevar su apellido. Siempre lo espoleaba para que frecuentasen la alta sociedad, o por lo menos una sociedad un poco más alta, pero en ciertos sentidos el apellido Arremango era un lastre. Y en ese momento abrió la puerta de su tienda y vio que, sentado pacientemente en la silla, había un miembro de la Guardia.

Jovial Culopequeño se levantó.

—¿El señor Pasmafuerza Arremango?

Intentó sonreír.

—Normalmente viene a verme Fred Colon, agente.

—Sí. Y es sargento Culopequeño. Pero, curiosamente, si he venido a verle hoy es por el sargento Colon. ¿Recuerda haberle regalado un puro?

El señor Arremango padecía la ilusión compartida por mucha gente de que los policías no ven a personas mintiendo a todas horas, de modo que respondió:

—No que yo recuerde.

A lo que Jovial replicó:

—Señor Arremango, es un hecho conocido que el sargento Colon compra u obtiene de otra manera su tabaco en su noble establecimiento.

Una vez más, Pasmafuerza arrancó en falso.

—¡Quiero ver a mi abogado!

—Yo también querría ver a su abogado, señor Arremango. ¿Por qué no envía a alguien a buscarlo mientras mi compañero y yo esperamos aquí?

Pasmafuerza miró a su alrededor, pasmado.

—¿Qué compañero?

—Aj, sí, servidor —dijo el guardia conocido, a veces por poco tiempo, como Pequeño Loco Arthur, que había estado agazapado detrás de un paquete de cigarrillos.

Dos agentes de policía son mucho peores que el doble de uno, y Jovial Culopequeño aprovechó el repentino pánico para solicitar con claridad:

—Es una pregunta muy sencilla, señor Arremango. ¿De dónde salió ese puro?

Jovial era consciente de que al comandante Vimes no le gustaba la frase «Los inocentes no tienen nada que temer», pues creía que los inocentes tenían todo que temer, sobre todo de los culpables, pero a largo plazo más incluso de quienes dicen cosas como «los inocentes no tienen nada que temer». Aun así, Pasmafuerza estaba asustado; lo veía sudar.

—Sabemos que es un contrabandista, señor Arremango, o quizá debería decir que aprovecha muy buenas ofertas cuando, ejem, se las presentan. Ahora mismo, sin embargo, lo único que necesito de usted es que me cuente de dónde procedía ese puro. En cuanto haya tenido la amabilidad de decírmelo, saldremos de este edificio con el ánimo alegre y comprensivo.

A Pasmafuerza se le iluminaron las facciones. Jovial siguió hablando:

—Por supuesto, es posible que otros departamentos de la Guardia deseen hacerle una visita a su debido tiempo. De momento, señor, solo tiene que vérselas conmigo. ¿Sabe de dónde procedía esa remesa de puros?

Pasmafuerza, valiente, lo intentó una vez más.

—Me paso el día comprando existencias a viajantes —dijo—. ¡Me llevaría una eternidad repasar todos los recibos!

Jovial no dejó de sonreír.

—No pasa nada, señor Arremango, mandaré a por a mi experto compañero A. E. Pésimo ahora mismo. No sé si habrá oído hablar de él. Es asombroso lo rápido que trabaja con el papeleo y estoy seguro de que encontrará un hueco en su apretada agenda para ayudarle, sin cobrar nada.

Al cabo de cinco minutos, un ceniciento y jadeante Pasmafuerza entregaba a Jovial un trocito de papel.

Jovial lo miró.

—¿Howondalandia? Pensaba que casi todo el tabaco venía de Klatch.

Pasmafuerza se encogió de hombros.

—Bueno, ahora han abierto plantaciones en Howondalandia. Buen material, por cierto. —Sintiéndose algo más audaz, Pasmafuerza continuó—: Todo pagado como es debido, se lo prometo. Sí, sé que hay contrabando, pero aquí no queremos saber nada de eso. No hace falta cuando puede conseguirse un precio bastante bueno comprando al por mayor. Está todo en mis libros de cuentas. Todas las facturas. Todos los pagos. Todo debidamente anotado.

Jovial aflojó. Seguro que A. E. Pésimo podría encontrar algo que lo emocionase en algún lugar de las cuentas de Arremango; al fin y al cabo, los negocios son los negocios. Pero una cosa era un negocio y otra un mal negocio, y no era momento de meterse en complicaciones. Se levantó.

—Muchas gracias por su ayuda, señor Arremango. No le molestaremos más.

Pasmafuerza vaciló antes de preguntar:

—¿Qué le pasa a Fred Colon? Es un poco gorrón, no les mentiré, pero odiaría que le hubiese pasado algo. ¿No habrá sido… veneno o algo así, verdad?

—No, señor Arremango. Su puro empezó a cantarle.

—Eso no suelen hacerlo —señaló Pasmafuerza con nerviosismo—. Tendré que revisar mis existencias.

—Hágalo, por favor. Y de paso a lo mejor podría sacarme esta pequeña lista de artículos de rapé.

El tabaquero la cogió con recelo. Movió los labios y dijo:

—Esto es un montón de rapé, ¿sabe?

—Sí, señor —confirmó Jovial—. Tengo permiso para pagarle a tocateja.

Pasmafuerza parecía más pasmado que nunca.

—¿Qué? ¿Los policías pagan?

Recorrer las calles en compañía de Pequeño Loco Arthur suponía un problema incluso para una enana como Jovial Culopequeño. Medía unos quince centímetros, de manera que, si hablabas con él mientras caminabas, parecías una loca. Por otro lado, era rotundamente contrario a que lo levantaran. No quedaba más remedio que apechugar. De todas formas, la mayoría de las personas daban un pequeño rodeo si veían a Pequeño Loco Arthur.

Llegaron a la Casa de la Guardia, dieron parte a Zanahoria y lo primero que este preguntó a Jovial fue:

—¿Sabes dónde hay cuevas de trasgos, Jovial?

—No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Te lo explicaré más tarde —señaló Zanahoria—. Es bastante increíble. ¿Le habéis sacado algo al viejo Arremango?

Jovial asintió.

—Sí, señor. El puro poseído del sargento Colon procedía de Howondalandia, sin duda alguna.

Zanahoria la miró fijamente.

—Creía que en Howondalandia no había trasgos. Toda la familia de Jolson es de allí. —Chasqueó los dedos—. Espera un momento. —Salió corriendo por el pasillo en dirección a la cantina y volvió seguido por la agente Tesoro Jolson, una señorita para la cual la palabra «grande» no bastaba. En ella todo era, por así decirlo, de tamaño familiar, incluido su buen humor. Tesoro caía bien a todo el mundo. Parecía un manantial de simpatía que siempre tenía una palabra alegre para todos, incluso mientras recogía una brazada de borrachos y los tiraba dentro del carro de remolones.

Tras unas cuantas preguntas, Tesoro dijo:

—Mi padre me envió allí el año pasado, ¿se acuerda? Quería que encontrase mis raíces. La verdad es que no fue para tanto. Buen tiempo. Poco que hacer. No es un sitio muy emocionante, a no ser que intentes acariciar a un gato: se ponen hechos unas fieras. Nunca he oído hablar de que haya trasgos, no es muy buen lugar para ellos, me temo. Disculpe, capitán, ¿puedo volver ya a mi merienda?

El silencio que siguió fue interrumpido por Zanahoria.

—Howondalandia está a meses en barco, y las escobas no funcionan muy bien sobre el agua, eso contando que pudiéramos convencer a los magos de que nos prestasen una. ¿Alguna idea?

—¡Pardiez! —exclamó Pequeño Loco Arthur—. ¡Non problemo! Yo plántome allí en menos de un día, me da a mí.

Lo miraron. Pequeño Loco Arthur era lo bastante pequeño para montar a grupas de cualquier pájaro mayor que un halcón mediano —sus informes aéreos sobre las retenciones de tráfico en la ciudad marcaban la vida diaria de las calles de Ankh-Morpork—, [[23]](#footnote-23)pero ¿hasta otro continente?

Arthur sonrió.

—Como sabéis, hace pocu estuve fuera una temporadiña, conociendo a mis hermanus los Nac Mac Feegle. Bueno, pues ellus vuelan mucho en pájaro y tienen una cosiña llamada el pasi-corri. Y me da a mí que ya doyle bastante al guardibulto para que sálgame a mí soliño.

—Van tres «iños» en un minuto, Pequeño Loco Arthur —advirtió Angua, lo que arrancó risas del resto de los guardias—. ¡Sí que se te ha pegado el estilo feegle, sí!

—Reíd, reíd, pero soy el único de vosotrus, pámpanos, que sabe por qué sobrevuelan la ciudad tantos pájarus grandes en esta época del año. ¡Ankh-Morpork da calor! ¿Veis la gran columna de humo y vapores? Todo esu es calor. Y el calor elévate, date un viaje gratis que pónete el vientu bajo las alas. ¿Oísteis hablar del albatros subrepticio? Non, porque solu yo y el profesor de Ornitología de la universidad conocémoslo, y él solo porque díjeselo yo al muy pámpano. Fuera de la temporada de apareamiento nunca toca el suelu. Y eso non es lo único raru que tiene. Es un águila haciéndose pasar por una clase de albatros. Podría llamárselo el tiburón del cielu, y me da a mí que es justu lo que necesito. Gústales la ciudad. Planean tan arriba que non velos nadie que non sepa cómu mirar ben. Siempre hay uno por aquí, y podría partir hoy mismu. ¿Qué decís?

—Pero, agente —dijo Zanahoria—, tan arriba vas a helarte, ¿no?

—Oh, sí, sé que mis calzoncillos térmicos no bastarán, y por esu la palabra «coñac» está a puntiño de entrar en esta conversación. Hágame caso en esto, capitán. Calculo que puedu estar de vuelta en menos de ochicuarenta horas.

—¿Cuánto es eso? —preguntó Angua.

Pequeño Loco Arthur puso los ojos en blanco.

—Cuarenta y ocho horas, capitana, para la gente como usted.

Al final, Pequeño Loco Arthur solo tardó una hora en identificar al ave de apariencia pacífica que planeaba muy por encima de la ciudad, alegre gracias al almuerzo que acababa de disfrutar por cortesía de una gaviota, cuyas plumas todavía descendían flotando delicadamente hacia el paisaje urbano de abajo. El albatros subrepticio no tenía enemigos que no pudiera digerir sin problemas, y prestó escasa atención al halcón anodino y relativamente inofensivo que ascendía hacia él a toda velocidad, hasta el preciso instante en que se encontró con que Pequeño Loco Arthur aterrizaba en su espalda. Se revolvió pero fue incapaz de alcanzar al feegle porque estaba sentado con toda comodidad y ya le había rodeado el cuello con los brazos; Pequeño Loco Arthur era partidario de los métodos rápidos de doma.

El albatros subrepticio luchó por ganar más altitud mediante un constante ascenso en espiral por la enorme y ancha columna de subida gratuita —que era como conocía y entendía a Ankh-Morpork la comunidad aviaria—, y Pequeño Loco Arthur se entretuvo memorizando el minúsculo mapamundi a lápiz que llevaba. En realidad no era muy difícil. Los continentes no suelen ser difíciles de encontrar, y tampoco los bordes de los continentes, donde, en opinión de la mayoría, se tendía a encontrar barcos amarrados. Pequeño Loco Arthur era el mayor experto mundial en mirar las cosas desde arriba, lo cual le divertía, ya que la mayoría de quienes querían ver a Pequeño Loco Arthur tenían que mirar hacia abajo.

En fin, pensó, ¡vamos allá!

Se llamaba el pasi-corri, y los Nac Mac Feegle del país de la caliza habían enseñado detalladamente a su hermano cómo funcionaba cuando uno viajaba encima de un pájaro grande.

Los habitantes de Ankh-Morpork alzaron la vista al oír la explosión en las alturas y luego, como el cielo seguía despejado, perdieron el interés. Entretanto, a lomos de un atónito albatros subrepticio viajaba un feegle rebosante de satisfacción, que se acomodó entre las plumas y se puso a comer un trozo del huevo duro y la rebanada de pan de cinco centímetros que constituían sus provisiones para el viaje, mientras el universo pasaba a toda velocidad con un sonido [[24]](#footnote-24)parecido a «uiiiiiiiiiiiiiiiii».

La oscuridad había durado unas cuatro horas cuando a Vimes lo despertó un niño pequeño que daba saltos en la cama, y por lo tanto sobre Sam Vimes, mientras decía:

—Willikins ha encontrado un pájaro que acaba de morir. ¡Papá! ¡Mamá dice que puedo hacerle la di… sección si tú me das permiso, papá!

—Sí, vale, si tu madre lo dice —logró farfullar Vimes antes de volver a sumirse en la negrura. Y la negrura se extendió a su alrededor. Se oyó pensar: La Oscuridad que Invoca podría contarme todo lo que necesito saber, y eso es la verdad. ¿Pero la verdad que me contase sería la verdad? ¿Y cómo lo sabría yo? Si dependo de ella, de algún modo me convierto en su criatura. ¿O a lo mejor se vuelve ella la mía? Quizá tenemos un acuerdo; me ayudó debajo del valle del Koom y gracias a eso el mundo es un lugar mejor, ¿no? Sin duda, la oscuridad no tiene motivos para mentir. A mí siempre me ha gustado la noche, la noche oscura, esas noches que son pura negrura, que ponen nerviosos a los perros y hacen que las ovejas salten aterrorizadas sus vallas. La oscuridad siempre ha sido mi amiga, pero no puedo dejar que sea mi dueña, aunque tarde o temprano tendré que prestar juramento, y si miento, yo, el jefe de la policía, ¿qué soy entonces? ¿Cómo podría reñir nunca más a un poli por hacer la vista gorda?

Se revolvió entre las almohadas. Y aun así la causa es buena. ¡Es una buena causa! El tal Stratford mató a la chica trasga, tengo el testimonio de su socio y la palabra de un ser cuya asistencia ha sido de utilidad material para la sociedad. Hay que reconocer que he asustado a un hombre, pero también es cierto que la gente como Aleteo siempre tiene miedo, y es mejor que me tema a mí que a Stratford, porque yo por lo menos sé cuándo parar. Solo es otra bola roja en la mesa, y ya puestos supongo que Stratford también. Ha de tener un jefe. Siempre tienen un jefe potentado porque aquí casi todo el mundo trabaja o es noble, y por lo que sé no hay prácticamente nadie que tenga algo bueno que decir de los trasgos. Es un entorno rico en objetivos, y el problema de los entornos ricos en objetivos es que no sirven de nada a menos que sepas a qué objetivo apuntar.

Vimes recayó en un sueño profundo del que lo despertaron casi al instante las enérgicas sacudidas de su hijo, que aporreaba el montículo que era Vimes durmiendo.

—Mamá dice que vayas, papá. Dice que hay un hombre.

Vimes no era persona de bata, de modo que se debatió para meterse en la ropa y se puso todo lo presentable que podía estar alguien que necesitaba un afeitado y no parecía disponer de tiempo para él.

Había un hombre sentado en el salón; llevaba tricornio, pantalones de montar y una sonrisa nerviosa, tres cosas que irritaban moderadamente a Vimes. Una sonrisa nerviosa solía significar que alguien andaba detrás de algo que no debería tener; su opinión personal era que los tricornios quedaban ridículos; y en cuanto a los pantalones de montar, nadie debería reunirse con un agente de la ley llevando una prenda que da a sus piernas el aspecto de que acaba de robar una casa llena de plata y se ha guardado deprisa y corriendo el botín en los pantalones. De hecho, Vimes creyó ver el contorno de una tetera, pero era posible que sus ojos le estuvieran jugando una mala pasada.

El portador de aquella triple desgracia, presumiblemente autoinfligida, se levantó al ver entrar a Vimes.

—¿Excelencia?

—A veces —dijo Vimes—. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre miró con aprensión a lady Sybil, que estaba sentada cómodamente en la esquina con una sonrisilla en la cara.

—Excelencia, me temo que debo hacerle entrega de esta orden de cese y desistimiento, de parte de la junta de magistrados de este condado. Lo siento mucho, excelencia, y espero que entienda que va en contra de nuestros principios tener que hacer esto a un caballero, pero nadie está por encima de la ley y la ley hay que obedecerla. Yo soy William Pedrero, secretario de los citados jueces… —El señor Pedrero dejó la frase en el aire porque Vimes había caminado hasta la puerta.

—Solo quiero asegurarme de que no se marcha con prisas —explicó Vimes mientras cerraba con llave—. Siéntese, por favor, señor Pedrero, porque es precisamente el hombre con el que quería hablar.

El secretario se sentó receloso, claramente con muy pocas ganas de ser ese hombre. Sostuvo ante él un pergamino con un sello de lacre rojo, la clase de añadidos de los que se cree que vuelven oficiales los documentos, o por lo menos caros y difíciles de entender, que de hecho viene a ser lo mismo.

De repente, Vimes cayó en la cuenta de que todos aquellos años viéndoselas con lord Vetinari en realidad habían sido una clase magistral, si hubiera sabido verlo en su momento. Bueno, era el día del examen. Volvió a su silla, se puso cómodo, formó un caballete con los dedos y miró con la frente arrugada y por encima de ellos al secretario durante diez segundos enteros, un lapso de tiempo que solía ponerlo nervioso a él cada vez que lo padecía y, por tanto, sin duda debería funcionar con aquel mamón. Entonces resquebrajó el silencio.

—Señor Pedrero, hace tres noches se cometió un asesinato en mis tierras. La propiedad de la tierra significa algo por estos pagos, ¿no es así, señor Pedrero? En apariencia el móvil fue implicarme en la desaparición de un tal Jetro Jefferson, herrero. Puede considerarme algo ofendido, pero eso no fue nada comparado con la magnitud de la ofensa que sentí al conocer al agente Feeney Desenlace, nuestro policía local, un chico decente, bueno con su madre, que a pesar de todo parecía opinar que respondía ante una misteriosa junta de magistrados, en vez de ante la ley. ¿Los magistrados? ¿Quiénes son los magistrados? ¿Una especie de consejo local? Da la impresión de que nadie supervisa a esa gente, no hay juez de apelación y… ¡No he terminado de hablar!

El señor Pedrero, con la cara descompuesta, se derrumbó de nuevo en su asiento. Lo mismo hizo Vimes, intentando no cruzar la mirada con Sybil por si la hacía reír. Convirtió su rostro en una máscara de tranquilidad y prosiguió:

—Y parece, señor Pedrero, que en este distrito los trasgos son oficialmente alimañas. Las ratas son alimañas, como lo son los ratones, y opino que las palomas y los cuervos podrían serlo también. Pero esos no tocan el arpa, señor Pedrero, no hacen vasijas de una factura exquisita y, señor Pedrero, no suplican piedad, aunque debo decir que he visto a algún ratón que otro que lo intentaba, meneando el hociquillo, lo que en efecto me inducía a soltar el martillo. Pero me estoy desviando del tema. Es posible que los trasgos sean unos seres desdichados, poco higiénicos y mal alimentados, rasgos en los que se parecen bastante al común de los mortales. ¿Dónde pondrán la regla sus magistrados, señor Pedrero? Por supuesto, en Ankh-Morpork no usamos regla, porque en cuanto los trasgos sean alimañas, los pobres serán alimañas, los enanos serán alimañas y los trolls serán alimañas. Ella no era una alimaña y suplicó que no la mataran.

Se apoyó en el respaldo y esperó a que el señor Pedrero se diera cuenta de que tenía la capacidad del habla. Cuando lo hizo, afrontó su situación como todo auténtico secretario, no haciéndole caso.

—Pese a todo, señor Vimes, usted se encuentra fuera de su jurisdicción, y me atrevería a decir que le está inculcando al agente Desenlace maneras de pensar y, me atrevería a decir, comportarse que no presagian nada bueno para él en su carrera…

El secretario no pasó de allí porque Vimes lo interrumpió.

—¿Qué carrera? ¡No tiene carrera! Es un policía que está solo, con la posible excepción de unos cerdos. Es buen chico en el fondo, no se asusta a las primeras de cambio y escribe con letra clara y redonda, y además sin faltas, lo que en mi mundo lo señala automáticamente como futuro sargento. En cuanto a la puta jurisdicción, el asesinato es el crimen de los crímenes. ¡Según los omnianos, fue el tercer crimen que cometió la humanidad! No conozco ninguna sociedad del mundo que no lo considere un c[[25]](#footnote-25)rimen que debe investigarse con seriedad, ¿entendido? Y en cuanto a la ley, ¿va a venir a hablarme a mí de la ley? No estoy por encima de la ley, pero sí justo debajo de ella, ¡y sosteniéndola! Y estoy trabajando con el señor Feeney, y tenemos un cómplice de asesinato en su celda, y aquí triunfará la justicia y no los intereses particulares.

—Bien dicho, Sam —dijo Sybil con lealtad, a la vez que iniciaba ese discreto pero inconfundible aplauso con el que la gente intenta animar a los demás a que se unan.

El señor Pedrero, en cambio, se limitó a repetir:

—Bien dicho, señor, pero aun así tengo instrucciones de detenerlo. Verá, los magistrados me han tomado juramento como policía, y el joven Desenlace ha sido relevado de sus funciones. —Se estremeció a causa del súbito helor.

Vimes se levantó.

—¡No creo que vaya a permitirle que me detenga hoy, señor Pedrero! Me atrevo a decir que Sybil le permitirá tomar una taza de té, si la desea, pero yo me voy a ver al alguacil en jefe Desenlace. —Se levantó, abrió la puerta y salió de la habitación, de la Mansión y, a una velocidad razonable, bajó hacia el calabozo.

A medio camino, Willikins lo alcanzó.

—No he podido evitar oír toda esa basura, comandante, debido a que estaba escuchando detrás de la puerta como manda la sección quinta del código del caballero del caballero. ¡Qué desfachatez! ¡Me necesitará para vigilar sus espaldas!

Vimes negó con la cabeza.

—No creo que un civil deba involucrarse, Willikins.

Willikins tuvo que apretar el paso porque Vimes estaba acelerando, pero logró replicar entre jadeos:

—Mire que decirme eso a mí, comandante. —Y siguió corriendo pese a todo.

Algo pasaba en la mazmorra. A Vimes le pareció que podía tratarse de una disputa doméstica, una escaramuza, posiblemente un altercado o incluso un todos contra todos, en cuyo caso algunos de esos todos saldrían malparados. Se le ocurrió una idea feliz: sí, a lo mejor era una reyerta, palabra siempre útil porque nadie sabe del todo lo que significa pero suena peligrosa.

Vimes rompió a reír apenas vio lo que sucedía. Feeney estaba plantado delante del calabozo, con la cara roja como una remolacha y su porra ancestral en las manos. Era muy posible que ya la hubiese empleado contra la pequeña aglomeración de gente que intentaba asaltar el edificio, porque había un hombre tumbado en el suelo con la mano en la entrepierna y gimiendo. Sin embargo, la dilatada experiencia de Vimes le decía que el certero contratiempo del caído tenía mucho que ver con la señora Desenlace, que ocupaba el centro de un semicírculo de hombres, todos prestos a saltar hacia atrás tan pronto como moviera la escoba en su dirección.

—¡No os atreváis a decir que mi Feeney no es policía! Es policía, como lo fueron su padre, su abuelo y su bisabuelo antes que él. —Hizo una breve pausa y prosiguió a regañadientes—. Perdón, miento, ese último era un delincuente, ¡pero de todas formas eso es casi como ser policía! —La escoba zumbó mientras la anciana la blandía de lado a lado—. ¡Os conozco a todos! Algunos sois guardabosques y otros contrabandistas, ¡y algunos sois unos hijos de puta, y disculpad mi klatchiano! —Para entonces había avistado a Vimes y, tras detenerse tan solo a descargar su escoba como un mazo contra el pie de un hombre que había dado un paso en la dirección equivocada, le señaló con el dedo y gritó—: ¿Lo veis? ¡Él sí que es un caballero, y además un gran policía! Se puede distinguir a un policía de verdad, como mi Henry, en paz descanse, y también el comandante Vimes, porque llevan placas de las buenas que se han usado para abrir miles de botellas de cerveza, diría yo, y creedme que una de esas os haría daño si intentaran metérosla por la nariz. ¡Esos pedazos de cartón que me enseñáis vosotros dan risa! Como te acerques más, Davey Hackett —le advirtió al hombre más próximo—, te meteré esta escoba por la oreja, ¡créeme que lo haré!

Vimes analizó al grupo de asaltantes para intentar diferenciar a los violentos y peligrosos de los inocentes y estúpidos, y estaba a punto de espantar a una mosca que le rondaba por la cabeza cuando oyó que a los agresores se les cortaba la respiración y vio la flecha en los adoquines y a la señora Desenlace mirando cómo su escoba caía partida en dos.

En teoría, la señora Desenlace debería haber gritado, pero llevaba mucho tiempo en compañía de policías y por eso se puso roja, señaló la escoba rota y dijo, como solo podía decir una madre:

—¡Me costó medio dólar! ¡No crecen en los árboles, por si no lo sabíais! ¿Quién va a pagármela?

Al instante sonó un tintineo de manos frenéticas metidas en bolsillos. Un hombre con gran presencia de ánimo se quitó el sombrero y en él cayó una lluvia de monedas. Dado que muchas de ellas eran dólares y medios dólares pescados deprisa y corriendo, fue evidente que la señora Desenlace sería autosuficiente de por vida en cuanto a escobas.

Pero Feeney, que llevaba un rato a punto de estallar de ira, tiró el sombrero al suelo de un manotazo justo cuando se lo ofrecían a su madre.

—¡No! ¡Eso es como un soborno, mamá! Alguien te ha disparado. ¡He visto la flecha, ha salido directamente por el centro de ese grupo, justo por el centro! Ahora quiero que entres, mamá, porque no pienso perderte a ti además de a papá, ¿entendido? ¡Métete en casa de una vez, mamá, y te diré por qué: porque en cuanto cierres la puerta pienso enseñarles educación a estos caballeros!

Feeney estaba encendido. Si se le hubiera caído una castaña en la cabeza, habría explotado, y su ira —una ira pura y justa, la clase de ira en la que un hombre hallaría la idea, la inclinación y, sobre todo, la energía para matar a palos a todo aquel que le rodease— era una preocupación de magnitud mojacalzones para los confusos ciudadanos, a mucha distancia de la segunda clasificada, consistente en que había por lo menos seis dólares tirados en el suelo, así que ¿cuánto colaría que reclamasen?

Vimes no dijo ni una palabra. No había sitio para decirla. Una palabra podría retirar el freno que mantenía a raya la venganza. La porra ancestral de Feeney sobre su hombro parecía una advertencia de los dioses. En sus manos sería la muerte súbita. Nadie se atrevió a correr; sin duda, arrancar a correr sería declararse candidato para la contusión por roble silbante.

Tal vez ya hubiera llegado el momento.

—Alguacil en jefe Desenlace, ¿podemos hablar un momento, de policía a policía?

Feeney dirigió una mirada vidriosa hacia Vimes, como si intentara enfocar desde el otro extremo del universo. Uno de los hombres del perímetro lo tomó como una señal para echar a correr, y detrás del gentío se oyó un golpe y la voz de Willikins, que decía:

—Oh, le ruego que me disculpe, excelencia, pero este caballero ha tropezado con mi pie. Por desgracia, tengo los pies muy grandes. —Y, para acompañar la disculpa, Willikins levantó a un individuo cuya nariz probablemente tendría mucho mejor aspecto hacia finales de la semana siguiente.

Todos los ojos se volvieron hacia Willikins excepto los de Vimes, porque allá entre las sombras, manteniéndose a distancia de la turba, estaba de nuevo ese maldito abogado. Con la turba no, como es obvio, un respetable abogado no puede formar parte de una turba, oh, no, él solo estaba allí para observar.

Feeney miró con cara de pocos amigos al resto de los hombres, porque tropezar es algo que puede pasarle a cualquiera.

—Agradezco la ayuda de su hombre, comandante, pero esta es mi mansión, ya me entiende, y diré lo que tengo que decir.

Feeney respiraba trabajosamente, pero su mirada volaba atrás y adelante para encontrar al primer hombre que se moviera o que tan siquiera tuviera aspecto de pretender moverse en un futuro.

—¡Soy un policía! No siempre uno bueno ni listo, pero soy policía y el hombre del calabozo es mi prisionero, y lo defenderé hasta la muerte, y si es la muerte de unos cabrones que se han plantado delante de mi madre con unas ballestas que no sabían usar, ¡pues bueno, que así sea! —Bajó la voz hasta que fue menos que un grito—. Ahora bien, os conozco, igual que os conocía mi padre, y mi abuelo también… bueno, por lo menos a algunos, y sé que tampoco sois tan malos… —Paró un momento y miró fijamente—. ¿Qué hace aquí, señor Pedrero, junto a una turba? ¿Ha estado untando algunas manos?

—Esa frase es calumniosa, joven —advirtió Pedrero.

Vimes se acercó poco a poco a Pedrero y susurró:

—No diré que está forzando su suerte, señor Pedrero, porque su suerte se ha agotado en el momento en que me ha puesto los ojos encima. —Se dio unos golpecitos en el costado de la nariz—. Un aviso: yo también tengo los pies grandes.

Ajeno a eso, Feeney continuó:

—Lo que quiero que sepáis todos es que hace unas noches apuñalaron a una chica trasga de la colina mientras suplicaba que no la matasen. Eso está mal. ¡Muy mal! Y un motivo es que un hombre capaz de apuñalar a una trasga el día menos pensado apuñalará a vuestra hermana. Pero voy a ayudar a mi… —Feeney vaciló antes de seguir—. A mi colega el comandante Vimes, y llevaré a los responsables ante la justicia. Y eso no es todo, no señor, ni mucho menos, porque veréis, al igual que vosotros sé que hace tres años agarraron a un montón de trasgos por la noche, los cargaron y los enviaron río abajo. Mi pobre padre hizo la vista gorda como le mandaron, pero yo no pienso hacer lo mismo. No sé si alguno de vosotros ayudó entonces, y ahora mismo no me preocupa demasiado porque los paisanos de por aquí tienden a hacer lo que les mandan, aunque a lo mejor a algunos les gusta hacer lo que les mandan más que a otros.

Feeney giró sobre sí mismo para asegurarse de que todos se daban por aludidos.

—¡Y sé otra cosa! Sé que ayer por la tarde, cuando nosotros íbamos camino de Cuelgaclavo, un grupo de trasgos de Saliente fue apresado y enviado en un barco de bueyes río abajo hacia…

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has contado antes? —gritó Vimes.

Feeney no miró en su dirección para no perder de vista al gentío.

—¿Cómo, antes? Lo siento, comandante, pero no he parado en todo el día y no me he enterado hasta justo antes de que llegara esta panda, y desde entonces he estado ocupado. Es probable que el barco pasara por aquí mientras nosotros aún abríamos barriles en Cuelgaclavo. Esta panda quería que le entregase a mi… a su… a nuestro prisionero, y luego por supuesto mi madre se ha metido de por medio, por así decirlo, y ya sabe que las cosas siempre se complican cuando hay una madre de por medio. ¡Creo que no he dicho a nadie que se mueva!

Lo último iba dirigido a un hombre algo apurado que estaba casi doblado por la mitad con las manos en la entrepierna.

—Lo siento mucho, hum, Feeney, esto… agente, que diga, alguacil en jefe Desenlace, pero de verdad que necesito ir al baño, si no le importa, por favor, ¿muchas, muchas gracias?

Vimes miró al hombre agachado y dijo:

—¡Vaya, hombre, si es usted, señor Pedrero! ¡Willikins! Llévalo a alguna parte donde pueda atender sus necesidades, haz el favor. Pero no dejes de traerlo de vuelta. Y si resulta que en realidad no tenía ninguna necesidad, sé tan amable de asegurarte de que la tenga. —Quería decir mucho más en ese momento, pero al fin y al cabo estaba en el terreno de Feeney, y el chico se estaba desenvolviendo sorprendentemente bien en lo tocante a meterse con quienes se metían con las madres.

Y el chico aún no había terminado; su estado de ánimo sencillamente había pasado de acero fundido a hierro frío y duro.

—Antes de explicarles lo que sucederá a continuación, caballeros, me gustaría dirigir su atención al trasgo que está sentado allá arriba en ese árbol, observándoles. Todos los de por aquí saben quién es Tufos, y saben que de vez en cuando le pegan una patada, o bien él les gorrea un cigarrillo o les hace algún recado, ¿no es así?

Cundió entra la multitud una sensación de alivio sudoroso, porque lo peor parecía haber pasado. En realidad no había hecho más que empezar.

—El comandante Vimes quisiera hacerles saber, y en verdad yo también, que la ley vale para todo el mundo, y eso significa que también vale para los trasgos.

Eso suscitó unos cuantos asentimientos de cabeza, y Feeney prosiguió:

—Pero si la ley vale para los trasgos, entonces los trasgos tienen derechos, y si tienen derechos lo correcto sería tener un policía trasgo agregado al cuerpo de las Comarcas.

Vimes miró a Feeney lleno de asombro y no poca admiración. Los había pillado desprevenidos: estaban asintiendo con la cabeza y él había usado el asentimiento de correa y, antes de que pudieran reaccionar, los tenía asintiendo a un agente de policía trasgo.

—Bueno, caballeros, tengo intención de nombrar a Tufos agente especial en pruebas, para que pueda mantenerme al día de lo que pasa arriba en el monte. Tendrá placa, y cualquiera que le dé una patada de ahora en adelante estará agrediendo a un agente de policía en el cumplimiento de su deber. Creo que la pena no es solo que te ahorquen, sino que luego además te dejen rebotar un ratito arriba y abajo. Esta es una decisión interna del cuerpo que no requiere la autorización de ningún magistrado. ¿No es así, comandante Vimes?

A Vimes le asombró constatar cómo su boca respondía sin referencia alguna al cerebro.

—Sí, alguacil en jefe Desenlace, como recoge la sección 12, parte 3 de las Leyes y Ordenanzas de Ankh-Morpork, que suelen tomarse como modelo para los reglamentos policiales —añadió confiado, sabedor de que ninguno de los presentes les había puesto jamás la vista encima y que, aunque lo hubiera hecho, con toda probabilidad no habría podido leerlas.

Vimes se estremeció por dentro. Se había salido con la suya teniendo a enanos, trolls y al final hasta hombres lobo y vampiros en la Guardia, aunque con ciertas condiciones obvias, pero era el resultado de una influencia ejercida durante años. Vetinari siempre decía: «¿Qué es normal? Normal es ayer, la semana pasada y el último mes tomados en su conjunto». Y así, suponía Vimes, habían ido colando los cambios uno tras otro para dejar que lo normal evolucionase poco a poco… Pero al señor Tufos, o mejor dicho, el agente especial en pruebas Tufos, más le valía confinar su actividad policial a la cueva. Sí, en el fondo no era tan mala idea; con solo que lograra hacer que dejasen a los pollos en paz, a lo mejor creaba una oportunidad para lo normal. Al fin y al cabo, a la gente no parecía preocuparle mucho que quienes consideraban sus superiores les arrebatasen sus derechos y libertades, pero de algún modo se tomaban un hueco en el gallinero como una bofetada y lo trataban como tal.

Feeney, que se estaba quedando sin aliento, ya casi había terminado.

—No puedo obligar a ninguno de vosotros a que me cuente nada, pero ¿hay alguien deseoso de ayudarme con mis pesquisas?

Vimes intentó que nadie viera su expresión, y menos que nadie Feeney. Admitido, el capitán Zanahoria había sido como él al principio y —¿era posible?— puede que incluso el joven Sam Vimes fuera así también, pero sin duda cualquiera entendería que es de locos esperar que un integrante de una muchedumbre levante la mano y diga: «¡Sí, agente! Me encantaría contarle todo lo que sé, y quisiera que estos distinguidos caballeros fueran mis testigos!».

Lo que se hacía después de una actuación como esa era esperar sin más, esperar a que alguien se acercase discretamente y susurrara algo cuando no hubiera gente cerca, o a que simplemente inclinase la cabeza en la dirección adecuada o, y eso le había pasado a Vimes, a que escribiera tres iniciales con cerveza derramada en la barra de un bar y las borrara del todo al cabo de dos segundos. Algún listillo acabaría pensando: Quién sabe, a lo mejor Feeney podría llegar a ser un pez gordo, ¿no? Llevarme bien con él podría convenirme algún día.

Vimes dispersó de un bufido la nube rosa de la vergüenza.

—Bueno, caballeros, en calidad de comandante de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, yo diría que su máximo funcionario policial está siendo bastante indulgente con ustedes. Yo no lo sería, así que ya pueden estarle agradecidos. Alguacil en jefe Desenlace, ¿a cuántos conoce de verdad entre estos… caballeros? —preguntó asegurándose de cargar de desdén la última palabra.

—Bueno, a la mitad más o menos, comandante, si se refiere a sus nombres, familias, domicilios y demás. El resto son de fuera. No puedo decir que sean todos unos angelitos, pero la mayoría no son muy mala gente.

La sensatez de ese discursillo dadas las circunstancias cosechó un puñado de sonrisas cómplices para Feeney, cierto alivio generalizado y, felizmente, dio el pie a Vimes, que dijo:

—Entonces, ¿cuál de ellos llevaba una flecha cargada en su ballesta, cree usted, señor Feeney?

Pero antes de que el joven tuviera tiempo de abrir la boca, Vimes había girado sobre sus talones para ver llegar al señor Pedrero, traicionado por su digestión. Willikins, cuyos instintos rara vez erraban, seguía vigilándolo. En voz alta y jovial, Vimes comentó:

—Veo que mi buen amigo el señor Pedrero ha regresado y, como él es abogado y yo policía, sabemos cómo hablarnos el uno al otro. Venga por aquí, señor Pedrero.

Agarró al reacio abogado por el brazo con suavidad pero con firmeza y lo alejó un poco del grupo, que los observaba, para satisfacción de Vimes, con inmediata y profunda desconfianza.

—Es abogado de verdad, ¿no, señor Pedrero? ¿No será criminalista, por causalidad?

—No, excelencia, me especializo sobre todo en asuntos de terrenos y propiedades.

—Ah, mucho menos peligroso —dijo Vimes—, y supongo que es miembro del colegio de Ankh-Morpork, que preside mi viejo amigo el señor Slant.

Lo dejó caer con tono campechano, pero sabía que el nombre del viejo zombi sembraba el terror en el corazón de cualquier abogado, aunque no estuviera nada claro si el propio señor Slant tenía uno. Y ahora el señor Pedrero debía de estar pensando bastante rápido. Si tenía un mínimo de sentido común y leía su Boletín de Derecho entre líneas, sería consciente de que, si bien el señor Slant se plegaba (con cierta rigidez) a los deseos de los ricos e influyentes, no le gustaban los errores. Tampoco le gustaba que los legos y los abogados ineptos desacreditasen a la justicia, ya que creía que ese cometido en concreto debía dejarse en manos de los abogados de prestigio, como el señor Slant, capaces de hacerlo con atención, estilo y a trescientos dólares la hora. Y el señor Pedrero debía de estar pensando que, dado que parecía que los terratenientes de la región se habían inventado las leyes que más les convenían, algo que era prerrogativa de la curia legal en su conjunto, el señor Slant no sería un zombi feliz; y, como la costumbre y la práctica modernas dictaban que ya no debía pasearse gimiendo con los brazos extendidos directamente por delante de él (tal vez sosteniendo una cabeza cortada en uno de ellos, para mayor efecto), era conocido por descargar su todavía considerable bilis sobre abogados jóvenes, insolentes y con ínfulas, hablándoles durante algún tiempo con voz tranquila y suave, después de lo cual todos afirmaban que la cabeza cortada era, en comparación, la opción vegetariana.

Vimes observó la cara del joven mientras se planteaba sus escasas opciones y descubría que el plural sobraba.

—Yo me esforcé por asesorar debidamente a los magistrados en lo relativo a su situación, por supuesto —explicó, como quien ensaya un alegato—, pero lamento decir que adoptaron la perspectiva de que, ya que poseen las tierras de por aquí, ellos deciden cuáles son las leyes a aplicar en ellas. Debo decir que son, en sí, unas personas bastante decentes.

A Vimes le sorprendía lo bien que aguantaba su genio últimamente.

—Tierra —dijo—, me gusta bastante la tierra, es una de mis cosas favoritas para estar encima. Pero la tierra, el terrateniente, la ley, en fin… Quién no se confundiría un poco, ¿eh? Sobre todo en presencia de unos honorarios generosos. Y es muy fácil ser una persona la mar de decente cuando puedes permitirte contratar a personas totalmente indecentes, personas que ni siquiera necesitan órdenes, solo un gesto y un guiño.

En ese momento sonó un trueno, que en realidad no acababa de encajar con el último comentario y por tanto no revestía ningún significado oculto. Pese a todo, fue un trueno gigantesco que recorrió el cielo dejando caer bloques de sonido. Vimes alzó la mirada y vio un horizonte con los colores de un moratón, mientras a su alrededor el aire estaba en calma, hacía calor y la vegetación estaba llena de insectos y otras criaturas que no podía identificar pero zumbaban. Tras comprobar que aún no necesitaba buscar cobijo, devolvió su atención al angustiado picapleitos.

—¿Le puedo sugerir, señor Pedrero, que descubra de repente un motivo acuciante para viajar a la ciudad y posiblemente hablar con algunos de los abogados más veteranos? Sugiero que se describa a sí mismo como un necio y, cuando vean sus pantalones mojados, les servirá de confirmación, créame. Si es necesario, quizá me vea con ánimo de hacer una declaración a su favor, expresando mi parecer de que su conducta fue estúpida y malaconsejada, más que delictiva.

La expresión de gratitud parecía sincera, de modo que Vimes añadió:

—¿Por qué no prueba el derecho penal? Hoy en día consiste más que nada en lesiones graves y asesinatos. Podría decirse que es un bálsamo para el alma. Solo un par de cosillas, de todas formas: ¿qué sabe de los trasgos que mandaron río abajo? ¿Y qué sabe de la desaparición de Jefferson, el herrero?

Nunca es agradable vérselas con una pregunta difícil cuando estás pensando en subirte a un caballo y recorrer una larga distancia a gran velocidad.

—Puedo asegurarle, excelencia —respondió el abogado— que no sé nada sobre la desaparición del herrero, si es que en verdad no es sencillamente que se ha marchado a trabajar a otra parte. ¿Y los trasgos? Sí, sé que despacharon a unos cuantos hace tiempo, pero asumí este cargo hace dos años y no puedo hacer ningún comentario sobre aquellas circunstancias. —Luego añadió con tono remilgado—: No me consta en absoluto que ningún trasgo haya sido desposeído de su domicilio últimamente, como parece creer el alguacil en jefe.

Volviéndose de espaldas para que la curiosa muchedumbre no pudiera ver bien lo que sucedía, Vimes lo fulminó con la mirada.

—Le felicito por su cuidada ignorancia, señor Pedrero. —Entonces agarró al estirado abogado por el cuello y dijo—: Escúcheme, mierdecilla. Lo que me dice puede ser cierto estrictamente hablando, pero es un abogado muy imbécil si no se ha dado cuenta de que un puñado de terratenientes no puede decidir por su cuenta y riesgo que la ley es cualquier cosa que les apetezca a ellos. Si quiere quedar bien con los dos bandos, señor Pedrero, como imagino que quiere, entonces quizá encuentre un momento en su apretada agenda para informar a sus anteriores patronos de que el comandante Vimes los tiene bien calados y el comandante Vimes sabe qué hacer con ellos. Sé quiénes son, señor Pedrero, porque el alguacil en jefe Desenlace me ha dado una lista de nombres.

Aflojó la presión poco a poco y añadió en voz baja:

—Muy pronto este será un sitio desventurado para usted, señor Pedrero. —Luego, volviéndose para que la gente lo viera, tomó la mano del patidifuso abogado, la sacudió con brío y anunció en voz alta—: Muchas gracias por una información tan valiosa, señor. ¡Me facilitará mucho mis investigaciones, no lo dude! Y estoy seguro de que el alguacil en jefe Desenlace opinará exactamente lo mismo. La vida sería mucho más fácil para todos nosotros si hubiera más personas rectas igual de rápidas a la hora de ayudar a la policía con sus pesquisas. —Miró al horrorizado abogado y dijo en voz algo más baja—: No soy un experto, pero varios de estos hombres tienen cierto aspecto que reconozco: probablemente posean más dientes que neuronas, y ahora, señor Abogado, se están preguntando cuánto sabe usted y cuánto me ha contado. Yo no pararía a hacer las maletas si fuera usted, y espero que tenga un caballo rápido.

El abogado se fue pitando y, tras un expresivo gesto de Feeney con la cabeza, lo mismo hizo la turba, que más o menos se evaporó en el paisaje. Otra bola en la tronera, pensó Vimes. Caen las rojas, caen las de colores, pero tarde o temprano tienes que ir a por la negra.

Se había quedado en compañía de Willikins y el alguacil en jefe, que miró alrededor como quien cae en la cuenta de que no solo ha mordido más de lo que puede masticar, sino también más de lo que podría levantar a pulso. Enderezó la espalda cuando vio que Vimes lo miraba. Convenía un poco de refuerzo, de modo que Vimes se le acercó y le dio una palmada en la espalda.

—¡Bueno, que me aspen! ¡Bien hecho, alguacil en jefe Desenlace, y esta vez no me río de ti, Feeney, no me cachondeo, no te ridiculizo y no puedo creerme que seas el chico que conocí hace dos días! ¡Les has plantado cara, y tanto que sí! ¡A un hatajo de idiotas peligrosos! ¡Con abogado!

—¡Han disparado una flecha a mi madre! ¡Ya, ellos dicen que no, que solo querían espantarnos! ¡Dicen que no tenían flechas! Y yo les he dicho, rápido como un rayo, bueno, no tendréis ninguna ahora porque las habéis usado contra mi madre, ¿verdad? ¡O sea que eso lo demuestra, les he dicho, es pura lógica, y no han sabido qué decir!

—Bueno, yo mismo estoy sin palabras, Feeney, porque me ha parecido oír que decías que ayer enviaron más trasgos río abajo. ¿Cómo lo has descubierto?

Feeney señaló hacia el calabozo con el pulgar y sonrió.

—Aquí tiene la llave, señor, basta que entre y hable con nuestro prisionero. ¡Le encantará, señor, se ha puesto como loco cuando ha sabido que venían a por él y ha cantado como un ruiseñor! ¡Ha sido para verlo!

—Por lo general decimos que cantan como pajaritos, sin especificar tanto —corrigió Vimes mientras se volvía hacia el pequeño y chato edificio.

—Sí, señor, pero esta es una comisaría rural, señor, y yo sé de pájaros, señor, y ha cantado como un ruiseñor, igualito. Una cadencia acuosa muy bonita, señor, solo superada por el trino del petirrojo, en mi opinión, debida probablemente a que estaba muy, pero que muy asustado, señor. Tendré que echar un cubo de agua ahí dentro en un minuto.

—¡Bien hecho una vez más, Feeney! ¿Puedo sugerirte que entres ya a ver cómo se encuentra tu madre? Estará preocupada por ti. Las madres se preocupan, ya lo sabes.

Pequeño Loco Arthur estaba impresionado. ¿Por qué no le había hablado nadie antes del pasi-corri? Bueno, hasta hacía poco no había descubierto que era, de nacimiento, un Nac Mac Feegle en vez de, como le habían dado a entender, el hijo de unos pacíficos gnomos zapateros. Los feegles no llevaban zapatos ni eran pacíficos. Como muchas personas antes y después que él, Pequeño Loco Arthur siempre había creído que estaba en la vida equivocada.

Cuando se descubrió el pastel por casualidad, todo pareció adquirir sentido. Podía enorgullecerse de ser un Nac Mac Feegle, si bien uno que disfrutaba de alguna visita ocasional al ballet y sabía leer una carta en quirmiano o, ya puestos, sabía leer y punto.

Volaba por encima de los cálidos cielos azules de Howondalandia, trazando grandes círculos y disfrutando de lo lindo. ¡El continente entero! Había personas en él, o eso decían, pero a grandes rasgos lo que veía desde el aire eran desiertos, montañas y, sobre todo, jungla verde. Dejó que el albatros flotara a la deriva en las corrientes térmicas mientras su penetrante mirada buscaba lo que sospechaba que podría encontrar allí. En realidad, no se trataba de una cosa en sí, sino de un concepto: rectangular. A la gente que sembraba le gustaba lo rectangular. Era ordenado. Facilitaba las cosas.

¡Y allí estaba! Justo allí abajo, en la costa. Claramente rectangular y en grandes cantidades. Tras un frugal tentempié de huevo duro, convenció al pájaro de que se posara en la copa de un árbol. Saltar hasta el suelo no era una empresa temible para alguien de sangre feegle.

Mientras la tarde daba sus últimos coletazos, Pequeño Loco Arthur cruzó hileras y más hileras de olorosas plantas de tabaco. Pero también destacaban por su rectangularidad, en aquella tierra de geometría escasa, los cobertizos que se veían no muy lejos.

Inició su aproximación con sigilo, que incrementó al ver el montón, blanco y complejo a la luz del ocaso. La blancura estaba formada por huesos. Huesos pequeños, no de feegle pero demasiado pequeños para ser humanos; y luego, cuando investigó un poco más, vio los cadáveres. Uno de ellos aún se movía, más o menos.

Pequeño Loco Arthur reconocía a un trasgo a primera vista. Ya había bastante gente que miraba mal a los feegles para que ellos se hicieran los exquisitos a propósito de los trasgos. Eran un condenado incordio, pero hasta los feegles reconocerían de mil amores que ellos también lo eran. Y ser un incordio no es algo por lo que se deba morir. En resumen, Pequeño Loco Arthur identificó esa situación como muy mala.

Echó un vistazo al que se movía. Estaba cubierto de heridas. Tenía una pierna doblada sobre sí misma y su cuerpo supuraba por un sinfín de cicatrices. Pequeño Loco Arthur reconocía la muerte a primera vista, y eso era lo que flotaba en el aire. Captó la súplica en el ojo que le quedaba al trasgo, sacó su cuchillo y puso fin a su sufrimiento.

Mientras lo contemplaba, una voz a su espalda dijo:

—¿Y de dónde cojones te has escapado tú?

Pequeño Loco Arthur señaló su placa, que en su caso tenía el tamaño de un escudo, y anunció:

—Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, amigu.

El fornido humano lo miró fijamente.

—Aquí no hay ninguna ley, seas lo que seas, canijo cabrón.

Como decía siempre el comandante Vimes en sus ocasionales discursos enardecedores a la tropa, lo que distinguía a un buen agente era su capacidad para improvisar en circunstancias poco familiares. Pequeño Loco Arthur recordaba la cita con mucha claridad. «Nadie espera que seáis abogados de primera —había dicho Vimes—, pero si tenéis pruebas que sugieren que la acción que os proponéis está, a la vista de ellas, justificada, entonces deberíais ponerla en práctica».

Y entonces Pequeño Loco Arthur, rellenando casillas en su cabeza, pensó: La esclavitud es ilegal. Sé que antes se hacía, pero no conozco ni un sitio donde siga existiendo. Los enanos no la usan, tampoco los trolls, y sé que lord Vetinari se opone en redondo. Lo repasó todo una vez más para asegurarse de que no se dejaba nada y después miró al hombre malcarado.

—Perdone, señor. ¿Qué es lo que acaba de decirme?

El hombre esbozó una sonrisa horrenda y agarró el mango de su látigo.

—He dicho que aquí no hay ley, pequeña mofeta rabiosa.

Se produjo una pausa y Pequeño Loco Arthur echó un vistazo al trasgo muerto en el apestoso matadero cubierto de huesos.

—Prueba otra vez.

Como batalla fue más bien un monólogo, y el único que habló fue Pequeño Loco Arthur. Solo había una docena o así de centinelas en la plantación, porque los seres famélicos y encadenados, por lo general, no plantan cara. Además, no llegaron a saber contra quién luchaban. Era una especie de fuerza desconocida que aceleraba adelante y atrás por los terrenos y luego hacia arriba por las perneras de los pantalones hasta dejar a sus propietarios sin ningunas ganas de pelear o, ya puestos, de nada más.

Los puñetazos salían de la nada. Quienes corrían eran zancadilleados. Los que no, acababan inconscientes. Fue, por supuesto, una lucha injusta. Suele serlo cuando se pelea contra los Nac Mac Feegle, aunque sea uno solo y se enfrente a un pelotón.

Después, Pequeño Loco Arthur encontró cadenas en varias de las cabañas y apresó con esmero a todos los centinelas postrados. Solo entonces abrió el resto de cabañas.

La puerta de hierro del calabozo golpeó contra la piedra cuando entró Vimes, que pese a ello fue con cuidado con dónde ponía los pies.

Y el señor Aleteo cantó, vaya si cantó. Vimes no tenía autoridad ornitológica para juzgar si el canto tiraba más hacia los ruiseñores o hacia los petirrojos, pero aunque hubiese cantado como una rana no le habría importado, porque cantó sobre un parásito llamado Benny Sin Nariz, que deambulaba como suelen hacer los de su calaña con la esperanza de recoger cualquier bagatela descuidada, y que le había cambiado un par de botas —«No sé de dónde han salido y tú tampoco, ¿vale?»— por un pavo la misma tarde antes de que empezara la pesadilla para Ted.

—Bueno, señor —le dijo Aleteo—. Me preguntó usted por lo que pasó hace años, ¿vale?, y entre una cosa y la otra, lo que podría haber sucedido ayer no se me pasó por la cabeza, si usted me entiende. Pasó todo muy de golpe. En fin, que sí, dijo que habían acoplado una gabarra a un barco de dos bueyes esa misma tarde, y que a él le olía a trasgos porque había vivido cerca de su cueva en Saliente y ese olor no se olvida nunca, o eso le dijo al encargado del muelle, un hombre conocido por todos como Bamboleo Sin Nombre, porque muchas veces camina raro cuando le ha pegado a la botella, y él le dijo: «Sí, los mandan hacia abajo para aprovechar el buen momento, y tú no los has visto nunca y yo tampoco, ¿entendido?». Será muy importante para alguien, porque Stratford va a bordo. Alguien debió de ponerse firme con eso, porque a Stratford… bueno, no le gustan los barcos. Ni el agua, ya puestos. No viaja nunca en barco si puede evitarlo.

Vimes no gritó de alegría. Ni siquiera sonrió, o eso esperaba —había que procurar no hacerlo si podía evitarse—, pero se concedió un punto por haber sido educado con Aleteo. Nadie podía salir libre como un feegle después de una acusación de complicidad en un asesinato, pero había maneras y maneras de cumplir sentencia y, si todo aquello salía como él esperaba, Aleteo tal vez descubriera que la condena se le pasaba cómodamente, e incluso tal vez más rápido de lo normal.

—Bueno, gracias, Ted —respondió—, lo investigaré. Entretanto, te dejo en las capaces manos del alguacil en jefe Desenlace, para quien un prisionero es tan sagrado como su querida madre, créeme. —Sacó la llave para abrir la puerta y después hizo una pausa como si se le hubiese ocurrido un dato importante por casualidad—. ¿Un barco de dos bueyes? ¿Navega el doble de rápido?

Y ahora Aleteo era un experto en tráfico fluvial.

—En realidad no, pero puede remolcar más carga y navegar también de noche, ¿entiende? Verá, un barco de un buey tiene que parar al anochecer en un embarcadero de ganado para que la bestia pegue un bocado y eche una cabezadita antes del amanecer, y eso cuesta tiempo y dinero, es así.

Prisionero o no, Ted se había erigido en profesor para ilustrar a los pobres ignorantes.

—Pero con dos bueyes, en fin, uno puede tomarse un respiro mientras el otro sigue moviendo el barco. Imagino que detrás de ese habría tres o cuatro barcazas, que no es mucho para un buey río abajo en esta época del año. —Sorbió por la nariz—. Yo quería ser timonel de un barco de bueyes, pero claro, los putos zoones lo tenían todo pillado. Sí que estuve embarcado en uno una tempor[[26]](#footnote-26)ada, fregando y dando de comer a los animales, pero prefiero los pavos.

—¿Y el nombre del barco? —preguntó Vimes con tacto.

—¡Ja, lo sabe todo el mundo! Es el más grande del río. ¡Todo el mundo conoce el Portento de Chichi!

Los monólogos interiores pueden desarrollarse con bastante rapidez, y el de Vimes fue este: «A ver que piense. Ah, sí, seguro que había un capitán que tenía una esposa llamada probablemente Clementina, o Casimira, o algún otro nombre muy largo, y él puso al barco su diminutivo porque la quería mucho. Y ahí lo tienes. No hace falta darle más vueltas, porque hay un número finito de palabras, letras y sílabas a disposición de la lengua, y a quien no pueda aceptarlo más le valdría no levantarse nunca de la cama». Y así, apaciguado su cerebro, soltó el cepo que mantenía en su sitio el acto reflejo de poner cara de tonto avergonzado y dijo:

—Gracias por tu colaboración, Ted, ¡pero si nos lo hubieras dicho antes a lo mejor habríamos podido atrapar el maldito barco!

Aleteo lo miró perplejo.

—¿Atrapar al Chichi? ¡Pero, hombre, señor, si eso podría hacerlo un hombre con una sola pierna! ¡Es un carguero, no una lancha! Aunque haya navegado toda la noche, a estas alturas no habrá llegado mucho más allá de Recodo de la Defensa. El recorrido es todo curvas, ¿entiende? ¡Yo diría que nunca se puede avanzar ni un kilómetro sin encontrar un meandro! Y además está lleno de rocas. De verdad, en el Viejo Traicionero hay que zigzaguear tanto que muchas veces cortas tu propia estela.

Vimes asintió.

—Una última cosa, Ted. Recuérdamelo otra vez… ¿Qué aspecto tiene el señor Stratford exactamente?

—Bueno, ya sabe, señor, del montón. No sé cuántos años tiene. A lo mejor veinticinco, a lo mejor veinte. Pelo así como castaño claro. Ninguna cicatriz que se vea, eso sí que es raro. —Ted parecía avergonzado por la parquedad de su información, y se encogió de hombros—. Altura así como mediana, señor. —Buscó algún detalle a la desesperada y acabó rindiéndose—. La verdad, parece un hombre cualquiera, señor, hasta que se enfada, eso sí. —La cara de Ted se iluminó—. Entonces, señor, es cuando parece Stratford.

Willikins estaba sentado en el banco de debajo del castaño con las manos apoyadas con calma sobre las rodillas. Se le daba bien. Tenía un don para reposar del que Vimes carecía. Debía de ser cosa de sirvientes. Si no tienes nada que hacer, no hagas nada, pensó. Y mira que a él le vendría bien un descanso ahora mismo. Quizá había pruebas navegando corriente abajo mientras él estaba ahí plantado pero, al parecer, a una velocidad que casi podría superarse a pie. Por desgracia, Sybil tenía razón. A su edad había que ser sensato. A veces había que recobrar el aliento mientras aún quedara. Se sentó junto al hombre y dijo:

—Un día interesante, Willikins.

—En efecto, comandante, y déjeme decir que el joven agente Desenlace ha desempeñado sus responsabilidades con gran aplomo. Tiene usted talento para inspirar a las personas, si me permite decírselo.

Hubo un rato de silencio, y luego Vimes dijo:

—Bueno, también nos ha ayudado que algún puto insensato haya disparado una flecha. Se les notaba que estaban pensando en lo que podría pasar si formabas parte de la pandilla que mató a una anciana. Esa clase de problemas no te los quitas de encima fácilmente. ¡Es lo que los ha descolocado! Está claro que ha sido un golpe de suerte para nosotros —añadió Vimes sin volver la cabeza. Dejó que el silencio se prolongase mientras la tormenta bramaba a lo lejos y, cerca, lo que fuera que cantaba entre las matas continuaba su recital en el bochorno de la tarde.

»Pero me intriga una cosa —prosiguió como si se le acabase de ocurrir—. Si hubiera sido alguien de las primeras filas quien ha disparado la ballesta, estoy seguro de que lo habría visto, y si estaba por detrás, tendría que haber tenido la inteligencia y habilidad suficientes para apuntar en un espacio tal vez muy estrecho. Habría sido un disparo muy astuto, Willikins.

Willikins seguía mirando hacia delante con placidez. El vistazo de reojo de Vimes no captó indicios de humedad en su frente. Entonces el caballero del caballero habló.

—Imagino que estos chicos de campo son unos hachas del tiro de exhibición, comandante.

Vimes le dio una palmada en la espalda y se rió.

—Bueno, eso es lo más curioso, ¿no te parece? O sea, ¿has visto lo que llevaban? Era material de segunda, en mi opinión, no muy bien mantenido, la clase de trastos que el abuelo traía a casa de alguna guerra, mientras que esa flecha… he reconocido a ese mal bicho, y era un pivote hecho a medida para el Pedacificador Modelo IX de Burleigh y Fuerteenelbrazo, ¿recuerdas?

—Me temo que deberá refrescarme la memoria, comandante.

Vimes empezaba a pasárselo bien.

—¡Vamos, te acordarás! Solo se fabricaron tres, y dos de ellas siguen bajo llave con refuerzo mágico en las cámaras acorazadas de la compañía, pero la otra… ¿En serio que no te acuerdas? La otra está encerrada a cal y canto en esa pequeña caja fuerte que instalamos en el sótano de la avenida Pastelito el año pasado. Tú y yo echamos el cemento mientras Sybil y el crío estaban fuera, y pasamos tierra por todo el suelo para que nadie pudiera encontrársela por casualidad. Cualquiera a quien se halle en posesión de una va derecho a la horca, dijo Vetinari, y el Gremio de Asesinos declaró para el Times que la horca sería una merienda campestre comparada con lo que le pasaría a quien ellos le encontrasen una encima. Es que piénsalo: apenas se ve que es una ballesta. Silenciosa, se pliega en un periquete y cabe en un bolsillo, fácil de ocultar y mortífera en manos de un hombre hábil, como tú o yo. —Vimes volvió a reír—. No te sorprendas, Willikins, recuerdo lo bien que te defendías incluso con una ballesta militar reglamentaria durante la guerra. Vete a saber lo que podría lograr alguien como tú con el maldito Pedacificador. Solo me pregunto cómo habrá acabado uno de ellos en el campo. Al fin y al cabo, Feeney ha confiscado todas las armas que ha encontrado, pero a lo mejor uno de esos tipos lo llevaba escondido en la bota. ¿Qué opinas tú?

Willikins carraspeó.

—Bueno, comandante, si me permite serle franco, podría deducir que hay muchos trabajadores en Burleigh y Fuerteenelbrazo, lo cual es un factor, y por supuesto los cargos directivos del fabricante de armas más famoso de las llanuras también podrían haber decidido escamotear un puñado de ellos a modo de recuerdos antes de que se ilegalizara el modelo, y quién sabe dónde podrían haber acabado. No se me ocurre ninguna otra explicación.

—Bueno, desde luego es posible que tengas razón —dijo Vimes—. Y aunque dé mucho miedo que uno de esos trastos pueda andar por las calles en alguna parte, debo reconocer que el idiota que lo haya usado nos ha ayudado mucho a salir de una situación peliaguda. —Calló durante un momento y luego añadió—: ¿Has tenido algún aumento de sueldo últimamente, Willikins?

—Estoy del todo satisfecho con mis emolumentos, comandante.

—Son del todo merecidos pero, como más vale prevenir, me gustaría que, nada más llegar a casa, comprobaras el sótano de todas formas, si eres tan amable. Porque obviamente, si hay uno de esos puñeteros trastos ahí fuera, quiero asegurarme de que sigo teniendo el mío. —Y mientras Willikins se volvía, Vimes prosiguió—: Ah, y Willikins, tienes mucha, mucha suerte de que Feeney no sea muy bueno atando cabos.

¿Era eso un levísimo suspiro de alivio? No podía ser.

—Agilizaré ese trámite tan pronto como entremos en el edificio, comandante, y estoy seguro de que, si decide bajar usted mismo al cabo de un rato para efectuar una comprobación personal, la encontrará guardada donde siempre ha estado.

—Estoy seguro de que lo haré, Willikins; pero me pregunto si podrías resolverme un problema. Tengo que alcanzar al Portento de Chichi. Que es un barco, por supuesto —se apresuró a aclarar.

—Sí, señor, conozco el navío en cuestión. Recuerde que ya llevaba un tiempo aquí antes de que llegaran usted y la señora, y dio la casualidad de que me pilló cerca del río cuando pasó corriente arriba. Recuerdo que la gente me lo señaló. Me dieron a entender que subía hacia Saliente para cargar, probablemente mineral de hierro extraído de la mina enana, lo que me sorprendió bastante porque en general lo funden directamente en sus minas y lo exportan en barras, por tratarse de un método más económico, señor.

—Fascinante —dijo Vimes—, pero creo que, por lento que vaya, debería partir tras él.

Feeney salía en ese momento de la casita.

—Ya he oído la historia del… del barco, chico. Tendríamos que ir tirando ahora que todavía hay luz.

Feeney hasta hizo el saludo marcial.

—Sí, eso lo tengo claro, señor, pero ¿qué pasa con mi prisionero? Quiero decir que mi madre puede darle las comidas y vaciarle el cubo, no será la primera vez, pero no me gusta dejarla sola tal y como están las cosas, ya me entiende.

Vimes asintió. En casa solo tenía que chasquear los dedos para que un guardia se pusiera de inmediato a su disposición, pero allí… Bueno, no tenía elección.

—¡Willikins!

—¿Sí, comandante?

—Willikins, en contra de lo que dicta mi sentido común y me atrevería a decir que el tuyo, por la presente te nombro agente especial y te ordeno que lleves al prisionero a la Mansión y lo pongas a buen recaudo en ella. Hasta un puñetero ejército tendría que estar loco para atacar la Mansión con Sybil dentro. Pero solo por si acaso, Willikins, no se me ocurre otro hombre más capacitado para proteger a mi familia.

Willikins se llevó la mano a la sien, rebosante de satisfacción.

—Sí, señor, órdenes recibidas y comprendidas, señor. Puede confiar en mí, señor, aunque… ejem, bueno, cuando volvamos a la ciudad, ¿podría, hum, por favor, no contar a nadie que fui poli durante una temporada? Tengo amigos, señor, amigos queridos que me conocen desde hace mucho tiempo, y me cortarían las orejas si se enterasen de que he sido madero.

—Bueno, que no se diga que limpié la reputación de un hombre contra su voluntad —dijo Vimes—. ¿Nos entendemos? Te agradecería que contuvieras los excesos de aventurerismo. Basta con que vigiles al prisionero y te asegures de que no le pase nada. Si eso significa que tiene que pasarle algo a algún otro, dentro de un orden, lo aceptaré con resignación.

Willikins se puso solemne.

—Sí, señor, entendido por completo, señor. Mi peine no saldrá de mi bolsillo.

Vimes suspiró.

—Llevas muchas cosas en los bolsillos, Willikins. Raciona su uso, hombre. Y, por cierto, diles a Sybil y al joven Sam que papá está persiguiendo a los malos y volverá pronto, por favor.

Feeney pasó la mirada de Vimes a Willikins.

—Me alegro de que eso esté resuelto, caballeros —señaló, y añadió con nerviosismo—: Ahora, si está preparado, comandante, nos acercaremos a la caballeriza y alquilaremos un par de caballos. —Dicho eso arrancó a caminar a paso ligero hacia la aldea y no dejó a Sam Vimes otra alternativa que seguirlo.

—¿Caballos? —preguntó.

—Desde luego, comandante. Por lo que tengo entendido, así deberíamos alcanzar al Chichi dentro de una hora. La verdad, probablemente también lo pillaríamos corriendo, pero más vale prevenir, ¿no le parece? —Feeney puso cara de vergüenza durante un momento—. No suelo montar mucho a caballo, señor, pero intentaré no hacer el ridículo delante de usted.

Vimes abrió la boca. Luego la cerró y atrapó las palabras: «Chico, preferiría subirme a un cerdo que a un caballo, si no te importa. Quiero decir que los cerdos solo corren, pero ¿los caballos? La mayor parte del tiempo no tengo nada contra los caballos, y luego me posiciono con mucha firmeza contra los caballos y después salgo disparado hacia arriba de nuevo, de manera que una vez más no tengo nada contra los caballos, pero sé que al cabo de medio segundo el maldito tormento empieza de nuevo, y sí, antes de que me vengas con el rollo de que "No pasa nada si se levanta cuando ellos bajan", deja que te diga que eso nunca me ha funcionado, porque entonces o estoy por encima y algo por detrás del caballo o estoy contra el caballo con tanta fuerza que me alegro mucho de que Sybil y yo hayamos decidido tener un solo hijo…».

Feeney, sin embargo, estaba activo y parlanchín.

—Supongo que en el valle del Koom debía de haber muchos caballos, ¿eh, señor?

Y Vimes se quedó bloqueado.

—En realidad, chico, a los trolls no les sirven para nada y se dice que los enanos se los comen a escondidas.

—Vaya, eso debió de ser un chasco para un luchador como usted, comandante.

¿Un luchador? Puede, pensó Vimes, por lo menos cuando no se presenta ninguna alternativa, pero por los siete infiernos, ¿de dónde has sacado la idea de que estoy cómodo mirando siquiera a los caballos? ¿Y por qué seguimos caminando hacia un establo que estará lleno de esos malditos bichos, piafando, resoplando, babeando y poniendo los ojos en blanco, que es lo que hacen? Bueno, te diré por qué. Es porque me acojona demasiado decirle a Feeney que me acojonan demasiado. ¡Ja, la historia de mi vida, demasiado cobarde para ser cobarde!

En ese momento, Feeney retiró una pesada cancela de madera que, para el susceptible oído de Vimes, chirriaba como una horca nueva, y se le escapó un gemido mientras entraban. Sí, era una caballeriza y a Vimes le erizaba el cabello. Y allí estaban, los inevitables habituales del lugar: patizambos, sin más de un botón en la chaqueta y con cierto aire de rata en la nariz y de horquilla en las piernas. Habrían servido para jugar a cróckett. Todos y cada uno llevaban una brizna de paja en la boca, probablemente porque era su único alimento. Impotente, Vimes fue presentado a unos hombres que desde luego habían oído hablar de él, un policía muy importante, vaya, mientras Feeney lo pintaba como la clase de hombre que insistiría en cabalgar a lomos del animal más veloz que tuvieran en la cuadra.

Sacaron dos monturas de aspecto maligno, y Feeney tuvo la generosidad de ceder la más grande a Vimes.

—Aquí tiene, señor. Otra vez en la silla de montar, ¿eh? —dijo mientras le pasaba las riendas.

Mientras Feeney negociaba el alquiler, Vimes sintió que algo tiraba de su pierna y al bajar la vista se encontró con la cara sonriente del agente especial Tufos, que susurró:

—¿Gran problema, compañero poo-lii colega? Gran problema para un hombre con miedo a los caballos. ¡Anda que no! Odia caballo, se huele miedo. Tú llévame, poo-lii. Yo arreglo. No preocupes. Necesitas a Tufos de todas formas, ¿sí? ¿Encuentras trasgo asustado? ¡Pánico pánico pánico! ¡Pero Tufos manda callar trasgos, servidor a pesar de apariencias no gilipollas del todo, no señor!

El pequeño trasgo infeliz bajó aún más su voz cascada y añadió, tan flojo que Vimes apenas pudo oírlo:

—Y Tufos nunca jamás dicho nada sobre hombre que limpia camisas de poo-lii y su vaya esta, ¿eh? ¿Señor Vimes? No hay raza tan desgraciada que no haya algo ahí fuera cuidando de ella, señor Vimes.

Las palabras golpearon a Vimes como un bofetón en la cara. ¿Eso lo había dicho el mamoncete? ¿De verdad lo había oído? Las palabras habían caído en la conversación como salidas de alguna otra parte, de alguna parte muy otra. Miró a Tufos, que le devolvió la mirada haciendo castañetear sus dientes con desparpajo y luego se coló terroríficamente bajo el caballo en el preciso instante en que, al otro lado del patio, el comité de expertos en debate ecuestre cerraba las negociaciones con Feeney. El que parecía el jefe se escupió en la mano y Feeney, contraviniendo todas las normas de sanidad, hizo lo propio, y luego se dieron la mano y algo de dinero cambió de manos y Vimes esperó que fuera del que se lavaba las manos.

Entonces, delante de Vimes, y posiblemente para su propia sorpresa, el caballo se arrodilló. Vimes solo lo había visto en un circo, y todos los demás actuaron como si no lo hubieran visto nunca.

Tufos había desaparecido como por arte de magia, pero cuando unos ojos incrédulos observan, como dice el venerable filósofo Ly Tin Wheedle, debes hacer algo si no quieres quedar, en el gran orden cósmico, como un capullo. Y así Vimes arqueó las piernas y avanzó arrastrando sus pies a ambos lados del caballo con toda la naturalidad que pudo, mientras emitía los extraños chasquidos que había oído usar a los mozos de cuadra para todas sus órdenes, y el caballo se alzó sobre sus cascos y elevó a Vimes con la delicadeza de una cuna, para asombro y posterior ovación de las masas patizambas, que aplaudieron mientras decían cosas como «¡Madre mía, señor, tendría que trabajar en un circo!». Mientras tanto, Feeney era todo admiración, por desgracia.

Se estaba levantando viento pero todavía quedaba algo de luz, y Vimes dejó que el agente abriera la marcha a un trote suave, que se demostró suave de verdad.

—Parece que va a llover, comandante, o sea que podríamos tomárnoslo con un poco de calma hasta que dejemos atrás Terreno del Gaitero, y después giramos por los bajíos de Cuello de Johnson, donde podemos rodear el melonar a un medio galope, y para entonces ya deberíamos de tener el Chichi a la vista. ¿Le parece bien, señor?

Sam Vimes esperó unos segundos con aire solemne para dar la impresión de que tenía la más mínima idea de cómo era la geografía local, y luego dijo:

—Bueno, sí, no me parece mal plan, Feeney.

Tufos se encaramó por la crin del caballo, volvió a sonreír y alzó un gran pulgar, que por suerte era suyo.

Feeney asió las riendas.

—¡Bien, señor, entonces más vale que nos animemos!

Vimes tardó un poco en entender del todo lo que sucedía. Estaba Feeney sobre su caballo, sonó el chasquido de marras, y después no hubo ni Feeney ni caballo, pero sí un buen montón de polvo a lo lejos y la voz cascada de Tufos gritando:

—¡Agárrese fuerte, señor Poo-lii!

Y entonces el horizonte saltó hacia él. En cierto sentido, galopar no era tan malo como trotar, y Vimes consiguió tumbarse más o menos sobre el caballo y desear que alguien supiera lo que sucedía. Tufos parecía estar al mando.

El camino era bastante ancho y cabalgaban por él a gran velocidad dejando una estela de polvo blanco; después, de pronto iban hacia abajo mientras a la derecha de Vimes la tierra se elevaba y el río aparecía detrás de unos árboles. Ya sabía que era un río que no le veía sentido a las prisas. Al fin y al cabo estaba hecho de agua, y el consenso general es que el agua tiene memoria. Se conocía la rutina: evaporarse, flotar en una nube hasta que alguien organizaba a todo el mundo y después caer en forma de lluvia. Pasaba continuamente. No tenía sentido apresurarse. Después del primer chapoteo, ya estaba todo visto.

Y así el río serpenteaba. Hasta el Ankh era más rápido; y aunque el Ankh apestaba como una cloaca, no se bamboleaba poco a poco, de una orilla a otra, como hacía el Viejo Traicionero, que no parecía estar muy convencido de todo eso del ciclo del agua. Y mientras la corriente se retorcía como una culebra, lo mismo hacían las orillas que, en consonancia con el paisaje plácido y parsimonioso, estaban cubiertas de espesa vegetación.

Pese a todo, Feeney no aflojó el ritmo, y Vimes se limitó a seguir agarrado, fiel al razonamiento de que los caballos probablemente no se tiraban al agua por su propia voluntad. Permaneció aplastado contra el lomo porque de otro modo las ramas y el enmarañado follaje, cada vez más bajos, amenazaban con derribarlo de su montura como a una mosca.

Ah, sí, las moscas. En la ribera se criaban por millones. Las notaba arrastrándose por su pelo hasta que alguna hoja o ramita las expulsaba. Las probabilidades de avistar el Portento de… embarcación sin acabar decapitado parecían extremadamente escasas.

Y aun así, de repente llegó un descanso para las castigadas posaderas de Vimes: un banco de arena con varios troncos varados y Feeney que acababa de tirar de las riendas de su caballo para detenerlo. Vimes consiguió enderezarse de nuevo, justo a tiempo, y los dos hombres desmontaron.

—¡Muy bien hecho, comandante! ¡Salta a la vista que nació en la silla de montar! ¡Buenas noticias! ¿Lo huele?

Vimes inspiró una ración de moscas y un hedor muy intenso a estiércol.

—Flota en el aire, ¿eh? —dijo Feeney—. Ese es el olor de un barco de dos bueyes, ¡inconfundible! Van fregando la cubierta sobre la marcha, ya sabe.

Vimes observó el crecido caudal.

—No me sorprende.

A lo mejor, pensó, había llegado el momento de sostener una pequeña charla con el chaval. Carraspeó y miró el barro con rostro inexpresivo mientras ordenaba sus pensamientos; un pequeño reguero de agua atravesaba el banco de arena, y los caballos piafaban inquietos.

—Feeney, no sé qué es lo que nos espera cuando atrapemos el barco, ¿entendido? No sé si podemos obligarles a dar media vuelta, si sacaremos a los trasgos y los llevaremos a casa por tierra firme o si tendremos que perseguirlo a caballo hasta la costa, pero aquí mando yo, ¿lo entiendes? Mando yo porque estoy muy acostumbrado a que la gente no quiera verme delante de ella, o vivo siquiera.

—Sí señor —empezó Feeney—, pero creo…

Vimes siguió imperturbable.

—No sé lo que vamos a encontrar, pero sospecho que los que intentan adueñarse de un barco, aunque sea de un estercolero flotante como el Chichi, probablemente son considerados y tratados como piratas por parte de la tripulación, y por eso yo daré las órdenes y quiero que hagas exactamente lo que te diga, ¿vale?

Durante un momento pareció que Feeney iba a poner pegas, y luego asintió sin más, dio una palmadita a su montura y esperó, mientras otra minúscula ola rompía junto a los caballos. El repentino silencio de alguien por lo general tan locuaz desconcertó a Vimes.

—¿Estás esperando algo, Feeney?

El chico asintió y dijo:

—No quería interrumpirle, comandante, y como acaba de decirme manda usted, pero estaba esperando a que dijese algo que yo quisiera oír.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Bueno, señor, para empezar me gustaría oírle decir que va siendo hora de montar y salir de aquí a toda velocidad porque el agua está subiendo a ojos vistas y pronto despertarán los caimanes.

Vimes miró a su alrededor. Uno de los troncos, de los que con tanta alegría se había desentendido, estaba extendiendo patas. Aterrizó sobre la grupa de su caballo con las riendas en la mano en poco más de un segundo.

—Tomaré esa orden por dada, entonces, ¿le parece? —gritó Feeney mientras arrancaba en pos de Vimes.

Este no intentó frenar hasta que juzgó que se encontraban lo bastante altos en la ribera para que cualquier cosa que viviera en el agua perdiera el interés en ellos, y entonces esperó a que Feeney lo alcanzara.

—De acuerdo, alguacil en jefe Desenlace, sigo mandando yo, pero accedo a respetar su conocimiento local. ¿Satisfecho con eso? ¿De dónde narices sale esa agua?

Desde luego estaba creciendo: cuando habían partido habría hecho falta una regla para constatar que fluía, por poco que fuese, pero ahora pequeñas olas bailaban una detrás de otra y empezaba a caer una lluvia fina.

—Es la tormenta que se nos acerca por detrás —explicó Feeney—, pero no se preocupe, señor, lo único que significa es que el Chichi amarrará si hay demasiada corriente. Entonces podremos subir a bordo tranquilamente.

La lluvia empezaba a arreciar, y Vimes preguntó:

—¿Qué pasa si decide seguir adelante? No falta mucho para que anochezca, ¿verdad?

—¡Eso no será ningún problema, comandante, no se preocupe! —gritó Feeney con irritante jovialidad—. Seguiremos por los caminos. El agua nunca llega tan arriba. Aparte, dondequiera que esté, el Chichi tendrá encendidas las luces de navegación, que son rojas, lámparas de aceite, de hecho. O sea que no se preocupe —concluyó Feeney—. Si sigue en el río lo encontraremos, señor, de una manera u otra, y si no le molesta la pregunta, señor, ¿qué pretende hacer entonces?

Vimes no estaba seguro, pero a ningún oficial le gusta decir eso nunca, de modo que en cambio contraatacó con otra pregunta.

—¡Señor Feeney, cualquiera que le oiga diría que este río es inofensivo! ¡Mire allí! —Señaló un punto de la otra orilla donde el agua se arremolinaba, borboteaba y crecía casi a ojos vistas mientras la contemplaban.

—Bah —dijo Feeney—, el Viejo Traicionero siempre arrastra desechos. No hay que preocuparse mientras no se forme un jodepresas. Solo ocurren muy de vez en cuando, cuando se dan las circunstancias,[[27]](#footnote-27) señor, y puede estar seguro de que el capitán pondrá el Chichi a salvo de cualquier peligro si viene uno. Además, es imposible que maniobre en el río de noche y con mal tiempo; el Viejo Traicionero está plagado de troncos a la deriva y bancos de arena. ¡Sería un suicidio, hasta para un patrón tan bueno como el señor Piebobo!

Cabalgaron en silencio, salvo por el terrible fragor y borboteo de las aguas oscuras del torrente, debajo de la orilla. Quedaba ya muy poca luz y era de un naranja sucio, ayudada por ocasionales relámpagos a los que seguían unos truenos que sonaban como piedras al partirse. En los bosques de ambos lados del río los árboles se iluminaban y de vez en cuando ardían, lo cual, pensó Vimes, por lo menos ayudaba a orientarse. La lluvia ya le estaba calando la ropa, y por eso gritó con una voz que delataba su convencimiento de que le gustaría la respuesta a lo que estaba a punto de preguntar:

—Hablando de todo un poco, y por pasar el rato, chico, ¿te importaría contarme qué es exactamente un jodepresas?

El primer intento de Feeney quedó ahogado por un trueno que sonó a sus espaldas, pero al siguiente se hizo oír.

—Es un fenómeno ocasional causado por una tormenta que se queda encerrada en el valle y provoca el desprendimiento de unos detritos que se amontonan de cierta manera, señor…

Tufos trepó hasta la cabeza del caballo, salido de quién osaría elucubrar dónde. Resplandecía con una tenue luz azul y espectral. Vimes estiró un dedo para tocarlo y una minúscula llama azul le danzó sobre la mano. Lo conocía.

—Fuego de San Ungulante —dijo en voz alta, y lamentó no estar en condiciones de usarlo para encender su último puro, incluso aunque fuese una exhalación de los cadáveres de los ahogados. A veces uno necesitaba tabaco y punto.

Feeney contemplaba la luz azul con tal expresión de horror que a Vimes le supo fatal distraerlo, pero insistió:

—¿Luego qué pasa, chico?

Un relámpago con buen ojo para los golpes de efecto iluminó el rostro de Feeney cuando este se volvió.

—Bueno, comandante, se acumulan más y más detritos que se enredan hasta formar un solo bloque, y el río sube tanto de nivel detrás de ellos que tarde o temprano supera la resistencia de la presa natural, que sale arrastrada corriente abajo y barre o vuelca despiadadamente todo lo que encuentre a su paso, hasta llegar al mar, señor. ¡Por eso este río se llama el «Viejo Traicionero»!

—Bueno, por supuesto —dijo Vimes—, yo solo soy un hombre sencillo de la ciudad que no sabe mucho de estas cosas, pero ¿hago bien en creer que una acumulación de detritos que baja arrastrada por la corriente y barre o vuelca todo lo que encuentra a su paso hasta llegar al mar se considera por lo general algo malo?

Detrás de ellos sonó un prolongado crujido cuando otro árbol fue alcanzado por un rayo.

—Sí, señor. Se ha dejado la palabra «despiadadamente», señor —señaló Feeney atento—. Creo que de verdad deberíamos intentar alcanzar al Chichi lo antes posible.

—Opino que tienes razón, chico, y ahora mismo sugiero…

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo Tufos, y fuera lo que fuese el propio Tufos en realidad, los caballos se estaban poniendo nerviosos hasta el punto de casi desbocarse. Había tanta agua en el aire y quedaba tan poca luz que la diferencia entre el río y la orilla solo podía apreciarse viendo en cuál se caía.

Además, la lluvia era ya un chaparrón que golpeaba desde todas las direcciones, incluso de abajo a arriba, y la sinfonía de oscura destrucción se oía al ritmo de las orillas que se deslizaban de manera inexorable hacia las aguas revueltas. Los caballos ya estaban fuera de sí, y dirección era una palabra sin sentido, como también calor, y el mundo no era sino oscuridad, agua, desesperación fría y dos ojos rojos.

Feeney la vio primero y luego Vimes captó el olor. Era el olor intenso y desesperado de unos bueyes que empezaban a preocuparse mucho, y era lo bastante denso para dejarse notar entre tanta confusión. Asombrosamente, el barco seguía batiendo el agua con sus paletas y avanzando, más o menos, a pesar de que la flotilla de barcazas que llevaba en ristre coleaba, se enredaba y a grandes rasgos se sacudía de lado a lado del río como la cola de un gato enfadado.

—¿Por qué no ha amarrado en alguna parte? —gritó Feeney a la tormenta. Sonaba a desesperación, pero Vimes desmontó, agarró la forma pegajosa de Tufos y dio a su caballo una palmada en la grupa. Sin duda a esas alturas tendría más posibilidades por su cuenta que quedándose con él.

Y entonces, por un momento, sus ojos mentales contemplaron el valle del Koom. Aquel día había estado al borde de la muerte, cuando el aguacero bajó por las laderas del valle, entró en tromba por las innumerables cuevas de piedra caliza y lo estrelló contra paredes, suelos y techos hasta depositarlo por fin en una minúscula playa de arena, en la más completa oscuridad. Y la oscuridad se había hecho su amiga, y Vimes había flotado en la cara de la penumbra y allí había encontrado una progresiva iluminación y había entendido que el miedo y la furia podían batirse hasta convertirlos en una espada, y que el deseo de leer una vez más un libro a un niño podía forjarse en forma de escudo y armadura para un andrajoso y moribundo náufrago, que acabó estrechando la mano de los reyes.

Después de eso, ¿qué podía tener de terrorífico el rescate de unos trasgos y quién sabía cuántas personas más de un barco que se hundía en un río negro y traicionero en mitad de la atronadora y caudalosa oscuridad?

Echó a correr por la orilla empantanada mientras le entraba agua a chorros por el cuello. Pero correr no bastaba. Había que pensar. Tenías entendido que el piloto conocía el río y conocía su barco. Podría haber amarrado en cualquier momento, ¿verdad? Y no lo había hecho, pero era evidente que no era un idiota porque, aunque solo hacía unas horas que Vimes conocía el río, ya había comprendido que ningún idiota sobreviviría a más de unas pocas travesías en él. Estaba diseñado como una trampa para tontos.

Por otro lado, si no se era tonto, trabajar de patrón de un barco de bueyes no era mal plan: proporcionaba prestigio, respeto, responsabilidad y un salario fijo a cambio de un trabajo fijo, además de ser la envidia de los chavales de todos los embarcaderos. Sybil le había hablado de ellos, con cierto entusiasmo, una noche. Entonces, ¿por qué un hombre en una posición tan desahogada pilotaría un barco tan caro, con un cargamento tan valioso, río abajo en una noche que prometía la aniquilación en cualquier meandro serpentino, si nadie le culparía por amarrar durante un rato?

¿Por dinero? No, pensó Vimes. A este río le llaman Viejo Traicionero, y el dinero no servía para nada cuando te estabas hundiendo sin remisión en su fangoso abrazo. Aparte, Vimes conocía a esa clase de hombres y tendían a ser orgullosos, independientes e insobornables. Probablemente no pondría en peligro su barco aunque le pusieran una navaja en el cuello… Pero tradicionalmente la familia los acompañaba; el patrón siempre trabajaba en casa, ¿no decían eso?

¿Y qué haría un patrón desesperado en ese caso? ¿Qué haría si amenazasen con degollar a una esposa, o a un hijo? ¿Qué otra cosa podría hacer sino seguir navegando, confiado a una vida de experiencia para ponerlos a todos a salvo? Y no se trataría de un único invitado indeseable, no, porque entonces intentarías embarrancar de golpe con los músculos tensos para, aprovechando la confusión, saltar sobre el malhechor caído y estrangularlo con tus propias manos, pero la treta no funcionaría si se había traído un aliado. En ese caso te quedabas al timón, encomendado a la esperanza y la oración, mientras esperabas que en cualquier momento llegara el estruendo del jodepresas.

Feeney corría por la orilla detrás de él, y logró decir entre jadeos:

—¿Qué piensa hacer, señor? ¡En serio! ¿Qué vamos a hacer?

Vimes hizo oídos sordos a Feeney por un momento. Ya le bastaba con lidiar con la lluvia, la espuma en ebullición de las olas y los troncos caídos, pero no perdió de vista la ristra de barcazas. Logró identificar un ritmo en su serpenteo, pero se veía alterado en todo momento por fragmentos de madera a la deriva y por cualquier intento de pilotaje que tuviera lugar allá arriba, en la timonera. Cada vez que la barcaza más atrasada topaba contra la orilla, se producía un momento, un precioso instante, en el que un hombre podría saltar a bordo si fuera un insensato.

De modo que saltó, y se dio cuenta de que cada salto tendría que engendrar otro salto y que no mantener el ritmo significaría caer a la corriente, y al saltar a la barcaza siguiente, que se bamboleaba y cabeceaba a merced del oleaje, solo cabía esperar que no se le quedase atrapado un pie entre las dos, porque dos barcazas de casi ocho metros chocando como un bocadillo con un pie en medio harían algo más que dejar un cardenal. Pero Tufos corría, brincaba y hacía piruetas justo por delante de él, y Vimes fue lo bastante rápido para captar el mensaje; aterrizó de lleno en la barcaza siguiente, y sorprendentemente lo mismo hizo Feeney, que se echó a reír, nada menos, aunque había que estar a un palmo de él para oírlo.

—¡Bien hecho, señor! Hacíamos esto de pequeños… lo hacían todos los niños… las mejores eran las más grandes…

Vimes había recobrado el aliento tras los primeros dos saltos. Según lo que Feeney le había contado, el Portento de Chichi era un carguero grande y lento pero capaz de remolcar cualquier peso. Podría haber cualquier cosa en esas barcazas, pensó, pero todavía no olía a trasgo y aún quedaban dos gabarras y un temporal que intentaba empeorar aún más.

Mientras pensaba eso, reapareció Tufos, que al parecer podía ir y venir sin que se le viera hacer ni lo uno ni lo otro. Y seguía brillando ligeramente. Vimes tuvo que agacharse para hablar con él.

—¿Dónde están, Tufos?

El trasgo se tiró un pedo, muy probablemente como lo hace un payaso, más para entretener que por alivio. Contento a todas luces con la reacción, graznó:

—¡Barcaza número uno! ¡Fácil de llegar! ¡Fácil de echar comida!

Vimes escudriñó la distancia que los separaba de la barcaza más cercana al Chichi. ¿No tendría que haber alguna clase de pasarela? ¿Algún medio de entrar en las embarcaciones para que la tripulación pudiera acceder a la carga? Se volvió de nuevo hacia Feeney, que chorreaba agua, mientras otro relámpago lo iluminaba.

—¿Cuánta tripulación, dirías tú?

Incluso a tan poca distancia, Feeney tuvo que gritar.

—¡Probablemente dos, o un hombre y un niño, abajo en lo que llaman la boyera! ¡Además del maquinista y normalmente un jefe de carga o capitán de bodega! ¡A veces un cocinero, si la mujer del capitán no quiere el trabajo, aunque la mayoría lo quieren, y luego uno o dos grumetes que aprenden el oficio y suelen hacer de vigías y pillos de embarcadero!

—¿Eso es todo? ¿No hay guardias?

—¡No, señor, esto no es alta mar!

Dos barcazas chocaron y escupieron una columna de agua que por fin consiguió llenar las botas de Vimes hasta arriba del todo. No tenía sentido vaciarlas, pero consiguió gruñir más alto que la tormenta.

—Tengo una noticia para ti, chico. El agua está subiendo.

Se armó de valor para el salto a la siguiente barcaza errática y se preguntó: Aun así, ¿dónde está la gente? No me digas que todos quieren morir. Esperó y saltó de nuevo cuando se le puso a tiro la siguiente barcaza, pero entonces un bandazo lo echó hacia atrás justo a tiempo para ver cómo su espada se tiraba al agua embravecida dando traviesas volteretas. Renegó, luchó por mantener el equilibrio, esperó a la siguiente oportunidad de sobrevivir por los pelos y esa vez lo consiguió. Saltó de nuevo y casi cayó de espaldas entre los maderos que entrechocaban pero, con un precario balanceo, cayó hacia delante en lugar de hacia atrás, y al aterrizar atravesó directamente una lona y se topó con una cara poco definida, que gritó:

—¡Por favor! ¡Por favor, no me mates! ¡Solo soy un criador de pollos complicados! ¡No llevo ningún arma! ¡Ni siquiera me gusta matar a los pollos!

Vimes había logrado caer con los brazos en torno a un hombre rechoncho, que habría vuelto a gritar si no le hubiese tapado la boca con la mano, antes de susurrar:

—Soy policía, señor. Disculpe las molestias, pero ¿quién cojones es usted y qué pasa aquí? Hable, no hay tiempo que perder.

Empujó al hombre un poco más adentro de la barcaza, hacia una oscuridad húmeda y un olor reconocible que informó a Vimes de que, fuera o no complicado su frenético interlocutor, acerca de los pollos no mentía. De la penumbra cloqueante y plumífera de las cestas de alambre del fondo surgía otro olor más, que anunciaba que una gran cantidad de pollos, que ni en el mejor caso son las más serenas de las criaturas, estaban muy, muy asustados.

La imprecisa silueta preguntó:

—¿La policía? ¿Aquí? ¡No me vengas con esas, hombre! ¿Quién te crees que eres, el puto comandante Vimes?

La barcaza cabeceó de nuevo y un huevo errabundo salió volando de la oscuridad y alcanzó a Vimes en la cara. Se lo limpió, o por lo menos lo esparció un poco, y dijo:

—Bueno, bueno, señor, ¿siempre tiene tanta suerte?

Su apellido era falso; añadiendo el nombre de pila, quedaba Elogio y Salvación Falso, y es inevitable que quien tiene un nombre falso insista en explicar por qué, incluso cuando una inminente muerte acuática no solo le mira a los ojos sino también al resto del cuerpo, incluidas posiblemente ambas perneras del pantalón.

—Verá, señor, mi familia es originaria de Klatch y nuestro apellido era Thakhula, pero claro, con el paso del tiempo la gente tiende a pronunciarlo mal con toda su…

Vimes lo interrumpió, porque era una alternativa más aceptable que estrangularlo.

—Por favor, señor Falso, ¿puede contarme lo que ha estado pasando en el Chichi?

—¡Oh, cielos, ha sido espantoso, de verdad, ha sido extremadamente espantoso! ¡Ha habido gritos y aullidos y estoy seguro de que he oído chillar a una mujer! ¡Y ahora no paramos de chocar contra la orilla, o por lo menos eso parece por como suena! ¡Y la tormenta, señor, nos hundirá en menos que un cordero sacude la cola dos veces, estoy convencido!

—¿Y no ha ido adelante a ver qué pasaba, señor Falso? —preguntó Vimes.

El hombre parecía atónito.

—Comandante, yo crío pollos complicados, señor, pollos extremadamente complicados. ¡No sé nada de luchar! ¡Los pollos nunca se ponen tan agresivos! Lo siento mucho, señor, pero no he ido a ver qué pasaba por si lo veía, señor, ¿sabe? Y si lo veía, señor, estoy seguro de que otros me verían a mí, señor, y como he razonado que serían personas que seguirían vivas después de que otras posiblemente estuvieran muertas, señor, y que tal vez fueran responsables de dichas muertes, señor, me he asegurado de que no me vieran, señor, si entiende lo que quiero decirle. Aparte, voy desarmado y tengo los pulmones débiles y un dedo del pie de madera. Y estoy vivo, de momento.

En verdad, Vimes lo consideró un razonamiento impepinable, de modo que dijo:

—No se preocupe, señor Falso, seguro que ya le dan bastante faena sus pollos complicados. ¿Dice que no tiene ningún arma en absoluto, entonces?

—Siento mucho decepcionarle, comandante, pero no soy un hombre fuerte. ¡Ya me ha costado lo mío arrastrar a bordo mi caja de herramientas!

Vimes no delató emoción alguna.

—¿Caja de herramientas? ¿Tiene una caja de herramientas?

El señor Falso volvió a agarrarse a la pared cuando la barcaza rebotó contra algo que no debería, y asintió:

—Pues sí, claro. Si conseguimos bajar en Quirm tengo un local que acondicionar con aseladeros para cien gallinas, y quien quiere un trabajo bien hecho hoy en día tiene que hacerlo en persona, ¿o no?

—Habla con un experto —dijo Vimes mientras otra colisión los hacía tambalearse—. Me pregunto si podría echarle un vistazo a esa caja de herramientas suya.

Hay ocasiones en la sinfonía del mundo en que su caleidoscopio auditivo de golpes, truenos, gritos y tormentas se funde de pronto en un único y gran «¡Aleluya!». Y la inocente caja de herramientas del pollero, que no contenía nada que no estuviera hecho de simples hierro, acero o madera, aun así resplandeció a ojos del comandante Sam Vimes igual que una hueste salida del cielo. ¡Mazos, martillos, sierras, de todo! ¡Hasta había un gran punzón de espiral! ¿Qué no podría haber hecho Willikins con un juguete como ese? ¡A-le-lu-ya! ¡Anda, si había una palanca! Vimes la sopesó y sintió que la Calle se elevaba hasta tocar sus pies. El hombre de los pollos complicados había oído gritar a una mujer…

Vimes giró sobre sus talones a la vez que la lona se movía a un lado y Feeney caía en el interior de la barcaza acompañado de un chorro de espuma.

—Sé que no me ha dado la señal, comandante, pero me ha parecido mejor informarle de que el agua está bajando.

Vimes vio que Falso cerraba los ojos y gemía, pero se volvió hacia Feeney y preguntó:

—Vale, eso es bueno, ¿no? ¿El agua? ¿Que baje?

—¡No, no lo es, señor! —chilló Feeney—. Sigue lloviendo a cántaros y el nivel del agua está bajando, y eso significa que río arriba se están apilando los suficientes árboles y arbustos derribados, barro y demás basura para formar una presa, que se vuelve cada vez más grande y crece por los lados a medida que el agua se le acumula detrás, señor. ¿Entiende lo que le digo?

Vimes asintió.

—¿Jodepresas?

Feeney asintió.

—¡Joder, sí! Tenemos dos opciones: ¿prefiere morir sobre el río o debajo? ¿Cuáles son sus órdenes, por favor, señor?

Otra colisión sacudió la barcaza, y Vimes contempló la oscuridad. En ese terrible anochecer alguien se las estaba ingeniando para impedir que el barco se fuera a pique. Una mujer había chillado y Vimes tenía una palanca. Casi sin pensar, metió la mano en la caja de herramientas y cogió una almádena, que entregó a Feeney.

—Ahí tienes, chico. Sé que te has traído tu cacho de madera oficial, pero la cosa podría ponerse íntima y personal. Échale la culpa a la pavorosa álgebra de la necesidad y trata de no darme a mí con eso.

Oyó que la voz de Feeney preguntaba, más frenética que antes:

—¿Qué vamos a hacer, comandante?

Y Vimes parpadeó y dijo:

—¡Todo!

El viento se llevó la lona en cuanto Vimes la retiró y la mandó volando al otro lado del río, con lo que el criador de pollos complicados quedó abandonado a su esperanza y con los huevos rotos. Se izaron hacia la oscuridad y sus sombras bailaron al compás de los relámpagos. ¿Cómo demonios se orientaba el patrón en aquel infierno? ¿Unos faros delanteros? Sin duda en una noche como esa no podrían hacer más que mostrar la oscuridad. Pero aunque flotaba la sospecha, con cada golpe y vaivén, de que el Chichi corría mucho peligro, Vimes oía ya el chapoteo de las paletas como si fuera un único tema fiable en aquella sinfonía del caos, un sonido regular y tranquilizador. Estaba avanzando. Había algo de orden en el mundo, pero ¿cómo podía el patrón dominar el caos? ¿Cómo se maniobra cuando no se ve?

Feeney se lo había explicado a toda prisa, y Vimes había expresado su absoluta incredulidad aún más deprisa.

—¡Es verdad, señor! ¡Se conoce todos los recodos del río, conoce el viento, sabe la velocidad que llevamos y tiene un cronómetro y un reloj de arena de reserva! Vira cuando es el momento de virar. Vale, roza un poco los bancos con el viejo Chichi, pero es un barco bastante resistente.

Saltaron juntos a la última barcaza y encontraron una trampilla cerrada con candado. Sin embargo, una palanca es una llave maestra universal. Y allí, debajo de la trampilla, había trasgos, todos ellos atados de pies y manos y amontonados como coles. Había centenares. Abrumado, Vimes buscó con la mirada a Tufos, que resultó estar detrás de él.

—Vale, amigo mío, tu turno. Vamos a soltarlos, desde luego, pero me vendría bien alguna garantía de que no tendré un repentino montón de trasgos furiosos retorciéndome la cabeza hacia los dos lados para ver por cuál se arranca, ¿entendido?

Tufos, que ya era flaco como un esqueleto, pareció aún más delgado al encogerse de hombros. Señaló los montones gimientes.

—Demasiado doloridos, demasiado rígidos, demasiado hambrientos, demasiado… —Echó un vistazo más detenido al trasgo de la parte inferior de una pila y tocó una mano fláccida—. Demasiado muertos para perseguir a nadie, señor Poo-lii. ¡Ja! Pero luego, dar comida, dar agua y ellos persiguen. ¡Sí, sí, persiguen que tú cagarte, seguro! Cuando yo hable con ellos, ¡seguro, sí! Pero les diré: poo-lii es gran capullo, vale, pero capullo bueno. Les diré, lo liquidáis, yo liquido a vosotros porque ahora yo poo-lii. ¡Poo-lii especial Tufos!

Vimes concluyó que era la mejor garantía que podía esperar dadas las circunstancias. Justo entonces Feeney logró destapar, haciendo palanca, un gran barril de los varios que rodaban por la cubierta. El hedor de la barcaza redobló su intensidad en el acto, y el joven se apartó con las manos sobre la boca. Tufos, en cambio, olisqueó con aire de aprobación.

—¡Chúpate esa! ¡Mollejas de pavo! ¡Manjar de dioses! Viaje asesino cabrón, pero buen servicio de a bordo.

Vimes lo miró. Bueno, vale, pensó, suele andar cerca de humanos y por eso se le pega el vocabulario, pero ¿eso no ha sido sospechosamente ingenioso? ¿Le estará dando clases de lengua la señorita Bidel? A lo mejor solo es un aventurero misterioso salido de vete a saber dónde que se quiere divertir a costa de un poli trabajador. No sería la primera vez.

Feeney ya estaba cortando cuerdas, y Vimes intentó reanimar con prisas a todos los trasgos que pudo. No era una empresa recomendable para alguien preocupado por la higiene, o que al menos tuviera una mínima noción de lo que significaba la palabra, aunque, después de una hora de tormenta en el Viejo Traicionero, de todas formas no significaba nada. Los trasgos se ponían de pie con apuros, volvían a caer, encontraban el camino hasta el barril volcado de cachos de pavo muerto y tropezaban sobre la resbaladiza cubierta hasta llegar a un revuelto y ya medio vacío abrevadero que Feeney había encontrado e iba llenando por el sencillo método de sacar un cubo por la borda. Estaban volviendo a la vida… la mayoría estaba volviendo a la vida.

La barcaza rebotó de nuevo contra una orilla y, entre trasgos tambaleantes, Vimes buscó un asidero. Media barcaza estaba llena de barriles que, si se olisqueaba cerca de ellos, desde luego no estaban llenos de rosas aromáticas. Se atrevió a afrontar de nuevo la inestable cubierta y afirmó:

—No creo que todo esto sea para una excursión a la playa, ¿y tú? ¡Estos pobres desgraciados no podrían comerse tantas entrañas apestosas de pavo ni en una semana! ¡Alguien planeaba un camino largo! ¡Madre mía!

La barcaza había chocado con algo y, por el sonido de cristales rotos, ese algo se había hecho añicos. Feeney se levantó agarrado a una maroma y, limpiándose la chaqueta de mollejas, dijo:

—Travesía, señor. No camino, señor. No haría falta todo esto para viajar por tierra. Supongo que llevan rumbo a algún puerto muy lejano.

—¿Crees que serán unas vacaciones de sol, mar, playa y diversión? —preguntó Vimes con sorna.

—No, señor —respondió Feeney—, y tampoco les haría gracia si lo fueran, ¿verdad? A los trasgos les gusta la oscuridad.

Vimes le dio una palmada en el hombro.

—Vale, alguacil en jefe Desenlace, no pegue a nadie que se rinda y, si un hombre suelta su arma, ándese con ojo hasta que esté seguro de que no tiene otra escondida en alguna parte, ¿vale? En caso de duda, noquéelos. Y eso sabe hacerlo: use con ellos el clásico Bong Nyam Plas Ten, ¿eh?

—Sí, señor, eso es una fórmula para hacer betún, señor, pero lo tendré presente.

Vimes se volvió hacia Tufos, que ya parecía un poquito más gordo de lo normal.

—Tufos, no tengo ni la menor idea de lo que va a pasar ahora. Veo que tus amigos empiezan a parecer vivos, y en ese caso tenéis las mismas posibilidades que los demás, hundiros o nadar, y es lo mejor que puedo ofreceros. Venga, vamos, Feeney.

A tan poca distancia, el Portento de Chichi era un cascarón que chirriaba y se mecía medio cubierto de hierbas y palos sueltos. Al margen de la tormenta y el traqueteo y rechinar de los mecanismos, estaba en silencio.

—De acuerdo —dijo Feeney en voz baja—, será mejor que entremos por la puerta del ganado de popa, señor, o, como diría usted, «la parte de atrás». No será un salto difícil, hay muchos asideros porque el jefe de carga tiene que venir a ocuparse de las barcazas. ¿Ve esa puerta doble con un portillo? Por ahí entraremos. Es probable que haya más cargamento en la rampa para el ganado, porque un jefe de carga nunca desperdicia espacio, y después avanzaremos hacia la crujía…

—¿Eso quiere decir «la parte de en medio del barco»? —preguntó Vimes.

Feeney sonrió.

—Sí, señor, y vaya con cuidado porque está llena de maquinaria. Ya verá a qué me refiero, porque es listo. Si da un paso en falso podría caerse en un engranaje o encima de un buey, y ninguna de las dos cosas le haría gracia. Hay mucho ruido, apesta y es peligroso, o sea que, si hay muchos bandidos a bordo del barco, no esperaría encontrarlos allí.

Yo sí, pensó Vimes; nuestro señor Stratford es la clase de maníaco dispuesto a seguir adelante en circunstancias suicidas. ¿Por qué? ¿Para que el cargamento esté muy lejos antes de que nadie sepa nada de él? Y Stratford trabaja para lord Óxido, y los Óxido creen que el mundo les pertenece. Llevamos trasgos a alguna parte, pero quieren mantenerlos vivos. ¿Por qué?

El impacto de otra colisión lo devolvió al espantoso presente de la barcaza, y dijo:

—Yo esperaría encontrarme con que vigilan como halcones a cualquier tripulante, no sea que meta una llave de tuercas en el mecanismo.

—Oh, muy listo, señor, pero que muy listo. Ahí dentro tiene que haber alguna luz, por razones de seguridad, pero no mucha y siempre detrás de un cristal, por…

Feeney vaciló, de modo que Vimes sugirió:

—¿Los incendios, quizá? No he conocido a ningún maquinista que no eche aceite allá donde pueda.

—Bueno, no es exactamente el aceite, señor, son las bestias. ¡El gas se acumula que da gusto! Y si el cristal se rompe, bueno, es lamentable pero espectacular. ¡Hace dos años el Peggy Gloriosa saltó por los aires por ese mismo motivo!

—¿Por aquí se come el Pend Nyam Cul Chuch con nabos?

—No, señor, que yo sepa no, pero la cocina bhangbhangduquesa de fusión es muy popular en los barcos, eso es cierto. En todo caso, más adelante encontrará la cabina del patrón, los camarotes y luego la timonera, que tiene unas ventanas muy anchas, otro buen motivo para atacar por detrás.

Para variar, fue un salto corto y con un buen asidero al otro lado. A Vimes no le preocupaba que lo oyeran. La cubierta chirrió bajo sus pies mientras se adentraba poco a poco en el Portento de Chichi y avanzaba hacia el centro del barco, o como narices se llamase de verdad, pero de todas formas ya chirriaba por todas partes, y también crujía. Había tanto ruido en el barco que un silencio repentino habría llamado la atención. Y busco a alguien que parece cualquiera, pensó, hasta el preciso momento en que parece el asesino sádico que es. Bueno, parece sencillo.

Vimes vio de refilón unas enormes ruedas que giraban frenéticas a ambos lados y unas cadenas que cruzaban por encima de su cabeza, y entonces, al final del tramo de escaleras, vio a alguien que desde luego no debería estar allí…

Era una mujer con una niña pequeña agarrada a su vestido. Las habían atado sin apretar mucho a una viga que chirriaba, y una lamparita de aceite sobre ellas las mantenía en el centro de su círculo de luz. Y probablemente el motivo era que había un hombre sentado en un taburete a poca distancia de ellas, con una ballesta en el regazo.

Y allí tenía un enigma, porque el tipo llevaba atado un cordel a cada pierna. Uno de ellos seguía por el suelo y desaparecía hacia abajo en lo que, a juzgar por el calor, la peste a corral y el ocasional mugido de ungulado en apuros, era la boyera que Vimes acababa de dejar atrás. El otro cordel se perdía hacia delante en dirección a la timonera.

La mujer lo vio y de inmediato estrechó a la niña contra su pecho y, muy poco a poco, se llevó un dedo a los labios. Solo le quedaba esperar que el hombre no se hubiera dado cuenta, pero al menos no le hizo falta esperar que la mujer comprendiera que estaba allí para rescatarla, no para agravar sus problemas. No era imprescindible, pero le tranquilizó saber que era una mujer que las cazaba al vuelo. Alzó una mano delante de Feeney, pero el chico sin duda tenía madera de capitán: no se había movido en absoluto. Como Vimes, se había convertido en un observador. Y Vimes observó, y dejó que se alzara la oscuridad para evaluar la situación a su manera inimitable. Aquello no era la Oscuridad que Invoca, o por lo menos eso deseaba de todo corazón. Era solo su propia oscuridad humana y enemigo interno, que conocía todos sus pensamientos, que sabía que cada vez que el comandante Vimes arrastraba a un cruel y creativo asesino ante la misericordia o justicia que la ley dictara en su errática sabiduría, había otro Vimes, un Vimes fantasmal, cuyas ansias de trocear a aquel monstruo allí mismo había que encadenar. Por desgracia, cada vez resultaba más difícil, y se preguntó si algún día esa oscuridad se liberaría y reclamaría su herencia, sin que él se enterase… si algún día los frenos, cadenas, puertas y candados de su cabeza se esfumarían sin que se diera cuenta.

En ese instante, mientras miraba a la niña asustada, temió que el momento se estuviera acercando. Era posible que solo la presencia de Feeney mantuviera a raya a la oscuridad, al ansia atroz de privar al verdugo de sus honorarios de un dólar por la caída, tres peniques de soga y seis para cerveza. Qué fácil es matar, sí, pero no cuando un policía joven y avispado que cree que eres un buen tipo te está mirando. En casa, la Guardia y su familia rodeaban a Vimes como un muro. Aquí el bueno era el bueno porque no quería que nadie lo viese siendo malo. No quería pasar vergüenza. No quería ser la oscuridad.

La ballesta apuntaba a las dos rehenes y su dueño sin duda había recibido órdenes de disparar si un tirón de pierna daba la alarma. ¿Lo haría? Hacía falta envejecer un poco para que la oscuridad empezara a penetrar gota a gota, aunque siempre había uno o dos que nacían siendo oscuridad con patas, que matarían como pasatiempo. ¿Era uno de esos? Aunque no lo fuera, ¿sucumbiría al pánico? ¿Sería muy sensible el gatillo? ¿Podría dispararlo una sacudida inesperada?

Fuera, la tormenta arreciaba. No parecía tan importante si el agua bajaba o no, con toda la que ya había por todas partes. La mujer lo miraba con el rabillo del ojo. En fin, no había tiempo que perder…

Acompasando sus pasos con cautela, como si alguien fuera a oírlos con tanto trueno y crujido, Vimes se acercó sigilosamente al desprevenido centinela, le cerró ambas manos en torno al cuello y dio un tirón hacia arriba. La flecha se clavó en el techo.

—No quiero que nadie salga herido. —Vimes intentó decirlo con voz amable, pero prosiguió—: Si crees que puedes tirar de la cuerda, chaval, deja que te diga que te quedarás sin resuello antes que yo sin fuerza. Alguacil en jefe Desenlace, coja esa arma y ate las piernas de este caballero. Puede quedarse su arma. Sé que le gustan.

Debió de aflojar la presión sin darse cuenta, porque su cautivo dijo con la voz ronca:

—¡No quiero matar a nadie, señor, por favor! ¡Me han dado la ballesta y me han dicho que debía disparar si el barco paraba o notaba un tirón en las cuerdas! ¿Cree que haría eso, señor? ¿De verdad cree que lo haría? ¡Solo estaba sentado aquí por si entraba alguno de ellos! ¡Por favor, señor, no me contaron lo que pasaba cuando me apunté! ¡Es Stratford, señor, está como una cabra, señor, un puto asesino es lo que es!

Se oyó un golpe y el barco entero se sacudió. Quizá al patrón le había fallado el cronómetro.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Eddie, señor, Eddie Enchapado. ¡Solo soy una rata de agua, señor!

El hombre temblaba. Vimes veía su mano estremecerse. Se volvió hacia la mujer con la niña, a la que Feeney sostenía en esos momentos, se tocó la frente y enseñó un instante la placa que llevaba bien escondida.

—Señora, soy el comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork. ¿Este hombre las ha maltratado a usted o a la niña de alguna manera?

La mujer apenas se había movido. Le recordaba a una Sybil más joven, tranquila, serena y con muchos más visos de luchar que de gritar, aunque no pelearía hasta estar preparada.

—Ha sido un ataque bastante diestro, comandante, justo cuando estaba acostando a Grace. Los cabrones han embarcado como propietarios de parte de la carga y se han portado bien hasta que mi marido ha dicho que le parecía que el tiempo iba a ponerse muy feo. Yo estaba en la cocina, he oído un griterío y después nos han metido aquí. Personalmente, señor, consideraría un favor que no dejase a uno solo con vida, pero no todo va a ser diversión. Por lo que respecta a este, en fin, podría haber sido menos atento, así que, aunque me gustaría que lo tirase al río, no insistiría si se negara a atarle un gran peso a la pierna.

Feeney se rió.

—¡No necesitaría pesos, señora! ¡El río ha montado una fiesta y estamos todos invitados! Yo soy bastante buen nadador, y no me atrevería a zambullirme en lo que hay ahí fuera.

Vimes agarró a Enchapado y lo miró a los ojos. Al cabo de un momento dijo:

—No, reconozco los ojos de un asesino cuando los veo. Eso no quita que seas un pirata, ojo, o sea que vamos a mantenerte vigilado, ¿vale?, de modo que no intentes nada. Me fiaré de ti. Que los cielos te ayuden si me equivoco.

Enchapado abrió la boca para hablar, pero Vimes se apresuró a añadir:

—Podría volver su vida un poco más fácil, y posiblemente más larga, señor Enchapado, si me contara cuántos de su alegre hatajo de pícaros hay en el Chichi.

—No lo sé, señor. No sé quién sigue vivo, vamos.

Vimes miró a la mujer mientras el barco daba una sacudida. Fue una sensación extraña —por un momento, Vimes se sintió casi ingrávido— y luego se produjo un estruendo tras ellos en la boyera, entre las grandes ruedas giratorias. Cuando recuperó el equilibrio, logró preguntar:

—¿Hago bien en suponer que es la señora Piebobo?

La mujer asintió.

—Sí, lo soy, comandante —confirmó mientras la niña se agarraba a ella con más fuerza—. Sé que mi marido sigue vivo, porque nosotros también… de momento. —Paró cuando otra ola levantó el barco entero, y entonces el Chichi cayó con un chapoteo y un trastazo que descolocaba los huesos, seguido del largo mugido de un buey que ya había tenido bastante y el comienzo de un grito.

Vimes, Feeney y Enchapado se levantaron del suelo. La señora Piebobo y su hija seguían, asombrosamente, en posición vertical, y la madre lucía una torva sonrisa.

—Eso que ha oído era la muerte de uno de los piratas, ¡y no sabe la alegría que me llevo! Eso significa que todos los demás hombres que había en la boyera están vivos. ¿Quiere saber por qué? ¡Casi seguro que no ha saltado! Estas subidas y bajadas a mí me parecen pequeños golpes de rambla: en algún lugar por detrás de nosotros un jodepresas se está haciendo tan grande que pierde pedazos y se nos vienen encima a toda velocidad, ¿comprenden?, por lo que elevan el nivel del agua y luego lo vuelven a hundir como una piedra cuando pasan de largo… ¡y entonces es cuando tienes que saber bailar a su ritmo! ¡Porque si no bailas al ritmo del jodepresas, no tardarás en bailar con el Diablo! Un hombre ha bajado ahí con una ballesta cuando ha empezado la pelea. Ha sonado a que no estaba familiarizado con el baile. Supongo que habrá sido Charlie Cincuenta Litros quien se ha encargado de él cuando estaba en el suelo, pobre infeliz. Charlie es nuestro boyero. Si pega a un hombre una vez, nadie tendrá que pegarle otra. —La señora Piebobo lo dijo con un tono de voz despreocupado y satisfecho—. Quien quiera robar en nuestro barco tiene que prepararse para unos cuantos contratiempos de los gordos.

Y yo que creía que la ciudad era dura, pensó Vimes. Reparó en que un prudente Feeney había recargado la ballesta confiscada y dijo:

—Bajaré para asegurarme. Señora Piebobo, ¿cuántos piratas más cree que hay?

—Cuatro embarcaron como propietarios de la carga. —Empezó a contar con los dedos—. El señor Harrison, que es el jefe de carga, ha liquidado a uno, pero otro malnacido lo ha apuñalado. Sé que solo uno ha bajado a la boyera, y el otro ha ayudado a este cretino inútil a atar los cabos para que, si quedaba alguien para intentar alguna jugada, nos tuviera de rehenes, y luego ha subido a la timonera. Me han dicho que no nos pasaría nada, siempre que mi marido llevase la carga hasta Quirm. —La niña se agarró a su vestido mientras la mujer continuaba—. Personalmente, no me lo creo, pero todavía no le ha hecho daño a mi marido. Está contando, no para de contar. ¡Mi marido escucha al Viejo Traicionero y recuerda! ¡Intenta anticiparse a cien kilómetros de aguas asesinas! Y si muere, gana el río, vayamos por donde vayamos…

—Feeney, mantén la ballesta apuntada hacia este caballero, haz el favor —dijo Vimes—. Y si hace cualquier movimiento, cualquiera, incluido un intento de sonarse, tienes mi completa autorización para dispararle en algún punto que le cause graves inconvenientes.

Se dirigió a la escalera, hizo un gesto con la cabeza a Feeney y la señora Piebobo, levantó un dedo y gritó:

—¡Vuelvo en un minuto! —Y bajó veloz al corazón caliente y ruidoso del Portento de Chichi.

Snooker, pensó Vimes. Golpear bolas hasta tener la correcta a tiro.

Sintió que aumentaba la presión en sus pies cuando el barco se elevó, y al instante saltó y luego aterrizó limpiamente cuando el Chichi se posó de nuevo en el agua.

Le salió al paso un hombre que habría hecho que hasta Willikins se lo pensara dos veces.

—Usted debe de ser Cincuenta Litros. Me manda aquí abajo la señora Piebobo. ¡Soy el comandante Vimes, Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork!

Y el hombre con cara de troll y cuerpo a juego replicó:

—He oído hablar de usted. ¡Le daba por muerto!

—Suelo tener este aspecto al final de los viajes en barco, señor Litros —dijo Vimes. Después señaló lo que parecía un cadáver en el suelo entre ellos—. ¿Qué le ha pasado?

—Me da que él sí está muerto —se mofó Cincuenta Litros—. Es la primera vez que veo a un hombre ahogarse con su propia nariz.

Costaba oír nada en la boyera, dadas las quejas de los bueyes y el ominoso zumbido de los engranajes en tensión, pero Vimes gritó:

—¿Llevaba ballesta?

Cincuenta Litros asintió y con unos dedos más gruesos que la muñeca de Vimes descolgó dicho artefacto de un clavo de la pared.

—¡Iría con usted, amigo, pero apenas damos abasto entre los tres para que esto aguante de una pieza! —Escupió—. ¡De todas formas no hay esperanzas, tenemos el jodepresas justo detrás! ¡Nos vemos en el otro barrio, poli!

Vimes se despidió de él con la cabeza, examinó la ballesta durante un momento, realizó un pequeño ajuste y, satisfecho, subió de nuevo por la escalera.

Contempló a las pocas personas que quedaban en el Portento de Chichi y no estaban vertiendo agua sobre los lomos de unos bueyes humeantes o intentando mantener el barco entero y a flote. El intervalo entre sacudidas se estaba acortando, eso estaba claro, y seguro que cuando se hiciera un agujero lo bastante grande la jodida presa entera cedería.

Todos los presentes salvo Enchapado, que se cayó, saltaron a la vez cuando otra ola levantó el barco.

Feeney dio un respingo cuando Vimes se acercó al tembloroso Enchapado, que a todas luces había caído en la cuenta de que tenía casi todas las desafortunadas papeletas para ser el primero en caer por la borda. Y luego gimió, directamente, cuando Vimes entregó al hombre la ballesta recuperada mientras decía:

—Ya le he dicho, alguacil en jefe, que reconozco a un asesino cuando lo veo, y necesito refuerzos y estoy seguro de que nuestro señor Enchapado arde en deseos de pasarse al lado bueno de la ley, ahora mismo, una decisión que bien podría mejorar su imagen ante un tribunal. ¿Tengo razón, señor Enchapado?

El joven asintió con fervor.

—Preferiría que tú te quedaras aquí, Feeney —añadió Vimes—. Hasta que sepa exactamente quién queda en esta bañera, me gustaría que cuidases de las damas. Ahora mismo no estoy seguro de quién está vivo y quién muerto.

—El Chichi no es una bañera, comandante —protestó la señora Piebobo—, pero por esta vez se lo paso.

Vimes le dedicó un saludo marcial rápido mientras todos menos Enchapado saltaban y una vez más el idiota perdía pie.

Vimes se volvió hacia la escalera.

—Arriba con el patrón estará Stratford, ¿no es así, señor Enchapado?

Otra ola, más grande esta vez, hizo que el pirata aterrizara como un fardo, pero logró balbucir:

—Y ha oído hablar de usted, ya sabe lo que pasa, y está decidido a llegar al mar antes de que usted lo pille. ¡Es un asesino, señor, un asesino despiadado! ¡No le dé una oportunidad, señor, se lo suplico por nuestro bien, y hágalo rápido por el suyo! —Había electricidad en el aire, auténtica electricidad. Todo lo metálico se estremecía y tintineaba—. Dicen que la presa se va a romper bastante pronto —añadió Enchapado.

—Gracias por sus palabras, señor Enchapado. Me parece que es un joven de lo más cabal y así se lo haré saber a las autoridades.

La cara de preocupación del joven se envolvió en sonrisas mientras decía:

—¡Y usted es el famoso comandante Vimes, señor! Me alegro de cubrirle las espaldas.

Había muchos escalones hasta la timonera. El patrón era el rey y dominaba el río desde muy arriba, monarca de todo cuanto oteaba, aun cuando la lluvia estaba azotando las caras ventanas de cristal como si tales placas sólidas de cielo le ofendieran. Vimes entró con un movimiento rápido. De poco valía gritar, dado que la tormenta lo ahogaba todo, pero había que poder decir que se había gritado:

—¡Comandante Vimes, Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork! ¡Ley de acciones necesarias! —Que no existía, pero se juró a sí mismo que la pondría en vigor sin falta en cuanto volviera, aunque tuviese que cobrar favores de todo el mundo. ¡Un hombre de la ley envuelto en una emergencia espantosa debería estar cubierto al menos por una especie de hoja de parra que hacer tragar a los abogados!

Vio la nuca del señor Piebobo con su gorra de capitán. El patrón no le prestó atención, pero un joven se lo quedó mirando con gesto de horror, a punto de empezar a entrechocar las rodillas y mojar los calzones. La espada que llevaba en la mano hasta ese momento cayó pesadamente sobre la cubierta.

Enchapado daba saltitos de un pie a otro.

—¡Más vale que se ocupe de él ahora mismo, comandante, o seguro que se sacará algún truco de la manga!

Vimes no le hizo caso y cacheó minuciosamente al joven, al que liberó de un cuchillo corto, como el que podría llevar cualquier rata de agua. Lo usó para cortar un cabo y le ató las manos a la espalda.

—Vale, señor Stratford, nos vamos abajo. Aunque si prefiere darse antes un chapuzón, no se lo impediré.

Y entonces el hombre habló por primera vez.

—No soy Stratford, señor —dijo con tono de súplica—. Soy Estrujo McEntyro. Stratford es el que tiene detrás apuntándole con una ballesta, señor.

El hombre anteriormente conocido como Enchapado soltó una risilla cuando Vimes se volvió.

—¡Vaya, vaya, el gran comandante Vimes! ¡Que me parta un rayo si no es más tonto que una cagada de caballo! Conque reconoce los ojos de un asesino cuando los ve, ¿eh? Pues bien, calculo que he matado a unas dieciséis personas, trasgos aparte, por supuesto, que esos no cuentan.

Stratford apuntó a Vimes y sonrió de oreja a oreja.

—A lo mejor son mis facciones juveniles, ¿no cree? ¿Qué clase de imbécil se preocupa por los trasgos, eh? ¡Oh, dicen que saben hablar, pero ya sabe lo mentirosos que pueden llegar a ser los pequeños hijos de perra! —La punta de la ballesta se balanceaba hipnótica de un lado a otro en las manos de Stratford—. Tengo curiosidad, de todas formas. O sea, no me cae bien, y como hay salvación que voy a dispararle, pero hágame un favor y dígame lo que ha visto en mis ojos, ¿vale?

Estrujo aprovechó la ocasión para brincar escalera abajo como un desesperado, al mismo tiempo que Vimes se encogía de hombros y contaba:

—He visto a una chica trasga a la que asesinaban. ¿Qué mentiras le contó ella? Reconozco los ojos de un asesino, señor Stratford, no le quepa duda, porque he visto muchos. Y si necesito que me lo recuerden, me miro en el espejo. Oh, sí, reconozco sus ojos y me interesa ver lo que hará a continuación, señor Stratford. Aunque ahora que lo pienso, quizá no ha sido muy sensato por mi parte darle esa ballesta. A lo mejor es verdad que soy idiota, porque le estoy ofreciendo una oportunidad de rendirse aquí y ahora, y solo lo haré una vez.

Stratford lo miró con la boca abierta y luego dijo:

—La leche, comandante, ¿lo tengo a mi merced y quiere que me rinda? ¡Lo siento, comandante, pero ya nos veremos en el infierno!

Había un espacio en el mundo para que la ballesta cantase cuando el sonriente Stratford apretó el gatillo. Por desgracia, el sonido que emitió se acercó más bien a la palabra «clunc». Stratford miró el arma.

—He sacado el seguro y lo he pisoteado en el estiércol —explicó Vimes—. ¡No puede dispararse sin el seguro! Veamos, supongo que llevará encima un par de cuchillos, así que si le apetece quitarme de en medio a puñaladas será un placer atenderle, aunque en primer lugar debo decirle que no lo conseguirá, y en segundo que si lograse pasar por encima de un chico que se crió en las calles de Ankh-Morpork, ahí abajo hay un hombre con un puñetazo capaz de tumbar a un elefante, y si lo acuchilla solo conseguirá cabrearlo más…

La siguiente crecida fue más grande que nunca, y Vimes se golpeó en la cabeza contra el techo de la cabina antes de caer de nuevo enfrente de Stratford y patearlo con fuerza, en la mejor tradición policial y también la entrepierna.

—Oh, vamos, señor Stratford, ¿no tiene una reputación que cuidar? ¿Temido asesino? Debería pasar una temporadita en la ciudad, muchacho, y yo me aseguraré de que lo haga. —Stratford cayó de espaldas y Vimes prosiguió—: Y luego lo colgarán, como debe ser, pero no se preocupe: el señor Dispuesto hace un primor de nudos y dicen que casi no duele nada. Mire lo que le digo, para que corra un poco la adrenalina, señor Stratford: imagínese que soy la chica trasga. Ella suplicó que le perdonara la vida, señor Stratford, ¿lo recuerda? ¡Yo sí! Y usted también. Se ha caído con la primera sacudida, señor Stratford. Las ratas de agua saben qué hacer. Usted no lo sabía, aunque debo decir que lo ha disimulado muy bien. ¡Epa!

Eso era porque Stratford, en efecto, había probado suerte con un cuchillo. Vimes le retorció la muñeca y tiró el arma por la escalera al mismo tiempo que el cristal de la timonera se rompía y una rama más larga que Vimes atravesaba la cabina y dejaba a su paso hojas, oscuridad y una lluvia torrencial.

La luz de los dos fanales se había ido y resultó que Stratford también, con un poco de suerte por una ventana astillada y, posiblemente, a su muerte, pero Vimes no estaba seguro. Habría preferido «indudablemente». Pero no había tiempo de preocuparse por él, porque en ese momento llegó otra ola y el agua entró a chorros por las ventanas sin cristales.

Vimes abrió la portezuela que daba a la cubierta del timonel y encontró al señor Piebobo saliendo con apuros de la pila de detritos arrastrados por la tormenta. Estaba gimiendo.

—¡He perdido la cuenta, he perdido la cuenta!

Vimes tiró de él y le ayudó a sentarse en su gran silla, cuyos brazos golpeó presa de la frustración.

—¡Y ahora no veo un carajo con esta oscuridad! ¡No puedo ni contar, ni ver, ni virar! ¡No sobreviviremos!

—Yo veo, señor Piebobo —dijo Vimes—. ¿Qué quiere que haga?

—¿Ve?

Vimes oteó el río homicida.

—Se acerca una roca inmensa por la izquierda. ¿Eso es normal? Parece que hay un embarcadero destrozado detrás.

—¡Dioses! ¡Es la Peña del Panadero! ¡Déjeme coger el timón! ¿A qué distancia está?

—¿Unos cincuenta metros?

—¿Y lo ve con la que está cayendo? ¡Madre mía, amigo, debió de nacer usted en una cueva! Eso significa que ya no estamos tan lejos de Quirm, algo menos de treinta kilómetros. ¿Cree que podría hacerme de vigía? ¿Está bien mi familia? ¡El maldito niñato me ha amenazado con hacerles daño si el Chichi faltaba al horario previsto! —Algo grande y pesado rebotó en el techo y se alejó volando y dando vueltas en la noche, pero el patrón siguió hablando—: Gástrico Piebobo, encantado de conocerlo, señor. —Miró al frente—. He oído hablar de usted. El valle del Koom, ¿no? Me alegro de tenerlo a bordo.

—Ejem, ¿Gástrico? ¡Árbol entero girando en la corriente cerca de la orilla izquierda, a diez metros! Poco que ver en la derecha.

La rueda del timón giró de nuevo a toda velocidad.

—Muy agradecido, señor, y desde luego espero que no se lo tome a mal si le digo que por lo general hablamos de babor y estribor.

—Me los han presentado, Gástrico, pero no acaban de caerme bien. Una acumulación de lo que parecen troncos partidos al frente, cuarenta metros, parecen poca cosa, y veo una lucecilla en lo alto a nuestra derecha, no sé a qué distancia. —Vimes se agachó y un tronco astillado rebotó contra la parte de atrás de la timonera. A su lado parecía que el patrón ya tenía la situación controlada.

—¡Vale, comandante, eso será el Faro de Jackson, una noticia muy bienvenida! Ahora que he recuperado la orientación y un reloj de arena que no está roto, estaría aún más en deuda con usted si fuera abajo y le dijese a Cincuenta Litros que corte la maroma de esas barcazas. ¡Hay un pollero en una de ellas! Mejor subirlo a bordo antes de que la presa se rompa.

—Y cientos de trasgos, Gástrico.

—No les haga caso, señor. Los trasgos son solo trasgos.

Por un momento, Vimes contempló la oscuridad, y la oscuridad dentro de la oscuridad, y esta le dijo:

«Se está divirtiendo, comandante, ¿verdad? Aquí está Sam Vimes, siendo Sam Vimes en mitad de la oscuridad, la lluvia y el peligro, y como es policía no va a creerse que Stratford ha muerto hasta que vea el cadáver. Lo sabe. Hay gente que cuesta horrores de matar. Sabe que lo ha visto salir de la cabina, pero hay toda clase de cabos y asideros en el barco, y el muy cabrón estaba fibrado y era ágil; y usted sabe, tan claro como que el día sigue a la noche, que volverá. Doble o nada, comandante Vimes, todas las piezas en el tablero, trasgos que salvar, un asesino que atrapar… y todo el tiempo, cuando se acuerda, hay una esposa y un niño pequeño que esperan que regrese».

«¡Siempre me acuerdo!».

«Por supuesto, comandante Vimes —prosiguió la voz—, por supuesto. Pero le conozco, y a cualquier sol puede salirle una sombra alguna vez. Pese a todo, la oscuridad siempre será suya, mi tenaz amigo».

Y entonces la realidad o bien volvió o bien se fue, y Vimes se encontró diciendo:

—Subiremos a los trasgos a bordo, Gástrico, porque son… ¡Sí, son pruebas en una importante investigación policial!

Los alcanzó otra crecida, y en esa ocasión Vimes aterrizó en la cubierta, que estaba un poco más blanda gracias a la irregular alfombra de hojas y ramas. Cuando se levantó, el señor Piebobo comentó:

—¿Una investigación policial, dice? Bueno, el Chichi siempre ha sido amigo de la ley pero, en fin, señor, ¡apestan como las fosas del infierno, para qué nos vamos a engañar! ¡Asustarán a los bueyes cosa mala!

—¿Cree que no están asustados ya? —preguntó Vimes—. Ejem, pequeño apelotonamiento de troncos por delante a la derecha. Despejado por la izquierda. —Olió el aire—. Créame, señor, por cómo huele ya están bastante nerviosos. ¿No puede parar y atarnos a la orilla, y ya está?

La risa de Piebobo era quebradiza.

—Señor, ahora mismo no hay ninguna orilla a la que piense acercarme. Conozco este río y está enfadado, y se acerca un jodepresas. No puedo impedirlo, como tampoco puedo parar la tormenta. Ha comprado la travesía completa, comandante; o le echamos una carrera al río o juntamos las manos, rezamos a los dioses y morimos ahora mismo. —Hizo un saludo—. Aun así, señor, veo que usted es un hombre que hace lo que ve que se tiene que hacer, ¡y voto a tal que a eso no le pongo ni un pero! Ya ha hecho un gran trabajo hoy, comandante Vimes, y que los dioses lo acompañen. Que nos acompañen a todos.

Vimes bajó corriendo por la escalera, agarró a Feeney sobre la marcha y se dirigió hacia la boyera bailando con las subidas y bajadas del suelo.

—Vamos, chico, ha llegado el momento de soltar las barcazas. Tiran demasiado. ¿Señor Cincuenta Litros? Abramos esos portones, ¿le parece? El señor Piebobo me ha puesto al mando aquí abajo. ¡Si quiere discutir, es muy libre!

El hombretón ni siquiera intentó replicarle, y abrió las puertas de un golpe.

Vimes soltó una palabrota. El señor Piebobo tenía razón. Sonaba un rugido no muy lejos por detrás de ellos, y un torrente de rayos y fuego azul barría el valle como un maremoto. Por un momento quedó hipnotizado, y luego se recuperó.

—¡Vale, Feeney, tú empieza a subir trasgos a bordo y yo recogeré a nuestro pollero! El puto mineral de hierro por mí puede hundirse.

A la deslumbrante luz del jodepresas, Vimes saltó dos veces hasta aterrizar en la barcaza de la que ya surgía un cacareo de aves aterrorizadas. Chorreando agua, abrió la escotilla y gritó:

—¡Señor Falso! ¡No, no empiece a coger pollos! ¡Más vale granjero sin pollos que un cargamento de pollos sin granjero! ¡Además, seguramente flotarán, o volarán, o algo!

Convenció al asustado pollero de que saltase con él a la siguiente barcaza, que encontraron todavía llena de trasgos perplejos. Feeney miraba desde la puerta abierta de la parte de atrás del Chichi y, por encima de los rugidos y siseos, Vimes le oyó gritar:

—¡Es el señor Cincuenta Litros, señor! ¡Dice que nada de trasgos!

Vimes echó un vistazo a su espalda y luego se volvió de nuevo hacia Feeney.

—Muy bien, señor Feeney, eche un vistazo a la barcaza de los trasgos mientras tengo una charla con el señor Cincuenta Litros, ¿entendido?

Subió a Falso a la cubierta del Chichi y buscó a Cincuenta Litros. Negó con la cabeza. Menudo policía sería ese hombre si lo guiaran unos seres humanos como debían ser. Suspiró.

—¿Señor Cincuenta Litros? Ya se lo he dicho, el señor Piebobo me ha dado carta blanca. ¿Podemos debatir el asunto de los trasgos?

El gigante gruñó.

—Yo no tengo ni cartas ni blanca, y mucho menos voy a tener trasgos en mi cubierta, ¿vale?

Vimes asintió con cara de póquer y contempló exhausto la cubierta.

—¿Es su última palabra, señor Cincuenta Litros?

—¡Ya lo creo!

—Vale, esta es la mía.

Cincuenta Litros cayó hacia atrás como un árbol y se puso a dormir como un tronco.

La calle nunca te deja…

Y lo que te enseñaba la Universidad de la Calle era que pelear era una ciencia, la ciencia de quitarte al rival de encima y dejarlo boca abajo en el suelo con la máxima velocidad y el mínimo esfuerzo. Después de eso, por supuesto, disponías de una gama de deliciosas posibilidades y de tiempo libre para sopesarlas. Pero si querías una pelea justa, o por lo menos más justa que el resto de opciones callejeras, entonces tenías que aprender cómo dar puñetazos, y dónde darlos y desde qué ángulo. Obviamente, sus queridas nudilleras metálicas eran un añadido opcional pero útil y Vimes pensó, mientras trataba de llevar algo de sangre a sus dedos con un masaje, que cualquier tribunal que viese a Cincuenta Litros probablemente le habría perdonado aunque hubiera usado un mazo.

Observó la nudillera. Ni siquiera se había doblado: auténtica pericia de Ankh-Morpork. El campo tendrá el músculo, pero la ciudad tiene la tecnología, pensó mientras volvía a guardarla en el bolsillo.

—De acuerdo, señor Feeney, vamos a ir subiéndolos, ¿vale? Busque a Tufos, es el cerebro de la banda.

Posiblemente Tufos era el cerebro de la banda. Ni siquiera al final Vimes llegó a estar seguro del todo de qué era Tufos. Pero los trasgos, espoleados por su crujiente parloteo, corrieron y saltaron como feas gacelas hasta el barco, por delante de Vimes. Echó un vistazo a la muerte rugiente que los seguía, subió de un último salto al barco y ayudó a Feeney a cerrar los portones a cal y canto. Y eso significó que, privados de ventilación, los bueyes del sótano se llenasen los hocicos de trasgo. No estaba tan mal, pensó Vimes, cuando uno se acostumbraba —más alquímico que séptico—, pero allí abajo se produjo un griterío y una sacudida cuando las bestias intentaron una estampida dentro de su noria.

Vimes no les hizo caso, a pesar del estremecimiento del barco, y gritó:

—¡Suelte las barcazas, alguacil en jefe! ¡Espero que sepa cómo!

Feeney asintió y abrió una trampilla del suelo. El agua los salpicó hasta que se arrodilló y metió la mano en el agujero.

—Hacen falta unas cuantas vueltas para que se suelten, comandante. ¡Yo de usted me agarraría a algo cuando perdamos el mineral de hierro!

Vimes se abrió paso con los codos por entre los aterrorizados trasgos, escaló con cuidado hasta la timonera y tocó a Gástrico en el hombro.

—¡Soltaremos las barcazas en cualquier momento!

El patrón, que seguía agarrado al timón escudriñando la oscuridad, hizo un leve asentimiento; nada por debajo de un chillido se oiría en la timonera a esas alturas. El viento y los detritos habían destrozado hasta la última ventana.

Vimes miró hacia atrás y vio cómo se acercaba la gran desolación flotante y voladora de madera, barro y rocas, entreverada de rayos. Por un momento creyó ver una señorita desnuda de mármol dando volteretas entre los detritos mientras sujetaba su marmóreo camisón, como si defendiera de la riada los vestigios de su recato. Parpadeó y había desaparecido… Quizá la había imaginado…

—¡Espero que sepa nadar, señor! —gritó mientras el jodepresas los atrapaba y la aparición llamada Stratford atravesaba volando la ventana y era interceptada limpiamente por Vimes, para gran sorpresa del malhechor.

—¿Cree que me chupo el dedo, señor Stratford? ¿Cree que no pienso?

El asesino se escabulló de entre las manos de Vimes, giró sobre sus talones con agilidad y lanzó un puñetazo que Vimes casi, casi esquivó. Fue más fuerte de lo que se esperaba, y había que reconocerle al desgraciado que sabía defenderse y que era, maldita sea, más joven que Vimes, mucho más. Sí, los ojos de un asesino se distinguían, por lo menos después de que hubiera matado a unas tres personas sin pagar las consecuencias. Sus ojos mostraban la misma expresión que debían de tener algunos dioses. Pero un asesino enfrascado en un intento de matar siempre estaba absorto, calculando sin parar, espoleado por una fuerza horrenda. Si le cortaras la pierna no se enteraría hasta caer al suelo. Los trucos no funcionaban, y el suelo estaba resbaladizo con los desechos de medio bosque. Mientras cruzaban la timonera de un lado a otro repartiendo patadas y puñetazos, Stratford se fue imponiendo. ¿Cuánto hacía que Vimes no comía, tomaba un trago decente de agua o dormía como es debido?

Y entonces llegó de abajo el grito «¡Barcazas fuera!», y el Portento de Chichi se encabritó como un pura sangre y lanzó a los dos combatientes al suelo, donde Vimes apenas tenía sitio para lanzar patadas y desviar golpes. Una tromba de agua los cubrió y llenó la cabina hasta la altura de la cintura, lo que redujo el vigor de Vimes casi a cero. Stratford le apretaba el cuello con las manos, y su mundo se volvió azul oscuro y lleno de agua que se reía al chapotear contra sus orejas. Intentó pensar en el joven Sam y Sybil, pero el agua no paraba de llevárselos… salvo que la presión de repente había desaparecido, y su cuerpo, tras decidir que su cerebro por fin se había ido de vacaciones, hizo aspavientos hacia arriba.

Y allí estaba Stratford, arrodillado en un agua que decrecía a ojos vistas, fenómeno que probablemente no le preocupara porque estaba chillando con las manos en las sienes debido a que, de repente, Tufos estaba despatarrado sobre la cabeza de Stratford e inclinado hacia abajo para patear y arañar todo lo que pudiera patearse, arañarse o, con el resultado de un largo chillido, estirarse.

Su excelencia el duque de Ankh, asistido por sir Samuel Vimes, con la ayuda del comandante Vimes, se puso en pie con la colaboración de última hora del delegado de pizarra Vimes, y todos ellos convergieron en un solo hombre que saltó a través de la inestable cubierta un instante demasiado tarde para impedir que Stratford se quitara a Tufos —y cierta cantidad de pelo— de la cabeza, lo tirase al agua que se retiraba de la cubierta y lo pisoteara con saña. Era inconfundible. Oyó el crujido de los huesos incluso en pleno salto, y por tanto lo que se abalanzó sobre Stratford fue el peso entero de la ley, y su furia.

La calle es vieja y astuta; pero la calle siempre está dispuesta a aprender y por eso Vimes, todavía en el aire, notó desplegarse sus piernas y la majestad plena de la ley alcanzó a Stratford con el tradicional e imparable «Hombre Él Arriba Abajo Siento Mucho». Hasta Vimes se sorprendió y se preguntó si sería capaz de repetirlo alguna vez.

—¡Estamos sobre la ola! —gritó Gástrico—. ¡Estamos encima, no debajo! ¡Vamos a llegar hasta Quirm en la cresta de la ola, comandante! ¡Se ve luz al frente! ¡Milagro!

Vimes gruñó mientras envolvía al aturdido Stratford con el último tramo de cuerda que le quedaba en el bolsillo y lo ataba con fuerza a un poste.

—Nos hundamos o nademos, usted va a pagar, señor Stratford, llueva, nieve o crezca el río, me da lo mismo.

Y entonces sonó un crujido y un bramido cuando los frenéticos bueyes redoblaron sus intentos de huir del hedor de los trasgos que tenían justo detrás, y el barco saltó hacia el cielo y, aunque sería mucho más poético decir que las aguas bañaron la faz de la tierra, a decir verdad sobre todo bañaron la faz de Samuel Vimes.

Vimes despertó en una oscuridad húmeda y completa, con arena bajo la mejilla. Algunas partes de su cuerpo respondieron cuando pasó revista, otras afirmaron que traían una nota de su madre. Al poco tiempo cobraron forma pequeñas pistas insistentes: sonaban olas, conversaciones y, por algún motivo, lo que parecía el barrito de un elefante.

En ese momento, algo metió un dedo en una de sus fosas nasales y estiró con fuerza.

—¡Aúpa, señor Poo-lii, o si no es la tortita más grande que he visto nunca! ¡Aúpa! ¡Salvar trasgos! ¡Gran héroe! ¡Hurra! ¡Todo el mundo aplaude!

Era una voz familiar, pero no podía ser Tufos porque Vimes había visto al pequeño trasgo completamente aplastado. Intentó levantarse del suelo de todas formas y le resultó casi imposible por culpa de los restos que le cubrían como una mortaja y apestaban a pescado. No podía adelantar el brazo para dar un manotazo a lo que fuera que le tiraba de la nariz, pero consiguió por lo menos auparse lo suficiente para comprender que tenía un montón de detritos encima.

Distinguió lo que parecía una pisada de elefante, y en su estado de cómoda alucinación se preguntó despreocupado qué hacía un elefante en la playa y cuánta atención dedicaría a esquivar una pila más de entre los restos del naufragio. El pensamiento cristalizó al mismo tiempo que cesaban los tirones a su nariz y la voz cascada gritaba:

—¡Arriba, señor Vimes, porque aquí llega Jumbo!

Vimes logró hacer la flexión más difícil de todos los tiempos y se apartó, sacudiéndose maderos y percebes, justo cuando una pata del tamaño de un cubo de basura se hundía donde antes estaba su cabeza.

—¡Hurra, el señor Vimes no se aplana!

Vimes bajó la mirada y vio, a un centímetro más o menos de la pezuña tamaño familiar del elefante, que por cierto ahora parecía algo avergonzado, la figura de Tufos brincando emocionado sobre la punta de su trompa. Otras personas habían visto también a Vimes y se acercaban corriendo hacia él, y fue con un alivio tremendo que avistó los característicos cascos de la Guardia de la Ciudad de Quirm, que siempre había considerado demasiado aparatosos y militaristas para unos polis como debían ser, pero que en ese momento le parecieron resplandecientes faros de cordura.

Un policía con casco de capitán dijo:

—¿Comandante? ¿Se encuentra bien? ¡Todos pensaban que se lo había llevado la corriente!

Vimes intentó sacudirse el barro y la arena de su camisa desgarrada y logró decir:

—Bueno, los muchachos de Ankh-Morpork me regalaron un cubo y una pala por mi cumpleaños, y he pensado que quería probarlos. No se preocupe por mí, ¿qué ha pasado con el Chichi? ¿Qué hay de la gente?

—Todos están bien, señor, por lo que sabemos. Varios golpes y moratones, por supuesto. ¡Ha sido asombroso, señor, los cuidadores de los elefantes del zoo de Quirm lo han visto todo! Bajan a los animales a la playa por las mañanas para que se laven y jueguen un poco antes de que llegue el público, y uno ha dicho que ha visto pasar al Chichi justo por encima del muelle en la cresta de la ola, señor, y luego como que se ha posado en la arena. He echado un vistazo dentro y diría que necesitará un mes o así en el dique seco, y las paletas están hechas pedazos, ¡pero en el río no se hablará de otra cosa durante años!

A esas alturas un compungido cuidador del zoo estaba alejando de Vimes a su elefante, lo que le permitió ver una playa cubierta de basura mojada y, observó con sorprendente placer, una cantidad considerable de gallináceas que escarbaban afanosas en busca de gusanos. Una de ellas, ajena por completo a la presencia de Vimes, rascó unas algas, se agachó bizqueando, cloqueó una o dos veces y luego se levantó con cara de alivio. Vimes vio que había dejado un huevo en la arena. Por lo menos suponía que era un huevo. Era cuadrado. Lo recogió y observó a las aves, y en su estado semialucinado dijo:

—Bueno, a mí me parece complicado, desde luego.

Cerca de la orilla los dos bueyes estaban metidos casi hasta el cuello en el agua, y quizá fuera solo su imaginación lo que llevó a Vimes a creer que en torno a ellos se elevaba una nube de vapor.

Y ahora corría más gente y los pollos huían, y estaba hasta Cincuenta Litros, y la señora Piebobo con su hija, que parecían empapadas e iban envueltas en mantas pero, ante todo, no parecían muertas. Vimes, que llevaba demasiado tiempo conteniendo la respiración, soltó una bocanada de aire. Soltó otra aún más grande cuando Cincuenta Litros le dio una palmada en la espalda, y la señora Piebobo lo besó.

—¿Qué pasa con Gástrico? —preguntó—. ¿Y dónde está Feeney?

La señora Piebobo sonrió.

—Están bien, comandante Vimes, por lo que sabemos. Algo maltrechos, pero ahora duermen. No les quedarán secuelas, según el médico. ¡Estoy seguro de que saldrán adelante, gracias a usted!

Se apartó cuando un agente quirmiano entregó a Vimes una taza de café. Tenía arena dentro, pero el café arenoso nunca le había sabido mejor.

—Todo ha salido muy bien, podría decirse, señor. ¡Hasta nos hemos asegurado de que esos malditos trasgos llegaran a tiempo a su barco!

Nunca en el ámbito de la cafetería se había escupido el producto tanto, tan lejos y sobre tanta gente. Vimes miró más allá de la orilla, donde, a lo lejos, un barco había zarpado del puerto y se alejaba a toda vela.

—¡Tráiganme al capitán en funciones Abadejo ahora mismo! —bramó.

El capitán en funciones Abadejo llegó a la carrera seis minutos más tarde, y Vimes no pudo evitar fijarse en que tenía un poco de desayuno en la comisura de la boca.

—Nuestra relación con el comandante Fournier es cordial en estos momentos, ¿no es así? —preguntó Vimes.

Abadejo sonrió de oreja a oreja.

—Comandante, cuando baje aquí quizá tenga que correr para que no le bese en las dos mejillas. La señora Piebobo es su hija.

—Me alegro de haber sido de ayuda —dijo Vimes mirando a su alrededor con aire ausente—, y por eso haz el favor de decir a estos caballeros que quiero un bote rápido, lo bastante para atrapar a ese barco, y una brigada decente de hombres para tripularlo, y los quiero ahora, y mientras espero me gustaría que alguien me consiguiese una camisa limpia y un sándwich de beicon… sin avec.

—¡Tienen una patrullera bastante rápida, comandante, para perseguir a contrabandistas!

—Bien, y consígueme un sable. Siempre he querido probar uno. —Vimes recapacitó por un momento y añadió—: Y que sean dos sándwiches de beicon. Y mucho más café. Y un sándwich de beicon más. Y Abadejo, si puedes rapiñar una botella de la celebérrima salsa marrón tradicional de Merkel y Aguijón, juro que te ascenderé de golpe a sargento cuando acabe tu estancia aquí, porque cualquiera capaz de encontrar una auténtica salsa guarra de Ankh-Morpork en Quirm, hogar de quinientas putas clases de mayonesa, sin que le escupan, ¡merece ser sargento en cualquier fuerza!

Y entonces, cuando lo que fuera que había estado sosteniendo a Sam Vimes se agotó, cayó delicadamente hacia atrás, soñando con sándwiches de beicon y salsa marrón.

Hasta el propio agente Abadejo o, como se le conocía ahora, capitán en funciones Abadejo, estaría de acuerdo en que no tenía el cerebro más agudo del mundo, pero era asombroso lo que podía abrirse con un instrumento romo. Cuando salía disparado para cumplir su prestigioso encargo, lo paró uno de los agentes de Quirm.

—¡Hareng! ¿Has oído hablar de un guardia llamado Petit Fou Artour?

—¿Pequeño Loco[[28]](#footnote-28) Arthur? ¡Sí, es de los nuestros!

—Bueno, más vale que vengas enseguida, amigo mío, porque está en nuestra Casa de la Guardia. Es pequeño pero matón, ¿eh? Varios agentes se han reído de él, según dice, pero creo que han aprendido lo errado de su conducta… por las malas, que se dice. Al parecer lo han enviado para buscar al comandante Vimes.

Sam Vimes despertó de una pesadilla porcina para descubrirse tumbado sobre una pila de sacos en un almacén del puerto. Lo puso en pie con delicadeza el capitán en funciones Abadejo, que lo condujo con paso vacilante hasta una tosca mesa a la que un chef presidía los chisporroteantes preparativos de un sándwich de beicon, o más bien varios.

—Ha gritado un poco —explicó Abadejo— cuando he insistido en que no eche mayonesa, pero ahora mismo aquí le concederán todo lo que pida, comandante. Y tengo una botella sin abrir de la mejor salsa de Merkel y Aguijón, señor, la única de la ciudad. Me temo, eso sí, que tendrá que comer sobre la marcha, pero el chef está empaquetando los sándwiches en una cesta con brasas calientes para que no se enfríen. No hay tiempo que perder, señor. La patrullera zarpará dentro de diez minutos.

Metieron una libreta bajo las narices de Vimes.

—¿Qué es esto?

—Su firma para mi ascenso a sargento, comandante —respondió Abadejo con tiento—. Espero que no le importe, pero es que me lo ha prometido.

—Bien hecho —dijo Vimes—. Las cosas siempre por escrito.

Abadejo puso cara de orgullo.

—También me he encargado de que haya a bordo un surtido de sables para que escoja, comandante.

Vimes se puso con esfuerzo su nueva camisa y, cuando apareció su cabeza, dijo:

—Quiero que vengas tú también, Arenque. Conoces todo esto mejor que yo. Por cierto, ¿qué habéis hecho con el prisionero?

Abadejo preguntó:

—¿De qué prisionero estamos hablando, comandante?

Por un momento a Vimes se le heló la sangre.

—¿No habéis encontrado a un hombre atado en ninguna parte del Chichi?

Ahora Abadejo puso cara de preocupación.

—No, señor, no había ninguno cuando hemos llegado allí. Estaba todo hecho un desastre, señor. Lo siento, no lo sabíamos.

—No teníais por qué. Siento haber gritado pero, si la policía de Quirm cree que el sol brilla desde mi ojete, aprovecha y diles que deben buscar a un individuo de aspecto juvenil conocido como Stratford. Es un doble asesino, como mínimo… sádico y, a estas alturas, sin duda armado. Diles que harán un favor a todo el mundo si mantienen vigilado el barco, a los heridos en condiciones de caminar y a todos los jóvenes que tengáis en la enfermería, y que además envíen un clac a Pseudópolis Yard ahora mismo diciendo que el comandante Vimes ordena que dos miembros de la Guardia acudan de urgencia vía caballos gólem a la Mansión Ramkin para proteger a lady Sybil y al joven Sam. No quiero que pierdan el tiempo: sé que montar esas cosas es una putada, pero Stratford está chalado. ¡Tienen que darse prisa!

—Perdone, comandante —interrumpió uno de los agentes de Quirm—, aquí todos hablamos un morporkiano pasable. Todo el mundo habla morporkiano. Si nos oye conversar en quirmiano es porque queremos decir algo de usted a sus espaldas. Le saludamos, comandante Vimes, mandaremos su clac, buscaremos a su asesino por todas partes y cuidaremos muy bien de los heridos. Y ahora, por favor, corra al muelle. El Reina de Quirm es bastante antiguo y solo está a un paso de ser un pecio. Nuestra patrullera debería atraparlo en unas pocas horas. ¿Vamos?

—Adelante, señor —dijo Abadejo—. Pequeño Loco Arthur le informará por el camino.

—¡Pequeño Loco Arthur!

—Sí, comandante. Al parecer lo enviaron al extranjero en relación con este asunto de los trasgos, volvió volando a Ankh-Morpork y después lo mandaron derecho aquí a buscarlo a usted. Tiene toda una historia que contarle, eso seguro.

—¿Dónde está? —preguntó Vimes.

—Calculo que lo estarán poniendo en libertad ahora mismo, señor. Un malentendido ridículo, aquí no ha pasado nada, pelillos a la mar y supongo que lo que no son pelillos acabará sanando, seguramente.

Vimes era lo bastante prudente para dejarlo ahí.

Por supuesto, el mareo no ayudaba, pero eso no empezó a dejarse notar hasta más tarde, cuando Pequeño Loco Arthur había terminado su atropellada narración.

—¿Y qué encontraste en las cabañas? —preguntó Vimes.

—Más trasgos, señor, de todas las formas y tamaños, y pequeños también. La mayoría muertus, los demás en muy mal estado, en mi opinión. Hice lo que pude por ellus, por poco que fuera. La verdad, señor, creo que desconcertábalos todo, a los pobres diablos, pero allí hay rancho y agua, por llamarlu de alguna manera, y non creo que esos centinelas vayan a moverse enseguida, ya sabe. —Hizo una mueca y añadió—: Muy raros, esos trasgos. Dejelos salir y lo único que hicieron fue pulular de un lado a otru, sin saber qué demonios hacer. O sea, pardiez, yo habría salido disparado y habría cascadu a esos pámpanos una buena patada en los melindres mientras estaban en el suelo. En cuanto a los hombres, ben, supuse que esto era urgente y que siempre podía volver volandu mañana y por lo menos echarles un poco de agua, pero creí que la Guardia tenía que saberlo y por eso volví a toda prisa a Ankh-Morpork y ellos dijéronme que había ídose usted de vacaciones, y lady Sybil díjome que había marchado a ese río fangoso, así que solu tuve que volar hasta Quirm y cuando encontré un berenjenal enorme y horrible supe que tenía algo que ver con usted, comandante.

Pequeño Loco Arthur vaciló. Nunca había estado muy seguro de lo que Vimes pensaba de él, dado que el hombre consideraba a los feegles en general un incordio. Como tardó en responder, le preguntó:

—Esperu haber hecho lo que habría hecho usted, comandante.

Vimes miró a Pequeño Loco Arthur como si lo viera por primera vez.

—No, agente, no hiciste lo que yo habría hecho, lo cual es una suerte, porque de haberlo hecho estarías delante de mí acusado de uso brutal y excesivo de la fuerza en el cumplimiento de su deber. Sin embargo, tú recibirás una medalla y una felicitación oficial por esto, agente. Ahora mismo estamos persiguiendo a otro barco que lleva más trasgos a ese condenado lugar. Y aunque imagino que estarás muy cansado, ¿hago bien en suponer que te apuntas? Por cierto, déjame que te felicite a título personal, agente: para ser alguien criado como un gnomo, tienes muy por la mano la cultura feegle, ¿verdad? ¿Diste una paliza tú solo a una docena de hombres armados?

—Oh, sí, señor —respondió Pequeño Loco Arthur con picardía—, pero non fue justo, superábalos en número. Aj, por cierto, en algunos de esos cobertizos había toda clase de potingues alquímicos. Non sé qué eran, pero a lo mejor parécele interesante.

—Bien visto —dijo Vimes—. ¿Por qué no bajas y descansas un poco?

—Sí, harelo, señor, peru en cuanto pueda tengo que hacer un recado concerniente al sargento Colon, que está bastante, bastante pachuchu. —Vio la expresión perdida de Vimes y continuó—: ¿Non sabíalo? Diéronle non sé qué cacharro trasgo que metiole una fluencia de las malas en el cuerpu, y non para de gritar y chillar y hacerse el trasgo todo el día, según la sargento Culopequeño. Ingresolo en el sanatorio.

—¡El sargento Colon!

—Sí, señor. Y según la capitana Angua tenemos que encontrar una cueva trasga para romper la fluencia, ¿sabe? A mí me suena rariño, pero media Guardia anda buscandu trasgos de aquí para allá y non encuentran ni uno. Normal, porque así como está la cosa las pobres bestiñas no van a anunciarse a bombu y platillo, ya me entiende. —Una vez más Pequeño Loco Arthur miró a Vimes.

—¡El sargento Colon!

—Eso dije, señor.

La sangre volvió al rostro de Vimes a la vez que el pensamiento racional regresaba a su cerebro.

—¿Puede viajar? —Pequeño Loco Arthur se encogió de hombros. Por delante de ellos el Reina de Quirm parecía algo más cercano—. Entonces, si eres tan amable, agente, ¿puedes volver al clac de la Casa de la Guardia de Quirm y decirles que metan a Fred en un carruaje rumbo a la Mansión Ramkin lo antes posible? Será mejor que Jovial lo acompañe, diría yo. —Y en su cabeza añadió: ¡Fred Colon! Un hombre que todo lo que no es humano, a la chita callando. Y de momento lo dejó ahí, dado lo que le esperaba, pero pensó: ¡Fred Colon! Me pregunto qué clase de vasijas haría él.

A su espalda, Pequeño Loco Arthur silbó una nota extraña, y una gaviota que se había dedicado a seguir a la patrullera con la vaga esperanza de procurarse un almuerzo gratis de tripas de pescado se encontró con un peso sobre la espalda y una voz en el oído que le dijo:

—Hola, bestiña, llámome Pequeño Loco Arthur.

A Vimes le gustaba tener los pies sobre algo sólido, como sus botas, y le gustaba que sus botas hicieran lo propio. Con la vela del Reina de Quirm ya claramente a la vista, la patrullera abandonó el resguardo del puerto y topó con lo que suele conocerse como una marejadilla. Y el comandante Vimes, duque de Ankh-Morpork, sir Samuel Vimes y, no menos importante, delegado de pizarra Vimes, tenía toda la intención de comerse sus sándwiches de beicon y no vomitar delante de otros guardias.

Y no lo hizo, y no supo cómo lo había evitado, aunque en un momento dado sí le pareció detectar, en lo alto de las jarcias, la figura de un pequeño trasgo que le sonreía. Lo achacó a los sándwiches de beicon, que intentaban con arrojo venirse arriba, tal y como él intentaba no arrojarlos.

Stratford se habría subido a esa maldita carraca, estaba seguro. Segurísimo. Querría su paga, para empezar, y también que no lo ahorcaran. Vimes vaciló. ¿Hasta qué punto debía darlo por sentado? ¿Cuánto estaba dispuesto a jugarse a una corazonada? Era Stratford, a fin de cuentas. Un tipo listo y malvado, de modo que no había que dejar cabos suelto, por mucho que supieras que alguien inteligente y apurado podía buscarse cabos nuevos.

Y así, todas las personas que formaban a Sam Vimes anduvieron de un lado a otro de la cubierta de popa, o los imbornales o el estribor o comoquiera que se llamase la superficie de madera bamboleante y resbaladiza sobre la que se encontraba, oscilando entre la esperanza, la náusea, el desespero, la duda, la náusea y la emoción de la caza y la náusea, mientras la patrullera parecía estrellarse contra la parte dura de todas las olas en su singladura en pos del Reina de Quirm y la justicia.

El teniente se le acercó, le saludó con bastante elegancia y dijo:

—Comandante, nos ha pedido que persigamos al barco porque transporta trasgos, pero no conozco ninguna ley contra el traslado de trasgos a ninguna parte.

—Tendría que existir una ley, porque desde luego hay un crimen, ¿lo entiende? —respondió Vimes. Dio una palmada al teniente en el hombro y continuó—: ¡Enhorabuena! Esta patrullera suya es tan rápida que viaja más rápido que la ley. Teniente, la ley nos alcanzará. Los trasgos hablan, tienen una sociedad y he oído a una de ellos tocar una música que arrancaría lágrimas a una estatua de bronce. El proceso del trabajo policial moderno es tal que estoy seguro de que se los han llevado de su casa y de que el barco al que seguimos los transporta a un lugar al que no quieren ir. Mire, si esto le incomoda, basta con que me ayude a subir a ese barco y ya me las arreglaré yo solo, ¿vale? Aparte, creo que nuestro asesino podría encontrarse también a bordo. Pero bueno, es cosa suya, teniente.

Vimes señaló hacia la proa con la cabeza y añadió:

—Estamos tan cerca que veo las caras de su tripulación. A lo mejor debería informarme de sus intenciones, teniente.

El joven le daba un poco de pena, pero no mucha. Había asumido el cargo y había aceptado el ascenso y el dinero que conllevaba, ¿no? Cualquier poli digno de su porra por lo menos echaría un vistazo al Reina ahora que habían llegado tan lejos, ¿o no?

—Muy bien, comandante —dijo el teniente—. No estoy muy seguro de por dónde piso, pero avisaremos al Reina y pediremos permiso para subir a bordo.

—¡No! ¡No se pide! ¡Se les ordena que se preparen para una inspección policial! Y si no le preocupan los trasgos, lo que es indiscutible es que persigo a un asesino —añadió Vimes—. ¡El crimen capital, que no puede dejarse correr!

A decir verdad, vio que el Reina ya se estaba poniendo al pairo. Hasta estaba izando una bandera blanca, para su gran sorpresa.

Y su capitá[[29]](#footnote-29)n los esperaba cuando la patrullera se situó a su lado. Tenía cara de resignación.

—No les daremos ningún problema, agentes. Sé que ha sido una gilipollez. Tenemos al hombre que andan buscando, y se lo estamos subiendo ahora mismo. No somos piratas, a fin de cuentas. Buenos días, teniente Perdix, lamento si le he causado alguna molestia.

Vimes se volvió hacia el teniente.

—¿Conoce al capitán?

—Oh, sí, comandante, el capitán Asesino es muy respetado en estas costas —respondió el teniente mientras la patrullera besaba al Reina con delicadeza—. Pasa contrabando, por supuesto, como todos. Es una especie de juego.

—Pero… ¿capitán… Asesino? —dijo Vimes.

El teniente se encaramó a la cubierta del Reina con facilidad y tendió una mano a Vimes, mientras le explicaba:

—Los Asesino son una familia muy respetada en estas tierras. A decir verdad, comandante, creo que el apellido les gusta mucho. Pondrían más pegas a Contrabandista, sospecho.

—Ahora mismo suben al sujeto, teniente —informó el capitán—, y no está muy contento.

Vimes lo miró de arriba abajo.

—Soy el comandante Vimes, Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, y en la actualidad investigo al menos dos asesinatos.

El capitán Asesino cerró los ojos y se tapó la boca con una mano durante un momento antes de decir, con una voz que sollozaba de vana esperanza.

—¿No será… ese comandante Vimes, verdad?

—Capitán… Asesino… enséñeme al hombre al que ando buscando y estoy seguro de que nos llevaremos bien. ¿Me entiende?

Sonaron varios gritos y golpes abajo, y hubo varios indicios de que alguien estaba recibiendo unas buenas patadas. Al final sacaron a cubierta, medio a empujones y medio a rastras, a un hombre con la cara envuelta en un trapo y con los ojos vendados.

—La verdad, será una alegría quitárnoslo de encima —dijo el capitán mientras se daba la vuelta.

Vimes se aseguró de que los marineros tenían bien sujeto al recluso y le quitó el embozo. Contempló los ojos inyectados en sangre por un momento y después, con mucha calma, pidió:

—Teniente, ¿me hará el favor de confiscar el Reina de Quirm y arrestar al capitán y el primer oficial, acusados de la retención ilegal y posible secuestro de una serie de personas, en concreto del señor Jetro Jefferson y de cincuenta o más trasgos? Podría haber otros cargos.

—¡No puede raptarse a un trasgo! —protestó el capitán Asesino—. ¡Los trasgos son carga!

Vimes dejó correr aquello último por el momento. El capitán Asesino recibiría un cursillo sobre el mundo según el comandante Vimes cuando al comandante Vimes le viniera bien. De momento le dijo al teniente:

—También sugiero que encierre al capitán y al primer oficial en el calabozo, si lo llaman así en los barcos, porque cuando el señor Jefferson tenga las manos libres creo que va a intentar reventar a alguien a puñetazos. Estoy seguro de que todo esto puede arreglarse, pero alguien va a sufrir por ello y solo es cuestión de decidir quién será.

Reflexionó por un momento y dio una contraorden.

—No, creo que primero hablaré con el capitán en su camarote. Arenque, me gustaría que vinieses a tomar notas. Muchas notas. Me alegro de verle, señor Jefferson. Teniente, por lo que yo sé el señor Jefferson no es culpable de más delitos que el de posesión de mal genio. Pero aunque es un hombre al que me alegro mucho de haber encontrado, no es el cabrón al que busco en estos momentos.

Era una suerte, pensó el capitán en funciones Abadejo, que le quedara una cantidad aceptable de espacio en la libreta…

—Capitán Asesino, recapitulemos —dijo Sam Vimes al cabo de un rato mientras hacía girar ociosamente la silla del capitán, cuyo mecanismo chirriaba—. Unos hombres que le eran desconocidos, pero a los que decidió tratar con respeto porque conocían la contraseña adecuada, es decir, la contraseña que usted usaba en sus tratos con contrabandistas, con los que ha desarrollado lo que yo llamaría un entendimiento, le entregaron a un hombre, atado y amordazado, y le dijeron que llevase a ese hombre a Howondalandia para, cito textualmente, «enfriarle los ánimos durante una temporadita»; y también me ha dicho que esos hombres le explicaron que la ley estaba de su parte.

La silla giratoria chirrió una o dos veces cuando Vimes la hizo rodar para lograr un efecto dramático, y luego prosiguió:

—Capitán Asesino, yo represento a la ley en Ankh-Morpork, y tal vez sea consciente de que una serie de políticos influyentes de todo el mundo confían en mi criterio, y, capitán Asesino, no conozco ninguna ley que autorice el secuestro, pero preguntaré a mi colega y a un experto en derecho quirmiano si conoce algún edicto local que legalice maniatar a alguien que no ha cometido delito alguno y arrastrarlo a un barco para enviarlo a un dudoso destino lejano en contra de su voluntad.

La silla giratoria solo tuvo ocasión de chirriar una vez antes de que el teniente Perdix dijera, contundente:

—Comandante Vimes, no me consta ningún cambio semejante en la ley y, por lo tanto, capitán Asesino, queda detenido. —En ese momento el teniente posó una mano en el hombro del atónito capitán—. Se le acusa de secuestro, auxilio e incitación al secuestro, daños corporales posiblemente graves y otros cargos que puedan surgir en el transcurso de nuestras investigaciones. Entretanto, a su regreso a puerto, el Reina de Quirm quedará incautado y será inspeccionado hasta las regalas, puede estar seguro.

Vimes giró la silla de nuevo hasta que su cara dejó de ser visible para el abatido capitán pero quedó claramente a la vista del teniente, al que guiñó un ojo; obtuvo un leve asentimiento como respuesta. Rotó una vez más la silla y siguió:

—Privar a un hombre inocente de su libertad aunque sea por una semana, capitán, es un delito muy grave. Sin embargo, el teniente me ha dicho que en estas costas se le aprecia y se le tiene por un ciudadano modélico. A mí, personalmente, no me gusta un mundo en el que personas corrientes que actúan por miedo, o incluso por una deferencia inmerecida, acaban en la cárcel mientras los peces gordos, los instigadores si no perpetradores del crimen, salen libres de polvo y paja. Supongo que a usted tampoco le gusta ese mundo, ¿verdad?

El capitán Asesino contempló sus botas de marinero como si esperase que explotaran o que tal vez se arrancaran a cantar. Logró balbucir:

—¡Tiene toda la razón, comandante!

—¡Gracias, capitán! Es un hombre de mundo. Ahora mismo necesita un amigo, y yo necesito nombres. Necesito los nombres de las personas que lo metieron en este embrollo. Veamos, el señor Jefferson, el herrero, me ha contado que no puede decir, sin faltar a la verdad, que se le tratara especialmente mal una vez se encontró a merced de su ilegal hospitalidad. Al parecer se le ha alimentado de forma razonable, ha recibido cerveza y una copita diaria de ron y hasta se le ha proporcionado una serie de ejemplares atrasados de Chicas, risas y ligas para que pasara el rato. Él también quiere nombres, capitán Asesino, y a lo mejor si tuviéramos esos nombres, todos bien escritos en una declaración jurada, tal vez accediese a olvidar su reclusión a cambio de cierta suma de dinero, pendiente de negociación, y una oportunidad de medirse cuerpo a cuerpo y sin reglas con su primer oficial, al que describe como un «saco de mierda», expresión náutica que no fingiré comprender. Al parecer dicho individuo disfrutó golpeándole cuando puso objeciones a su reclusión y el señor Jefferson querría, por así decirlo, saldar cuentas.

Vimes se levantó y estiró los brazos como si los tuviera agarrotados.

—Por supuesto, capitán, todo esto es muy irregular, sobre todo estando aquí nuestro teniente, un joven oficial decente, limpio y recto, pero sospecho que, si llevara a puerto al Reina y a usted ante las autoridades acusado de contrabando, podría considerar satisfecho su honor. Para usted sería un pequeño contratiempo, pero ni la mitad de malo que ser cómplice de secuestro. ¿No le parece? —prosiguió Vimes, jovial—. Para el teniente será una pluma en su chapeau, y quizá dejé caer algún bon mot en su defensa, sospecho, viendo que es usted un ciudadano por lo demás recto y, sobre todo, dispuesto a colaborar.

Vimes guiñó un ojo al teniente Perdix.

—Estoy inculcando a este joven malas costumbres, capitán, y por tanto sugiero que lo trate como a un amigo, sobre todo si en algún momento del futuro le hace alguna pregunta inocente a propósito de movimientos navales, mercancías y demás cuestiones similares. Usted verá, capitán Asesino. Yo creo que conoce nombres, por lo menos los de los hombres con los que trata, y supongo que también el de su patrón. ¿Quiere contarme algo?

Las botas se desplazaron.

—Mire, comandante, no quiero enemistarme con ningún hombre poderoso, ya me entiende.

Vimes asintió y se inclinó hacia delante para poder mirarlo a los ojos.

—Por supuesto, lo entiendo muy bien, capitán —dijo con calma—, y por eso debería darme esos nombres. Los nombres, capitán. Los nombres. Porque, capitán Asesino, entiendo que no quiera molestar a hombres influyentes, y ahora mismo estoy pensándome si confiscar su barco y destruirlo porque ha traficado usted con seres sapientes vivos, inteligentes y creativos, si bien algo marranos. Siendo estrictos, me metería en un lío por autorizarlo, pero ¿quién sabe? El mundo puede cambiar muy deprisa, y para usted lo está haciendo. —Le dio una palmada en la espalda—. Me gustaría que me considerase un amigo.

Y Vimes escuchó y las bolas rojas rebotaron sobre el tapete, haciendo carambolas con las de colores, mientras la ley se infringía a troche y moche con el fin de imponer la ley. ¿Cómo explicarle eso a un lego? ¿Cómo explicárselo a un abogado? ¿Cómo explicárselo a sí mismo? Pero todo estaba pasando deprisa y había que subirse al carro o sucumbir. De modo que uno hacía lo que podía y recogía las tempestades de los vientos que hubiera sembrado cualquiera.

El Reina de Quirm atracó ese día, dos meses y medio antes de lo esperado, para horror, consternación o posiblemente incluso alegría de las esposas de los tripulantes. El capitán del puerto tomó nota de ello; también le picó la curiosidad ver que casi toda la tripulación, inmediatamente después de desembarcar, desfiló frente al resto de barcos amarrados hasta una zona de playa tranquila cerca del dique seco, donde ya remolcaban por la grada al algo maltrecho Portento de Chichi.

Caminando junto a su barco, como una gallina con un solo pollito enorme, iba el capitán Piebobo con un brazo enyesado; se animó al ver a Vimes.

—¡Bueno, señor, tengo que reconocérselo, por todos los meros, y tanto que sí! ¡Ha sido toda una hazaña traernos a casa sanos y salvos, señor! ¡No lo olvidaré, y tampoco mi esposa y mi hija!

Vimes contempló el barco y le deseó suerte.

—A mí me parece que está para el desguace, capitán; me refiero el barco, no a su esposa, por supuesto.

Pero al parecer el capitán era todo optimismo.

—Hemos perdido gran parte de los engranajes de las paletas, pero en realidad hacía ya mucho que necesitaba una puesta a punto, de todas formas. ¡Piense, mi querido comandante, que hemos cabalgado sobre un jodepresas, con todas las almas vivas! Y además… ¿Qué hacen esos, por los siete infiernos?

Vimes ya había oído las estridentes notas de una flauta, pero tuvo que mirar hacia abajo para ver, marchando con decisión por la playa, una gran cantidad de trasgos. A su cabeza iba Tufos, de momento con su apariencia azul brillante mientras tocaba una pata de cangrejo vieja y hueca. Al pasar por delante de Vimes dejó de tocar durante el tiempo suficiente para decir:

—¡Nada de roca playera para los trasgos! ¡Hurra! ¡De vuelta a casa, de vuelta a casa, tan rápido como puedan! ¡Y quien arriba observa aplaude! ¡Y quien intenta parar, oh, sí, al agente Tufos y sus amiguetes, descubrirá que Tufos será peor pesadilla!

Vimes se rió.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Un trasgo con placa? —Tuvo que caminar deprisa mientras lo decía, porque Tufos estaba comprensiblemente decidido a sacar a los trasgos de allí lo antes posible.

—¡Tufos no necesita placas, compañero poo-lii! ¡Tufos peor pesadilla él solito! ¿Recuerda un niño pequeño? ¿Niño pequeño libro abierto? ¡Y ve trasgo malvado, y yo veo demonio de niño pequeño! ¡Bueno para nosotros, niño pequeño, que los dos tuviéramos razón!

Vimes observó mientras se alejaban con paso cada vez más ligero hasta llegar a los matorrales que bordeaban los astilleros, donde desaparecieron, y por un momento Vimes tuvo la sensación de que si corriera y buscara cualquier rastro de ellos no lo encontraría. Estaba desconcertado. Tampoco importaba demasiado; el desconcierto era a menudo la suerte del policía. Su trabajo consistía en buscarle sentido al mundo, y había ocasiones en que deseaba que el mundo y él llegaran a algún acuerdo equitativo.

—¿Se encuentra bien, comandante?

Vimes se volvió y contempló el rostro sereno del teniente Perdix.

—¡Bueno, no estoy seguro de cuánto hace que no duermo como es debido, pero al menos me aguanto derecho! Y tengo todos los nombres y descripciones.

Tres nombres, y uno, ja, menudo nombre, siempre que se confiase en la palabra de alguien feliz de llamarse capitán Asesino. Bueno, el hombre tenía más de cincuenta años, que ya no era edad para andar huyendo y escondiéndose. No, Asesino no iba a ser un problema. Tampoco Jefferson, aunque fuese un exaltado y un idiota. Lo que Jefferson había sospechado, el capitán Asesino lo sabía a ciencia cierta. Pero Vimes, por su parte, no había exigido la oportunidad de pegarse con el primer oficial del Reina, tipejo al que había que reconocer bastante mala catadura y un mentón como la bota de un carnicero. En esos momentos se acercaba hacia ellos con andares chulescos, con el aprensivo capitán Asesino a sus espaldas.

Vimes se acercó al herrero.

—Vamos, señor, Asesino le pagará lo que haga falta para tener contento al teniente y conservar su barco. La experiencia es un grado, ¿eh?

—Sigue quedando ese puto primer oficial —dijo el herrero—. El resto de la tripulación no se portó mal del todo, ¡pero él es un abusón malparido!

—Bueno —replicó Vimes—, aquí está él y aquí está usted. Será un encuentro hombre a hombre y yo estaré delante para asegurarme de que jueguen limpio. Es un día interesante. Estamos probando una clase diferente de ley, una rápida y por la que no hace falta molestar a ningún abogado. O sea que adelante: él sabe lo que usted quiere, y usted también, señor Jefferson.

Varios tripulantes se estaban congregando en ese lado de la playa. Vimes paseó la mirada por sus caras, todas las cuales mostraban la feliz intuición del trabajador de que se avecinaba una buena dosis de saludable violencia, y leyó el lenguaje tácito. El primer oficial parecía un hombre que usaba mucho sus puños y su mal genio, y por tanto, pensó Vimes, probablemente a muchos compañeros de tripulación no les importaría ver cómo le daban una pequeña lección, o incluso una bien grande. Indicó a los dos hombres que se acercaran.

—Caballeros, esto es una pelea de revancha; los dos conocen las reglas. Si veo una navaja, que los dioses ayuden a quien la sostenga. Aquí no habrá ningún asesinato, excepto usted, por supuesto, capitán, y delante de todos doy mi palabra de que pararé la pelea cuando me quede claro que un hombre ha tenido suficiente. Caballeros, su turno. —Y dicho eso dio un ágil paso atrás.

Ninguno de los dos contendientes se movió, pero Jefferson preguntó:

—¿Conoces las reglas del marqués de Fantailler, que dictan la conducta adecuada en una reyerta de puñetazos?

La sonrisa del primer oficial era aviesa.

—¡Ya te digo!

Vimes no vio, no como tal y con sus propios ojos, lo que sucedió a continuación. A buen seguro nadie habría podido, pero más tarde el consenso fue que Jefferson había girado sobre sus talones en un abrir y cerrar de ojos y había tumbado al marinero cuan largo era. El golpetazo de su pesado cuerpo sobre la arena fue lo único que rompió el silencio.

Al cabo de un segundo, Jefferson, mientras se daba un masaje en el puño para recuperar la circulación, miró al gigante caído y dijo:

—Yo no. —Se volvió hacia Vimes—. ¿Sabe? Meaba aposta encima de los trasgos de la bodega. Hijo de puta.

Vimes se tensó por si el caído tenía amigotes sin sentido del humor, pero en realidad sonaban risas. Al fin y al cabo, un grandullón había caído como un saco de patatas, lo justo era lo justo y el resultado era claro bajo cualquier criterio.

—Así me gusta, señor Jefferson, una pelea justa como he visto pocas. A lo mejor estos caballeros se llevan al primer oficial de vuelta al barco para que descanse un poco.

Vimes lo expresó como una instrucción, que fue obedecida al instante como tal, pero añadió:

—Si le parece bien, capitán Asesino. Bien. Y ahora creo que usted y yo iremos, como buenos amigos y junto con el teniente, a la central de la Guardia de Quirm, donde tenemos pendiente un asuntillo de firmar declaraciones.

—Supongo que querrá partir con cierta prisa, comandante —dijo el teniente mientras avanzaban por la rue del Despertar.

—Bueno, sí —respondió Vimes—. Se supone que estoy de vacaciones. Recogeré al joven Feeney en la enfermería y encontraré alguna manera de volver a la Mansión.

El teniente parecía sorprendido.

—¿Y no quiere salir tras el asesino lo antes posible, señor?

—¿Ese? No tardaré nada en verlo, eso no lo dudo, pero verá, ni siquiera él es exactamente el final del camino. ¿Por aquí abajo juegan a snooker?

—Bueno, yo no he aprendido, pero entiendo el juego, si me pregunta eso.

—Entonces sabrá que el objetivo último es meter la bola negra, aunque en el transcurso de una partida se toquen todos los otros colores y se golpeen las rojas una y otra vez, en ocasiones usándolas para desarrollar la estrategia. Pues bien, sé dónde encontrar la negra, y la negra no puede correr. ¿Los demás? El capitán ha colaborado y nos ha dado nombres y descripciones. Si desean arrestarlos ustedes como cómplices del tráfico de criaturas sapientes con ánimo de lucro, le cedo el honor a la policía de Quirm. —Sonrió—. En cuanto a mí, una vez tenga las declaraciones juradas, pienso ir derecho a ver a mi mujer y a mi hijo, a los que he descuidado vergonzosa, qué digo, desesperadamente estos últimos días, ¿y sabe qué? ¡En cuanto llegue allí, me los traeré de vuelta aquí! Mi esposa disfrutará el aire fresco, y al joven Sam le chiflarán los elefantes, ¡ja, ya lo creo que sí!

El teniente se animó.

—¿Puedo sugerirle, entonces, que después de cenar coja el barco nocturno? Será el Susana Ojos Negros, muy rápido, como la mujer a la que debe su nombre, según la leyenda popular. Zarpará río arriba dentro de, a ver, tres cuartos de hora. Es muy veloz, no suele llevar mucha carga y por eso navega a toda máquina. Estará en casa por la mañana, ¿qué le parece? Justo a tiempo para arreglarse. Y, si le parece bien, mandaré a un hombre a buscar al capitán del Susana para asegurarse de que no zarpa sin usted.

Vimes sonrió.

—¿Qué tiempo se espera?

—Cielos despejados, comandante, y el Viejo Traicionero está plano como una balsa de aceite, limpio de piedras y troncos para el resto de la estación. En adelante navegar será un paseo.

—¡Buenas tardes, excelencia!

La voz resultaba algo familiar, y Vimes vio, acercándose tan campante por el bulevar, lo que a primera vista parecía un hombre vestido con una faja enorme hasta que una rápida y posterior inspección forense demostró que se trataba del ermitaño de la Mansión. Llevaba la barba sorprendentemente limpia y enroscada en torno al cuerpo, como también estaban dos jovenzuelas de talante risueño.

Vimes lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tocón? ¿Qué hace aquí abajo?

Eso causó más risillas.

—¡Estoy de vacaciones, comandante! ¡Sí, señor! ¡Todo el mundo necesita vacaciones, señor!

Vimes no sabía qué decir y por eso le dio una palmadita en el hombro y dijo:

—Disfrute, señor Tocón, y no olvide recoger hierbas bien nutritivas.

—Creo que voy a necesitarlas, comandante…

Dijeran lo que dijesen, la comida de la cantina de la Casa de la Guardia de Quirm era bastante, bastante buena, aunque se pasaran un poco con el avec, pensó Vimes; todo llevaba avec.

Vimes, bien comido, limpio y con varios papeles muy importantes metidos por dentro de su impecable camisa recién lavada y planchada, caminaba con el alguacil en jefe Desenlace por el muelle hacia el Susana Ojos Negros. El teniente y dos de los guardias lo acompañaron a su camarote, donde el camarero enano le mostró la limpieza de la cama y la tersura de las sábanas.

—Será un honor que duerma entre ellas, comandante. Descubrirá que el Susana ofrece una travesía muy cómoda, aunque a veces le dé por brincar un poco, lo mismo que la Susana original, pero mejor no entrar en detalles. Y, por supuesto, justo al lado hay un camarote para el agente Feeney. ¿Les gustaría tal vez presenciar cómo zarpa el Susana, caballeros?

Lo hicieron. El Susana tenía dos bueyes, igual que el Portento de Chichi, pero sin carga pesada y con solo diez pasajeros; era el expreso del Viejo Traicionero. Sus paletas, que en efecto giraban a toda máquina, dejaban a su paso una raya de agua blanca que llegaba hasta el final del valle.

—¿Y ahora qué, comandante? —preguntó Feeney apoyado en la barandilla mientras veían desaparecer Quirm tras su estela—. Quiero decir, ¿qué haremos a continuación?

Vimes se estaba fumando un puro con gran placer. De algún modo ese parecía el momento y el lugar. El rapé estaba muy bien, pero un buen puro tenía tiempo, sabiduría y personalidad. Le daría pena despedirse de ese.

—Ahora no necesito hacer nada —dijo, volviéndose para contemplar la puesta de sol. Y últimamente veo muy pocas puestas de sol, pensó. Más que nada veo medianoches; y tampoco necesito perseguir a Stratford. Lo conozco como me conozco a mí mismo. Hizo una pausa mental, sobresaltado momentáneamente por lo que eso implicaba. Luego continuó en alto—: Has visto embarcar a esos dos agentes quirmianos, ¿verdad? Eso lo he organizado yo. Se asegurarán, desde luego, de que tengamos una travesía sin incidentes. La tripulación también está informada de que un asesino podría intentar subir a bordo. Según el teniente, el capitán Heraldo responde de toda su tripulación porque han navegado lealmente con él durante muchos años. Personalmente, por supuesto, me aseguraré de que la puerta de mi camarote esté cerrada con llave, y te sugiero que hagas lo mismo, Feeney.

»La avaricia ocupa el centro de todo esto, la avaricia y unos venenos infernales. Las dos cosas matan y la avaricia es la peor, con diferencia. ¿Sabes? Cuando hablo con agentes jóvenes como tú, suelo decirles que en cierta clase de casos siempre hay que seguir el dinero, siempre hay que preguntar: «¿Quién tiene algo que perder? ¿Quién sale ganando?». —Vimes tiró al agua con pesar la colilla de su puro—. Pero a veces conviene seguir la arrogancia… Hay que buscar a quienes no pueden creer que la ley vaya a pillarles nunca, quienes piensan que actúan en base a unos derechos que los demás no tenemos. ¡El trabajo de un agente de la ley es hacerles saber que se equivocan!

El sol se escondía.

—¡Creo de verdad, comandante Vimes, que tiene usted algo que haría girar por sí solas las ruedas de este barco si tan solo pudiera embridarse! —dijo Feeney con admiración—. Y recuerdo haber leído en alguna parte que detendría usted a los dioses por hacerlo mal.

Vimes negó con la cabeza.

—¡Estoy seguro de que no he dicho nunca nada semejante! Pero la ley es orden y el orden es ley, y debe ser lo más importante. Es lo que mueve el mundo, es lo que mueve los cielos, y sin orden, chico, un segundo no puede seguir a otro.

Notaba que se balanceaba. La falta de sueño puede emponzoñar el pensamiento, moverlo en extrañas direcciones. Vimes sintió la mano de Feeney en el hombro.

—Le ayudaré a llegar a su camarote, comandante. Ha sido un día muy largo.

Vimes no recordaba haberse desvestido y haberse metido en la cama, o más bien la litera, pero era evidente que lo había hecho y que, a juzgar por las manchitas de espuma blanca en el minúsculo lavabo del camarote, también se había cepillado los dientes. Había dormido como un muerto, salvo por la parte de los pedacitos que caen y la trasformación en polvo, y lo único que recordaba era una negrura fresca y, aflorando en ese momento a la superficie, una certeza, como si le hubiesen dejado un mensaje en la oscuridad esperando el regreso del pensamiento. Va a por usted, delegado de pizarra Vimes. Lo sabe porque reconoce lo que vio en sus ojos. Conoce a los de su calaña. Quieren morir desde el día en que nacen, pero algo se tuerce y en lugar de eso, matan. Le encontrará, y yo también. Espero que coincidamos los tres en la oscuridad.

Mientras el mensaje se desvanecía, Vimes contempló la pared de enfrente, en la que se abrió una puerta, tras una llamada breve, para revelar al camarero que le traía aquello que espanta sin falta a todas las pesadillas, a saber, una taza de té caliente.

—No hace falta que se levante, comandante —fue el alegre saludo del camarero [[30]](#footnote-30)mientras dejaba la taza de té con cuidado en un pequeño hueco que alguna persona previsora había incluido en el diseño del minúsculo camarote para que la citada taza no se deslizase de un lado a otro—. El capitán desea informarle de que amarraremos dentro de unos veinte minutos, aunque por supuesto no hay problema si prefiere quedarse a bordo y acabar su desayuno mientras limpiamos los imbornales, subimos bueyes frescos y, por supuesto, recogemos correo, pienso y unos cuantos pasajeros más. En la cocina hoy tenemos… —Y el camarero recitó con entusiasmo un menú de proporciones cebadoras, que concluyó triunfalmente con—: ¡Un sándwich de beicon!

Vimes carraspeó y dijo con voz lúgubre:

—¿No tendrán muesli, por casualidad? —Al fin y al cabo, Sybil estaba a solo veinte minutos de distancia.

El camarero parecía perplejo.

—Bueno, sí, podemos prepararlo, claro, pero no lo tenía por un hombre de comida para conejos.

Vimes pensó en Sybil de nuevo.

—Bueno, a lo mejor hoy se me mueve el hociquito.

El camarote, con todos sus lujos, no era lo que se dice espacioso. Vimes se las apañó para afeitarse con una cuchilla donada por el camarero, «cortesía del capitán, comandante», una palangana colocada con inteligencia, jabón, trapo y una toallita diminuta, que por lo menos le ayudaron a cumplir con la variedad de ablución que su madre había definido como «lavar lo que se ve». Lo hizo con esmero, de todas formas, algo agobiado por la certeza de que ese pequeño mundo de madera no tardaría en evaporarse y devolverlo al mundo de Sam Vimes, marido y padre. Sin embargo, a intervalos periódicos mientras se adecentaba se volvía hacia su imagen en el espejo y exclamaba:

—¡Fred Colon!

El camarote de lujo se había revelado como un lugar fabuloso para dormir, aunque era tan pequeño que en realidad solo sería apropiado para un cadáver quisquilloso. Pero al final, cuando todas las partes de Vimes a las que llegaba hubieron recibido un frote decente, si bien errático, y el camarero le hubo traído una ración de fruta, frutos secos y cereales tamaño ermitaño, miró a su alrededor para ver si se dejaba algo y vio una cara en el espejo. Era la suya, aunque hay que decir que el fenómeno no es inusual en los espejos de afeitarse. El Vimes del espejo explicó:

—Sabes que no solo quiere matarte. Un cabrón semejante no se conformaría con eso, ni mucho menos. Quiere destruirte e intentará lo que sea hasta conseguirlo.

—Lo sé —dijo Vimes, y añadió—: No eres un demonio, ¿verdad?

—De ninguna manera —respondió su imagen en el espejo—. Podría estar compuesto por tu subconsciente y un caso pasajero de intoxicación por muesli provocado por una pasa fermentada. Cuidado con dónde pisas, comandante. Cuidado con todo. —Y entonces se fue.

Vimes se apartó del espejo y se volvió poco a poco. Tenía que ser mi cara, se dijo a sí mismo, porque si no habría estado al revés, ¿verdad?

Bajó por la pasarela que llevaba a la realidad y a lo que resultó ser el cabo Nobby Nobbs, más allá del cual la realidad ya no puede volverse mucho más real.

—¡Me alegro de verle, señor Vimes! ¡Madre mía, qué buen aspecto tiene! Las vacaciones deben de estar sentándole muy bien. ¿Lleva equipaje? —La pregunta se hizo desde la absoluta certeza de que Vimes no llevaría ni una sola bolsa, pero siempre vale la pena mostrarse voluntarioso.

—¿Va todo bien? —preguntó Vimes, sin hacer caso del ofrecimiento.

Nobby se rascó la nariz y un pedacito se desprendió. ¡Oh, sí!, pensó Vimes. ¡Vaya si he vuelto!

—Bueno, están pasando las cosas que pasan siempre, pero lo tenemos controlado. ¿Puedo pedirle que mire esa colina de allí? Han tenido mucho cuidado con los árboles, y lady Sybil en persona prometió una muerte prolongada a cualquiera que molestara a los trasgos.

Perplejo, Vimes oteó el horizonte y vio el monte del Ahorcado.

—¡Por todos los infiernos! ¡Es una torre de clacs, es una puta torre de clacs! ¡Sybil va a ponerse en plan bibliotecario!

—En realidad, señor Vimes, lady Sybil estuvo totalmente a favor cuando leyó entera la nota del capitán Zanahoria. Dijo que no es momento para que esté usted desconectado. Ya lo sabe, señor, es un oficial muy convincente, que es por lo que consiguió que la compañía de clacs viniera aquí tut suit con una torre temporal. ¡Han trabajado toda la noche, vaya que sí, y la alinearon con el Gran Tronco en menos que canta un pavo!

Esa vez Nobby se hurgó en la nariz, inspeccionó brevemente el contenido por si había algo interesante o de valor y después lo disparó de un papirotazo antes de proseguir.

—Solo una cosa, señor, el Ankh-Morpork Times quiere entrevistarlo por lo de que es usted un gran héroe que ha salvado el portentoso chichi de no sé quién…

Interrumpieron la conversación mientras esperaban a que Feeney dejara de ahogarse de risa y recobrase el aliento. Entonces Vimes dijo:

—Cabo Nobby Nobbs, te presento al alguacil en jefe Desenlace. Lo llamo alguacil en jefe porque es la única ley que rige en esta zona, hasta el momento, quiero decir. Este es su territorio, y por tanto lo respetarás, ¿entendido? ¿Quién más ha venido contigo desde el Humo?

—El sargento Detritus, señor Vimes, pero está en la Mansión protegiendo a la señora y al joven Sam con delicado subrepticismo.

Una parte de Vimes había estado aguantando la respiración sin darse cuenta. ¿Detritus y Willikins? Juntos podrían plantar cara a un ejército. Se estremeció.

—¿Pero no Fred Colon?

—No, señor Vimes, por lo que tengo entendido ya estábamos de camino cuando llegó el segundo clac, pero supongo que no tardará en llegar.

—Caballeros, me voy a casa —dijo Vimes—, pero, señor Feeney, ¿cuándo zarpará otro barco rumbo a Quirm?

Feeney sonrió de oreja a oreja.

—Está de suerte, comandante. ¡El Roberta E. Galleta sale mañana por la mañana! Es ideal para lo que creo que desea. Grande y lento, pero le dará igual porque hay juegos de azar y entretenimientos. Lleva a muchos turistas, pero no se preocupe, señor, su nombre ya es famoso en el río. ¡Hágame caso! Usted dígamelo y el capitán del Galleta se asegurará de que haya para usted un camarote digno de un rey, perdón, de un comandante. ¿Qué me dice?

Vimes abrió la boca para preguntar si era caro, y volvió a cerrarla con la avergonzada comprensión de que la fortuna de los Ramkin casi a ciencia cierta daba para comprar todas las embarcaciones que navegaban por el Viejo Traicionero.

Feeney, como el buen policía en el que se estaba convirtiendo, reparó en ese breve instante de duda.

—Nadie del río aceptará su dinero, comandante, créame. ¡El salvador del Chichi no va a tener que pagar los puros ni los camarotes en todo el curso del Viejo Traicionero!

Nobby Nobbs estaba casi doblado sobre sí mismo de la risa, y logró farfullar:

—¡El Chichi!

Vimes suspiró.

—Nobby, se llamaba Clementina, Chichi era un diminutivo cariñoso. ¿Entendido? —Con algunas personas no funcionaba; con Vimes apenas lo hacía—. Y Nobby, quiero que esperes aquí y, en cuanto llegue el carruaje de Fred, estás a cargo de subirlo a la cueva trasga de la colina, ¿vale?

—Sí, señor Vimes —dijo Nobby mirándose las botas.

—Y, Nobby, si ves a un trasgo que apesta como una letrina y tiene un ligero brillo azul, en fin, es un compañero policía, no lo olvides.

Sybil lo esperaba a mitad de la avenida que Vimes recorría a paso ligero, y el joven Sam se había adelantado corriendo y se abalanzó contra las piernas de su padre, que abrazó lo mejor que pudo.

—¡Papá! ¡Sé ordeñar una cabra, papá! ¡Hay que tirar de las tetas, papá, pero se te escurren! —La expresión de Vimes no varió mientras el joven Sam seguía—: ¡Y estoy aprendiendo a hacer queso! ¡Y ahora tengo un poco de caca de tejón, y también de comadreja!

—Caramba, sí que has estado ocupado —reconoció Vimes—. ¿Quién te ha enseñado la palabra «tetas», hijo?

El joven Sam estaba radiante.

—Fue Willy el vaquero, papá.

Vimes asintió.

—Luego hablaremos un momentito de eso, Sam, pero antes creo que tendré una charla con Willy el vaquero. —Levantó al joven Sam sin hacer caso de la punzada en su espalda—. Espero que lavarte las manos haya formado parte de esas aventuras.

—Yo me ocupo de eso —dijo lady Sybil, que ya los alcanzaba—. ¡De verdad, Sam, te pierdo de vista un momento de nada y me vienes convertido en un héroe, otra vez! ¡Desde luego! ¡En serio, es la comidilla del río entero! ¿Peleas a bordo de un barco? ¿Persecuciones marítimas? ¡Madre mía, no sé ni dónde meterme, así que si haces el favor de bajar a nuestro hijo con cuidado me apretaré contra ti bien fuerte!

Cuando Vimes emergió para respirar, gruñó:

—Hay que fastidiarse, es una auténtica torre de clacs, ¿verdad? ¡Y ahora que el Times se ha enterado de todo esto, saldrán con que soy una especie de héroe, los muy idiotas!

Cuando la presión se liberó, lady Sybil explicó:

—No, Sam… Bueno, a lo mejor un poquito, pero te asombraría lo rápido que viajan las noticias por el río. ¡Al parecer estabas sobre el techo de la timonera del Portento de Chichi peleando con un asesino, y él disparó una ballesta y la flecha te rebotó! ¡Dicen que en el periódico de mañana saldrá una magnífica impresión hecha por un artista! ¡Una vez más, no sabré dónde meterme! —Y entonces Sybil ya no pudo contenerse más y estalló en carcajadas—. En serio, Sam, esta noche puedes cenar lo que quieras.

Vimes se inclinó hacia delante y susurró, lo que hizo que su mujer le diera una palmada en la mano y dijera:

—¡Más tarde, a lo mejor!

En ese momento, algo envalentonado, Vimes comentó:

—No he podido evitar fijarme en que el puente ha sufrido graves daños.

Sybil asintió.

—Ah, sí, cariño, una tormenta espantosa, ¿verdad? Se llevó el arco central entero y las tres desgracias. Las recuerdo de mi infancia. Mi madre me tapaba los ojos con la mano cuando cruz[[31]](#footnote-31)ábamos el puente, y por lo tanto me tomé un vivo interés en ellas, sobre todo porque una se rascaba el trasero. —Su sonrisa se animó—. Pero no te preocupes, Sam, no cuesta mucho encontrar mujeres desnudas.

Su sonrisa reconfortó a Vimes y una minúscula sospecha traicionera afloró de nuevo a la superficie. Creía haberla pisoteado, pero la condenada no paraba de volver. Y por eso carraspeó y dijo:

—Sybil, hablaste de los planes para mis vacaciones con Vetinari, ¿no es así?

Sybil pareció sorprenderse.

—Bueno, sí, cariño, por supuesto. Al fin y al cabo, sobre el papel es tu superior. Solo sobre el papel, claro. Le comenté el asunto en no sé qué acto benéfico. No recuerdo en cuál ahora mismo, de tantos que hay. Pero no me puso ninguna pega. ¡Dijo que ya iba siendo hora de que te tomaras un buen descanso de tus aguerridas actividades!

Vimes fue lo bastante sabio para no pronunciar las palabras que le acudieron a la boca, y en lugar de eso dijo, con tacto:

—Ejem, ¿o sea que no sugirió él, en realidad, que vinieras a las Comarcas?

—La verdad, Sam, fue ya hace bastante tiempo, pero los dos pensamos solo en lo que más te conviene, como seguro que sabes. Comentamos el asunto por encima y eso fue todo, la verdad.

Vimes lo dejó ahí. Nunca lo sabría con seguridad. Y en cualquier caso, la bola había entrado.

Más tarde, Samuel Vimes, todos cuantos era, se dio un baño en el enorme aseo con la nariz asomando apenas a la superficie, y salió sintiéndose exactamente el mismo hombre que antes pero al menos mucho más limpio. Las declaraciones juradas estaban en la cámara acorazada, y cuando los Ramkin diseñan una cámara acorazada, no es una cámara en la que pueda entrarse con prisas: primero hacía falta una combinación que abría una caja fuerte más pequeña pero aun así peligrosamente eficaz, solo para sacar una llave que luego había que insertar en cerraduras ocultas en tres relojes distintos de la Mansión, cada una de las cuales disparaba un mecanismo temporizador. Sybil le había dicho que tenía entrañables recuerdos de su abuelo perdiendo el culo, como decía el vejete, por el pasillo principal para meter la llave en la última cerradura antes de que el reloj que controlaba la primera llegase al final, y sobre todo antes de que cayeran las guillotinas. «Lo que tenemos lo conservamos», había pensado Vimes al poner a prueba el mecanismo. Bueno, desde luego lo decían en serio. A continuación, se vistió con ropa que no olía a pescado. ¿Qué tocaba hacer ahora?

Era agradable estar de paseo con el joven Sam otra vez. Papá, algo cohibido, dando una vuelta con su hijito, ¿no? Ese era el cuadro. Por desgracia, su cuadro incluía una perspectiva lejana del sargento Detritus, que se estaba confundiendo con el paisaje, hazaña que un agente troll podía conseguir con tan solo quitarse la armadura y colocarse un geranio detrás de la oreja, tras lo cual devenía, al ser de constitución pétrea y rocosa, parte del paisaje sin siquiera proponérselo. Los agentes trolls solían llevar versiones extragrandes de la armadura reglamentaria, porque gran parte del poder de un poli consiste en parecerlo. La seguridad era lo de menos: había armas de sobras que, manejadas con destreza, po[[32]](#footnote-32)dían atravesar una armadura de acero, pero lo único que harían a un troll desnudo sería enfurecerlo.

En ese preciso instante, Detritus estaba fracasando en el empeño de pasar desapercibido. Ahora mismo ejercía de guardaespaldas, esa era la verdad, y además llevaba su Pedacificador, que podía, por así decirlo, cumplir con lo que prometía su nombre. Algunas armas se llaman Especial del Sábado Noche; la ballesta multiflechas de Detritus podía ser especial toda la semana. Y en alguna parte, donde Vimes no lo veía y por tanto probablemente nadie más podía, estaba Willikins. Ese sí que era el cuadro: papá sacando a su hijo de paseo en presencia de una potencia de fuego suficiente para aniquilar a un pelotón. Sybil había insistido, y no había más que hablar. Una cosa era que el propio Vimes estuviera en peligro, eso Sybil lo había aceptado desde el mismo principio, pero ¿el joven Sam? ¡Jamás!

Mientras subían al monte del Ahorcado para ver la nueva torre de clacs, Vimes se dijo que Stratford no usaría un arco. Un arco era expeditivo, pero un matón… sí, un matón querría estar cerca, donde pudiera ver. Stratford había matado a la trasga y la había seguido matando mucho después de que estuviera muerta. Era un crío al que le gustaba la diversión. Querría que Vimes supiera quién lo estaba matando. Vimes, comprendió Vimes, conocía a los asesinos demasiado bien para su propia tranquilidad.

Cuando llegaron a la colina les salió al paso un sonriente Nobby, que saludó con una variación sobre el tema de la elegancia, pero con algo de vergüenza porque no estaba solo. Había una joven trasga sentada a su lado. Nobby intentó ahuyentarla con un gesto apresurado y ella, al parecer a regañadientes, se retiró a una distancia mínima de seguridad, sin dejar de mirar al cabo con adoración.

A pesar de todo, Vimes intentó contener el impulso de sonreír y consiguió convertirlo en una mirada severa.

—Confraternizando con los nativos, ¿eh, Nobby?

El joven Sam se acercó a la joven trasga y le cogió la mano, que era algo que tendía a hacer con cualquier persona de sexo femenino a la que acabara de conocer, costumbre que en opinión de su padre podía abrirle muchas puertas en su vida futura. La chica intentó retirar la mano con delicadeza, pero el niño era un captor tenaz.

Nobby parecía avergonzado.

—¡No confraternizo con ella, señor Vimes, ella quiere confraternizar conmigo! ¡Ha salido con una cesta de mimbre llena de setas y me la ha dado, de verdad!

—¿Seguro que no son venenosas?

Nobby parecía desconcertado.

—No lo sé, señor Vimes. Me las he comido de todas formas, muy crujientes, algo almendradas, podría decirse, y Fred ya ha llegado, señor. Esta joven dama —dijo Nobby sin poner comillas a los lados de la palabra, para sorpresa y aprobación de Vimes— ha ido derecha hacia él y le ha quitado ese frasquito tan raro de la mano, una cosa rarísima porque nadie había podido, ¡y allí estaba él! ¡El mismo de siempre! Aunque creo que tendremos que recordarle lo de lavarse, y cagar solo en el retrete y todo eso.

Vimes se rindió. Era cierto que toda organización debía tener su columna vertebral, y por lo tanto era razonable que también debiera existir alguna persona que equivaliera a los cachos que suelen destinarse a comida para perros. Pero Nobby era leal y afortunado, y si hay algo que un policía necesita de verdad es suerte. A lo mejor con la trasga le había sonreído la fortuna.

—¿Qué haces aquí arriba, Nobby? —preguntó.

El cabo miró a Vimes como si estuviera loco, y señaló a la tambaleante torre de clacs temporal.

—Tengo que comprobar los mensajes de clacs, señor Vimes. En realidad más o menos ya los clasifica el joven Tony, que es el único que trabaja en ella, y envuelve una piedra con ellos y los suelta para abajo, y por eso… —Sonó un golpe en el casco de Nobby, que atrapó con destreza una roca envuelta en un trozo de papel antes de que llegara al suelo—. Y por eso estoy plantado aquí mismo, señor Vimes. —Desenrolló el papel y anunció—: ¡Un camarote doble y uno individual en el Roberta E. Galleta, que zarpa mañana a las nueve de la noche! Qué suerte tiene, señor Vimes. ¡Clacs! Qué haríamos sin ellos, ¿eh?

Sonó un grito desde arriba.

—¡Apártense, que bajo! —Vimes vio temblar la estructura entera de la torre de clacs mientras el joven descendía con cuidado de un travesaño a otro, tanteándolos todos antes de descargar en ellos su peso. Saltó el último metro y pico y tendió la mano a Vimes—. ¡Encantado de conocerle, sir Samuel! Siento que la torre baile un poco, pero es que anoche todavía trabajábamos en ella. ¡Esto sí que ha sido un trabajo urgente! Es de punto preciso seguir adelante cuando lord Vetinari tira de uno, podría decirse. Más tarde lo haremos como es debido, si le parece bien. La tengo alineada con una torre del Gran Tronco y ellos remitirán los mensajes adonde quiera, además de una copia al clac de su casa. Por supuesto, necesitará a alguien aquí para mantener el enlace, pero por lo que he visto no habrá ningún problema. —El joven saludó a Vimes y añadió—: Le deseo toda la suerte, señor, y ahora voy a comer algo y lavarme.

Sonó otro golpe en el casco de Nobby Nobbs y un fajo de papel envuelto en torno a un guijarro cayó a sus pies.

El joven claquero lo recogió con gesto posesivo y leyó el mensaje.

—Ah, solo es un acuse de fin de servicio que confirma que me tomo un descanso. Lo ha escrito mi ayudante. La verdad es que no hacía falta que lo tramitara, pero es un cabroncete muy cumplidor y nunca he visto a nadie que aprendiera más rápido. ¡Basta enseñarle a hacer las cosas una vez! Y el canijo es muy fiable. Además, con esas manazas, no tiene ningún problema con el teclado.

Mientras el hombre bajaba silbando por el monte, Vimes saltó directo a una conclusión, como un saltamontes.

—¡Tufos! ¡Baja aquí ahora mismo, pequeño golfo! —gritó.

—¡Aquí mismo, comandante! —El pequeño trasgo ya estaba plantado casi entre las botas de Vimes.

—¿Tú? ¡Tú! ¿Tú manejando un clac? ¿Sabes leer?

Tufos levantó ambas manazas.

—¡No, pero sé mirar, pero sé recordar! Hombre verde dice: «Tufos, esta cosa puntiaguda se llama A», y Tufos no necesita que digan dos veces, y dice: «Esta, que parece culo, se llama B». ¡Es divertido! —La voz cascada era aduladora, pero de un modo que a Vimes le pareció cínico y resabiado—. Trasgo útil, trasgo fiable, trasgo ayuda… ¡Trasgo no está muerto!

Y a Vimes le pareció que él era el único que oía esas palabras. El joven Sam se había acercado para coger la mano de Tufos, pero se lo había pensado mejor. En voz baja, Vimes preguntó:

—¿Qué eres, Tufos?

—¿Qué eres tú, Sam Vimes? —replicó el trasgo con una sonrisa—. Cuelga, Sam Vimes. Cuelga de una pieza o cuelga por partes, pero sobre todo cuelga. Cuelga, señor Vimes.

Vimes suspiró.

—Tampoco es que fuera a extrañarme mucho —dijo con tono lúgubre. Miró a su alrededor y se encontró atravesado por las miradas del joven Sam, Nobby Nobbs y la chica trasga que contemplaba a Nobby como si el pequeño cabo fuera un Adonis. Avergonzado, se encogió de hombros y dijo—: Solo pensaba en voz alta.

Se mirara como se mirase, Fred Colon era uno de los más viejos amigos de Vimes… y era una cura de humildad recordar que lo mismo podía decirse de Nobby Nobbs. Vimes encontró al sargento, después de bajar un trecho de la cueva trasga, con un extraño aspecto rosa, perplejo pero aun así bastante contento, posiblemente porque estaba comiendo un conejo asado como si no hubiera un mañana, que era cierto en el caso del conejo. Jovial lo observaba a distancia con cierta inquietud, y cuando vio a Vimes le dedicó una sonrisa y un tranquilizador gesto con el pulgar levantado.

Fred Colon intentó hacer un saludo, pero tuvo que pensar por un momento.

—Lamento todo esto, señor Vimes, no sé qué me ha dado. Lo tengo todo un poco borroso, la verdad, y de repente aquí estoy entre esta gente.

Vimes aguantó la respiración y Colon prosiguió:

—Muy agradables, muy atentos, y muy generosos también. Me han estado ofreciendo toda clase de setas sabrosísimas. No andan muy puestos en el tema de los pantalones, por lo que he visto. Da que pensar: no estoy seguro de qué, pero da. —Miró a su alrededor con una extraña fluorescencia en los ojos—. Se está bien aquí, ¿verdad? Se está bien, tranquilo y lejos del mundanal ruido. No me importaría quedarme una temporada… Se está bien.

El sargento Colon se calló, tiró los huesos de conejo por encima del hombro y bajó la mano con rapidez al montón de piedras que tenía a su lado. Recogió una. ¿Eran imaginaciones de Vimes o centelleó por un momento antes de convertirse de nuevo en una piedra cualquiera?

—Quédate todo lo que quieras, Fred —dijo Vimes—. Yo tengo que irme, pero Nobby andará por aquí, y más o menos media Guardia, o eso parece. Quédate todo lo que quieras… —Echó un vistazo de reojo a Jovial Culopequeño—. Pero a lo mejor tampoco demasiado…

Los pensamientos siguieron pasando mientras el paseo diario del joven Sam los llevaba colina abajo y a la aldea, y cuando Jiminy apareció en la puerta del pub y saludó a Vimes con un discreto gesto de cabeza que lo decía todo, el pensamiento pasajero de Vimes fue que un tabernero astuto sabe de qué lado sopla el viento y ajusta sus velas en consonancia. Nadie sabía mejor que él que nadie sabe dónde nacen los rumores ni cómo se esparcen, pero la pequeña comitiva, aun incluyendo a Nobby Nobbs y a la chica trasga, cosechó sonrisas y saludos donde una semana antes habría encontrado miradas impasibles. Porque la espantosa verdad es que nadie quiere apoyar al bando perdedor.

Cuando llegaron de vuelta a la Mansión Ramkin, Vimes encontró a Sybil en el jardín de las rosas, en apariencia podando, cosa que había que hacer porque figuraba en la lista de cosas que había que hacer en el campo se quisiera o no. Echó un vistazo a su marido y luego siguió con lo que tenía entre manos, mientras decía con voz tranquila:

—Has estado preocupando a la gente, ¿verdad, Sam? Lady Óxido ha pasado a hacerme una visita social inesperada justo después de que te fueras.

«¡Zis! ¡Zas!», hicieron furiosas las tijeras de podar.

—¿La has dejado pasar?

«¡Zis! ¡Zas!».

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

Sonó otro «¡Zis! ¡Zas!».

—Y además le he ofrecido té y pastas de chocolate. Puede que sea una perra ignorante y paliducha que se atribuye un título que no le corresponde por derecho, pero la educación es la educación, pase lo que pase. —«¡Zis! ¡Zas! ¡Crec!»—. Es porque esa de ahí me echaba a perder la simetría, de verdad. Total, que he recibido un sermón sobre mantener nuestras tradiciones y hacer piña en defensa de nuestra cultura, ya te imaginarás por dónde van los tiros, siempre hablan en código.

Lady Sybil se inclinó hacia atrás con las tijeras de podar en ristre y contempló los rosales como un revolucionario de manos ensangrentadas que busca al siguiente aristócrata.

—¿Sabes lo que ha dicho la muy zorra? —continuó—. «¡Cielo, a quién le importa lo que les pase a unos trolls! Que tomen drogas si quieren, digo yo». —Con los ojos encendidos, Sybil prosiguió—: Y entonces he pensado en el sargento Detritus y en cuántas veces te ha salvado la vida, y luego en el joven Ladrillo, ese muchacho troll al que adoptó. ¡Y me he enfadado tanto que casi le he dicho algo irrepetible! ¡Creen que soy como ellos! ¡Qué horror! ¡No entienden nada! ¡Les ha ido bien durante años sin tener que pensar jamás de otro modo, y ahora no saben cómo hacerlo! —«¡Zis! ¡Zas! ¡Crac!».

—Acabas de matar un rosal, cariño —observó Vimes, impresionado. Hacía falta bastante fuerza para atravesar con esas cuchillas dos centímetros de lo que parecía un árbol pequeño.

—Era borde, Sam, no valía para nada.

—A lo mejor podrías haberle dado una oportunidad.

—¡Sam Vimes, con lo que te aprecias tu ignorancia en temas de jardinería, no empieces a armar una hipótesis social delante de una mujer enfadada que sostiene un arma de filo! ¡Hay una diferencia entre las plantas y las personas!

—¿Crees que la ha mandado su marido? —preguntó Vimes, a la vez que retrocedía un poco—. Está en el ajo, ¿sabes?, y para el final del día espero poder relacionarlo con contrabando, trata de trasgos y desde luego el intento de mandar a Jetro Jefferson al extranjero para quitarlo de en medio. Además, sé lo que les pasa a los trasgos que se llevan a Howondalandia y no es bueno para su salud. Jefferson me contó que Óxido estuvo detrás del desahucio de los trasgos locales hace tres años. Espero que me confirmen ese dato dentro de muy poco. En resumen, como mínimo le borraré la sonrisa de su aristocrático rostro.

Los pájaros trinaban, las rosas rociaban el aire con su perfume y lady Sybil guardó las tijeras de podar en el bolsillo de su delantal.

—Será una humillación para el viejo lord Óxido, ya lo sabes.

—No creas que no lo he pensado —asintió Vimes—. El vejestorio intentó disuadirme en cuanto llegamos, para que te hagas una idea de su talento táctico. Pero una cosa diré en defensa del viejo cabrón: es honorable, sincero y directo. Es una pena que también sea cabezota, estúpido e incompetente. Pero tienes razón, le hará daño, aunque debe de haber matado a tantos soldados con su propia incompetencia que a estas alturas la humillación debería de ser su estado natural, una vieja amiga, por así decirlo. —Suspiró—. Sybil, cada vez que tengo que detener a algún imbécil que creía que nunca le pillarían estafando, extorsionando o sobornando, en fin, sé que probablemente una familia lo va a pasar mal, ¿entiendes? Pienso en ello. Me reconcome. ¡El problema es que los muy idiotas cometen esos delitos! Dicho eso, estoy intentando dejar fuera del caso a algunos de los segundones, siempre que su gratitud resulte en una declaración. Puedo estirar un poco la ley por el bien mayor, pero hasta ahí.

Sybil asintió con tristeza, y luego sorbió por la nariz.

—¿Hueles a humo?

Willikins, que estaba esperando de pie con paciencia, dijo:

—El cabo Nobbs y su, ejem, joven… dama se han adentrado entre las matas con el joven Sam, señora. El sargento Detritus los acompaña con lo que ahora creo que llaman… —Willikins saboreó la palabra como un tofe—… subrepticismo.

De ese último dato dieron fe las propias matas, porque no hay mata, por grande que sea, que pueda ocultar el hecho de que un troll acaba de atravesarla.

Un fuego pequeño y controlado ardía entre las matas del jardín, observado con pasividad por Detritus y el joven Sam y con nerviosismo por el cabo Nobbs, que miraba cómo su nueva amiga cocinaba algo en un asador.

—Anda, está haciendo caracoles —observó Sybil, con claras muestras de aprobación—. Qué joven tan apañada.

—¿Caracoles? —exclamó Vimes, pasmado.

—Muy tradicionales en esta región, por cierto —instruyó Sybil—. Mi padre y sus amigos a veces los cocinaban después de una sesión de bebida. Muy saludables, y cargados de vitaminas y minerales, o eso dicen. Al parecer, si los alimentas con ajo, saben a ajo.

Vimes se encogió de hombros.

—Supongo que tiene que ser mejor que que sepan a caracol.

Sybil se llevó a Sam a un lado y le dijo en voz baja:

—Creo que la chica trasga es la que llaman Brillo del Arco Iris. Felicidad dice que es muy lista.

—Bueno, no creo que llegue a ninguna parte con Nobby —anunció Vimes—. Está colado por Verity Empujacarrito. Ya sabes, la pescadera.

Sybil susurró:

—Se prometió el mes pasado, Sam. Con un muchacho que está montando una flota pesquera propia. —Miraron a través de las hojas y se alejaron de puntillas.

—¡Pero es una trasga! —dijo Vimes superado por los acontecimientos.

—Y él es Nobby Nobbs, Sam. Y es bastante atractiva, a su manera trasga, ¿no crees? Y para serte sincera, no estoy segura de que ni la anciana madre de Nobby sepa de qué especie es su hijo. La verdad, Sam, no es asunto nuestro.

—Pero ¿qué pasa si el joven Sam come caracoles?

—Sam, dado lo que ya ha comido en su corta vida, yo de ti no me preocuparía. Supongo que la chica sabe lo que se hace; suelen saberlo, Sam, créeme. Además, esta es tierra de piedra caliza y no hay nada venenoso para que lo coman los caracoles. ¡No te preocupes, Sam!

—Sí, pero ¿cómo van a…?

—¡No te preocupes, Sam!

—Ya, pero es que…

—¡No te preocupes, Sam! Hay un troll y un enano en Grupo de Presión que viven juntos, o eso he oído. Pues yo digo que bien por ellos, y que es asunto suyo y, desde luego, no nuestro.

—Sí, pero…

—¡Sam!

Durante la tarde, Sam Vimes se preocupó. Escribió despachos y se acercó a la nueva torre para enviarlos. Se encontró a varios trasgos sentados alrededor de ella, mirándola. Dio un toquecito a uno en el hombro, le entregó los mensajes y vio cómo escalaba por la torre como si fuera horizontal. Al cabo de un par de minutos volvió con un manchado resguardo de confirmación de envío, que le dio junto con otro par de mensajes antes de sentarse a seguir mirando la torre.

Pensó: Has vivido toda la vida dentro y alrededor de una cueva en un monte y ahora ves esta cosa mágica que envía palabras, justo a tu puerta. ¡Eso tiene que imponer respeto! Entonces abrió los dos mensajes que le habían llegado, dobló con esmero los papeles y echó a caminar colina abajo, respirando con aplomo mientras intentaba no dar un puñetazo al aire y soltar un hurra.

Cuando Vimes llegó a casa de la mujer que, para el joven Sam, sería por siempre la señora de la caca, se detuvo a oír la música. Iba y venía, había arranques en falso, y luego el mundo giraba en torno al sonido líquido que surgía por la ventana. Solo después de que cesara se atrevió a llamar a la puerta.

Media hora después, caminando con el paso mesurado del poli de carrera, se dirigió hacia el calabozo. Jetro Jefferson estaba sentado fuera en un taburete. Llevaba una placa. Feeney aprendía rápido. La brigada de policía de la Ribera poseía exactamente una placa, hecha de latón, y por lo tanto el herrero llevaba clavado a la camisa un círculo de cartón bien recortadito que llevaba inscritas, con meticulosa caligrafía, las palabras: «El agente Jefferson trabaja para mí. ¡Ya lo sabéis! Firmado: alguacil en jefe Desenlace».

Había un segundo taburete vacío junto al herrero, clara indicación de que se había doblado el personal. Vimes lo ocupó con un gruñido.

—¿Cómo lleva lo de ser policía, señor Jefferson?

—Si busca a Feeney, comandante, está en su pausa del almuerzo. Y ya que lo pregunta, no puedo decir que ser pies planos me entusiasme, pero a lo mejor es de esas cosas a las que coges el gusto poco a poco. Aparte, la fragua está bastante tranquila ahora mismo, igual que el crimen. —El herrero sonrió—. Nadie me quiere a mí persiguiéndole. Dicen que algo está pasando, ¿verdad?

Vimes asintió.

—Cuando veas a Feeney, dile que la policía de Quirm ha detenido a dos hombres que al parecer han confesado que te drogaron y raptaron, entre otras fechorías, y da la impresión de que disponen de mucha más información que están desesperados por proporcionarnos a cambio de cierta clemencia.

Jefferson gruñó.

—Deme cinco minutos con ellos y yo les enseñaré lo que es la clemencia.

—Ahora eres policía, Jetro, no tienes que pensar así —dijo Vimes con alegría—. Además, las bolas se están alineando.

Jefferson soltó una carcajada hueca y cargada de malicia.

—Yo sí que les alinearía las bolas… y vería usted qué lejos entre sí. Yo era pequeño cuando se llevaron a la primera remesa, y ese puto criajo de Óxido estaba presente, ya lo creo, metiendo prisas a todo el mundo y riéndose de los pobres trasgos. Y cuando salí corriendo al camino para intentar impedirlo, varios de sus amigotes me sacudieron como a una estera. Eso fue justo después de que muriera mi padre. En aquellos tiempos yo era un poco inocentón, creía que algunas personas eran mejores que yo, me quitaba el sombrero al ver a los señoritos y demás, y entonces tomé las riendas de la forja y eso, si no te mata, te hace más fuerte.

Guiñó un ojo, y Vimes pensó: Servirás. Probablemente servirás. Tienes el fuego.

Vimes se palpó el bolsillo de la camisa y oyó el reconfortante roce del papel. Estaba bastante orgulloso de la nota al final del mensaje de clac, que era de puño y letra del comandante de Quirm. Rezaba: «¡Cuando se han enterado de que estabas metido en el caso, Sam, les ha dado tal verborrea que hemos gastado dos lápices!».

Luego Sam Vimes fue al pub, justo cuando iban llegando los hombres, y se sentó en un rincón con una pinta de ese zumo de remolacha con un toque de guindilla para regar un aperitivo formado por un huevo y una cebolla en vinagre en un lecho de patatas fritas. Vimes no entendía mucho de gastronomía, pero sabía lo que le gustaba. Allí sentado, vio cómo la gente hablaba y lo miraba, hasta que uno de ellos se le acercó poco a poco, sosteniendo su sombrero ante sí con las dos manos como si hiciera penitencia.

—Me llamo Prisas, señor, William Prisas. Techador de profesión, señor.

Vimes movió las piernas para hacerle sitio y dijo:

—Encantado de conocerlo, señor Prisas. ¿En qué puedo ayudarle?

El señor Prisas miró a sus compañeros y recibió ese popurrí de gestos y susurros roncos que se resume en: «¡Venga, a qué esperas!». A regañadientes, se volvió de nuevo hacia Vimes y carraspeó.

—Bueno, señor, sí, por supuesto que sabíamos lo de los trasgos y a nadie le hacía mucha gracia. O sea, son un maldito incordio si te olvidas de cerrar con llave el gallinero y demás, pero no nos gustó lo que se hizo, porque no fue… Vamos, que no estuvo bien, así no, y algunos dijimos que al final nos saldría caro, porque si podían hacer eso a los trasgos, qué pensarían que podían hacerles a las personas reales, y hubo quien dijo que, reales o no, ¡no estaba bien! Solo somos gente corriente, señor, aparceros y tal, poca cosa, ni fuertes ni importantes, o sea que ¿quién iba a escucharnos? Vamos, ¿qué podríamos haber hecho?

Las cabezas se inclinaron un poco hacia delante, los alientos se contuvieron y Vimes masticó el último trozo avinagrado de patata. Después dijo, dirigiendo la mirada al techo:

—Todos tenéis armas. Hasta el último de vosotros. Armas enormes, peligrosas, mortíferas. Podríais haber hecho algo. Podríais haber hecho cualquier cosa. Podríais haberlo hecho todo. Pero no lo hicisteis, y no estoy seguro de si yo en vuestro pellejo lo habría hecho, tampoco. ¿Sí?

Prisas había levantado una mano.

—Créame que lo sentimos, señor, pero no tenemos armas.

—Vaya, hombre. Mira a tu alrededor. Una de las cosas que podríais haber hecho era pensar. Ha sido un día muy largo, caballeros, y una semana muy larga. Basta con que recuerden, nada más. Recuerden para la próxima vez.

En silencio, Vimes caminó hasta Jiminy, que estaba tras la barra, y reparó en un trecho de pared sobre el tabernero donde se notaba que el yeso estaba recién pintado. Por un momento la memoria de Vimes llenó el hueco con una cabeza de trasgo. Otro pequeño triunfo.

—Jiminy, estos caballeros beberán a mi costa el resto de la noche. Cuida de que lleguen a casa sanos y salvos aunque haya que movilizar carretillas. Mandaré a Willikins por la mañana para pasar cuentas.

Solo el sonido de sus botas rompió el silencio mientras caminaba hasta la puerta del pub y la cerraba con suavidad a sus espaldas. Cuando llevaba recorridos cincuenta metros de camino, sonrió al oír que empezaban los vítores.

El Roberta E. Galleta era, a diferencia del Portento de Chichi, un barco que lucía sus encantos. Parecía un adorno de la Vigilia de los Puercos, y en una cubierta una pequeña banda intentaba tocar tan alto como si fuera grande. Esperando en el muelle, sin embargo, había un hombre ataviado con un sombrero que para sí querría el almirante de cualquier flota.

—Bienvenido a bordo, excelencia, y usted también, mi señora, por supuesto. Soy el capitán O’Farrell, patrón del Roberta. —Entonces bajó la vista hacia el joven Sam—. ¿Quieres llevar un rato el timón, mozalbete? ¡Puede arreglarse! Y apuesto a que a tu papá también le gustaría llevarlo un rato. —El capitán estrechó la mano de Vimes con grandes aspavientos—. ¡El capitán Piebobo se hace lenguas de usted, señor, lenguas, ya lo creo! Y espera volver a verlo algún día. ¡Pero entretanto, es mi deber, señor, hacerle rey!

Los pensamientos de Sam Vimes chocaron en sus prisas por salir los primeros. Algo en la palabra «rey» los obstaculizaba.

Sin dejar de sonreír, el capitán dijo:

—¡Quiero decir el rey del río, señor, un pequeño honor que concedemos a aquellos héroes que se han visto las caras con el Viejo Traicionero y lo han derrotado! Permita que le ofrezca esta medalla de casi oro, señor. Es una tontería, pero enséñesela a cualquier capitán del río y tendrá pasaje gratis, señor, ¡desde las montañas al mar si así lo desea!

Enardecidos por el discurso, los presentes prorrumpieron en sonoros aplausos y la banda atacó el viejo clásico «Sorprendido, ¿eh?». Se lanzaron ramos de flores por los aires, y luego se recogieron todos porque quien guarda cuando tiene come cuando quiere. Y la banda tocó, las paletas giraron y batieron el agua formando espuma mientras la familia Vimes zarpaba río abajo rumbo a unas vacaciones maravillosas.

El joven Sam recibió permiso para no irse a la cama hasta ver a las bailarinas, aunque no les vio la gracia. Vimes, en cambio, sí. También hubo un prestidigitador y todos los demás entretenimientos a los que se somete la gente en nombre de la diversión, aunque sí se rió un poco cuando el mago metió la mano en su bolsillo para colarle el as de picas y se descubrió sosteniendo el cuchillo que Sam se había traído por si acaso. ¡Cuando menos te lo esperas es cuando deberías esperarlo!

Y el prestidigitador, desde luego, no se lo había esperado, y había mirado a Vimes con los ojos como platos, hasta que dijo:

—Oh, cielos, es usted, ¿verdad? ¡El comandante Vimes en persona! —Y para horror de Vimes, se volvió hacia el público—. ¡Un gran aplauso, señoras y señores, para el héroe del Portento de Chichi!

Al final Vimes tuvo que saludar, lo que obviamente significó que el joven Sam saludara a su lado, lo que causó mucho humedecimiento de ojos femeninos de punta a punta del restaurante. Y entonces el camarero, que al parecer no estaba muy bien informado, creó allí mismo el «Sam Vimes», por el que Sam más tarde se fingió avergonzado cuando devino parte del repertorio de todo establecimiento de bebidas de las Llanuras, salvo aquellos, claro, cuya clientela tendía a abrir las botellas con sus dientes. En realidad, se sentía tan abrumado por el honor que llegó a beberse uno de los cóctel[[33]](#footnote-33)es y luego otro, con el pretexto de que Sybil en verdad no podía negárselo, dadas las circunstancias. Después se sentó a firmar posavasos y charlar con la gente bastante más alto de lo que hablaba normalmente, hasta que el camarero decidió que era hora de cerrar y Sybil remolcó a su achispado marido a la cama.

De camino a su suite, Vimes oyó con toda claridad que una dama con la que se cruzaron le decía a otra:

—¿Quién es el camarero nuevo? Nunca lo había visto en esta travesía…

El Roberta E. Galleta siguió su travesía nocturna, dejando una fugaz estela blanca en el agua detrás de su amplia popa. Se habían llevado a un buey a su establo cerca de los imbornales y habían dejado al otro para mantener un ritmo razonable mientras el crucero de placer paleteaba hacia la mañana. Todos salvo el timonel y el vigía estaban durmiendo, borrachos o postrados de alguna otra manera. Del camarero no había ni rastro; son una gente que viene y va, al fin y al cabo, y ¿quién se fija en el camarero? Y en el pasillo de los camarotes una figura esperaba entre las sombras, aguzando el oído. Escuchaba atento a susurros, chirridos y ronquidos crecientes.

Había un ronquido, ¡vaya que sí! La sombra se deslizó por el oscuro pasillo, donde la sinfonía sonora de cualquier barco de madera en plena navegación ahogaba el ocasional chirrido traicionero. Había una puerta. Había una cerradura. Hubo una delicada exploración, del tipo que transmite astucia y fuerza más que aplicarlas realmente. Hubo una ganzúa, un suave movimiento de bisagras y el mismo movimiento repetido cuando la puerta se cerró poco a poco desde dentro. Hubo una sonrisa tan desagradable que casi podía verse en la penumbra, sobre todo por el ojo ayudado por la oscuridad, y por tanto hubo un grito, atajado de inmediato…

—Deja que te cuente cómo vamos a hacer esto —dijo Sam Vimes mientras el pasillo se llenaba de repentinos sonidos de alarma. Se inclinó sobre el cuerpo despatarrado contra el suelo—. Harás el resto de esta travesía maniatado con humanidad, vigilado atentamente por mi sirviente Willikins, que, aparte de preparar unos cócteles buenísimos, no tiene la carga de ser policía. —Apretó un poco más y prosiguió con desenfado—: De vez en cuando tengo que despedir a un hombre decente por brutalidad policial, y los despido, puedes estar seguro, por hacer lo que tal vez hiciera el ciudadano medio si fuera lo bastante valiente y hubiera visto al niño moribundo o los restos de la anciana. Lo harían para cuadrar en su cabeza el balance del terror. —Vimes volvió a apretar—. A menudo la ley es comprensiva con ellos, si es que le preocupan en absoluto, pero claro, un poli es un representante de la ley, por lo menos si trabaja para mí, y eso significa que su trabajo termina con la detención, señor Stratford. O sea, ¿qué me impide apretar hasta acabar con la vida de un asesino que ha allanado la habitación donde él creía que dormiría mi hijo pequeño con, caramba, vaya montón de cuchillitos? ¿Por qué solo lo dejaré inconsciente, mientras me desprecio por cada segundo de aliento que le concedo? Tenga bien claro que lo que se interpone entre usted y una muerte inmediata es la misma ley que no reconoce. Y ahora voy a soltarle, no sea que se me muera, cosa que no podría consentir. Sin embargo, le sugiero que no intente escapar, porque Willikins no está limitado por el mismo compromiso que yo, y además es sumamente despiadado y le tiene mucho afecto al joven Sam, que duerme con su madre, me alegro de decir. ¿Entendido? Ha escogido la habitación individual, ¿verdad?, donde estaría el niño. Tiene suerte de que yo sea un cabronazo, señor Stratford, porque si hubiera entrado en el camarote doble, donde mi mujer (aunque nunca me atrevería a decírselo) ronca al menos tan fuerte como el más pintado, se habría encontrado con que ella tiene a su disposición una cantidad considerable de armamento y, conociendo el genio de los Ramkin, muy probablemente le habría hecho cosas que habrían hecho decir a Willikins: «Hala, eso es pasarse un poco». Lo que tienen lo conservan, señor Stratford.

Vimes cambió la mano de sitio por un momento.

—Y debe de tenerme por un maldito idiota. Un tipo al que se consideraba un gran pensador dijo una vez: «Conócete a ti mismo». Pues bien, me avergüenzo de decir que yo me conozco a mí mismo, señor Stratford, hasta lo más profundo, y por eso mismo le conozco a usted, como conozco mi cara en el espejo al afeitarme. No es más que un abusón que lo fue encontrando cada vez más fácil hasta que decidió que todos los demás en realidad no eran auténticas personas, no como usted, y cuando se sabe eso, no hay delito demasiado grave, ¿verdad? No hay delito que no cometería. Puede reflexionar sobre el hecho de que, mientras que a usted lo van a ahorcar, estoy bastante convencido de que lord Óxido, su jefe, quedará en libertad. ¿De verdad creyó que él lo protegería?

El postrado Stratford farfulló algo.

—Disculpe, señor, no he acabado de entenderlo.

—¡Testigo de la corona! —exclamó Stratford.

Vimes negó con la cabeza, aunque Stratford no pudiera verlo.

—Señor Stratford, será ahorcado, diga lo que diga. No pienso negociar con usted. Sin duda comprenderá que no tiene nada que ofrecer. Es así de sencillo.

En el suelo, Stratford gruñó:

—¡Que le den! ¡Se lo contaré de todas formas! ¡Odio a ese malnacido repipi! ¿Qué quiere que diga?

Era una suerte que no pudiese ver la cara de Vimes, que se limitó a decir:

—Sin embargo, estoy seguro de que lord Vetinari se alegrará mucho de oír cualquier cosa que tenga que decir, señor. Tiene un carácter voluble, y estoy seguro de que hay ahorcamientos y ahorcamientos.

Hecho un ovillo en el suelo y jadeando, Stratford gimió:

—¡Todo el mundo se ha tomado ese puto cóctel, los he visto! ¡Usted se ha tomado tres, y todo el mundo dice que es un borrachín!

Se oyó una risa mientras se abría la puerta y entraba un poco de luz.

—Su excelencia se tomó lo que podríamos llamar un Sam Vimes virgen —dijo Willikins—, sin ánimo de ofender al comandante: jengibre y guindilla, un toque de zumo de pepino y mucha leche de coco.

—Y muy sabroso —aseveró Vimes—. Llévatelo, Willikins, por favor, y si intenta algo ya sabes qué hacer… naciste sabiendo qué hacer.

Willikins se llevó la mano a la frente durante un momento y respondió:

—Gracias, comandante, aprecio el cumplido.

Y Sam Vimes terminó sus vacaciones.

Por supuesto, no todo podía ser diversión, no con el clac, no con personas que enviaban mensajes como: «No deseo importunarle, pero esto solo requerirá un momento de su tiempo…».

Había muchas personas que no deseaban importunar a Sam Vimes, pero con un gran esfuerzo, de algún modo, lograban sobreponerse a su desagrado y lo importunaban de todas formas. Uno de los mensajes, que no contenía disculpa de ninguna clase, procedía de lord Havelock Vetinari, y rezaba: «Hablaremos de esto».

Esa mañana Vimes alquiló una barca pequeña con su patrón y pasó un rato feliz con el joven Sam recogiendo bígaros de las rocas de una de las muchas islitas de la costa de Quirm, y después reunieron madera de deriva, encendieron una hoguera, los hirvieron y se los comieron con la ayuda de un alfiler, echando una carrera para ver quién era el primero que sacaba un bocado retorcido de su concha, y por supuesto hubo pan moreno y mantequilla y por último mucha sal y vinagre, para que los bígaros supiesen a sal y vinagre en vez de a bígaro, lo que habría sido un desastre.

Libre de los muchachos, Sybil cambió el mundo a su manera, con discreción, sentándose a l[[34]](#footnote-34)a mesa del apartamento que habían alquilado y escribiendo, con la pulcra letra inclinada que le habían enseñado de pequeña, una gran cantidad de mensajes de clac. Uno de ellos era para el director de la Real Casa de la Ópera, de la que Sybil era una gran benefactora, otro fue para lord Vetinari, y tres más tuvieron por destinatarios el secretario del Bajo Rey de los enanos, el secretario del Rey Diamante de los trolls y la secretaria de lady Margolotta de Uberwald, que gobernaba todo lo que estuviese por encima del suelo en aquel país.

Pero no se quedó ahí. Tan pronto como regresó la doncella de llevar la primera tanda a la torre local de la cima del monte, tuvo que subir otra vez con las demás misivas. Lady Sybil era una feroz escritora de cartas y, si hubo alguna persona de entidad en las Llanuras Sto y más allá que no recibió carta de ella ese día, fue porque su nombre se había caído de su exclusiva agenda de contactos, bellamente encuadernada y actualizada de forma obsesiva, que en realidad era un delicado librito rosa con minúsculas flores bordadas y frasquito de perfume incluido. Pese a ello, la única arma comparable en la historia entera de la persuasión probablemente fuera la balista.

Por la tarde, lady Sybil tomó el té con varias de sus amigas, todas exalumnas del Colegio de Quirm para Jóvenes Damas, y pasó un rato muy satisfactorio hablando sobre niños ajenos mientras en silencio, impulsado por unos mensajes que rociaron la tierra con una precisión y velocidad que ningún mago podría haber contemplado, el mundo empezaba a cambiar de opinión.

Al mismo tiempo, Vimes llevó a su hijo al zoo, donde hablaron con los cuidadores que, como casi todos habían conocido a alguien del Portento de Chichi, les abrieron todas las puertas y casi todas las jaulas. El director en persona pasó para ver a ese alegre niño de seis años que de forma metódica pesaba caca de jirafa con una antigua balanza de rapé, para luego diseccionarla con un par de viejos cuchillos de cocina y tomar notas en un cuaderno con un dibujo de un trasgo en la tapa. Sin embargo, para Sam Vimes el mejor momento fue el ejemplar de elefante que tanto había anhelado el joven Sam; justo cuando se acercaba el grupo de Vimes, Jumbo cumplió y su hijo se puso, casi literalmente, como un gorrino en una charca. Ni siquiera el filatélico que encuentra un raro sello azul triangular con el retrato invertido en una colección despreciada de sellos de segunda mano podría haber sido más feliz que el joven Sam mientras se alejaba trastabillando con su cubo humeante. Por fin había visto al elefante.

También Sam Vimes había visto algo gordo. El director le había dicho que el joven Sam era un prodigio, que parecía tener una comprensión natural de las disciplinas de la filosofía natural, comentario que llevó al padre de Sam a asentir con sabiduría y cruzar los dedos.

Remataron el día con una visita a la feria, donde Vimes dio un dólar al encargado para montar en la máquina de volteretas y este le devolvió cambio de un cuarto de dólar. Cuando protestó, el encargado le insultó, se puso chulo y se llevó una sorpresa al verse atrapado con mano de acero y entregado, tras un desfile entre los vítores de la multitud, al agente de Quirm más cercano, que saludó y preguntó si Vimes podía firmarle el casco. Fue una cosa de poca monta pero, como siempre decía Vimes, detrás de las cosas pequeñas solían encontrarse las grandes. También ganó un coco, un resultado claro, y el joven Sam se llevó un bastón de caramelo que llevaba escrito «Quirm» de punta a punta y que le pegó los dientes entre sí, otra ocasión memorable.

En plena noche, Vimes, que llevaba un rato escuchando el batir de las olas, dijo:

—¿Estás despierta, cariño? —Y después, porque así es como se procede, alzó la voz un poco al ver que no recibía respuesta y repitió—: ¿Estás despierta, cariño?

—Sí, Sam. Ahora sí.

Vimes contempló el techo.

—Me pregunto si funcionará todo.

—¡Por supuesto que sí! La gente está muy entusiasmada, ya lo sabes; tienen curiosidad. Y he tirado de más hilos que si hubiera encorsetado a un elefante. Funcionará. ¿Qué me dices de ti?

Había una lagartija en el techo; en Ankh-Morpork no se las veía. Miró a Vimes con ojos enjoyados.

—Bueno, será más o menos el procedimiento rutinario. —Cambió de postura, incómodo, y la lagartija se retiró a la esquina de la habitación—. Pero estoy un poco preocupado: varias de las cosas que he hecho están dentro de la ley, y una o dos han sido bastante ad hoc, por así decirlo.

—Tan solo estabas abriendo un cauce para que fluyera la ley, Sam. El fin justifica los medios.

—Me temo que muchos hombres malos han argumentado lo mismo para justificar maldades, cariño.

Bajo las mantas Sybil estiró la mano para tocar la suya.

—Ese no es motivo para que un hombre bueno no deba usarlo para justificar una buena acción. ¡No te preocupes, Sam!

Lógica femenina, pensó Sam: todo saldrá bien porque debería salir bien. El problema es que la realidad nunca es tan sencilla y no da margen para el papeleo.

Vimes dormitó cómodamente durante un rato y luego oyó que Sybil decía en un susurro:

—No irá a escaparse, ¿verdad, Sam? Dijiste que se le dan bien las cerraduras.

—Bueno, aquí en Quirm tienen unas cerraduras fantásticas, hay un guardia vigilándolo a todas horas y van a llevarlo a Ankh-Morpork en su carro de remolones bajo escolta armada. No me imagino qué podría pasar para que escapase. Al fin y al cabo, los muchachos de Quirm quieren hacer esto como es debido. Seguro que habrán sacado brillo a sus armaduras hasta que parezcan de plata. Querrán impresionarme, ¿sabes? No te preocupes, estoy seguro de que nada saldrá mal.

Yacieron callados a gusto, y luego Vimes comentó:

—El director del zoo ha puesto por las nubes al joven Sam.

Sybil murmuró con voz soñolienta:

—A lo mejor será otro Woolsthorpe, pero quizá esta vez con el añadido del sentido común.

—Bueno, no sé qué será —dijo Sam Vimes—, pero sé que se le dará bien.

—Entonces será Sam Vimes —concluyó Sybil—. Vamos a dormir un poco.

Al día siguiente la familia se fue a casa, lo que quiere decir que Sybil y el joven Sam partieron rumbo a Ankh-Morpork con un carruaje rápido, después de un pequeño paréntesis que condujo a que la creciente colección del joven Sam fuera retirada del interior y amarrada al techo, mientras Sam Vimes cogía el Susana Ojos Negros de vuelta a la Mansión, porque seguía quedando un pequeño asunto que rematar. Como era un rey del río, el timonel le dejó pilotar durante parte de la travesía, eso sí, mirando obsesivamente por encima de su hombro, por si las moscas. Y Vimes se divirtió, un acontecimiento infrecuente. Resulta extraño encontrarte haciendo algo que al parecer siempre has querido hacer, cuando en realidad hasta ese momento ni habías sospechado que siempre habías querido hacerlo, o ni siquiera de qué se trataba, pero Sam Vimes, por un momento en el mundo, fue timonel de río y más feliz que un gato lleno de monedas de seis.

Esa noche se acostó solo en la inmensidad de la Mansión Ramkin —salvo por los cien criados o así, claro está—, dando vueltas y más vueltas a los acontecimientos de la semana anterior y sobre todo a sus acciones en ellos. Una y otra vez se interrogaba sin piedad. ¿Había hecho trampas? No exactamente. ¿Había engañado? No exactamente. ¿Había actuado como debía un policía? Bueno, esa era la cuestión, ¿no?

Por la mañana, dos jóvenes sirvientas le llevaron el desayuno y Vimes constató divertido que las acompañaba un criado como carabina. En cierto modo lo encontró bastante halagador. Después fue a dar un paseo por la encantadora campiña, escuchando las líquidas notas del petirrojo, etcétera (no recordaba el nombre de los demás, pero eran unos cantantes estupendos de todas formas).

Y mientras caminaba fue consciente de las miradas puestas en él desde cada casita y parcela. Un par de personas se le acercaron, le dieron la mano como posesas y partieron con la misma prisa, y a Vimes le pareció que el mundo se arrastraba detrás de él. La atmósfera estaba tan saturada de nervios que le daba la impresión de que en cualquier momento tendría que gritar «¡UUUH!» a pleno pulmón.

Pero Vimes simplemente esperaba… Esperaba a la noche.

Los carruajes empezaron a llegar a la Casa de la Ópera de Ankh-Morpork muy temprano. Iba a ser una velada importante: se decía que no solo estaría el patricio, sino que además lo acompañarían lady Margolotta, gobernante de todo Uberwald, más el embajador enano y el virrey rubí negro del Rey Diamante de los trolls, que llegó a la ciudad con casi tantos cortesanos, secretarios, guardaespaldas, chefs y consejeros como los que había traído el embajador de los enanos.

A su manera poco sofisticada, la gente de Ankh-Morpork era muy sofisticada, y el runrún de las calles era más intenso de lo normal. Un acto así era importante. Delante de los canapés se dirimirían grandes cuestiones de estado. El destino de millones y tal se decidiría con toda probabilidad mediante una palabra discreta susurrada en una esquina en alguna parte, y a partir de ese momento el mundo sería un lugar algo diferente, ya lo verás si no.

Esa noche, a menos que tuvieras una invitación con filete dorado a la Casa de la Ópera, no era buena ocasión para llegar elegantemente tarde, por si acaso con toda elegancia te dejaran plantado elegantemente en el gallinero, estirando el cuello con muy poca elegancia para ver por encima de las cabezas.

Hacia el anochecer Vimes haraganeaba delante de la mazmorra, contento de corresponder al fraternal saludo del piloto de una barca que pasó navegando a vela. Después se dio un paseo por el camino hasta el pub y se sentó en el banco de fuera. Sacó su estuche de rapé, lo contempló durante un momento y decidió que, en una ocasión como esa, Sybil probablemente le habría consentido un puro.

A través del humo de la primera e intensa calada contempló el campo del pueblo, y en especial esa columna de lo que parecía cestería rota. De algún modo y sin sonido alguno, le hablaba, le llamaba, igual que la primera vez que lo había visto. Tras un par de caladas meditabundas más, se dirigió a la puerta del pub. Jiminy lo miró con una sonrisa de oreja a oreja bajo el cartel recién pintado del Armas del Comandante, donde estaba disfrutando de la pinta que todos los taberneros tacaños beben cada día al limpiar los tubos. Era cerveza pasada, claro, pero ¿qué es la cerveza sino pan líquido, eh? Y el pan nunca puede sentar mal.

—Parece algo preocupado, comandante —dijo el tabernero—. Una pizca pensativo, por decirlo de alguna manera.

Vimes señaló con la cabeza la pila inclinada.

—¿Qué importancia tiene eso, amigo?

El camarero echó un vistazo al montón como si le trajera sin cuidado.

—Bueno, ya sabe, solo es una pila de viejas vallas de mimbre, nada más. Las amontonan ahí después de la feria ovejera anual para que no molesten. Parte del paisaje, podría decirse, pero poca cosa.

—Ah —dijo Vimes. Contempló la torre. Nada serio, pues, pero aun así le hablaba.

Miró la pila durante un rato y después siguió a Jiminy al interior del bar.

—¿Cuánto coñac tiene aquí?

—No hay mucha demanda, pero diría que cinco o seis botellas y un barril pequeño. —Jiminy miró fijamente a Vimes. Este conocía al tabernero por lo que era: ni más ni menos que un hombre lo bastante listo para estar siempre en el bando ganador. Dio otra calada a su puro.

—Resérveme dos, haga el favor. Y asegúrese de que tiene buena cerveza en el tirador, porque muy pronto va a tener un montón de clientes.

Dejó al tabernero atareado mientras salía otra vez y continuaba mirando, con la cabeza en otra parte, en muchas otras partes. Por supuesto que funcionará, se dijo. Todos llevan relojes y sé que los habrán sincronizado, aunque no sepan escribir la palabra. Es un grito como cualquier otro, a la mayoría los he adiestrado yo y supongo que saben que, si alguien les dice: «¿Usted sabe con quién está hablando?», han de tener cabeza y responder: «¡Sí, con un detenido!», y sonrió para sus adentros cuando pensó que, entre los agentes llegados de la ciudad, había dos trolls, dos vampiros, un hombre lobo y un enano. Es lo que probablemente llaman simbólico, pensó. Sacó de nuevo su reloj de bolsillo, justo cuando los buscadores de una pinta vespertina más tempraneros empezaban a aparecer. Más o menos… ahora.

Había un enorme atasco de carruajes alrededor de la Casa de la Ópera, y los aspirantes a público, de alta o baja cuna, abandonaron sus vehículos y lucharon a pie por abrirse paso entre la muchedumbre que intentaba entrar. Por supuesto, ayudaba ir acompañado de un escuadrón de trolls o enanos.

A Ankh-Morpork le gustaban las sorpresas, siempre que no se las diera el fisco. Faltaba todavía una hora para que se alzara el telón, pero daba igual porque lo importante era estar allí y más importante aún era ser visto estando allí, sobre todo por las personas a las que uno quería ver. Lo que iba a suceder, fuera lo que fuese, sería una ocasión memorable, y tú habrías estado presente y la gente te habría visto y el acontecimiento era importante y, en consecuencia, tú también.

Sería una noche para recordar, incluso si la misteriosa representación resultaba ser olvidable. Los ricos de verdad a menudo organizaban actos de ese tipo por vanidad, pero aquel parecía ser especialmente misterioso y, posiblemente, la monda si acababa en un fiasco.

El día iba dando paso a la noche. El pub se estaba llenando, igual que los bebedores, a los que Jiminy había informado de que los tragos corrían a cuenta del comandante Vimes, otra vez. Y Jiminy observaba con atención desde el umbral mientras las sombras se alargaban y Vimes esperaba allí, inmóvil, con alguna mirada ocasional a su reloj.

Al final se presentó el chico al que todo el mundo llamaba el joven Feeney, con el brazo aún en cabestrillo pero, según los parroquianos y a pesar de ello, con aspecto más adulto del que le habían visto nunca. Lo acompañaba Jefferson el herrero, al que todos consideraban una bomba a punto de estallar en el mejor de los casos, y llevaba una placa, igual que Feeney. La gente rebosó del pub cuando los dos se acercaron a Vimes y entablaron una conversación que nadie oyó. Se habían preguntado por qué el herrero llevaba un megáfono, pero en ese momento vieron cómo se lo entregaba a Vimes antes de entrar con Feeney en el pub, donde la clientela se separó como una ola para dejarles pasar.

Vimes volvió a consultar su reloj. Llegaba más gente al prado del pueblo con paso apresurado. Quienes tenían olfato para lo dramático habían corrido a casa a avisar de que pasaba algo y ya estabas viniendo a echar un vistazo. Y a la gente de pueblo le gustaban los espectáculos, o incluso una muerte seria, igual que a la de ciudad. A ellos también les gustaba decir: «Yo estuve allí, pues».

Vimes guardó el reloj en el bolsillo por última vez y se llevó el megáfono a los labios.

—¡SEÑORAS Y SEÑORES! —El herrero había apañado una bocina bastante buena y la voz resonó de punta a punta del empradizado—. He oído decir, señoras y señores, que al final se perdonan todos los pecados. —Por la comisura de la boca dijo, para que solo lo oyeran Feeney y el herrero—: Eso ya lo veremos. —Luego prosiguió—: Se han hecho cosas malas. Se han ordenado cosas malas. Se han obedecido malas órdenes. Pero eso nunca volverá a pasar… ¿verdad, señoras y señores? Porque tiene que haber una ley, pero ¡antes de que haya una ley, tiene que haber un delito!

Se hizo un silencio absoluto en la penumbra mientras cruzaba el prado hasta la torre y rompía dos botellas de coñac contra su estructura, para luego retroceder un poco y arrojar tras ellas el extremo encendido de su puro.

En la Casa de la Ópera los chismorreos remitieron y murieron cuando lady Sybil atravesó el telón y salió al escenario. Era una mujer de, como suele decirse, proporciones generosas, aunque ella opinaba que algunas eran más que generosas. Sin embargo, podía permitirse a los mejores modistos y era verdad que poseía la educación y el porte que eran símbolo de su clase, o al menos de la clase en la que había nacido, de modo que salió por entre el telón y la ovación arrancó y fue en aumento. Cuando ella juzgó que había durado lo suficiente, hizo un pequeño gesto que silenció al público como por arte de magia.

Lady Sybil tenía la voz ideal para esas ocasiones. De algún modo conseguía que todo el mundo creyera que hablaba solo para ellos.

—Milord patricio, lady Margolotta, su excelencia el virrey, embajadores, damas y caballeros, estoy muy emocionada de ver que todos han decidido asistir a mi pequeña velada, sobre todo porque he sido un poco traviesa y he escatimado mucho la información. —Lady Sybil respiró hondo, lo que causó que varios caballeros entrados en años de la primera fila casi se echaran a llorar.

»Recientemente he tenido el privilegio de encontrar a una intérprete incomparable, y sin más[[35]](#footnote-35) dilación compartiré con ustedes este maravilloso secreto. ¿Podemos bajar las luces del auditorio, Jeffrey? Bien. Damas y caballeros, tengo el honor de presentarles esta noche a Lágrimas del Champiñón, que tocará su propia composición, la «Serenata del Crepúsculo». Espero que les guste y, a decir verdad, sé que así será.

Lady Sybil retrocedió mientras el telón se abría poco a poco y tomó asiento en una silla junto a Lágrimas del Champiñón, que esperaba obediente, sentada ante su arpa de orquesta.

Bajo la serenidad de apariencia inexpugnable, el corazón de Sybil brincaba como un bailarín de flamenco. Poca luz: esa había sido la clave. La chica no tenía que ver a los millares de asistentes. Sybil la había llevado de la mano, temerosa de que una exposición repentina a la mirada en masa de Ankh-Morpork, lejos de su hogar, ejerciera algún efecto espantoso, pero en realidad no estaba sucediendo así. La chica daba muestras de una curiosa tranquilidad, como si no hubiera caído en la cuenta de que tendría que estar sobrecogida. Dedicó a Sybil su extraña sonrisa y esperó, con los dedos prestos sobre las cuerdas. No había otro sonido que los susurros con los que cada uno preguntaba a su vecino qué era en realidad la pequeña e intensa figura que estaban viendo. Lady Sybil sonrió para sus adentros. Para cuando se dieran cuenta, sería demasiado tarde. Miró su reloj.

Las llamas ardían tan altas sobre las tierras de los Ramkin que sin duda el fuego debía de verse desde Ankh-Morpork (se apostaría medio litro de coñac y un par de rodaballos). Apenas había viento, y el fuego actuaría de faro.

Vimes anunció para la multitud congregada:

—Señoras y señores, la región conocida como las Comarcas se encuentra esta noche bajo el imperio de la ley, y con eso me refiero a la ley como es debido, la ley que está escrita para que todos puedan verla, e incluso cambiarla si se pone de acuerdo la suficiente gente. El alguacil en jefe Desenlace y el agente Jefferson actúan ahora mismo con el respaldo de sus colegas de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, a quienes les gustaría asegurarse de que se trata a sus compañeros con el debido respeto. En este momento, conducen hacia aquí a una serie de personas de las Comarcas, con cortesía aunque seguramente muy a su pesar. Algunas de ellas serán las personas que se hacen llamar sus magistrados, y se los llevarán y les pedirán que expliquen a un abogado con qué derecho se han arrogado ese cargo. Si alguno de ustedes quiere discutir conmigo, le ruego que lo haga sin dudar. La ley está para las personas, y no al revés. Cuando es al revés no duden en echar mano de sus armas, ¿entendido? Sigue habiendo barra libre, ¡PERO ANTES DE LA ESTAMPIDA, HAY UNA COSA MÁS!

Vimes tuvo que llevarse el megáfono otra vez a la boca porque la unión de «barra» y «libre» en una sola frase ejerce un efecto vigorizador en las personas.

—De ahora en adelante, señoras y señores, los trasgos del monte del Ahorcado, y en verdad todos los demás trasgos de esta región, quedan bajo mi protección y la de la ley. También estarán sometidos a ella y me encargaré de que dispongan de su propio cuerpo de policía. Da la impresión de que son operarios de clac natos, de modo que, si lo desean, pueden procurarse unos ingresos ejerciendo como tales. Yo mismo aportaré los fondos para que esa torre de clacs sea permanente. ¡Ustedes se beneficiarán y ellos también! No hará falta que roben sus pollos porque se los comprarán, y si aun así los mangan, constituirá un delito y será tratado como tal. Una sola ley, señoras y señores… ¡de talla única!

La frase levantó vítores, tan estentóreos como podrían serlo cerca de la perspectiva de una barra libre. Por supuesto, algunos podrían haber aplaudido el hecho de que en adelante habría justicia en el mundo, pero en conjunto lo más probable era que la barra libre se hubiera llevado el gato al agua. No hacía falta ser cínico, bastaba con entender a la gente.

Vimes caminó poco a poco hacia las luces brillantes del pub, aunque las probabilidades de entrar eran escasas. Por otro lado, las probabilidades de recibir un abrazo de la señorita Felicidad Bidel eran exactamente del ciento por ciento, porque eso era lo que estaba haciendo, bajo la dócil mirada del herrero.

Le soltó la mano mientras ella decía:

—¡Es un gran hombre, comandante, y espero que le dediquen una estatua!

—¡Qué dice, espero que no! ¡Solo te hacen estatuas cuando estás muerto!

La escritora se rió, pero Vimes replicó:

—Mire, señorita Bidel, ahora mismo no sé si me espera una estatua o que me despidan. Varias de mis actuaciones han sido más o menos legales, mientras que otras han sido… debatibles. Tengo un agente que puede hacer con los números lo que el sargento Detritus con un martillo, y está repasando las cuentas del hijo de una de las personas más influyentes de Ankh-Morpork. Y al mismo tiempo, experimentados agentes de policía han visitado los domicilios de todos los miembros de la lista de magistrados locales. Les están enseñando un documento que lleva mi sello y que les hace saber que ya no integran la autoproclamada junta de magistrados de las Comarcas, a la vez que reitera que podrían producirse acusaciones formales. Mi justificación para haber tomado esa medida debería bastar, pero ahora mismo seguramente va a ser cuestión de quién tenga los mejores abogados.

»El futuro, señorita Bidel, es algo incierto, pero debo decirle que el joven Sam, gracias a usted, probablemente será el mayor experto mundial en caca. Tengo que decirle que su madre y yo estamos muy satisfechos y solo nos queda confiar en que aspirará a cosas más elevadas.

Ya sonaba el traqueteo de los carros y carruajes en la distancia, el sonido de los cántaros rompiéndose después de llenarse demasiadas veces.

—Creo que pronto tendré a unas personas con las que debo hablar, señorita Bidel, aunque sospecho que ellas preferirían no hablar conmigo.

—Por supuesto, comandante. Déjeme decirle que los trasgos parecen muy encariñados con su cabo Nobbs. Lo tratan como si fuera uno de los suyos, a decir verdad, y él parece apreciar mucho a Brillo del Arco Iris, igual que ella a él. Quizá le interese saber que el nombre que le han puesto los trasgos es Viento Expulsado.

Vimes no vio sonreír a la escritora, de modo que admitió:

—Sí, muy apropiado. Siempre he pensado que Nobby paraba muy bien las corrientes de aire. De hecho, por sugerencia expresa de mi esposa lo he ascendido a sargento sin aumento de paga durante su estancia aquí, y espero que ayude a los trasgos a comprender los beneficios de la ley… aunque, por supuesto, la combinación podría resultar solo en que los pollos se roben con mayor destreza en el futuro.

—¡Oh, qué bromista es, comandante!

La expresión de Vimes no había cambiado ni cambió en ese momento.

—¿Verdad que sí? —Se volvió hacia Jefferson—. ¿Sabe? Las cosas habrían sido mucho más fáciles si hubiese confiado en mí al principio.

El herrero se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a confiar en usted? Es un noble.

—¿Confía en mí ahora?

La mirada del herrero permaneció impasible durante más tiempo del que a Vimes podía hacerle gracia, pero al final el hombre sonrió y dijo:

—Sí, de momento.

Solo había una réplica que Vimes concibiera darle. Le devolvió la sonrisa y aseguró:

—Una respuesta de policía como he oído pocas.

Mientras la pareja se alejaba, Vimes oyó un carraspeo educado a su espalda. Se volvió y reconoció el rostro preocupado del coronel.

—¿Tiene un minuto, comandante?

Ay, madre, pensó Vimes.

—Permítame decir antes que nada, comandante, que estoy totalmente de acuerdo con lo que hace y que los cielos saben que era necesario. —El coronel volvió a carraspear—. No me oirá discrepar de eso en absoluto. —Vimes esperó hasta que prosiguió—. Mi esposa es una mujer más bien insensata que sin duda parece reverenciar cosas como los títulos y, si se me permite decirlo, se da aires. Su padre era pescador, y buenísimo, pero ¿sabe qué? Creo que ella preferiría morir a que se supiera.

Hubo otra pausa, y a la luz roja Vimes distinguió el brillo en la cara del anciano.

—¿Qué va a pasarle, comandante? En estos momentos, dos educadas jóvenes con el uniforme de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork montan guardia ante ella en nuestra casa. No sé si esto sirve de gran cosa, pero lo primero que ha hecho cuando han llegado las agentes a detenerla ha sido prepararles un té. La educación es la educación, ya ve. ¿Irá a la cárcel?

Vimes sintió el impulso de preguntar: «¿Le gustaría?», pero lo ahogó por las lágrimas.

—Es Charles, ¿verdad?

El coronel pareció sorprendido.

—A decir verdad, comandante, es Chas para mis amigos.

—¿Y yo lo soy? —Vimes siguió hablando sin dejarle responder—. Lo que debe hacerse aquí lo decidirán otras personas. Yo solo me he asegurado de que nadie se marche por equivocación antes de que yo haya tenido ocasión de hablar con todos ellos, ¿lo entiende? Ni soy el juez ni se me permitiría formar parte de un jurado. A los policías no nos dejan. Y ahora mismo ni siquiera estoy seguro de cuál es la pena por ser estúpido, vanidoso e irreflexivo, aunque se me pasa por la cabeza que, si tuviera que meter en la cárcel a todos los culpables de esos delitos, deberíamos construir unas quinientas más.

»A título personal —prosiguió—, me gustaría ver que los asesinos, si los encuentro, son vistos y tratados como asesinos, y que los asustados y los que obedecen sin pensar también reciben el trato que merecen. Y ahora mismo, señor, me gustaría no vivir en un mundo de putos idiotas. Personalmente, no tengo un interés especial en que encarcelen a su esposa, aunque sospecho que, si la encerrasen en el ala de mujeres del Rapapolvo, no le iría mal que se expandieran sus horizontes, e imagino que sería tan mandona que dirigiría el cotarro al cabo de un par de semanas.

—La quiero, ¿sabe? —dijo el coronel—. Llevamos cincuenta y cinco años casados. Siento mucho que le hayan molestado y, como he dicho alguna vez, envidio su trabajo.

—Me parece, quizá, que yo debería envidiarle a ella su marido —replicó Vimes—. ¿Sabe, coronel? Me conformaría con que saliera a la luz la verdad, a ser posible en la primera plana del Ankh-Morpork Times, ya entiende a qué me refiero.

—Del todo, comandante.

Vimes miró al hombre, que parecía bastante aliviado, y añadió:

—No me haga mucho caso, pero sospecho que Vetinari se asegurará de seguir contando con respaldo y posiblemente se quedará en unos pocos castigos testimoniales. Demasiados trapos, ya sabe, y demasiado sucios. Demasiadas cosas en el mundo que a lo mejor pasaron hace demasiado. ¿Qué diablos se puede hacer si un poli se dedica a pasear por ahí desenterrándolas? Eso se llama real politik, señor, y por eso sospecho que el mundo seguirá su curso y usted no pasará mucho tiempo sin la compañía de su mujer, lo que debería significar, si mucho no me equivoco, que más o menos puede tomar cualquier cosa que le apetezca para cenar durante la semana que viene.

La idea pareció levantar el ánimo al coronel. El viejo sonrió.

—¿Sabe, comandante? Estoy seguro de que, si las trato con respeto, las gambas con nuez moscada pueden acabar siendo mis amigas del alma.

El coronel tendió la mano y Vimes la cogió, la estrechó y dijo:

—Buen provecho.

Más adelante surgieron varias explicaciones de por qué el carro de Quirm que transportaba a un prisionero muy importante volcó en plena noche y cayó rodando por una pendiente muy empinada mientras iba haciéndose pedazos. Podía culparse a la oscuridad, a la niebla, a la velocidad que llevaba y, sobre todo, podía culparse al carruaje expreso de correo procedente de Ankh-Morpork que se estrelló contra él en el recodo.

Para cuando los heridos se hallaron en condiciones de comprender lo que había pasado, tenían un prisionero de menos, que al parecer había forzado la cerradura de sus grilletes, y un guardia con la garganta cortada de más.

Estaba oscuro, hacía frío, había niebla y, acurrucados, los supervivientes esperaron al amanecer. Al fin y al cabo, ¿cómo podía encontrarse a un hombre en la oscuridad?

A Stratford se le daba bien la velocidad. La velocidad siempre era útil, de modo que se mantuvo en el camino, que apenas se entreveía en la niebla. En realidad no importaba adónde fuera; al fin y al cabo, sabía que nadie había dado nunca una descripción suya que sirviera de algo. Era un don ser indescriptible.

Al cabo de un rato, sin embargo, le sorprendió y alegró oír a un caballo que trotaba por el camino detrás de él. Algún valiente viajero, pensó, y sonrió entre la bruma mientras esperaba. Su sorpresa fue en aumento cuando el caballo se detuvo a poca distancia de él y el jinete desmontó. Stratford apenas acertaba a distinguir una figura entre el titilante aire cargado de humedad.

—¡Vaya, vaya! El famoso señor Stratford —dijo una voz alegre mientras el desconocido se le acercaba con paso despreocupado—. Y deje que le diga ahora mismo que, si hace el menor movimiento, estará tan muerto que los cementerios tendrán que correr hacia atrás.

—¡Te conozco! ¿Vimes te ha enviado a ti, a por mí?

—Oh, de ningún modo, señor —respondió Willikins—. El comandante no sabe que estoy aquí, señor, ni lo sabrá nunca. Eso es una certeza. No, señor, estoy aquí por lo que podríamos llamar una cuestión de orgullo profesional. Por cierto, señor, si está pensando en matarme y robarme el caballo, le agradecería mucho que lo intentase ahora mismo.

Stratford vaciló. Había algo en la voz que inducía a la vacilación. Era tranquila, afable y… preocupante.

Willikins se acercó un poco más y dijo con un asomo de risa en la voz:

—Vaya, señor, yo también he hecho mis pinitos como luchador, y cuando oí que había rajado a esa chica y demás, pensé: válgame el cielo; eso pensé. Así que el otro día, cuando me tomé mi día libre compensatorio (muy importante, el día libre compensatorio, cuando se es un trabajador), hice un viajecito a Saliente y descubrí unas cuantas cosas sobre usted, sí, sí, vaya si descubrí cosas. Asusta de verdad a la gente, ¿eh?

Stratford seguía vacilando. Aquello no sonaba bien. El hombre tenía una voz franca y jovial, como la de un conocido de vista charlando un rato en el pub, y Stratford estaba acostumbrado a que la gente se pusiera muy, muy nerviosa al hablar con él.

—Lo que es yo —explicó Willikins—, a mí me crió la calle como luchador, y peleo sucio, puede estar bien seguro, y peleo con quien sea, pero nunca he dado un puñetazo a una chica… bueno, menos a Elsie la Guarrona, que siempre se apuntaba a esa clase de cosas y a la sazón me tenía cogido por los no-pienso-mencionarlos, y además tenía las manos atadas, en más de un sentido, por así decirlo, de modo que tuve que propinarle un certero empujoncito con el pie. Qué tiempos. Pero ¿usted? Usted es solo un matón. Despreciable. Un abusón. Yo lucho porque podrían matarme y el otro podría ganar, o a lo mejor acabamos los dos tirados en la alcantarilla, demasiado débiles para dar otro puñetazo, momento en el que probablemente nos ayudemos a levantarnos el uno al otro y vayamos al pub para echar un trago y lavarnos.

Se acercó otro paso. Stratford dio uno atrás.

—Y usted, señor Stratford, se propuso matar al chavalín del comandante Vimes, o algo peor. ¿Y sabe lo que es incluso más peor? Que creo que, si lo hubiera hecho, el comandante lo habría detenido y lo habría arrastrado a la comisaría de policía más cercana. Pero por dentro se estaría cortando a sí mismo con cuchillas de arriba abajo. Y haría tal cosa porque el pobre desgraciado tiene miedo de poder ser tan malo como usted. —Willikins se rió—. La verdad es, señor Stratford, que desde mi punto de vista el comandante es un monaguillo, en serio, pero tiene que haber algo de justicia en el mundo, ¿comprende? No necesariamente justicia de ley, sino justicia de justicia, y por eso voy a matarle. Aunque, como soy un hombre justo, pienso concederle la posibilidad de matarme primero. Eso significa que morirá uno de los dos, o sea que, pase lo que pase, el mundo será un lugar mejor, ¿eh? Llámelo… hacer limpieza. Sé que tiene un arma porque, si no, se habría echado a correr, y por tanto imagino que llevará el cuchillo de uno de esos pobres desgraciados de Quirm, y apostaría a que, aprovechando la confusión, lo ha apuñalado con él.

—Eso he hecho, eso —dijo Stratford—. Y él era poli y tú solo eres un mayordomo.

—Muy cierto —replicó Willikins—, y mucho mayor que usted, y más pesado y más lento, pero todavía algo en forma. ¿Qué tiene que perder?

Solo el caballo, que humeaba paciente en la niebla, vio lo que sucedió a continuación, y al ser un caballo no estaba en condiciones de articular sus pensamientos al respecto. Si hubiera podido hacerlo, habría expuesto su opinión de que un humano corrió hacia otro humano con un enorme palo de metal, mientras que el otro humano se metía la mano en el bolsillo del pecho con mucha calma. A eso lo siguió un grito espantoso, un gorgoteo y luego el silencio.

Willikins se tambaleó hasta un lateral del camino y se sentó en una piedra, algo jadeante. Desde luego Stratford había sido rápido, de eso no había duda. Se secó la frente con la manga, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, sin mirar otra cosa que la niebla. Después se levantó, bajó la vista a la sombra del suelo y dijo:

—Pero no lo suficiente.

Y luego, como un buen ciudadano, Willikins volvió atrás para ver si podía ayudar en algo a los desafortunados caballeros de la ley, que parecían en apuros. Siempre había que ayudar a los caballeros de la ley. ¿Dónde estaríamos sin ellos?

El corrector jefe del Ankh-Morpork Times odiaba a más no poder la poesía. Era un hombre sencillo que había dedicado buena parte de su carrera a mantenerla fuera de su periódico. Pero los poetas eran gente astuta, y podían colártela al menor despiste. Y esa noche, con el periódico ya tan atrasado que los chicos de abajo estaban echando horas extras, contempló la crónica que acababa de entregarle en mano Knatchbull Harrington, el crítico musical del periódico, un hombre del que recelaba profundamente. Se volvió hacia su ayudante y agitó la página con furia.

—«¿De qué fontana manaría aquella etérea música?». ¿Ves a qué me refiero? Podría haber escrito: «¿De dónde salía esa música?», y listos. En cualquier caso, como frase introductoria es una mierda. ¿Y qué significa etérea, de paso?

El ayudante de corrector vaciló.

—Creo que significa «fofa». Podría equivocarme.

El corrector jefe se levantó desolado.

—¡Poesía, claramente!

Alguien había tocado una música que había sido muy buena. Por lo visto, había asombrado a todo el mundo. ¿Por qué no escribía algo parecido aquel memo con sus camisas de seda violeta tirando a femeninas? Al fin y al cabo, expresaba todo lo que hacía falta saber, ¿o no? Sacó su lápiz rojo y, en el preciso instante en que lo aplicaba al desdichado manuscrito, sonó la escalera metálica y el señor de Worde, el director, entró dando tumbos en la redacción con cara de haber visto un fantasma, o tal vez de que un fantasma lo hubiera visto a él.

Miró alelado a los dos perplejos correctores y logró decir:

—¿Harrington ha entregado su material?

El corrector jefe le tendió el ofensivo material.

—Sí, jefe, una porquería como un piano, en mi opinión.

De Worde agarró la crónica, la leyó moviendo los labios y se la devolvió al corrector con un gesto brusco.

—No oses cambiar una sola palabra. Primera plana, Bugsy, y de verdad espero que Otto haya sacado una iconografía.

—Síseñor, pero…

—¡Y no discutas, joder! —gritó de Worde—. Y ahora, si me disculpáis, estaré en mi despacho.

Subió las ruidosas escaleras mientras el corrector jefe y su ayudante leían de nuevo y con aire lúgubre el artículo de Harrington. Empezaba así:

¿De qué fontana manaría aquella etérea música? ¿De qué gruta escondida o celda secreta? ¿De qué oscura cueva? ¿De qué ventana al paraíso? Observamos a la minúscula figura bajo el foco y la música se derramó sobre nosotros, ora bálsamo, ora bendición, ora acusación. Todos y cada uno de nosotros afrontamos fantasmas, demonios y viejos recuerdos. El recital de Lágrimas del Champiñón, una joven de condición trasga, no duró más de media hora, o tal vez duró una vida entera, y luego acabó, dando pie a un silencio que manó, creció y se expandió hasta al final explotar. Todos los presentes nos pusimos en pie y aplaudimos hasta que nos dolieron las manos, con el rostro arrasado de lágrimas. Nos habían llevado a alguna parte y nos habían traído de vuelta, y éramos personas distintas, que anhelábamos otro viaje al paraíso, sin importarnos qué infierno tendríamos que expiar por el camino.

El corrector jefe y su ayudante se miraron con una expresión que Knatchbull sin duda habría calificado de «alocada conjetura». Al final, el ayudante de corrector dijo:

—Yo creo que le ha gustado.

Pasaron tres días. Fueron días ajetreados para Vimes. Tuvo que volver a coger el ritmo, aunque en realidad más bien tuvo que saltar de un ritmo a otro, sin que ninguno de los dos esperara. ¡Tanto papeleo que leer! ¡Tanto papeleo que apartar! ¡Tanto papeleo que delegar! Tanto papeleo que fingir que no había recibido y tal vez se lo hubieran comido las gárgolas.

Pero ese día, en el Despacho Oblongo, lord Vetinari estaba al borde de despotricar. También era cierto que había que conocerlo muy bien para darse cuenta. Tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Snarkenfaugister? ¡Estoy seguro de que se las inventa!

Drumknott dejó con cuidado una taza de café en la mesa de su señor.

—Por desgracia, señor, realmente existe tal palabra. En Nadalandia significa fabricante de artículos pequeños pero necesarios como, por ejemplo, astillas para encender fuegos, pinzas muy pequeñas para uso de interior y bastoncillos de cóctel cortados por la mitad para la gente que no los toma en vaso largo. El término podría considerarse de interés histórico, porque mi investigación de esta mañana ha desvelado el dato de que el último snarkenfaugister conocido murió hace veintisiete años en un grotesco accidente de sacapuntas. A decir verdad, tengo constancia de que su adversaria de los crucigramas procede de Nadalandia.

—¡Ajá! ¡Ahí lo tenemos! ¡Todos esos largos inviernos sentados alrededor de la estufa! ¡Qué terrible paciencia! ¡Pero regenta la tienda de mascotas de la Escalera de la Pielícula! ¡Collares de perro! ¡Galletas para gato! ¡Lombrices! ¡Qué malicia! ¡Qué subterfugio! ¡Qué vocabulario! ¡Snarkenfaugister!

—Bueno, señor, ahora es la compiladora jefa de crucigramas del Times, y supongo que esas cosas van con el cargo.

Lord Vetinari se tranquilizó.

—Uno vertical, uno horizontal. Ella sigue en pie y yo me revuelco en el suelo de la rabia. Y como sabe, muy rara vez me pongo de mal humor, Drumknott. Mi fuerte suele ser un distanciamiento calmado por bien que cínico. ¡Puedo cambiar el destino de las naciones, pero cada dos por tres me frustra una dama en apariencia intachable que compila crucigramas!

Drumknott asintió.

—Cierto, señor, pero hablando del tema, si me permite extender un poco los límites de dicho tema, permítame recordarle que el comandante Vimes espera en la otra sala.

—¿De verdad? Hágale pasar, adelante.

Vimes entró, hizo un saludo casi, casi elegante y se puso en posición de firmes.

—Ah, excelencia, es bueno tenerlo de nuevo entre nosotros. ¿Cómo han ido sus vacaciones, aparte de las acciones ilegales, las actividades ad hoc, las peleas, las persecuciones por tierra, mar y no olvidemos el agua dulce, los gastos no autorizados y, por supuesto, los pedos en los salones de los poderosos?

La mirada de Vimes se mantuvo firme justo por encima de la línea ocular del patricio.

—Un detalle, milord: no hubo pedo, quizá me hurgara la nariz sin darme cuenta.

—¿Las exigencias del servicio, supongo? —preguntó lord Vetinari con sorna—. Vimes, ha provocado que una cantidad considerable de papeleo cruce mi escritorio en los últimos días. En algunos casos los escritores querían su cabeza en una bandeja; otros mensajes eran más circunspectos porque sus autores estaban aterrorizados por la perspectiva de cárcel. Quiero dejar una cosa meridianamente clara, excelencia, y es que la ley no puede operar de forma retroactiva. De ser así, ninguno estaríamos a salvo.

»Lord Óxido hijo podría haber hecho, en verdad ha hecho, muchas cosas malas, pero esclavizar trasgos bajo la legislación actual no puede ser una de ellas. Sin embargo, sospecho que las recientes revelaciones sobre sus actividades adicionales han infligido a su reputación una dosis considerable de flaco favor. Puede que no lo sepa, Vimes, pero en sociedad esa clase de daños pueden ser peores que una sentencia de cárcel, posiblemente peores que la muerte. El joven Grávido es un hombre sin muchos amigos ahora mismo. Espero que eso le complazca un poco.

Vimes no dijo nada nada, pero pensó: La bola ha entrado.

Vetinari lo fulminó con la mirada y dijo:

—Tengo aquí una elocuente misiva de lord Óxido padre en la que ruega por la vida, si no la libertad, de su hijo, de quien admite sin reservas que ha arrastrado el honor familiar por el barro. —Lord Vetinari alzó una mano—. Lord Óxido es un anciano y por tanto, Vimes, si su siguiente comentario iba a ser algo del estilo de «más aún», le sugiero que muestre un poco de caridad. El hombre está ansioso por evitar un escándalo. Aparte de eso, ¿puedo oír sus opiniones?

—Sí. El escándalo ya se ha producido, señor, más de una vez —respondió Vimes con frialdad—. Traficó con personas vivas, que respiraban y pensaban. ¡Muchas de ellas murieron!

—Una vez más, Vimes, debo decirle que las leyes no pueden hacerse retroactivas.

—Tal vez sea así —dijo Vimes—, pero ¿qué pasa con los chavales trolls que tomaron esa maldita basura? ¿Va a preguntarle al Rey Diamante si esas deberían ser retroactivas?

—Vimes, puedo asegurarle que las leyes se aplicarán, y ya que lo pregunta, ahora mismo estoy teniendo que negociar con el rey, que exige, me exige a mí, a mí, Vimes, que le entregue al joven lord Óxido para interrogarlo a propósito de la elaboración y distribución de estupefacientes trolls absolutamente mortales. Por supuesto, según el derecho troll, el desgraciado sería ejecutado, y me entristece decir que en este momento, en el complejo mundo de la política humana, troll y enana, tengo la impresión de que eso podría tener ciertas repercusiones a largo plazo que lo convierten en una opción desafortunada para esta ciudad. Tengo que negociar este problema y, créame, va a hacer falta mucho quid para ese pro quo. ¡Y solo son las nueve y media de la mañana!

Los nudillos de Vimes enrojecieron.

—Son criaturas vivas que hablan, piensan y tienen canciones y nombres, y él las trató como si fueran una especie de herramientas desechables.

—En efecto, Vimes, pero, como le estaba sugiriendo, los trasgos siempre se han considerado una especie de alimañas. Sin embargo, Ankh-Morpork, el reino del Bajo Rey y también el del Rey Diamante, Uberwald, Lancre y todas las ciudades independientes de la llanura van a aprobar una ley conforme a la cual en adelante los trasgos serán considerados seres sapientes, iguales en derechos, ya que no en apariencia, a los trolls, enanos, humanos, hombres lobo, etcétera, etcétera, responsables ante lo que hemos acordado llamar «derecho consuetudinario» y también amparados por él. Eso significa que matar a uno será un crimen capital. Ha ganado, comandante, ha ganado. Por una canción, comandante. Oh, y por supuesto otros esfuerzos, pero fue su esposa la que atrajo a la mayoría de los embajadores a su pequeño espectáculo, que, debo decir, Vimes, fue la elocuencia personificada. Aunque la verdad, Vimes, me siento algo humillado. Uno se pasa la vida conspirando, negociando, dando y tomando y engrasando cualquier engranaje que chirríe, y en general haciendo todo lo que puede para impedir que este maltrecho mundo explote en pedazos. Y ahora, por una pieza musical, Vimes, una pieza musical, varios estados muy poderosos han acordado trabajar juntos para sanar los problemas de otro estado autónomo y, casi como efecto secundario, convertir a unos animales en personas de un plumazo. ¿Se lo imagina, Vimes? ¿En qué mundo podría suceder semejante cosa? Todo por una canción en el crepúsculo, Vimes. Todo por una canción. Fue un despliegue de extraños tintineos e increíbles cadencias que de algún modo penetró en nuestras almas, y a algunos nos recordó que teníamos una. Lady Sybil vale más que doce diplomáticos. Es usted un hombre con suerte, comandante.

Vimes abrió la boca para hablar, pero Vetinari lo interrumpió.

—Y también un maldito botarate, un maldito botarate cabezón. ¿La ley debe empezar con un delito? Lo entiendo, pero no lo apruebo. —Vetinari cogió la carta de su escritorio—. Lord Óxido pide que su hijo reciba una condena de moderada brevedad, tras la cual se le permita emigrar a Cuatroequis para empezar una nueva vida. Puesto que el hombre estaba metido hasta las cejas en un negocio de contrabando, la multa será cuantiosa.

Levantó una mano.

—No, escuche hasta el final; al fin y al cabo, soy el tirano de por aquí. —Vetinari se hundió en su silla, se secó la frente y prosiguió—: Y ya he perdido los nervios con una dulce señora por lo demás inofensiva que compila crucigramas para el Times. Sin embargo, Vimes, lord Óxido se refiere a usted como un hombre de honor, probidad y asombrosas integridad y entereza. Además, piensa desheredar a su hijo, lo que significa que a su muerte el título recaerá en su hija Regina, una fiera de mujer, muy difícil y temperamental. Y eso, Vimes, me crea otro problema. Lord Óxido está muy delicado de salud y, la verdad, preveía tratar con el hijo, que es un idiota ignorante, arrogante y pomposo, pero ¿su hermana? ¡Es lista! —Luego, casi para sus adentros, lord Vetinari añadió—: Pero al menos ella no compila crucigramas… Ahora puede hablar, comandante.

—Hubo un asesinato —dijo Vimes enfurruñado.

Vetinari emitió un enorme suspiro.

—¡No, Vimes! ¡Hubo un sacrificio! ¿Es que no lo entiende? En ese momento los trasgos eran alimañas y no, ¡no me grite! En este preciso instante, en palacios y cancillerías de todo el mundo, los trasgos se están volviendo tan humanos como usted y como yo, pero aquello fue entonces. Me gustaría que fuese del todo consciente de que el motivo por el que ese Stratford habría acabado bajo los tiernos cuidados del señor Dispuesto es que él y sus rufianes abordaron el Enorme Chichi… ¿Sí, qué pasa?

Vetinari miró hacia atrás cuando Drumknott le tocó en el hombro. Hubo un apagado intercambio de susurros antes de que Vetinari carraspease y dijera:

—Por supuesto, me refería al Portento de Chichi. —No cruzó del todo la mirada con Vimes cuando prosiguió—: Eso fue un acto de piratería y la buena gente de Quirm, donde el… barco en cuestión estaba registrado, está muy a favor de la pena de muerte por esa clase de fechorías. Soy consciente de sus múltiples crímenes adicionales pero, por desgracia, solo se puede ahorcar a un hombre una vez… Aunque resulta que, al parecer, el señor Stratford salió herido de muerte de un accidente hace tres noches; acabó despedido a gran distancia de los restos del carruaje con la garganta rajada quirúrgicamente. Qué conveniente, ¿no le parece?

—No se atreva a mirarme así, señor.

—Por los cielos, yo no le acusaría, comandante, solo me preguntaba si conoce a alguna otra persona con algo en contra del cadáver.

—Noseñor —respondió Vimes, que volvió a ponerse en posición de firmes.

—¿Sabe, Vimes? A veces su expresión se vuelve tan plana que creo que podría hacer una mesa con ella. Dígame solo una cosa: ¿dio usted alguna instrucción?

¿Cómo lo hace?, pensó Vimes. ¿Cómo? En alto respondió:

—No sé de qué me habla, señor, pero si lo que sospecho es cierto, la respuesta es que no. Si hubo juego sucio esa noche no fue por orden mía. Quería ver a Stratford en la horca. Eso es legal. —Y pensó: Jamás voy a sacarle este tema a Willikins.

Las cejas de Vetinari se alzaron cuando Vimes continuó:

—¡Pero al condenado hijo de Óxido se le permite tomarse unas largas vacaciones llenas de sol, mar, olas, arena y vino a precios económicos! —Dio un puñetazo en la mesa y Vetinari observó con detenimiento su mano hasta que la retiró—. ¿Piensa dejarlo así?

—Se sabe de casos en que, como dice la gente, el tigre ha cambiado de mallas. Todos esperamos cierta medida de redención, la merezcamos o no. Mantendremos vigilado al joven necio, de eso puede estar seguro.

—Oh, ¿mandará a los Secretarios Oscuros tras él?

—Vimes, los Secretarios Oscuros son un mito, como todo el mundo sabe. Para serle sincero, algún pelagatos de nuestra embajada allí prestará atención a sus progresos. Y ahora el mundo es un lugar mejor, comandante. No comprende usted, Vimes, no comprende todos los tratos, estratagemas y recursos ocultos mediante los que algunos nos las ingeniamos para que siga así. No busque la perfección. No existe. Lo único que podemos hacer es aspirar a ella. Entiéndalo, comandante, porque desde mi punto de vista no tiene usted alternativa. Y tenga presente que por el trabajo de esta semana será recordado. Puede que a lord Óxido no le guste, pero las noticias vuelan. La verdad se sabrá y se escribirá en los libros de historia. —Vetinari puso una sonrisa triste—. Será así, ya me encargaré yo. Y, ligeramente mejor que antes, el mundo seguirá girando.

Vetinari cogió otra hoja de papel, dio la impresión de que le echaba un vistazo y dijo:

—Puede irse, comandante, sabiendo que yo, por muchos motivos, le envidio. Salude de mi parte a su encantadora esposa.

Vimes miró a Drumknott. Su cara no delataba nada de manera tan diligente que lo delataba todo.

Vetinari se acercó un fichero de la mesa y cogió su pluma.

—No deje que le detenga, comandante.

Una hora más tarde Vetinari estaba sentado a su mesa con los dedos juntos formando un caballete, al parecer contemplando el techo, absorto en sus pensamientos y, para sorpresa de Drumknott, moviendo la mano de vez en cuando como si dirigiera una música oculta. Drumknott sabía que no debía molestarle, pero al final se atrevió a preguntar:

—Fue un recital de lo más memorable, ¿no es así, señor?

Vetinari dejó de ser el director de la orquesta invisible y respondió, animado:

—Sí, sí que lo fue, ¿no? Dicen que los ojos de algunos retratos te siguen por la habitación, algo que dudo, pero me pregunto si no habrá música capaz de seguir a quien la oye de por vida. —Pareció recobrar la compostura y continuó—: En su conjunto, la dinastía Óxido, aunque nunca haya ido exactamente sobrada de cerebro, a grandes rasgos tiende a ser una panda honorable y patriótica, a grandes rasgos, ¿me equivoco, Drumknott?

El secretario ordenó de forma meticulosa e innecesaria algunos papeles y contestó:

—Así es, en efecto. El joven Grávido constituye una lamentable excepción.

—¿Lo crees incorregible? —preguntó Vetinari.

—Muy probablemente no —respondió Drumknott mientras doblaba con esmero un limpiaplumas—. Sin embargo, Arachne trabaja en Cuatroequis en la actualidad como archivista de nuestra embajada. Solicitó el puesto porque siente una especial atracción por las arañas venenosas.

—Bueno, supongo que toda chica tiene derecho a una afición —dijo Vetinari—. ¿Y hay muchas en Cuatroequis?

—El lugar rebosa de ellas, lisa y llanamente, según me informan, señor, y al parecer Arachne ya tiene un gran surtido.

Vetinari no dijo nada, pero permaneció sentado con los ojos cerrados.

Drumknott carraspeó.

—Sí que dicen, señor, que al final se perdonan todos los pecados…

A regañadientes, lord Havelock Vetinari arrancó su recuerdo de la música maravillosa que anhelaba oír de nuevo.

—No todos, Drumknott, no todos.

Esa noche, en su cama de la avenida Pastelito y escuchando la ausencia de búhos y chotacabras, Vimes dijo:

—¿Sabes, querida? Tendré que volver pronto a las Comarcas. Feeney es buen chico pero necesitan una comisaría como es debido y la clase adecuada de orientación, y eso no se arregla solo con Nobby Nobbs y Fred Colon.

Sybil se volvió hacia él.

—Oh, no sé, Sam. Fred y Nobby no son tan malos, y quizá baste con ellos por el momento. Quiero decir que son policías, pero deambulan con una lentitud extrema y en términos generales eso es lo que hace falta. Ahora mismo tienes allí a dos jóvenes llenos de brío y vigor y, si no quieres ponerlo todo patas arriba, podría ser que después de tanto jaleo les convenga un poco de lentitud y constancia, ¿no te parece?

—Como siempre, tienes razón, cariño.

—Además, he visto a Fred, y está claro que tener que replantearse su visión del mundo lo ha alterado un poco.

—Lo superará —aseguró Vimes—. Una vez que se rebasa al Fred estúpido, se encuentra, contra todo pronóstico, a un hombre decente.

Sybil suspiró.

—Sí, Sam, pero ese hombre decente necesita unas vacaciones al sol, lejos del humo, la mugre y los terribles hechizos.

—¡Pero si son lo mejor! —replicó Vimes, entre risas.

—No, necesita vacaciones. Todo el mundo necesita vacaciones, Sam, incluso tú.

—Acabo de tener unas, cariño, gracias.

—No, acabas de pasar unos días cargados de peleas, inundaciones, asesinatos y no sé qué más. Echa un vistazo a tu escritorio, asegúrate de que nadie se duerme y luego volveremos allí otra semana, ¿me oyes, Sam Vimes?

# *Epílogo*

Y tres meses más tarde Sam Vimes se fue otra vez de vacaciones, y esa vez le permitieron pilotar el Susana Ojos Negros todo el camino hasta Quirm, y apenas chocó contra nada importante, y se puso tan contento que hubo que encontrar a otro gato lleno de monedas de seis para que pudiera estar tan contento como él.

Le asombró lo divertidas que podían ser unas vacaciones, pero no tanto como se asombró ocho meses más tarde, cuando él y Sybil fueron invitados a la boda de la señorita Emily Gordon con el hijo mayor de sir Abuthknott Hazguerra, propietario de la famosa empresa alfarera Hazguerra y de paso inventor de los Frutos Secos Crujientes Hazguerra, los cereales que desayunaban los campeones, sin cuya nutritiva fibra los intestinos de Ankh-Morpork estarían más congestionados de lo que les convenía. El regalo de boda de los Vimes fueron unas hueveras de plata, pues Sybil era de la opinión de que un huevo pasado por agua siempre es bien recibido.

Y a Vimes le alegró ver durante la ceremonia que una de las hijas de los Gordon llevaba un flamante uniforme de enfermera, y otras tres lucían unos sombreritos preciosos y también, para júbilo de Sybil, muy escandalosos, de la nueva gama de bonetes Gordon.

Llegó por correo una disculpa de la leñadora Hermione, la cual, según su madre, se hallaba retenida en el bosque atendiendo a un aromo grande y problemático, lo que hizo que el rostro de Vimes se petrificara hasta que Sybil le dio un codazo y le aclaró que un aromo era una variedad de acacia.

Pero lo que más sorprendió a Vimes aquel año fue descubrir, más adelante, que la novela que estaba arrasando en el mundo literario de Ankh-Morpork iba dedicada al comandante Samuel Vimes.

El título del libro era Orgullo y extremado prejuicio.

historia de los imperios.

1. El programa de intercambio con la Gendarmería de Quirm estaba funcionando muy bien: ellos recibían formación en el trabajo policial al estilo de Vimes, mientras que la comida de la cantina de Pseudópolis Yard había mejorado hasta resultar irreconocible gracias al capitán Emile, aunque siempre ponía demasiado avec a todo. [↑](#footnote-ref-1)
2. Que en lo sucesivo se conformaría con ocupar un afable segundo puesto en casi todas las decisiones domésticas. Lady Sybil opinaba que la palabra de su querido esposo era la ley para la Guardia de la Ciudad mientras que, en su caso particular, se trataba de una educada sugerencia que se dignaría a contemplar. [↑](#footnote-ref-2)
3. De no ser por las hileras de señoritas artísticamente desnudas que adornaban sus parapetos, se entiende. Sostenían urnas, y las urnas son arte. [↑](#footnote-ref-3)
4. Era peliagudo; para Vimes todos los hombres eran iguales pero, bueno, obviamente un sargento no era tan igual como un capitán y un capitán no era tan igual como un comandante, y en cuanto al cabo Nobby Nobbs… en fin, nadie podía ser igual que el cabo Nobby Nobbs. [↑](#footnote-ref-4)
5. El metal, dadas las circunstancias, no sería apropiado… ni seguro. [↑](#footnote-ref-5)
6. Por no hablar del delegado de pizarra Vimes, ampliamente conocido en la sociedad enana. [↑](#footnote-ref-6)
7. Willikins era un excelente mayordomo y/o caballero de los caballeros cuando la ocasión lo precisaba, pero en su larga carrera también había sido un fervoroso luchador callejero, y tenía la sana costumbre de nunca ponerse de espaldas a alguien que pudiera llevar un arma encima. [↑](#footnote-ref-7)
8. Más tarde Vimes recapacitaría sobre el acertado uso del superlativo de Willikins, pero era lo que pasaba: si alguien deambulaba por casas llenas de libros, algo se le pegaba, como le había sucedido, bien pensado, al propio Vimes. [↑](#footnote-ref-8)
9. Más de una vez los guardias habían encontrado notas de suicidio manuscritas que, tras un minucioso análisis, se demostraron escritas por otras manos. [↑](#footnote-ref-9)
10. El cerdo carré fue inventado alrededor del Año del Armiño por el reverendo Joseph «Causalidad» Robinson, párroco de Todos los Santos y Tres Pecadores en la vicaría del Bajo Saliente. Por lo que puede deducirse de las notas de sus coetáneos, el juego puede considerarse una amalgama de mikado, halma y coñac. No se conserva ninguna de sus reglas, si es que alguna vez las hubo. [↑](#footnote-ref-10)
11. Sybil había explicado a Vimes que en el campo la gente se viste como si fuera al menos una década antes que en la ciudad; de ahí el polisón y, para Vimes, unos pantalones de montar de los antiguos, con trampillas delante y detrás y un olor ligeramente inquietante. [↑](#footnote-ref-11)
12. Véase Adquisición, Bentley, Dr.: El vicario viene a tomar el té y otras ciento veintisiete advertencias de bochorno social; Servicio de Publicaciones de la Universidad Invisible. [↑](#footnote-ref-12)
13. Era todo un misterio para Vimes, que estaba muy convencido de que era imposible distinguir entre un pedo de pollo y uno de pavo, pero había quienes se proclamaban capaces de apreciar la diferencia, y él se alegraba de que esas personas hubieran escogido esa salida para sus desconcertantes inclinaciones, en lugar de, por ejemplo, llenar su fregadero de cráneos humanos obtenidos en la calle principal. [↑](#footnote-ref-13)
14. Porque no se le concedía mucho tiempo hablando. [↑](#footnote-ref-14)
15. El cuarto Arremango que heredó la tabaquería y fábrica de rapé tenía la impresión de que a su apellido le faltaba prestigio, y por algún motivo escogió el nombre de pila «Pasmafuerza», que ciertamente adquirió prestigio gracias al éxito de su negocio tabaquero, de enorme predicamento entre las clases altas y las no tan altas. Y desde entonces hubo al menos un Pasmafuerza en cada generación del linaje (aunque a las chicas por lo general les ponían Pasmadia). [↑](#footnote-ref-15)
16. Un destello es, en realidad, un tintineo visual. [↑](#footnote-ref-16)
17. Eso es, por supuesto, absolutamente cierto. [↑](#footnote-ref-17)
18. Los Colon habían sobrevivido a un largo y feliz matrimonio gracias al método de verse lo menos posible. Lo conseguían valiéndose de que él cogía el turno de noche cuando ella trabajaba de día y viceversa. Lo habían acordado tras concluir que cualquier otra cosa habría matado el romanticismo. [↑](#footnote-ref-18)
19. Para ser estrictos, el sexo de cualquier enano dado era un secreto entre él, o posiblemente ella, y la madre de él, o posiblemente ella, hasta que ellos decidieran revelárselo a alguien, aunque por lo general podía averiguarse observando a los enanos con atención para detectar a los que bebían jerez o vino blanco suave. Por desgracia, el método no siempre funcionaba con los policías enanos porque, como todos los policías de todas partes, bebían cualquier cosa lo bastante fuerte para ayudarles a olvidar lo que habían tenido que ver ese día. [↑](#footnote-ref-19)
20. Según la tradición enana, Tak escribió la existencia del universo, y también escribió sus tradiciones. Toda escritura es sagrada para los enanos. [↑](#footnote-ref-20)
21. Comoquiera que pueda articularse esto en una lengua que, en sus mejores momentos, sonaba como un hombre saltando sobre una bolsa muy grande de patatas fritas. [↑](#footnote-ref-21)
22. Por desgracia, el agente Desenlace pecaba de iluso; en Ankh-Morpork los ratones y las cucarachas habían decidido olvidar sus diferencias y hacer piña contra los humanos. [↑](#footnote-ref-22)
23. Que, de todas formas, más que retenciones eran inmovilizaciones. [↑](#footnote-ref-23)
24. Pequeño Loco Arthur era, como feegle, un guardia muy económico de mantener, dado que, tamaño por tamaño, comía en un año lo que un guardia humano en una semana, aunque había que reconocer que podía beber, tamaño por tamaño, más alcohol en una semana que cualquier guardia humano en un año. [↑](#footnote-ref-24)
25. Los dos primeros fueron el robo común y la conducta escandalosa. [↑](#footnote-ref-25)
26. Una raza de marineros de agua dulce que se encuentran por todas las Llanuras Sto y sus inmediaciones. Se dice que son incapaces de mentir, aunque esta información proviene de los propios zoones, lo que suscita, por así decirlo, un dilema filosófico. Ciertamente, se afirma que encuentran tan difícil de comprender el concepto de la mentira que los pocos de entre ellos que han dominado la técnica son objeto de veneración y ocupan altos cargos en la sociedad zoon. [↑](#footnote-ref-26)
27. Técnicamente, las violentas crecidas del Viejo Traicionero figuraban en los manuales como rompepresas, pero cualquiera que las haya experimentado aprende a decir palabrotas bien rápido, de ahí el sutil cambio de nombre. [↑](#footnote-ref-27)
28. El apodo que le cayó al guardia Abadejo nada más unirse al cuerpo fue Arenque, porque así funcionaban las mentes policiales. [↑](#footnote-ref-28)
29. Quedándose parado, vamos. A Vimes el marinero los nombres náuticos le traían bastante al pairo. [↑](#footnote-ref-29)
30. El suave tintineo de la taza de loza en su platito ahuyenta a todos los demonios; es un hecho poco conocido. [↑](#footnote-ref-30)
31. Al parecer las Tres Desgracias eran hijas de Ío el ciego (pero ya se sabe cómo son las malas lenguas); se llamaban Nudicia, Atractivia y Voluptia. [↑](#footnote-ref-31)
32. O sea, parecer una cosa más grande de lo que es en realidad, y que además se pondrá muy desagradable si crees que puedes atizar al policía que tienes delante porque estás hasta las trancas de cerveza. [↑](#footnote-ref-32)
33. O, tal vez, con los de otro. [↑](#footnote-ref-33)
34. Para aquellos que los desconozcan, los bígaros, como los berberechos y los buccinos, podrían considerarse los mocos del mar. [↑](#footnote-ref-34)
35. Alguien había dicho, años antes, que ver el busto tapizado de Sybil Ramkin alzándose y cayendo era entender la [↑](#footnote-ref-35)